



UNA
VIDA,
MUCHAS
VIDAS

GUSTAVO

PETRO

UNA VIDA, MUCHAS VIDAS



GUSTAVO PETRO URREGO

UNA VIDA,
MUCHAS VIDAS

 Planeta

© Gustavo Petro Urrego, 2021
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): octubre de 2021
ISBN 13: 978-958-42-9748-8
ISBN 10: 958-42-9748-1

Impresión: Editorial Nomos S.A.
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

Presentación	13
Los Petro.....	15
El Eme.....	47
La organización y el Bolívar 83	65
Traición y entusiasmo	75
Cárcel y tortura.....	81
La toma del Palacio.....	87
La clandestinidad en Santander	105
La reunión.....	119
Adiós en Barrancabermeja	131
Diálogo tolimense.....	141
“El comunicado de Ortega”	153
El <i>heavy metal latinoamericano</i>	163
La Constituyente	177
La derrota y el exilio	187
El Congreso.....	205
El regreso.....	223
Mi reunión con Carlos Castaño	235
Un presidente paramilitar.....	243

El coraje de la verdad	255
Las elecciones de 2010.....	261
La Bogotá Humana	269
El cambio climático	299
La paz.....	307
Una respuesta al presente.....	317
Epílogo.....	327

Presentación

Este libro nació como el producto de una vieja amistad con Gustavo Petro, a quien tengo el placer intelectual de conocer hace algún tiempo y acompañar política y administrativamente desde hace más de diez años, cuando fue elegido como alcalde mayor de Bogotá. Durante ese periodo, me desempeñé como director de Canal Capital y, trascendiendo mi oficio como periodista, abracé con firmeza la idea de que con Petro había una opción real de cambio. A esa convicción corresponde el entusiasmo de introducir este texto de Gustavo Petro.

He estado atento a sus palabras muchas semanas y meses por razones de amistad y de trabajo en función de la causa nacional. Semana tras semana, personalmente y a través de plataformas virtuales, he podido desentrañar su aventura personal y humana, desde cuando nació en Ciénaga de Oro, en 1959, hasta el día en que, de manera dramática, le fue diagnosticado un cáncer que, en medio de la pandemia del coronavirus, lo llevó a Cuba a tratarse y obtener un diagnóstico en una fase temprana que pudo resolverse con un adecuado tratamiento.

La idea de estas líneas introductorias es subrayar el sentido humano e intelectual del libro a partir de su historia personal para, desde esa fuente espiritual, reflexionar sobre problemas y asuntos urgentes en el mundo y en Colombia.

Sin eludir ningún aspecto de su vida, Gustavo Petro desma-
deja el hilo de una memoria que hunde sus raíces en la historia
de un matrimonio de clase media que se conoció en el barrio
Las Cruces, de Bogotá, y que de allí en adelante trasegó por un
país lleno de contradicciones. Cualquier lector podrá recono-
cer que su vida ha estado en consonancia con sus debates polí-
ticos y sociales, que lo tienen *ad portas* de la presidencia de
Colombia. Este libro es una manera de abrir el compás a una
voz, necesaria como pocas, que ha sabido entender que los deba-
tes pueden darse de una manera pacífica e informada a pesar de
los miles de amenazas, vituperios y celadas que le han tendido
sus malquerientes. Este libro es, entonces, una voz que ojalá
usted, amable lector, encuentre útil para conocer otra parte de
la historia que comienza a ser contada.

HOLLMAN MORRIS

Los Petro

El libro me lo entregó mi papá y recuerdo que fue una de las primeras ediciones con aquella portada en la que se veían pequeños abalorios como lunas, soles, campanas y calaveras, que seguramente provenían del desmantelado campamento de los gitanos. La lectura de *Cien años de soledad* me pareció mágica, porque me recordaba a la costa Caribe como un rumor inconsciente, pues, hasta ese momento, mi referente cultural, el de mi primera infancia, era Bogotá. García Márquez me sonaba — porque sonaban sus frases y sus palabras— a algo familiar, sin saber muy bien por qué; a algo que llevaba muy adentro, como si fuera una especie de resonancia interior, y que vine a descubrir cuando volví a mis quince años a Córdoba, tras una ausencia de algunos años, y empecé a conocer las raíces de mi familia, de mi pueblo, y entendí por completo la magnitud de su obra.

Yo viví en Córdoba muy niño, y después de mi bautizo, a los nueve meses, mi papá me trajo a Bogotá. Mi abuela se llamaba Francisca Sierra Ruiz, y mi tía, Carmen. Siempre me llevaban a la casa de ellas cuando las visitaba en esa época de los cuatro a los ocho años, en la que aún no tenía consciencia plena de eso que me hizo descubrir *Cien años de soledad*, *El coronel no tiene quién le escriba* o *La hojarasca*. La de la abuela era una casa de bahareque, de techo de palma, muy tradicional del Caribe, del tipo de viviendas que resisten muy bien el calor, que son muy

cómodas y tienen piso de cemento, ese que llaman los constructores “el afinado”, muy fresco. Recuerdo con persistencia el ruido de ventilador de aspas, pues siempre me dormía mirando el techo acompasado por ese sonido del aire. El techo se adivinaba borroso por el efecto de los mosquiteros, esos toldos de malla o tela muy fina que se usan todavía en ciertos lugares de tierra caliente. La infancia es un territorio de imágenes, de instantáneas que permanecen en la memoria sin que sepamos del todo por qué unas se quedan allí y otras se pierden para siempre. Por ejemplo, puedo ver a mi padre montado en un caballo, puedo oler la leña quemada de la estufa o del hogar, puedo advertir la vegetación exuberante, el brillo de la luz, los colores del paisaje, la luminosidad y el esplendor de un horizonte que no podía advertirse en Bogotá.

Recuerdo, así mismo, mi primer baño de río. Un caño cercano de la Ciénaga de Oro —llamada así porque en ella habían encontrado oro— era un lugar frecuentado por jóvenes y turistas, y se decía que era peligroso porque en sus aguas habían muerto algunas personas ahogadas. A pesar de ello, sin poder precisar cuándo ni cómo, puedo sentir la frescura fría de esa agua contra mi piel. Con el tiempo, en ese caño adiviné el paso de las piraguas, aquellas canoas hechas de madera de un solo tronco. En ellas pasé largos ratos, como si fueran esquinas de madera suspendidas en el agua en las cuales nos sentábamos a hablar de la vida, como en cualquier barriada urbana.

El caribe, entonces, era ese territorio lejano y entrañable que fue conformando parte de mi naturaleza. Mi familia, los Petro, tuvo que haber llegado hacia mediados del siglo XIX a las tierras del Sinú, exactamente a San Pelayo y Cereté, porque el apellido se quedó ahí, no se extendió a otros lugares. Por la fecha de nacimiento de mi abuelo, 1898, en San Pelayo, Córdoba, mi familia debió llegar de Savona, en el norte de Italia a mediados del siglo XIX, pues así lo averigüé hace poco: es un apellido de

Liguria, al parecer de una familia noble del siglo X. Toda esa región fue receptora de inmigrantes y de ahí los ricos mestizajes que también son patrimonio del Caribe, como bien lo cuenta Alejo Carpentier en *La consagración de la primavera*.

Por contraste, mi madre provenía de un pequeño pueblo de Cundinamarca llamado Gachetá, uno de los primeros poblados fundados por los españoles en la provincia de Guavio. Durante la Independencia el pueblo tuvo entre uno de sus héroes a Manuel Salvador Díaz, quien estuvo al lado de Policarpa Salavarrieta. Un siglo largo después, cuando la Violencia bipartidista se desató a mediados del siglo XX, mis abuelos, liberales, debieron abandonar el pueblo bajo la amenaza cerril de los conservadores. Dice mi madre que el abuelo era poeta. La casa, en el marco de la plaza, daba cuenta de su estatus: eran pudientes, pero el encono entre bandos hizo que no tuvieran más remedio que dejarlo todo atrás.

Así que los Urrego vendieron la casa que después yo conocí de adulto, no hace mucho tiempo y que aún sigue en pie. Con el dinero compraron una ya usada en Bogotá, en el barrio Las Cruces, ubicado en la parte sur del centro de la ciudad. Era un barrio popular, de tradición obrera, de plazas de mercado, de gente trabajadora y honesta fundado por allá en el siglo XVII, llamado de esa manera, pues su iglesia fue consagrada a Nuestra Señora de Las Cruces.

Con el advenimiento de Jorge Eliécer Gaitán como figura política, desde los años veinte del siglo pasado, la población se había hecho gaitanista. En ese salto que dieron los Urrego, del pueblo a la ciudad, la condición social de mi familia se redujo.

Bogotá comenzó a urbanizarse de manera desmesurada debido a esa violencia que afectó a los míos y a miles de colombianos. Las migraciones se sucedieron unas a otras y en una de ellas los Petro, de Ciénaga de Oro, llegaron al bogotano barrio de Las Cruces, pues por ser popular pero muy céntrico era el destino

de muchachos que comenzaban sus estudios universitarios en la ciudad. El primero en llegar fue Francisco Soto, un familiar lejano. Él se casó con mi tía Elvinia, hermana de mi mamá, y con esa unión el destino de las dos familias se volvería a cruzar. Elvinia era secretaria del poderoso Fernando Hinestrosa, rector del Externado y a su casa llegó mi padre, de familia conservadora laureanista para estudiar en la capital. En su casa, mi madre, Clara Nubia Urrego Duarte, conoció a mi padre, Gustavo Ramiro Petro Sierra, se enamoraron y decidieron hacer la vida juntos.

Las Cruces era un barrio de gran alegría producto de esas migraciones. Allí también llegó el famoso músico Noel Petro, primo de mi padre, quien, además de convertirse en una de las grandes figuras de la música popular, protagonizó una historia de amor confusa, con la cantante Claudia de Colombia, que ella niega y él cuenta con desparpajo. Mi padre y mi madre me tuvieron a mí primero y luego a mis dos hermanos, y así transcurrió la vida en los años sesenta del siglo pasado, en ese barrio empinado de la ciudad.

Nosotros crecimos en Fontibón, después en Santa Fe, Chapinero y luego Los Alcázares. Lo de Pablo VI se debió a que en 1968 el papa Antonio Maria Montini vino al país. Para entonces, era un descampado abajo del gran almacén Sears, y de la carrera 24, y en esa zona comenzó a edificarse el barrio en honor al papa italiano. Menciono estos lugares y fechas, porque, al igual que me ocurrió con la Costa, cierta geografía emocional de Bogotá aparece por momentos como si fueran pequeños retazos. Me ocurre con frecuencia que cuando camino por la ciudad tengo la sensación de verme en esquinas o calles en las que estoy seguro de haber estado de niño. Pueden ser los lugares que recorrí cuando mi mamá nos llevaba al almacén Tía de Chapinero a comprar soldaditos romanos de plástico —aún los conservo—, o zapatos a los almacenes de la carrera trece. Mi padre, además,

era un buen espectador de cine, y muchos de los clásicos Peplum de la época, como *Ben Hur*, *Los amores de Hércules* o *Espartaco* los vi en las espléndidas y hermosas salas de cine que tenía Bogotá y de las cuales ya no queda ninguna, como el Scala, Radio City, el Embajador o el Palermo.

Mi mamá me recogía todos los días al frente del colegio San Felipe Neri, en Los Alcázares. Una vez, al salir, la vi del otro lado en la acera de la calle y decidí ir a saludarla. Aunque tuve la prudencia de mirar de un lado a otro antes de cruzar la calle, corrí en su dirección y, de repente, sentí el golpe. Era un carro enorme, de aquellos Plymouth 64, una barracuda, que se me vino encima. El señor que conducía se bajó del vehículo y me atendió. Se portó muy amable conmigo y con mi mamá. Me llevó a un hospital cercano. Cuando me atendieron, se dieron cuenta de que solo tenía una clavícula lesionada.

Lo positivo de ese accidente fue que mi mamá, por el miedo que sintió, decidió sacarme del colegio. Más allá de ese hecho fortuito, en el San Felipe Neri me trataban muy mal. El único recuerdo que tengo de esa institución, fuera del accidente, era que me sentía incómodo. Había una profesora autoritaria y violenta. Creo que esa violencia era la razón de que el colegio tuviera malos estudiantes y de que ellos no dieran los resultados esperados en las pruebas. El accidente del carro me permitió salir de ahí, y por eso me salvé.

Del San Felipe Neri pasé al Gimnasio Canadiense, un cambio de 180 grados. En el Canadiense el afecto me salvó. Mis maestras tenían la vocación pedagógica de enseñar. Aprendí a leer con entusiasmo en la cartilla *Nacho*, y como fue una educación tradicional, de matemáticas, historia, geografía y lectura, le tomé mucho amor a la lectura. De esa época, reivindicó el entusiasmo que me transmitieron por aprender, por la curiosidad. Si no alcanzaba en las clases, siempre estaban los libros para

abrir nuevas puertas hacia el saber. El tema de la lectura, por supuesto, también me venía de la casa. Mi padre era un buen lector, un lector con biblioteca, mejor dicho. De ese momento recuerdo los clásicos Jackson, esos libros azules y gruesos que a manera enciclopédica reunían clásicos de la literatura. Así como los instantes de los que hablaba hace unos párrafos, se me ocurre que algo similar pasa con los libros. Recuerdo, por ejemplo, el título de uno de ellos, que no deja de ser curioso: *La vida de los doce césares*, de Suetonio, pero también, desde luego, los dos tomos de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* y una biografía de Napoleón. Había, además, teatro español y ruso, y libros de historia. Ver al papá o la mamá leer tiene efectos directos en la sociedad. Si el padre o la madre estudia y lee, hay una alta probabilidad de que el hijo también sea buen estudiante y lector. Así que le agradezco mucho a mi papá por enseñarme a leer. Eso fue lo que realmente despertó mi amor por la literatura.

Fui un lector ávido. En la adolescencia ya leía *Las confesiones*, de Jean Jacques Rousseau, una suerte de autobiografía, y desde ahí comenzó a interesarme la historia. Libros sobre Roma, Grecia e historia universal, que me permitieron profundizar más sobre diferentes épocas. Me sumergí de lleno en ellos convirtiéndome en el mejor estudiante de historia. De todos modos, no dejé de leer novelas, quizás muy avanzadas para mi edad, como *Miguel Strogoff*, de Julio Verne, en primaria, y, más adelante, *Crimen y castigo*, de Fiódor Dostoievski.

* * *

Si mi infancia está vinculada a aquello que he narrado hasta aquí, con el trasfondo de las historias de mis padres y mis dos hermanos, y el trasegar por una ciudad que, como Bogotá, cre-

cía a pasos agigantados, mi preadolescencia coincidió con la mudanza a Zipaquirá, una población a unos treinta kilómetros de Bogotá, a donde llegamos, pues a mi papá lo trasladaron de Vergara, Cundinamarca, donde trabajaba como secretario de una Normal de varones.

El recuerdo de ese momento tiene que ver también con la lectura del primer tomo de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Debí ser en primero de bachillerato que lo leí, porque fue en ese grado cuando entré al colegio nacional La Salle, que antes se llamaba Liceo Nacional, el mismo al que había sido enviado, hacia los años cuarenta, Gabriel García Márquez y en donde descubrió, alelado, a los clásicos del Siglo de Oro Español y leyó a Verne, Hugo, Salgari o Dumas.

La educación del colegio San Juan Bautista de La Salle era evidentemente franquista. Todos los estudiantes salían muy influenciados por la figura del dictador español, que tuvo una gran influencia en Colombia, en particular en los sectores conservadores y eclesiásticos, a tal punto que presiento que fue el fundador real del conservatismo colombiano, en su versión fascista.

Los años de la primaria los hice en la escuela anexa a la Normal de Zipaquirá, una escuela pública. Los años del bachillerato los hice en el Colegio Nacional San Juan Bautista de La Salle, la misma institución pública a la que había ido Gabriel García Márquez. Allí viví, quizás con una conciencia distinta, las diferencias entre clases sociales. Unos años antes, en la escuela anexa a la Normal, cuando llegamos a Zipaquirá unos niños llevaban alpargatas y otros usábamos zapatos de cuero, comprados en el barrio El Restrepo. Más allá de la comodidad de las alpargatas, lo que quiero significar es que esas distancias se me comenzaron a hacer evidentes. A pesar de que mi padre, como secretario de la Normal, ganaba poco, yo gozaba de una especie de estatus que muchos de mis compañeros no tenían.

Como mantenía una relación estrecha con la lectura, en La Salle sacaba provecho académico, y muchas veces pude corregir a los profesores o adelantarme a lo que iban a decir. Los curas lasallistas administraban el colegio y, a pesar de ser público, ellos le imprimían un filtro social. No entiendo bien cómo lo hacían, pues era prácticamente gratuito. La pensión era muy barata, la podíamos pagar nosotros, pero no todos podían inscribirse. Allí entraban a estudiar los niños de la sociedad zipaquireña. En cambio, los hijos de los obreros zipaquireños iban a estudiar a un colegio, también público, que se llamaba La Industrial, de donde salían para ser obreros industriales; por eso su nombre. Esas familias trabajan en las fábricas aledañas más importantes, pues era un pueblo industrial y de mineros de la sal.

Cuando entré a La Salle, empecé siendo el primero del curso durante todos los meses y nunca dejé de serlo. Me ayudaba mi amor a la historia, la geografía y mi buen nivel en matemáticas. Desde el primer mes ya estaba por encima del resto de mis compañeros, pero socialmente comencé a ver algo que nunca había sentido. Es en ese colegio adquirí mi vocación política.

Al colegio no entraban los hijos de las personas ricas de Zipaquirá porque, en teoría, no había personas ricas. El único rico que había en el pueblo era un señor propietario de grandes extensiones de tierra que había sido un campesino antes. Era una de las figuras más importantes del municipio. Había otro señor, que después conocí un poco mejor, llamado Severo Escobar; uno de sus hijos estudiaba conmigo. El señor Escobar terminó siendo el primer narcotraficante capturado en la historia de Colombia, cuando empezaba a conformar una especie de cartel en Zipaquirá. Pero nosotros no teníamos idea de eso. Era un godo, del Partido Conservador, o por lo menos esa era la imagen que me dejaba en el colegio su hijo, quien llegaba muy bien vestido y con unas motos enormes. Las niñas de otro colegio,

también de esa misma sociedad, donde estudiaba mi hermana, Adriana, salían encantadas a ver a ese muchacho para tratar de entablar amistad con él.

La mayoría de los estudiantes de La Salle eran de clase media. Eran los hijos de los ejecutivos de las empresas, de los abogados, de los médicos del pueblo, de los odontólogos, de los gerentes de banco. El papá de uno de mis mejores amigos, de apellido Echeverry, era el gerente del Banco de Colombia. Vivían en un barrio donde las casas eran mucho mejor construidas que las del barrio donde yo vivía, La Esmeralda. A través de él aprecié por primera vez lo que era la diferenciación social.

Los curas querían que en su colegio solo estudiaran los hijos de esa sociedad, no los hijos de los obreros, y yo vivía en un barrio de los obreros, pues era el hijo de un asalariado, solo que ese secretario estaba estudiando en la universidad nocturna Administración de Empresas. Hoy pienso que esa es la razón por la cual los curas me dejaron entrar, pues tenían, como ya dije, un sesgo de estratificación social y exclusión. A esa edad empecé a ver y a entender que existían diferencias sociales indudables. El hecho de ser el mejor estudiante me generaba un tipo de amigos y otro tipo de celos. Fue una situación difícil. Mis calificaciones y la educación tardía de mi papá me permitieron pasar y estar bien en el colegio, donde estuve contento durante mis primeros años.

Mi pasión por la historia me obligaba a saber de geografía y, entonces, en el bachillerato convertí en juego y pasatiempo calcar mapas a escala, mapas que tuvieran el sistema geográfico en colores. Esa atracción por la literatura y la geografía me condujo, coincidentalmente, a las matemáticas, mi gran fuerte. Así como la lectura me llevó a conocer la historia universal, las matemáticas me llevaron a la economía. Y eso fue lo que marcó mi elección de profesión. Nunca he ejercido como economista, pero es una disciplina que me ha servido como gran instrumento de análisis.

En 1970, cuando terminaba la primaria en Zipaquirá, ocurrió un hecho político del que fui espectador. Lo recuerdo perfectamente, por la espina gaitanista de mi mamá. Cuando ella me contaba sus cuentos para que me tomara la sopa, no solo me hablaba de los romanos, sino también de Gaitán. Me decía que ese señor era un luchador, que lo habían matado y era del pueblo. Nosotros, hacía énfasis, también éramos del pueblo, y del pueblo de Gaitán. Ella era mucho más política que mi papá, quien se jactaba de ser laureanista, aunque nunca hizo activismo. Ella, en cambio, sí. En los años sesenta se volvió parte de la Anapo del general Rojas Pinilla y así me amarró a esa raíz de la historia real de Colombia. Cuando llegaban los martes, el día de hacer mercado en la plaza, ella se reunía allá con activistas y traía a la casa el periódico *Mayorías*. Una vez, encontré en un ejemplar un afiche de la bandera azul, blanca y roja de la Anapo. Yo lo colgué en mi cuarto, que compartía con mi hermano, Juan Fernando, sin imaginar la importancia que esa bandera iría a tener después en mi vida.

A mi papá no le gustó mucho el afiche, pues decía que en las elecciones presidenciales iba a votar por Misael Pastrana y no por el general Rojas Pinilla, pero yo era solidario con mi mamá. Además, a él no le disgustaba el pensamiento político de ella. A mi mamá la recuerdo siempre tratando de construir su hogar, de hacerlo bonito, mandaba tumbar paredes para ampliar el espacio de nuestra sencilla vivienda. Tenía buen gusto, a veces me compraba ropa usada que ella llamaba “de los gringos” y que encontraba en avisos o clasificados de gente que quería vender sus cosas porque se iban. La recuerdo en Zipaquirá, esclavizada por las tareas de prender la estufa de carbón, muy temprano. Así, podíamos desayunar para ir al colegio y bañarnos con agua caliente en un pueblo tan frío.

El día de las elecciones, el 19 de abril, yo cumplí diez años y estaba en mi casa de la calle octava, en el barrio La Esmeralda, que quedaba frente a un matadero horrible, a donde iba a parar el ganado. Ese día las matemáticas me llevaron a sumar y a restar, a hacer quebrados y reglas de tres, incluso hasta sacar raíces cuadradas, de las que ya sabía un poco entonces. Quería hacer un experimento con las elecciones. Copié los datos que daba Radio Todelar del conteo de mesas, departamento por departamento, en una libreta. Todos mis cálculos daban que iba a ganar Rojas Pinilla cuando, como a las seis de la tarde, decretaron el toque de queda. Toda la familia quedó encerrada en la casa y yo, por la ventana, vi pasar de noche varios carros militares, que tenían una especie de lámparas enormes para alumbrar las aceras.

Al día siguiente, cuando me desperté, prendí la radio y seguí haciendo las cuentas de los boletines, pero ya se había anunciado que el ganador era Pastrana. Vi la tristeza de mi mamá y también la de mi papá, quien, unos años atrás, cuando aún vivíamos en Bogotá, había llegado un día a la casa muy triste con un ejemplar del periódico *El Vespertino* bajo el brazo, en el que se anunciaba en la primera página la muerte del Che Guevara. Yo no sabía quién era el Che ni entendía por qué mi papá estaba tan triste, pero más adelante aprendí que, si bien él era laureanista, también amaba al Che Guevara.

Ese fraude significó muchas cosas para Colombia. Por supuesto, el surgimiento del M-19, a donde yo iba a militar, pero creo que sublevó y colmó la paciencia de miles de jóvenes que ya estaban sintonizados con los vientos de cambio que se habían iniciado en los años sesenta, con la Revolución cubana, la primera ola feminista, la píldora, el surgimiento del movimiento de los derechos civiles, la guerra de Vietnam, el levantamiento de Mayo del 68, Woodstock y un largo etcétera de hechos que pusieron a los jóvenes en un primerísimo plano.

Ante mi toma de conciencia social algo comenzó a revelárseme con mayor fuerza: la injusticia social era arrasadora e intolerable.

Fueron años convulsos: en septiembre de 1973 ocurrió el golpe de Estado contra el presidente Salvador Allende, en Chile. Ese día, un silencio se adueñó de mi colegio franquista. Los curas no llamaron a clase y los estudiantes quedamos en un extraño gran recreo, en el que todo el mundo cuchicheaba y nadie hacía lo que solía hacerse en esos momentos, como jugar al fútbol. De pronto, no sé quién tuvo la iniciativa, salimos a la calle que daba sobre la vía que va hacia Ubaté. Notábamos que había algo en el aire que pesaba y entonces decidimos paralizar el tráfico. Un grupo comenzó a mover un carro para voltearlo, pero no en un acto de activismo político; solo sabíamos que un corrientazo nos había estremecido. Esa sensación venía, seguramente, de las historias que escuchábamos de las revoluciones sociales y generacionales que mencioné y las propias iniciadas por los movimientos estudiantiles como las grandes marchas de los santandereanos ese año. Todo eso, quizás de forma inconsciente, impactaba nuestra subjetividad de muchachos de colegio.

Así fue que terminamos bloqueando la carretera en solidaridad con un presidente socialista que había sido derrocado a través de la violencia. Ese evento me marcó personalmente y me estigmatizó a los ojos de los curas. Nadie se esperaba, y ellos menos, que el mejor estudiante de la clase, el más juicioso, del que nadie creía que pudiera pronunciar una grosería ni irse a las trompadas, hiciera parte de las protestas. Pero dentro de mí había surgido una solidaridad con la historia del pueblo, con la lucha por la justicia, con Gaitán asesinado y con el proyecto de la Anapo.

Así, pasé a ser muy atractivo para algunos compañeros de clase. Uno de ellos, de apellido Navarrete, que después terminó

en la Policía, me invitó a ser parte de un grupo de estudio en el que se leían los libros que había en la biblioteca del colegio. A pesar de que era una institución franquista, cuando me uní logré encontrar entre los anaqueles un libro sobre cooperativismo del socialista galés Robert Owen y otro que hablaba sobre socialismo científico. Empezamos a leer sobre el pensamiento de la izquierda, sobre marxismo, con *El capital* a la cabeza, que rápidamente pasó a ser uno de mis textos preferidos. Entre los compañeros teníamos discusiones políticas y filosóficas en un centro cultural que fundamos y al cual bautizamos Gabriel García Márquez. Para ese momento, los curas me tenían entre ojos. Pensaban que me había convertido, además de buen estudiante, en comunista.

Más adelante me enteré de que el grupo de estudio al que asistía era dirigido por el Partido Comunista de Colombia – Marxista Leninista, que venía de fundar en 1967 el Ejército Popular de Liberación (EPL) en Antioquia.

* * *

Para 1974, yo había salido pocas veces de Zipaquirá. Solo de vez en cuando visitábamos a nuestros parientes en Bogotá. Tenía, en líneas generales, una vida de colegio público, de secundaria, muy agitada desde el punto de vista intelectual. Era la de vida de un buen estudiante de 14 años. En el pueblo no había discotecas, más bien pocas distracciones, lo que me permitía concentrarme en las discusiones que surgían en mi círculo de estudio. Ir al centro cultural Gabriel García Márquez, que yo había fundado junto con otros compañeros del colegio, representaba para mí una hora de libertad. Debíamos sobre literatura y política. Declamábamos poesía y montábamos obras de teatro. Discutíamos sobre el socialismo, la injusticia social y las posibilidades

de llevar a cabo una revolución en el país. En esas sesiones fui formando mi subjetividad juvenil.

En el círculo leíamos mucha teoría. Para informarnos sobre los sucesos que acontecían en Colombia y en el mundo, consultábamos la prensa escrita, en especial la revista *Alternativa*, que nació ese mismo año, en febrero de 1974. Era de izquierda y en ella podíamos leer lo que no publicaban los medios tradicionales. Incluía una lectura de la prensa sindical y había ciertos columnistas que se decían de izquierda y que yo leía todos los días, como Enrique Santos Calderón y Antonio Caballero. A veces miraba televisión, pero estaba demasiado maniatada por el Estado.

Con los del círculo también leíamos sobre la guerra en Vietnam. Para nosotros, la victoria de los muchachos armados de ese país había representado un avance fundamental, a pesar de haber tenido un alto costo social. Había generado la sensación de que el dueño del poder mundial, los Estados Unidos, podía ser derrotado. Eso fue como un tsunami que generó unas oleadas que se sintieron en todo el mundo. En Colombia, para entonces, existía un sindicalismo de industria, en especial de industrias estatales y de algunas privadas, pero nunca dejó de ser incipiente. En el campo, en cambio, se estaba desarrollando un movimiento campesino muy fuerte, sobre todo en el Caribe, en los departamentos de Córdoba y de Sucre. Allá, en el lugar de origen de mi familia, miles de campesinos se tomaban las tierras de los grandes terratenientes.

Esas movilizaciones eran dirigidas por la Asociación Colombiana de Usuarios Campesinos (ANUC), que había nacido en 1967 durante el mandato del liberal Carlos Lleras Restrepo, el mismo presidente que había aceptado el robo de las elecciones del 19 de abril de 1970. Lleras Restrepo tenía un pensamiento en cierta forma progresista desde un punto de vista liberal, si se mira desde la perspectiva actual. Él fue el artífice de

un proceso de sustitución de importaciones, que pregonaba teóricamente la única escuela de economía que ha tenido América Latina, que es la Cepal. Esta escuela buscaba un desarrollo capitalista a través del examen estructural de nuestras sociedades y era el pensamiento económico dominante en muchos países de la región, que entendieron que por esa vía se podría acrecentar la industria nacional. Su propuesta principal era la reforma agraria, en un sentido democrático. Es decir, eliminar el poder que tienen en los gobiernos y en el mundo rural los terratenientes derivados del viejo colonialismo (una forma de feudalismo) y, a partir de esas reformas agrarias, aumentar el mercado interno y promover, por medio de la sustitución de importaciones, el crecimiento industrial de nuestros países. Bajo esta lógica, México, Argentina y Brasil empezaron en esos años a fomentar sus aparatos industriales. La Cepal proponía una agenda que hoy, de hecho, debería ser parte del programa progresista de todo el continente.

Colombia, a diferencia de los países mencionados, se quedó a mitad del camino. De todas formas, bajo esa tesis, Lleras Restrepo tuvo la intención de hacer una reforma agraria estilo democrático. Su gobierno organizó de manera muy rápida unos movimientos campesinos, que empezaron siendo liberales, tal cual habían sido las guerrillas liberales de los años cincuenta, pero que en poco tiempo transitaron hacia la izquierda, hacia partidos como el Partido Comunista Marxista Leninista, de vertiente maoísta, y su brazo armado, el EPL. Para 1971 estos movimientos campesinos estaban en manos de organizaciones de izquierda revolucionarias. A su vez, en las ciudades había una serie de movimientos estudiantiles muy influenciados por los acontecimientos de Mayo del 68 y de la revolución vietnamita. Estos grupos, que se movían en las universidades, eran pequeños desde el punto de vista de la cobertura de la juventud.

Estaban conformados por una élite estudiantil que pasaba a construirse como una militancia de izquierda.

En Zipaquirá, a cuarenta minutos de Bogotá, llegaban los ecos de las proclamas de estos estudiantes. Y, poco después, ellos mismos empezaron a llegar. Eran muchachos jóvenes bogotanos que venían a formar círculos de estudio; yo me integré a uno de ellos. En esas sesiones, de forma muy académica, estudiábamos temas como el capital, el desarrollo industrial del capitalismo y los efectos que producía. Aquellos círculos, sin embargo, tenían un problema: se dirigían exclusivamente a los estudiantes locales, cuando con facilidad hubieran podido contactar a los trabajadores industriales. Yo solo tenía que caminar dos cuadras desde mi casa, en dirección del barrio La Esmeralda, para adentrarme en el mundo de los obreros industriales.

Allí, en La Esmeralda, observaba de primera mano la cultura obrera. Con algunos amigos empezamos a sospechar que debíamos salirnos un poco de la lectura y pasarnos a la práctica, a organizar un movimiento obrero, que ya comenzaban a ser muy importantes en las ciudades industriales. Eso sí, no pretendíamos abandonar la lectura: leer sobre marxismo nos ayudaba teóricamente. Sin embargo, dentro de mí había otra herencia distinta a la de Marx. Era la herencia de mi madre, de la Anapo, que era una vertiente completamente diferente, inscrita en una lucha popular nacida de los valores culturales y de la historia propia de Colombia.

En este contexto, el 19 de abril de 1974, mientras cursaba cuarto de bachillerato, sucedió una conjunción histórica para el país: surgió el Movimiento 19 de Abril, el M-19, que fusionaba justamente las discusiones que salían de los círculos estudiantiles de izquierda revolucionaria con la historia real de Colombia. La primera acción militar con la que el M-19 se dio a conocer fue la recuperación de la espada de Bolívar el 17 de enero de ese

año, un gesto de propaganda armada muy simbólico. Ese mismo día se tomó el Concejo de Bogotá y se reivindicó como un movimiento anapista que denunciaba el fraude electoral del año 70. Una parte de sus integrantes eran dirigentes de la Anapo, sin formación marxista, pero que habían decidido juntarse con otros que sí la tenían, y que eran jóvenes disidentes de las FARC, como Jaime Bateman, Carlos Pizarro, Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad, Luis Otero Cifuentes y Vera Grabe. Esa conjunción configuró el nacimiento de lo que se llamó el M-19.

Sin embargo, para entender el surgimiento del movimiento, hay que mirar más allá de la coyuntura. Es importante tomar en cuenta la tendencia a levantarse en armas que ha tenido la resistencia popular en nuestra tierra desde hace siglos. Los comuneros, en el siglo XVIII, no dejaron de armarse; los indígenas también estaban armados en su resistencia a la conquista. La idea guerrillera propiamente dicha, de hecho, venía de los españoles, quienes formaron guerrillas en contra de la invasión francesa poco antes de la independencia de las colonias americanas. Eran guerrillas monárquicas, pero su popularidad influyó en la mentalidad neogranadina y latinoamericana. Por eso Santander no encontró otra forma de resistir la Reconquista que configurar guerrillas en los Llanos. Esa vertiente de resistencia armada popular estaba muy presente cuando nació el M-19.

Tampoco se puede pasar por alto la influencia de otras guerrillas latinoamericanas. En esos primeros días, cuatro tupamaros hacían parte de la comandancia del M-19. Ese movimiento, en el que militó José Mujica, había sido derrotado en Uruguay a partir de las acciones violentísimas de la dictadura de Juan María Bordaberry. Los cuatro tupamaros llegaron a Colombia exiliados, escapando de la dictadura, y encontraron su lugar en las filas del M-19. Por eso, desde sus inicios, el M-19 estuvo impregnado de la historia y de las formas de lucha urbana de

los tupamaros. Los dos movimientos eran, de alguna forma, gemelos. La diferencia es que en Uruguay no existe lo que sí hay en Colombia: montañas, selvas, grandes extensiones donde la resistencia popular ha hecho su cuna. Los tupamaros, por haber surgido en un país tan pequeño, buscaron llevar a las ciudades la lucha guerrillera que había emprendido el Che en las montañas de Bolivia. Pero esa estrategia —la lucha armada urbana— los condenó al fracaso, al igual que ocurrió con los montoneros en Argentina.

Por supuesto, yo no conocía nada de esto cuando oí hablar por primera vez del M-19. Lo que sentí, en cambio, fue un interés inmediato. El movimiento me conectó con la realidad del país, con las historias de mi mamá sobre Gaitán, Bolívar y la Anapo. Fue como si hubiera tocado una cuerda de guitarra que congojaba, que hacía resonancia con algunas fibras intensas dentro de mí. Empecé, entonces, a seguirle la pista. Me enteraba de las acciones que llevaba a cabo en barrios pobres, como entregar leche, y observaba la simpatía que comenzaba a desencadenar en el país, una emoción muy distinta a la apatía que generaba la izquierda tradicional del Partido Comunista, que nunca logró, en general, llegar al alma popular de Colombia. El M-19, en cambio, sí lo hizo, y de forma muy rápida, empezando con la campaña previa a su lanzamiento, que consistía en anuncios publicitarios en los medios y en que todo el mundo creía que eran de un desinfectante.

Desde el inicio, el discurso del M-19 fue profundamente popular. Eso causó recelo en el mundo de los círculos de teoría de estudiantes bogotanos a los que yo pertenecía. Para el marxismo, el retiro de la espada de Bolívar no era sino un impulso de la burguesía. La izquierda que llamaba al M-19 un movimiento pequeñoburgués nunca entendió el aporte que estaba haciendo para lograr la transformación del país. No entendían

que las coordenadas del M-19 se encontraban alineadas con los sentimientos del pueblo. En los círculos de estudio, la izquierda revolucionaria juvenil y estudiantil no aprobaba esas acciones. Pero a mí algo me decía que en ellas había una lógica, que las posibilidades de una transformación real para Colombia pasaban por ganarse el corazón del país.

Mis amigos y yo éramos jóvenes, casi niños, teníamos apenas 14 años, y estábamos todavía bajo la influencia de esos jóvenes universitarios que venían de Bogotá. Ellos trataban de irradiar sus grupos de izquierda, pero tenían mucha dificultad a la hora de organizar a un obrero. Algunos tuvieron un relativo éxito, pero lo que estaba llegando al mundo obrero era una fuerza clandestina revolucionaria de organizaciones armadas, y no los muchachos de las universidades públicas de la capital. Al introducirnos cada vez más en el movimiento obrero íbamos notando que había varias facciones. Por un lado, estaban los líderes sindicales de Zipaquirá. Unos eran militantes del ELN, otros eran de los que llamábamos ML; mejor dicho, maoístas. Ellos tenían un discurso radical y lo reivindicaban, mes a mes, en unas huelgas a las que nosotros íbamos y ayudábamos. Ese mundo era intelectualmente tan sofisticado como el de los universitarios. Discutían de política en las mesas de la tienda tomando cerveza, que en ese entonces no se enfriaban y se llamaban “amargas”. También jugaban tejo y llevaban a cabo una costumbre típica de la Sabana de Bogotá, la de hacer las planchas de las casas colectivamente. Nosotros nos dimos cuenta de que una cosa era este mundo de la élite sindical muy preparada y avanzada, y algo muy distinto era el mundo obrero como tal, que también conocíamos. Los obreros de base votaban por el Partido Conservador y cada vez que había elecciones en Zipaquirá los que ganaban eran los partidos tradicionales. Era un pueblo básicamente liberal, que ya había olvidado el momento de la Anapo.

La Anapo, sin embargo, aún tenía un líder en el pueblo, llamado Everth Bustamante. Y, a pesar de que yo conocía de su existencia, me sorprendió que, por esas fechas, aparecieran en las paredes de Zipaquirá afiches de trabajadores que parecían de la Anapo. Luego me enteré de que eran, de hecho, del M-19. El movimiento, de manera silenciosa, venía desarrollando una organización clandestina al interior del movimiento obrero de Zipaquirá. Y su líder era el mismo Bustamante, quien, como muchos anapistas, había transitado hacia el M-19.

Mis amigos y yo nos demoramos en darnos cuenta de que los integrantes del M-19 ya estaban al lado de nuestras casas. En las mingas para hacer el segundo piso de una casa, en las jugadas de tejo y en las tomatas de amargas, ellos se iban infiltrando poco a poco y ganando su lugar. Con el tiempo, pudieron lograr con los obreros lo que los jóvenes estudiantes nunca pudieron: organizarlos. Era un problema de concordancia. El discurso de los muchachos universitarios no era entendible para el mundo obrero, mientras que el mensaje simbólico del M-19, entregando leche y hablando de Bolívar, calaba hondo.

Por esas fechas, ocurrió un evento muy importante en mi vida. En 1975 fui solo, sin mi papá, a la tierra de mis ancestros, a Ciénaga de Oro. En ese viaje, con el que comencé este capítulo, experimenté mi reencuentro con el Caribe. Antes de hacer el trayecto, nos visitó en Zipaquirá un tío costeño, Álvaro Petro, que era abogado y usaba camisas rojas muy extravagantes, que levantaban cejas en el mundo cachaco. Ese tío nos había comentado que iba a estallar una revolución. Yo ya tenía mis ideas propias al respecto, pero me sorprendió que hablara en términos tan tajantes. En Córdoba, él había visto cómo las invasiones campesinas se tomaban los grandes latifundios y la gran insurgencia desarmada en la Costa. Al llegar al altiplano cundiboyacense, Álvaro pensó que en todo el país estaba sucediendo lo

mismo y por eso estaba convencido de que iba a estallar la revolución. No sabía que esos alzamientos solo habían ocurrido en Sucre y Córdoba. Aun así, cuando viajé a Córdoba en el 75, las palabras de mi tío retumbaban en mi cabeza. Quería conocer de primera mano el asunto de los campesinos, porque yo era completamente ignorante de la cultura costeña. Para mí ese encuentro con la tierra de mis ancestros fue fascinante.

Allá empecé a conectarme ideológicamente con el mundo de la izquierda, compuesto de los jovencitos que eran el derivado de las luchas campesinas de las que me había hablado mi tío. Conversé con varios de ellos. Eran muchachos que vivían en chozas y en casas de palma, donde albergaban libros, pero también municiones; pertenecían a un mundo que estaba armado. Muchos de ellos ya hacían parte de organizaciones armadas, sobre todo del Ejército Popular de Liberación (EPL), que tenía mucha presencia en esa región. Yo venía con mis simpatías por el M-19 y ellas confluyeron con mi simpatía por estos muchachos.

En ese viaje aprendí del mundo de las mujeres. Yo tenía 15 años y, claro, sentía interés por el universo femenino, tan ajeno al mío y que a esa edad genera tanto susto. En Zipaquirá no podía conocerlo, porque allá, como en toda buena sociedad conservadora, había un *apartheid* de género. Las niñas estaban en unos colegios, los niños en otros, y el único momento en el que se podían cruzar las miradas era durante la misa. El gran pasatiempo de los muchachos era salir a los escalones de la iglesia para mirar a las muchachas al salir de la ceremonia. En la Costa, en cambio, existía otra cultura. Había una exuberancia desconocida para mí, gracias en parte a la cantidad de culturas presentes, a la inmigración de árabes y europeos que se habían mezclado con lo indígena y con lo afro. Esa exuberancia me conquistó enseguida. Aprendí a bailar, a relacionarme con muchachas muy francas, a enamorarme. Toda mi formación académica,

las cientos de horas que había pasado como un ratón de biblioteca estudiando la izquierda, chocaron con la abundancia de espíritu que conocí en la Costa y que más adelante volvería a encontrar en la literatura de la región.

Entre los muchos autores del mundo caribeño, de entrada me identifiqué sobre todo con Alejo Carpentier, porque sentía que nuestras experiencias eran similares: la del extranjero que, de pronto, se topa con la riqueza del Caribe. Por otro lado, yo había leído de arriba abajo los libros de García Márquez, y en mi viaje a Córdoba constaté que *Cien años de soledad* era, de hecho, el mundo cultural del Caribe. Macondo no es una invención. Macondo está ahí. Es más, casi todas las historias de esa novela son reales. García Márquez las escuchaba desde niño, por boca de sus abuelos y parentela extensa y, al crecer, en las parrandas con guitarras, gaitas, acordeones y tambores que montaban los campesinos y su genio, fue incorporarlas al lenguaje universal de la literatura. Eso fue justamente lo que le dio vida a su obra, y yo lo presencié en Córdoba. No había que leer el libro sino vivirlo. Y yo, con emoción, lo estaba viviendo. Desde ese momento nunca más perdí mi identidad costeña. Durante los siguientes años, aproveché cada una de mis vacaciones para viajar a la Costa, una tradición que sostuve hasta que la represión del Estado me obligó a dejar de hacerlo. Era ahí donde me sentía en casa, no en Zipaquirá. Yo me burlaba diciendo que mi vida la vivía realmente en Ciénaga de Oro.

Un año después del viaje, a los 16 años, me gradué del colegio. Los curas no me querían, por mi dialéctica y por ser de izquierda. Ellos querían expulsarme del colegio, pero gracias a mis altas calificaciones esa idea no prosperó. De todas formas, lograron empañar el gran acto estelar de mi vida hasta ese momento: poder graduarme con todas las medallas que me había ganado por mi rendimiento académico. El colegio, a

sabiendas de que me las merecía, decidió no entregármelas en la ceremonia de grado, por mis posturas políticas. Más adelante me enteré de que muchos de los padres de mis compañeros, con los que yo tenía tanta camaradería, le habían dicho al rector que no me dieran las medallas porque yo era comunista. El colegio, a pesar de ser público, era de la élite, y no de una élite liberal, sino conservadora. De agricultores que se habían enriquecido a través de sus cultivos de papá y que eran franquistas. Cuando yo llegaba a la casa de mis compañeritos para ayudarles con sus tareas, veía en las paredes de la sala cuadros de Franco, y después entendí por qué esos niños empezaron a desarrollar una especie de piquiña contra mí, que se expresaba en el colegio, pero también en la sociedad. Y no solo contra mí, sino contra mi familia.

Mi familia y yo nunca habíamos insultado a nadie ni teníamos nada que ver con la sociedad zipaquireña. Aun así, algunos de ellos nos consideraban intrusos porque el apellido Petro no era de la región. Nuestras raíces eran de la Costa, así no habláramos con el acento de esa región ni exhibiéramos una cultura propiamente costeña. El único que sí la exhibía era mi papá, y entonces, claro, toda la familia constituía para ellos un elemento extraño. Además de eso, el mejor estudiante del colegio había resultado comunista, y esa fue la gota que colmó la copa para estas familias, que no querían que sus hijos se volvieran amigos con ese peladito inteligente de apellido Petro. Poco a poco, me hice consciente de ese tipo de exclusión, pero nunca pasó de ser una anécdota para mí, pues al salir del colegio entré inmediatamente a la universidad.

Pero antes de eso hubo un hecho que jamás nos perdonaron. Sabedores de que Gabriel García Márquez había estudiado en ese colegio, pero que los curas lo ocultaban, decidimos buscar el mosaico, ese retablo de fotos de último año, de García Márquez.

Nos subimos al último piso, donde reposaban mosaicos llenos de polvo, tirados por doquier en el piso, y lo encontramos; Isidro forero se quedó con la foto, tiempo después me dijo que la había entregado a una fundación. El colegio estaba ocultando la figura más destacada de sus estudiantes. Los curas nunca nos perdonaron la operación que hicimos de manera clandestina, con estudiantes campaneros que nos daban las “zonas” para que no nos descubrieran. Ese fue casi mi primer operativo. Un operativo cultural. No todos los curas eran de derecha, solo los viejos. En mí tuvo una gran influencia el profesor y padre lasallista Medina, era muy joven; de él aprendí el amor a la filosofía y a la teología de la liberación. Desde entonces, permanece a mi lado el amor al pobre, la opción preferencial por los pobres. Eso no lo aprendí del marxismo, sino del cristianismo liberador. Dios está en el pobre, en la vida misma, en la luz inmanente.

Gracias a mi alto rendimiento en el colegio, saqué uno de los mejores puntajes del Icfes en el país. En ese entonces, el puntaje máximo era de 650 puntos, y yo saqué 580 y pico. Eso me permitía entrar a una buena universidad. Mi mamá me propuso que estudiara Medicina, pero yo ya me inclinaba por Economía. Por esa época, había dos facultades importantes: la de la Nacional y la del Externado. Yo elegí la universidad que había sido parte de la historia de mi familia: el Externado. Allá, como ya dije, trabajaba mi tía y había estudiado mi papá. Además, las facultades de Economía de ambas contaban con los mismos profesores, entonces era casi lo mismo. La única diferencia era que el Externado era privada, aunque de todas formas era muy barata. Al comienzo conseguí un crédito del Icetex y después accedí a unas becas que la facultad le otorgaba a los dos mejores promedios de la clase. El que se ganara la beca no tenía que pagar la matrícula del semestre siguiente. Así que empecé a ganármelas, siguiendo con el impulso del bachillerato, siendo el mejor estudiante.

Hasta que el M-19 llegó a mi vida.

Nosotros habíamos organizado en el bachillerato un grupo al que llamamos el JG3, que fundé con unos amigos durante mi último año de bachillerato. El grupo se llamaba así porque esas eran las iniciales de nuestros nombres. Uno de los integrantes se llamaba Jairo Navarrete, del que ya hablé, pues fue el que más adelante entró a la Policía. El otro era Germán Ávila, Gonzalo Galvis, y yo, la tercera G, Gustavo Petro. En un principio, Jairo se metió a la Policía después de salir del bachillerato para formar una organización revolucionaria desde adentro. Fracasó en ese intento y se convirtió en capitán. En nuestro grupo también estaba Gonzalo Galvis, un amigo mío que eventualmente se fue del país. En ese entonces, éramos muy cercanos y él vivía en el municipio de Cajicá. Los cuatro conformamos el JG3. A veces nos acompañaba un estudiante universitario de Zipaquirá que había pasado por nuestro mismo colegio. Se llamaba Ernesto Cuevas. Él murió en una acción posterior en el M-19, en el paro cívico de 1981, y tenía unos niveles intelectuales mucho más elevados que los nuestros. Nos llevó a leer a escritores que no eran de línea marxista clásica, como Michel Foucault. Eso me marcó porque las discusiones que teníamos con él eran de un nivel muy alto y nos seducían, cada vez más, a llevar nuestras vidas a un nivel superior. Él estudiaba Economía y me influenció a la hora de escoger esa carrera. Con Jesús Ernesto aprendí en realidad a ser librepensador, a criticar la ortodoxia, a dudar de lo que leía y a tomar distancia de las doctrinas. Un Marx vivo, decía él, un Hegel vivo, un Foucault vivo; las doctrinas no eran más que pensamientos muertos. Lloré su muerte y el día de la explosión que lo mató yo estaba en Cajicá y él en Zipaquirá, agonizante. Lo vi bajar del bus, pasar a mi lado, mirarme. Pensé que no me saludaba por las normas de la clandestinidad, pero era su fantasma o un engaño de mi mente. Él a esa hora ya estaba muerto. Fue mi primer amigo muerto.

En un comienzo, el JG3 no militaba en ninguna organización. Simplemente nos preparábamos para lo que creíamos que iba a ser la revolución en Colombia. Muy al estilo de los curas, decidimos hacer una convivencia en una de las montañas más altas de la región, ubicada entre Tabio y Tenjo. Esa montaña se volvió muy famosa después porque la gente dice que en ella aparecen ovnis, atraídos por una energía misteriosa. Se llama La Peña de Guaita y allí pasamos una semana. Fue nuestra primera experiencia a la intemperie, afeitados en una carpita y alimentándonos a punta de conservas. Era, por su puesto, un juego de *boy scouts*. Nuestro objetivo era poner en la cima la bandera del JG3 e iniciar lo que considerábamos nuestro juramento a la lucha revolucionaria. Nuestro grupito nunca abandonó el esfuerzo por cambiar el país. Nunca fue una de esas modas juveniles que se olvidan al cabo de unos años. Teníamos claro que lo nuestro era impulsar la lucha por la revolución y meternos en los sindicatos.

Con ese objetivo, creamos una organización que se llamó el Intersindical, una junta de todos los sindicatos del municipio. Todavía existe. En ella participaron los obreros de Zipaquirá, los de las minas de sal, los maestros. Gracias a esas juntas y a todo el activismo obrero que hacíamos, nos contactaron militantes del M-19, que nos empezaron a considerar como buenos candidatos para ser parte de la organización en Zipaquirá. La persona que me buscó fue un profesor de primaria que se llamaba Pío Quinto Jaimes. Él venía de Santander, donde había ocurrido un fenómeno similar: el M-19 se había metido con mucha fuerza en el movimiento obrero que había sido anteriormente anapista. Cuando llegó a Zipaquirá, Jaimes se conectó con Everth Bustamante y empezaron a irradiar comandos clandestinos del M-19 dentro del mundo obrero. Jaimes nos ofreció a mí y a Germán Ávila ser parte del movimiento. A Jairo Navarrete, no, pues él ya se había ido a la Policía.

En ese momento, tenía 18 años. Corría 1978. Yo llevaba dos años en la universidad. La idea de unirme al M-19 me daba susto. No era un asunto cualquiera. Era entrar a una cuestión armada. Sabía que los mensajes de ese movimiento entraban como un cañón en las almas de los colombianos. La revista *Cromos* había hecho una encuesta y el 80 % de la población simpatizaba con el M-19. Los miembros del JG3 ya habíamos roto con la izquierda estudiantil de Bogotá. Éramos muy autónomos. Nuestra discusión central era si el camino para hacer una revolución en Colombia era el camino armado. Nos preguntábamos si debíamos ingresar a las organizaciones armadas. Ya sabíamos que no queríamos entrar al maoísmo, la gran discusión del mundo juvenil universitario. Los argumentos a favor de pasar a la lucha armada eran, en nuestro caso, muy diferentes a los de la mayoría del mundo juvenil. Los nuestros eran el golpe de Estado contra Allende, el fraude electoral que sufrió la Anapo, el éxito de los vietnamitas del norte y, también, un caudal que ya empezaba correr por esos años: los jóvenes armados que querían hacer la revolución para derrocar a Somoza.

Todo ocurrió de forma muy rápida. Pasamos de los círculos de cafetería y de las discusiones abstractas a ser seducidos no solo por la idea de que tocaba organizarse a través de las armas, sino de que la organización a la que debíamos pertenecer era el M-19. Cuando tuvimos este despertar, el M-19 había empezado a insinuarse abiertamente en Zipaquirá. Yo me leí el documento de su Quinta Conferencia, en 1978. Desde un punto de vista racional, su tesis era muy lógica y popular: había que reivindicar la historia patria, el alma popular. Para nosotros fue fácil comprender la necesidad de esa reivindicación, pues vivíamos en medio de ese mundo popular. Lo difícil era tomar la decisión de armarse. No sabíamos todo que iba a venir después, solo teníamos 18 años, pero sí intuíamos que era una decisión de vida o muerte.

Muchos hechos afianzaban nuestra certeza de que no existía una opción pacífica para cambiar a Colombia. En el plano internacional, ese año ocurrió la toma del Palacio Nacional por parte de los sandinistas en Nicaragua. En Colombia, desde las elecciones del 19 de abril de 1970, el Estado había decidido que el estado de sitio era la manera normal y permanente de gobernar. La revista *Alternativa*, que era nuestro gran mecanismo de conocimiento de la realidad, se refería a los gobiernos de esa década como dictaduras por este hecho. Esa publicación tuvo una importancia vital para mí a la hora de tomar la decisión de entrar en las filas del M-19, porque si bien ese movimiento operaba en la clandestinidad, yo sabía que el gerente de *Alternativa*, Gerardo Quevedo Cobo, era uno de sus fundadores. El M-19, así, estaba entrando, como un riachuelo silencioso, por lugares recónditos del país, por las vertientes del alma popular. A los ojos de hoy, esto podría ser asombroso, pero hasta la familia del expresidente Santos tuvo un integrante que pudo ser fundador del M-19, cuyo nombre me reservo.

El año en que entré al M-19, llegó a la presidencia Julio César Turbay Ayala. Su gobierno fue profundamente represivo, ignorante, militar; y sus enemigos principales fueron estas organizaciones que empezaron a aparecer en el país, como la Autodefensa Obrera (ADO) y el Comando Pedro León Arboleda (PLA). El M-19, en especial, representó un reto muy grande para el nuevo presidente y para la oligarquía, pues gozaba de una enorme popularidad. A los cuatro meses de iniciada la presidencia de Turbay, el movimiento realizó una de sus acciones más grandes: la operación Ballena Azul, que consistió en la recuperación de cinco mil armas que pertenecían al Ejército Nacional en el Cantón Norte de Bogotá.

Parte de esas armas llegaron a Zipaquirá. La gran mayoría de los integrantes del M-19 no sabía cómo usarlas, ni siquiera

cómo portarlas. Antes del operativo, los comandantes habían ordenado hacer unas caletas para esconderlas y una se hizo en Zipaquirá. Yo nunca conocí su ubicación, porque entre menos se supiera, mejor, pero sí me enteré de que llegaron. La reacción de Turbay fue violentísima. Usó todo el instrumental que habían desarrollado las dictaduras del Cono Sur. Él sabía que los tupamaros habían ayudado a la organización del M-19 y le habían dado la tecnología de la lucha urbana. Entonces decidió traer torturadores uruguayos para entrenar al personal del Ejército. Él creía que la tortura podía, como en Uruguay, dismantelar ese tipo de organizaciones. Y casi lo logra. Pero el M-19, en ese momento, se desmarcó de las estrategias urbanas de los tupamaros y los montoneros que había acogido durante sus primeros años y se replegó en el monte.

Jaime Bateman fue el artífice de ese cambio estratégico. Incentivó lo que se llamó "las móviles", que eran las primeras comisiones de guerrilla de montaña del M-19. Estas milicias rurales lograron resistir una represión muy bárbara por parte del Estado. La más exitosa surgió en Caquetá, donde se logró tener a más de 4000 campesinos armados con escopetas. Se llamó la Fuerza Militar del Sur, y Bateman, entonces el comandante del M-19, rápidamente trató de concentrar allí a las fuerzas del movimiento, para crear una especie de teatro de operaciones y desarrollar un ejército. Porque Bateman, a diferencia de lo que hizo el Che en Bolivia, quería formar un ejército revolucionario y no una guerrilla. Por eso es difícil incluso hoy encontrar algún militante del M-19 que se reconozca a sí mismo como un guerrillero.

El M-19, en otras palabras, abandonó en esos años, y de manera definitiva, la tesis guerrillera del Che Guevara y la tesis de las guerrillas urbanas del Cono Sur. La nueva referencia para el movimiento pasó a ser Centroamérica y, por eso, muchos integrantes se fueron a pelear en la revolución sandinista, apor-

tando numerosas armas, entre ellas las que estaban en la caleta de Zipaquirá. Ellos aprendieron mucho de esa experiencia, en su momento desconocida por el público colombiano. Allí, además, confirmaron la tesis que tenía Bateman: que, para lograr la revolución, el mejor camino era construir un ejército capaz de vencer a otro ejército. Pues eso era justamente lo que había hecho el salvadoreño Joaquín Villalobos, el fundador y máximo dirigente del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

La idea del ejército no era de Bateman o de Villalobos. Tenía sus raíces en Bolívar. De hecho, es la gran idea política bolivariana. A diferencia de Santander, que era partidario de formar guerrillas en la tradición de las españolas, Bolívar entendió que la única manera de vencer al Ejército español era con otro ejército; desde luego, uno rebelde, republicano. También comprendió que, para reclutar en sus filas un número suficiente de personas, su labor militar era, a la vez, una labor política: necesitaba construir una alianza popular con el mundo negro, con el mundo indígena, con el mundo mestizo de esa época para poder conseguir los soldados. La estrategia de Bolívar al final dio resultados: el Ejército Libertador, como se le llamó, fue el que derrotó a los españoles e hizo triunfar la República en Latinoamérica. Dos siglos después, este debate se repitió bajo las banderas progresistas de toda América Latina. ¿Era mejor tomar el camino de Bolívar, como lo hicieron los sandinistas, y formar un ejército? ¿O el camino debía ser el de las guerrillas, que había pensado Santander, y que más de un siglo después construyó el Che Guevara? Bateman, en cabeza del M-19, optó por la primera opción.

En ese contexto, entré al M-19, en medio de la represión del gobierno de Turbay y la nueva estrategia bolivariana de Bateman. Entré, también, sabiendo que podía caer en manos del Ejército y ser torturado o asesinado. Hasta ese momento, mi vida había sido tranquila. Nunca había corrido un riesgo y solo había dis-

parado un arma una vez, en la casa de mi abuela, por accidente. Sabía hablar de la revolución y de la importancia de organizarnos con los obreros, entre rondas de cervezas, pero no más. Ahora el riesgo era mayúsculo. Sin embargo, no me olvidaba del juramento que habíamos hecho los miembros del JG3 en La Peña. Germán y yo entramos al M-19 ese año. Jairo Navarrete después, dentro de una estructura especial. Empezaba una nueva historia para los tres.

El Eme

Pío Quinto Jaimes me entregó los documentos donde se resumía la Conferencia del M-19, que no era otra cosa que el equivalente a un congreso de un partido político. En esta deliberación, relativamente democrática de los integrantes del grupo, estaban plasmadas las conductas políticas, las líneas teóricas y de acción del movimiento, hasta que se reuniera la próxima conferencia. Se trataba de la Quinta Conferencia. Lo primero que me sorprendió fue que estaba muy bien editada, y había un cuidado formal en la publicación, eso quería decir que en la sección de comunicaciones del M-19 había gente muy capaz. El documento me encantó: el M-19 articulaba los planteamientos socialistas de la izquierda tradicional de la época, pero iba mucho más allá para proponer algo que sigue pareciendo obvio pero que no lo es tanto: una democracia real para Colombia. Esa discusión entre socialismo y democracia recorrió todo el siglo XX, pues con la aparición del mundo soviético se socavó la idea democrática, incluso desoyendo a quienes habían creado esas teorías. La eliminación de la libertad individual marcó el fin del concepto democrático, que era un bien muy querido por las luchas obreras del mundo. Y en esta discusión, un tanto alejada de los centros del mundo, en un país llamado Colombia, el M-19 apostaba por la democracia. Porque ese fue siempre el objetivo: era un proyecto democrático, y así comenzó a denominarse la búsqueda de una alternativa para Colombia.

Esta era una concepción completamente diferente a la del ELN, las FARC, el Partido Comunista, o los diversos grupos de izquierda universitaria, que entablaban un diálogo con modelos como el soviético, el cubano o el chino, mientras que nosotros pensábamos en un proyecto propio nacionalista y democrático.

Y allí, obviamente, esa apertura de conceptos que introdujo el M-19 nos provocaba temor a quienes estábamos en Zipaquirá, quizás porque era más fácil pensar en la idea del socialismo, y no de construir un pensamiento propio. El documento, sin embargo, nos atrajo y lo leímos. En ese momento, existía un protocolo que consistía en que quienes pretendían entrar al grupo debían leer primero este tipo de documentos con el ideario del M-19, para que una vez lo hicieran pudieran tomar la decisión de entrar o no al movimiento.

En 1978 el M-19 era un movimiento realmente urbano, y su forma de organización clandestina consistía en comandos, y algo que se llamaba “la compartimentación”: ningún comando sabía algo distinto de las demás personas de otros comandos; solo se ligaba con la organización a través del jefe del comando que integraba uno de mayor jerarquía, y así se construía una red de comandos jerarquizada. La información era mínima desde el punto de vista organizativo para quienes ingresábamos previendo que, ante un golpe desde el Estado, nadie pudiera rastrear la cadena. Eso se lo habían aprendido a los Tupamaros uruguayos. A Germán Ávila y a mí, entonces, nos invitaron a integrar el primer comando de Zipaquirá.

Se decía el “primer” comando, pero en el municipio ya existían otros, aunque nosotros, desde luego, no los conocíamos. Para entonces, uno de los tres G, Gonzalo Galvis, se había ido a Inglaterra. Él me mandaba cartas por correo de cinco o seis folios escritos en letra pequeña, narrándome sus experiencias en Londres. Su familia, que vivía en Cajicá, se había aventurado

a migrar a otro país, como muchos colombianos que a finales de los setenta decidieron partir para, de alguna manera, buscar mejores opciones económicas y vivir casi en la clandestinidad en países europeos o en los Estados Unidos. Leía con mucha intensidad las peripecias de Gonzalo, porque además me traía el recuerdo de mi afición por los mapas y la cartografía, que había convertido en una forma de empapelar las paredes de mi cuarto.

Decidimos, entonces, con Germán Ávila, tras leer la Quinta Conferencia, entrar al M-19. La escuela de Pío Quinto quedaba en una vereda cercana a Zipaquirá y comenzamos a visitarlo, pues, además de que era nuestro enlace, tenía unas hijas bellísimas que nos llamaban la atención. Pío Quinto se aseguró de enseñarnos algunas técnicas de chequeo y contra chequeo, provenientes de los mismos Tupamaros, como darle una vuelta a la manzana cuando fuéramos a ir a verlo para asegurarnos de que no nos siguieran y si lo hacían, encontrarnos de frente con el perseguidor. Solo una vez sospeché haberme topado con un agente encubierto del F2, aunque por supuesto no pueda asegurarlo, ya que el hombre desapareció de inmediato. Al llegar a la casa de Pío Quinto leíamos los documentos del M-19, discutíamos, y comenzábamos a planear actividades prácticas simples como pintar una consigna, dejar unos comunicados del M-19 de manera clandestina en algún baño, en algún salón de clase, en alguna esquina de la ciudad. Hacer algún tipo de actividad legal porque, y ese fue un poco el signo de los años siguientes; empezamos a tener una doble vida clandestina y legal.

En el M-19, no podía identificarme como me llamaba en la vida legal, entonces me pidieron que me pusiera un nombre, y el que encontré fue Aureliano, que me recordaba el Caribe, un poco algo de mí mismo y, por supuesto, a *Cien años de soledad*. Un Aureliano en Zipaquirá. Uno de los capítulos de su novela,

que es el de Fernanda del Carpio, pienso que refleja el mundo zipaquireño. En su estancia en el municipio, en los años cuarenta, García Márquez se había enamorado de una niña muy linda, de apellido Laverde; yo conocí su foto después. Ella moriría luego de una manera terrible; la asesinaron en una hacienda cerca de Bogotá. Si la menciono es porque, a mi modo de ver, ella fue la inspiración para Fernanda del Carpio.

En fin, además de que García Márquez había estudiado en Zipaquirá, y de que mi familia, también caribe, hubiera llegado allí, existía otra conexión que tenía que ver con la sal. La concesión Salinas era una empresa pública que en ese entonces industrializaba tanto la sal marina como la sal continental subterránea: Manaure, Cartagena y Zipaquirá estaban unidos simbólicamente por la industrialización, y por la planta colombiana de soda, que después se llamó Alcalis. "Con la sal de Zipaquirá se ha bautizado la República" es uno de los lemas de la ciudad, pues allí llegaron los comuneros provenientes de Boyacá, Santander y Cundinamarca. Fue en ese territorio donde esperaron las Capitulaciones, en el puente del Común, muy cerca de Chía. Es, entonces, un pueblo libertador: el pueblo donde llegó el general Melo, el ejército libertador y sus artesanos democráticos a dar una batalla para defender a Bogotá de los ejércitos de los esclavistas y los importadores; aquel que vivió una gran insurrección por el asesinato de Gaitán; un pueblo anapista como mi madre, un pueblo que, poco a poco, comenzó a ofrecer sus casas para resguardar a los comandos del M-19.

La tradición educativa de Zipaquirá, además, era plausible. De su colegio público, se habían graduado el nobel de Literatura, el presidente Santiago Pérez, la familia Hinestrosa, clave en el Externado, los Castro Caycedo, el maestro Guillermo Quevedo y Everth Bustamante, un hombre que, para finales de los años setenta, había alcanzado cierta altura política dentro del M-19.

En ese contexto entré al M-19. Nadie podía saberlo, por supuesto. Y nosotros tampoco conocíamos a alguien, más allá de Pío Quinto. Germán Ávila y yo teníamos una relación con los trabajadores obreros industriales de Alcalis y de Peldar. El primer comando —que debía ser mínimo de tres y máximo de cinco personas— incorporó a Héctor Jaimes, un trabajador de Peldar. Mientras tanto, Germán y yo estudiábamos en el Externado, en donde me gradué como economista. Germán desertó a la Universidad Nacional en algún momento, donde también estudió Economía. Héctor se quedó en el municipio y debe ser hoy un hombre pensionado. Recuerdo que estando en esas se casó. Eso ocasionó que su señora nos mirara con mucha desconfianza. Desde entonces, aprendí que, de cierta forma, los tejemanajes clandestinos que pretendían cambiar el país —aún sin que ella supiera de qué se trataba— eran una amenaza permanente para un hogar. En ese entonces, no entendía el problema que eso suponía pues, ni más ni menos, alejaba a las mujeres de la posibilidad de transformar un país, y comencé a entenderlo al lado de los obreros industriales que no tenían la misma audacia que nosotros, en razón de que resguardaban su familia, su casa, tenían un ancla, por decirlo de alguna manera. Hoy, con perspectiva, pienso que nosotros estábamos hechos para el sacrificio y los obreros para la vida. Y eso entrañaba una diferencia, aunque los dos estuviéramos en la misma lucha.

Comenzamos a tener una doble vida, una como estudiantes normales —yo seguía durmiendo en mi casa, ahora en Cajicá, pues mi papá, sin decirme nada, presentía algo, y por temor decidió establecer a la familia allí— y otra clandestina. Era 1978 y se había elegido como presidente a Julio César Turbay, quien desde el primer momento proclamó el Estatuto de Seguridad, un régimen legal para hacer frente a los grupos guerrilleros y a los movimientos sociales, mediante el cual se proclamaba un estado de

sitio permanente, que le permitía a Turbay gobernar sin pasar por el Congreso, y profundizar la represión cuya teoría había sido parte de la doctrina de seguridad de Estados Unidos, que se había comenzado a aplicar en el sur del continente, mediante dictaduras militares. En septiembre de 1978, cuando se firmó el Decreto 1923, hubo una gran manifestación: había estallado, oficialmente la represión turbayista. Recuerdo haber salido desde el Externado a la plaza de Bolívar, junto a miles de estudiantes a protestar. Fue la primera universidad en manifestarse. Aún hoy me sorprende lo mucho que cambió la universidad; de aquella que fue capaz de salir a la calle a luchar por la democracia, a defender al profesor Manuel Gaona Cruz, quien había librado una batalla constitucional contra Turbay, no queda mucho. Recuerdo la asamblea alrededor de Gaona, pues ahí ya era militante del M-19. Miles de estudiantes nos reunimos en esa plazoleta junto a la cafetería. A pesar de que Gaona Cruz había dicho que no era pertinente salir a la calle a protestar en contra del Estatuto en Seguridad, fue la primera vez que vi la represión de frente, porque nos golpeó la policía, que desbarató la manifestación antes de llegar a la plaza de Bolívar. El gobierno de Turbay estaba convencido de que había que atacar de frente a los estudiantes, a los intelectuales, a la clase media, pues pensaban que así podían descubrir o dar con militantes del M-19.

El 30 de diciembre de ese año, el M-19 realizó la operación Ballena Azul y parte de las armas se guardaron en una caleta en Zipaquirá que nosotros ayudamos a construir sin saber con qué fin la estábamos haciendo. Como se recordará, fue una operación que causó una gran conmoción en el Ejército y en la sociedad, pues se recuperaron 5000 armas del Cantón Norte. El golpe fue muy duro desde el punto de vista simbólico. A través de un túnel, construido desde una casa aledaña, se habían metido a las entrañas del cantón más importante en el entorno militar

más poderoso de Colombia, ubicado al norte de Bogotá. Por allí, en el Año Nuevo de 1979, salieron 5000 armas para una organización que no estaba preparada. Allí se hirió de tal manera al orgullo militar que la decisión del general Luis Carlos Camacho Leyva fue encargar al general Miguel Vega Uribe para iniciar una represión inmediata para destruir a la organización a la que yo, con apenas 18 años, había decidido ingresar. Mis sentimientos eran difíciles. Cada día aparecían en la prensa operativos en los cuales capturaban a presuntos militantes. El Ejército logró recuperar buena parte de las armas. Allanaron la casa donde vivía Orlando Fals Borda y su esposa. Nunca supe si ellos se habían vinculado realmente al M-19. Persiguieron a Gabriel García Márquez, que tuvo que exiliarse en México. Se inició una represión muy dura. Se habla de más o menos diez mil personas capturadas en esos años, entre 1979 y 1980. La inmensa mayoría nada tenía que ver con el M-19, pero pertenecían a una clase media intelectual de la que Turbay y los mandos militares suponían que había salido el M-19. Ellos tenían muy claro que nuestro origen social no era propiamente el mismo del ELN y de las FARC. O sea, nuestro origen no era rural. Nuestro origen era urbano, pues en él habían confluído los artistas, los intelectuales y el mundo obrero.

La represión de Vega Uribe consistía en capturar mucha gente con el objetivo de encontrar a alguien que pudiera delatar a alguien más y así poder seguir la cadena de los comandos. La tortura buscaba eso. Que alguien flaqueara y se pudiera comenzar a rastrear la estructura en ese mundo compartimentado. Para esa época, el Ejército logró capturar cerca de 300 miembros reales del M-19, la mayor parte de su dirección nacional, como Álvaro Fayad, Antonio Navarro, Gerardo Ardila o Carlos Pizarro, entre otros. A todos los encerraron en La Pígota y ellos decidieron organizarse dentro de la cárcel, que se convirtió

de un momento a otro en la oficina pública del M-19. Fue una forma de resistir. En ese momento, todos nos dimos cuenta de que muchos de los miembros del M-19 vivían todavía en sus casas, en donde los capturaban. Nosotros en Zipaquirá estábamos esperando que llegaran por nosotros.

Con toda esa presión encima, me enfermé. Quizás por eso mi padre decidió el trasteo a Cajicá, que era un pueblo más pequeño, conservador, a donde podíamos estar más protegidos, pues nos mudamos a una casa semirrural que adecuamos nosotros mismos. Pero mi papá estaba equivocado, la represión no hacía esas diferenciaciones. A nosotros nos salvó un solo y simple hecho: lograron detectar que Everth Bustamante era el enlace en Zipaquirá. La verdad, no era muy difícil porque él era anapista, formaba parte del periódico que publicaba el partido, del cual hacían parte personas como Andrés Almarales e Israel Santamaría. De hecho, Almarales fue una de las figuras de la jefatura del M-19, que pude conocer personalmente. Él llegó a Zipaquirá porque se movía en el Movimiento Obrero Nacional. Había sido el gran fundador de Ultrasan y Usitras en Santander. Era abogado laboralista, hijo de un obrero de las bananeras que había vivido la época de las masacres. Se movía muy bien dentro de los obreros de los astilleros y los puertos de Colombia, que lo querían muchísimo, y por esa vía había llegado al movimiento sindical de Zipaquirá. Y allí, en una reunión clandestina, le reuní varios dirigentes obreros en una noche. Recuerdo que él llegó con una pareja joven, muy elegante, y dictó una conferencia sobre el mundo obrero y los trabajadores por la democracia. A mí me encantó la figura de Almarales, porque era un caribeño que llegaba a Zipaquirá, de mi misma organización. Al poco tiempo, lo cogieron también preso. Por eso nosotros comenzamos a sentir que nos quedábamos solos, que al M-19 lo estaban acabando y que, por alguna razón, nosotros éramos una especie de isla en el país.

Cuando se comenzó a hablar de que Everth Bustamante iba a ser capturado, él contradijo las órdenes de los mandos más altos, quienes habían dicho que debíamos quedarnos, y abandonó el país. Algunas figuras del M-19 incumplieron porque tenían mucho miedo de las torturas y la cárcel. Uno de ellos, que conocí muchos años después en el exilio, fue Carlos Vidales, quien tenía una experiencia enorme: había pasado por la revolución boliviana en contra de Hugo Banzer; conocía la experiencia chilena como asesor del Gobierno de Salvador Allende, y de allí había pasado a fundar el M-19, en Colombia. Era homosexual, hijo del poeta Luis Vidales, cuya casa habían allanado buscando la espada de Bolívar, que el M-19 había recuperado el 17 de enero de 1975, de la Quinta de Bolívar en el centro de Bogotá. La caída de la espada era, simbólicamente, la destrucción del M-19. Menciono la orientación sexual de Vidales porque creo que es importante decir que el grupo se adelantó en muchas cosas en Colombia. Una de ellas, en no juzgar a nadie por sus preferencias y orientaciones sexuales. Era una sensibilidad mucho más contemporánea que no aparecía en los libros ni en los tratados, que no aparecía en Marx ni en Lenin, y que de alguna manera intentó que hubiera una igualdad de género, que las mujeres tuvieran voz, aunque obviamente era un asunto incipiente.

Que un miembro de la dirección nacional del M-19 fuera homosexual y lo reprimieran era algo importante para esa época. Vidales entró entonces en una especie de paranoia y salió del país, ayudado por nosotros sin que lo supiéramos. Muchos años después me lo encontré en un viaje que hice a Suecia, de manera fortuita, en un bus público. Él se me acercó, me dijo quién era. De hecho, me regaló un libro muy interesante llamado *Rebeldes y revolucionaros*, de donde extraje la tesis de que mucha de la gente del M-19 era rebelde, pero no revolucionaria. Esto

tiene que ver con la historia de las resistencias en Colombia, pues la rebeldía ha sido una especie de contraélite, incluidas las guerrillas, que no han buscado cambiar las relaciones de poder de la sociedad, sino reemplazar a otros que estaban allí. Es el típico ejemplo de guerrillero que, al volverse parlamentario después de un proceso de paz, no plantea nada nuevo sino que se acomoda a su nueva vida. Esas contraélites se pueden volver muy conservadoras, que es lo que sostenía Vidales, quien venía de ese movimiento que llamamos los “Comuneros 81” de Santander y que se integró con el M-19 de Zipaquirá.

La sensación de aislamiento nos llevó a una serie de discusiones en el municipio, donde nos dimos cuenta de que éramos unos 80 a 100. Eso conformaba dos “intermedias”, como se les conocía en nuestra forma de organización. Una intermedia estaba constituida por de tres a cinco comandos, integrados por oficiales —éramos oficiales de un ejército libertador como el de Bolívar—, como nos llamábamos, pues no nos sentíamos guerrilleros, y era la base para la construcción de una columna. Los oficiales primeros conformaban el comando de una columna. Nuestro entrenamiento militar era más en técnicas de clandestinidad, de aprender a resistir la tortura en caso de que nos capturarán. Ese momento influyó mucho en mi personalidad. Debíamos ser fuertes, centrados, silenciosos: ante la presión, debíamos aprender a guardar la tranquilidad. Eso me ha servido en la vida para, en los debates parlamentarios más duros, mantenerme tranquilo y centrado.

Las reuniones clandestinas en donde aprendíamos estas técnicas parecían un aquelarre. Alguna vez recuerdo que fui a una de ellas con la hermana de Carlos Pizarro —mucho tiempo después supe quién era ella, pues estaba encapuchada, por supuesto—. Ella me recogió en alguna esquina de Bogotá, en un Renault 4 y me dijo que mirara hacia el piso. Me pusieron una capucha, me condujeron a algún tipo de casa, no sé dónde. Ahí había otros

comandos, todos encapuchados. No podíamos ver nuestros rostros. En esas reuniones, se trazaban líneas de acción, se compartían técnicas o conocimientos, pero en realidad fue algo muy esporádico. La vida de la organización era más mi comando y poco más. No había lineamientos generales, no eran órdenes explícitas.

Un ejemplo al que me referí atrás fue cuando se recuperaron las armas del Cantón Norte y debimos construir las caletas en las cuales se guardaron las armas que llevamos después hacia una vereda cercana a San Cayetano, Cundinamarca. Allí estaban dos hermanos, uno de ellos era Víctor Jairo Chinchilla, un experto profesor de educación física quien murió hace poco y que había desarrollado en Zipaquirá un trabajo muy importante al enfocar el deporte como una manera de salud preventiva: muchos de esos deportistas fueron del M-19. Víctor y su hermano, Bernardo, estaban ligados a otro profesor, José Domingo Gómez, quien venía de San Cayetano. Esa es una región minera que queda pasando el páramo de Guerrero y que separa a Zipaquirá de aquella zona. Llevamos las armas hacia allá porque Gómez, como los Chinchilla, y muchos otros tuvieron la idea de que en ese lugar podía conformarse una guerrilla rural, con los campesinos de San Cayetano que habían vivido la violencia liberal a mediados del siglo XX. Muchos de ellos eran de la familia de Gómez. Así, poco a poco construimos la arquitectura de nuestro Movimiento en Zipaquirá. La novia de José Domingo Gómez se llamaba Blanca Chavarro, era economista de una familia prestigiosa de Zipaquirá y casi todos sus hijos fueron del M-19. Ellos dos participarían un año después, en febrero de 1980, de la toma de la Embajada de la República Dominicana en Bogotá con las armas que habíamos escondido.

En ese momento, el M-19 de Zipaquirá comenzó a tener relevancia. En una reunión de las intermedias, le pusimos un

nombre a la columna. Se llamó José María Melo en honor al único presidente indígena que tuvo Colombia, en 1854, elegido por los artesanos que buscaban proteger su oficio en contra de los liberales y conservadores que pretendían abrir el libre comercio. Melo solo ocupó el cargo durante nueve meses, pues en diciembre de ese año Tomás Cipriano de Mosquera, José Hilario López, Joaquín París y el expresidente Alcántara Herrán se aliaron y lo derrotaron militarmente. La sociedad esclavista del Cauca y Antioquia triunfó y Melo fue desterrado. Murió fusilado en México, defendiendo la revolución de ese país, en 1860. Melo había sido teniente de Bolívar y a la muerte de este, en lugar de integrarse con Santander siendo descendiente de pijaos, se fue a revivir la idea de Bolívar de la Gran Colombia y participó en varias batallas, como las de Pichincha, Bomboná, Junín y Ayacucho. Cuando ocurrió la insurrección de los artesanos y la posterior derrota, uno de los decretos del nuevo Gobierno del panameño José de Obaldía fue acabar con el ejército del Libertador. No le perdonaron al ejército libertador que se hubiera aliado a los artesanos y tomado el poder. La oligarquía esclavista disolvió el ejército que nos dio la independencia. Por eso, este ejército que conocemos hoy es heredero de dicha rупtura, y de una concepción más prusiana —y más autoritaria—, que fue la de Rafael Núñez, en la Regeneración.

Con la ida de Everth Bustamante del país, era muy difícil que llegaran hasta nosotros. Por eso, tras la toma de la Embajada, nadie fue capturado en Zipaquirá. Por otro lado, Jaime Bateman, como comandante general del M-19, había entendido que era el momento de romper esquemas y trasladar la operación a las selvas del Caquetá, para crear un ejército más rural y emprender una serie de acciones más audaces. La móvil que trasladó Bateman hacia allá logró una importante influencia popular en el campesinado conservador. Caquetá tiene dos ríos, el Orteguaza

y el Caquetá, y después de la violencia de mediados del siglo XX los conservadores se exilian en el Orteguzá y los liberales, en el Caquetá: los segundos se fueron con las FARC.

De quienes acompañaron al M-19 salió Marcos Chalita, a quien la gente conoció en la Constituyente de 1991. Ese comenzó a ser otro M-19, no el que la gente tenía referenciado. Ya no era un cuento urbano, sino miles de campesinos que configuraron los comandos de lucha local en medio de la represión turbayista que se estrelló contra ese apoyo. De repente, el M-19 había transitado su infancia, su adolescencia romántica, y ahora estaba en el terreno de la guerra, en los campos de Colombia. Eso fue lo que hizo la violencia de Turbay, producir más violencia. En el Caquetá los campesinos tenían una herencia de la Violencia. Así que comenzaron a hacerse operaciones, como la toma de Mocoa, que la hizo el mismo Bateman, apoyado por Gustavo Rojas, Gustavo Arias Londoño, que se escapó de la cárcel, e Iván Marino Ospina. La realidad de la guerra se había instalado.

Fueron dos años muy duros, hasta que Bateman, apoyado sobre la culata de un fusil, le mandó un mensaje a Belisario Betancur, quien ganó las elecciones de 1982, para que hiciera un proceso de paz. En ese momento y hasta hoy, se inicia la sucesión de conversaciones y procesos que hemos vivido en cuatro décadas en la historia contemporánea. La idea fue acogida por Betancur. Se trataba de una amnistía para sacar a decenas de militantes de las cárceles, el levantamiento del estado de sitio, que era la manera de imponer la dictadura disfrazada de corbata por parte del establecimiento colombiano como un reflejo de las del Cono Sur y sus técnicas de desaparición, tortura, apresamiento de intelectuales, etcétera. El Gobierno colombiano había logrado vender la tesis en el mundo de que Colombia era una democracia, pero era una dictadura al igual que lo habían hecho Pinochet, en Chile, y Videla, en Argentina. Nosotros luchábamos, precisamente, contra eso.

El Frente Nacional, que aún estaba vivo en ese entonces, había cerrado los espacios para cualquier fuerza política distinta, a los liberales o conservadores. El cierre de la democracia fue lo que nos llevó a pensar que no había otro camino que la lucha armada. Sin embargo, Bateman estaba pensando en que había una posibilidad de llegar a un diálogo que permitiera salir de esas condiciones y pasar a construir el proyecto democrático que él creía que se hacía a través de un diálogo nacional. Era una idea audaz. Eso nada tenía que ver ni con Marx ni con Lenin, ni con izquierda tradicional de Colombia. Era una idea que no podían entender las FARC ni el ELN y que nos ponía en un lugar de vanguardia en la política colombiana, porque el pueblo sí entendía lo que queríamos. Nos volvimos un movimiento popular muy querido. Y eso yo lo sentía en Zipaquirá: donde hacíamos operaciones muy simples: tomarnos una asamblea de obreros con el rostro cubierto y quizás algunos revólveres, y gritar unos vivas al M-19 y hablar 30 segundos, lanzar unos comunicados. De inmediato uno se daba cuenta de que se armaba una algarabía de apoyo de centenares de trabajadores, quienes comenzaban a arengar “Viva el M-19”. Nos tomábamos buses y pasaba lo mismo, y así en todos los rincones. A veces llegábamos a tomarnos algunos barrios por poco tiempo y lográbamos eludir a la Policía.

La Policía obviamente mandaba sus informes y sabía que en Zipaquirá había un fuerte movimiento con gente del M-19, que estaba haciendo operaciones de este tipo conocidas como “propaganda armada”. Nunca hubo una confrontación armada, ni murió nadie producto de enfrentamientos entre el Estado y nosotros. El único caso fue el de Ernesto Cuevas, quien se suicidó por despecho con un explosivo que pensábamos usar en el paro cívico para frenar un conducto de agua sal de la fábrica.

Hasta ese momento, seguí teniendo una vida doble entre el M-19 y la universidad. Cogía el bus a las cinco de la mañana,

caminaba desde la avenida Caracas, donde me dejaba la flota, en Los Mártires, y luego caminaba por la calle 12 hasta arriba. Eran como veinte cuadras. Es una calle larga, como dice el poema, que no puedo olvidar. Me iba muy bien en mi carrera, lograba las becas por mejor puntaje y como tenía una plata del Icetex, la ahorrraba y compraba libros. Me iba a la Feria del Libro del parque Santander, en donde encontraba una serie de editoriales alternativas de literatura y filosofía, muy de izquierda todo. El mundo intelectual de esa época era de izquierda. Compraba mis libros aquí, me los llevaba a Zipaquirá y allá los leía. El mundo seguía siendo frío, gris, muy al estilo de Fernanda del Carpio, y yo era joven. Y había descubierto un mundo caribeño y tenía nostalgia del vallenato, que escuchaba en una emisora muy de vez en cuando, porque el vallenato no era promovido en Bogotá. Era música exótica. Y de los porros, que es la música de Córdoba, en realidad, y que no sonaban por ninguna parte.

Cuando terminaba el semestre me iba para Córdoba. Allá conocí el amor como debía; el amor no correspondido de Louris, una mujer de la que me enamoré perdidamente sin ser correspondido; tan enamorado estaba que escribía su nombre en griego en mis cuadernos. Esa también era, de alguna forma, una doble vida: la del mundo andino y la del baile, el mundo de la fiesta bajo la luna y, de repente, el regreso a la realidad gris y fría del altiplano.

En Córdoba también exploré el mundo de la izquierda, muy cercana a la Federación de Estudiantes de Córdoba (Fedecor) o a grupos cristianos militantes. Ahí conocí a Enán Lora Mendoza, un muchacho que cantaba acompañado de su guitarra, siempre al lado de la iglesia. A él y a su grupo los veía en el parque, porque todas las noches salía allí a dar algunas vueltas y a mirar las muchachas. Era un joven supremamente inteligente, con un nivel intelectual superior al mío, un gran poeta, músico, en fin; nos hicimos amigos y lo invité a unirse al M-19. Fue uno de los pocos

que invité en Ciénaga de Oro. Él me contestó que no se quería quedar en Córdoba y eventualmente llegó a Bogotá, en donde se unió a un comando, pues, dada la casi destrucción del M-19 en la ciudad, comenzamos a configurar comandos en Bogotá a la inversa de lo que había sucedido al comienzo. Así, yo desde el Externado y German Ávila desde la Nacional, emprendimos una militancia más fuerte, captamos mucha gente para el M-19 y empezamos a reconfigurar una estructura dentro de Bogotá sin conocer mucho la ciudad, dentro de las universidades mismas.

Enán Lora se integró ahí y formó parte determinante de mi vida. En esa época, en 1981, Jaime Bateman se hizo público, y ese fue otro golpe de audacia. Todo el mundo lo conocía, la gente compraba esos periódicos porque querían saber qué planteábamos nosotros pero él le concedió una famosa entrevista a Germán Castro Caycedo, que *El Tiempo* no quiso publicar completa, como había sido la exigencia de Bateman, y entonces terminó en *El Siglo*, en donde Álvaro Gómez la publicó en toda su extensión. Así comenzamos a ver un M-19 que, a pesar de haber sido golpeado, crecía políticamente, y nosotros ya no estábamos en nuestras acciones de *boy scouts*, sino creciendo militarmente en el sur del país. Ahí empezamos a pensar que, en algún momento, nos iba a tocar irnos a nosotros también. Eso me producía gran temor. Yo era escuálido, pensaba que no iba a resistir las caminatas. Fue tanto el pánico que comencé a sentir por las amenazas invisibles, como ver llegar un camión militar cerca y pensar que venían por mí; hasta se me empezó a caer el pelo a manotadas y comencé a sufrir unas migrañas espantosas que arrancaban en las muelas y me subían por la cabeza. Un médico dio con el asunto, pues le confesé que yo era del M-19; fue a uno de los pocos a quien le dije la verdad en esa época. El dolor solo se me pasaba durmiendo, y entonces el doctor me dijo: "Eso se llama la enfermedad del soldado". El estrés y la latencia del peli-

gro habían producido ese estado por la idea de que me iban a capturar y a torturar; estaba somatizando y me recomendó hacer ejercicio. Ejercicio que haría tiempo después en la cárcel y que definitivamente me curó, pero eso sería más adelante. Por ahora, así pasó el año hasta que Bétancur llegó a la presidencia.

La organización y el Bolívar 83

Con la elección de Belisario Betancur se abría un espacio, pero la verdad es que nosotros nos habíamos quedado asilados. Por eso trabajamos de manera independiente en Zipaquirá, pues ante la falta de noticias pensábamos que el M-19 se había acabado. Lo del Caquetá no era del todo público y, como no nos conocíamos entre nosotros, fuimos adquiriendo una idea muy independiente de la política anclada al mundo obrero, diferente de lo que estaba pasando con el M-19 a nivel nacional, que se estaba buscando el universo de lo campesino y lo rural. Íbamos, pues, en dos direcciones distintas. La columna José María Melo comenzó a pensar en combinar formas de lucha, una legal y otra clandestina, y aquello iba en contravía de las directrices del M-19, que pensaba que uno no podía estar en los dos lugares al mismo tiempo.

Sin embargo, nosotros, por ese aislamiento del que he hablado, lo hicimos. Para eso, me volví periodista, y casi toda la cúpula del M-19 en Zipaquirá se unió a la idea de hacer un periódico. Se llamaba *Carta del Pueblo*, estaba muy bien hecho, era autofinanciado, lo vendíamos nosotros mismos, caminábamos hasta el último recoveco de Zipaquirá, y así conocimos realmente el territorio, vendiendo lo que escribíamos. Más o menos, vendíamos mil ejemplares por número. Alcanzamos a hacer nueve. Era una idea leninista: íbamos construyendo una organización política

legal que se llamaba la *Carta al Pueblo* y, además, manteníamos una estructura subclandestina en el M-19. El movimiento decidió lanzarse a las elecciones al Concejo en 1982.

Salió elegido Bernardo Chinchilla como concejal. Tuvimos un éxito electoral en un momento que era muy difícil. Alcanzamos 600 votos. El M-19, a través de Bateman, había ordenado boicotear las elecciones, en unas acciones que no tuvieron mayor contundencia, pero era obvio que pretendíamos asuntos distintos. Ahí aprendimos un poco de cultura política: fuimos exitosos, teníamos un concejal, tuvimos que entrar en una coalición que a su vez nombraba el personero y entonces salí elegido. Fue mi primer empleo público. A su vez, el M-19 nos invitó a la Octava Conferencia. Yo decidí no asistir, pues quería graduarme, y eso hizo que no conociera a la dirigencia del movimiento que se reunió en el Putumayo, a donde sí fue Germán Ávila. Me ganó el peso académico más que la militancia, y ahora no me arrepiento, porque si no hubiera ido creo que nunca me hubiera graduado, y eso fue muy importante para mí después. El costo de no haber ido fue no conocer a Jaime Bateman, que moriría al año siguiente. Cuando Germán volvió estaba fascinado con las estructuras militares, y eso comenzó a separarnos. Nosotros reivindicábamos una independencia que nos habíamos ganado, lo cual, por supuesto, no era bien visto. En dicha independencia, construimos nuestros valores propios, pues teníamos un movimiento político legal. Ernesto Cuevas planteó que tendríamos que construir un feudo en donde lográramos una verdadera influencia popular. Así, ideamos un concepto que llamamos "línea militar de masas", o lo que hoy se conocería como "milicias": la población debía armarse para protagonizar una verdadera insurrección. Se trataba de un movimiento popular armado, y para eso se nos ocurrió la idea de construir un barrio, el Bolívar 83.

De Antonio Gramsci siempre admiré la idea de entender las clases sociales más allá de la división clásica entre burgueses y proletarios. Nosotros, poco a poco, nos habíamos deslindado de los movimientos obreros, pues sentíamos que ahí por lo menos había algunas condiciones, mínimas, pero al fin y al cabo les permitían tener una vida, una familia, unas conquistas sociales y unos barrios contruidos con materiales dignos. Por eso comenzamos a mirar hacia la gente más pobre del municipio, a aquellos que no tenían, literalmente, nada. Entre ellos estaban los coteros de las plazas de mercado, las trabajadoras de las flores, la delincuencia, los trabajadores del carbón, los desempleados, etcétera. Así comenzamos a aglutinar gente, primero 20 o 30 familias, y con ellos nos propusimos una toma de tierras. Había varias personas que confluimos, como el sacerdote Saturnino Sepúlveda, Francisco Vargas, trabajador de Peldar, y yo, como personero municipal. Elegimos un terreno que pertenecía a la curia. El lugar se llamaba El Cedro. Pusimos una fecha y persuadimos a todos los involucrados de que se trataba de una operación al estilo militar. Nos dividimos en varios grupos, conformados por líderes y población.

Cuando llegó el día señalado, rodeamos el terreno, que estaba cercado por una barda. Estaba impaciente, nervioso, por eso, cinco minutos antes de la hora fijada le pedí a mi grupo que saltáramos. De repente, decenas de personas hicieron lo mismo. Fue una verdadera invasión: la gente comenzó a traer madera, a hacer cambuches, y poco a poco se regó la bola y comenzó a llegar más gente de apoyo. De repente había unas mil personas en el terreno. La gente había venido de Pacho, Yacopí, y aunque no lo entendíamos del todo eran los primeros desplazados por el narcotráfico reinante en Pacho, bajo la ola de terror sembrada por Gonzalo Rodríguez Gacha y del Magdalena Medio, que confluye con Cundinamarca a través del río Negro. Ese territorio había sido controlado por las FARC y el Partido Comunista, así

que ese campesinado era desde hacía mucho tiempo comunista. Al llegar a Zipaquirá, se vinculó directamente a nuestra toma.

Como personero municipal, estuve ahí haciendo las veces de mediador. Supuse —mal— que como la alcaldesa era del Nuevo Liberalismo y estábamos en terrenos de la iglesia, iba a haber mayor solidaridad. Yo he admirado siempre a San Francisco de Asís, y pensé que ante la evidencia de que se trataba de gente sin nada iba a lograrse el asentamiento. Sin embargo, unas horas después me di cuenta de mi tremendo error. Unos trescientos policías de la Fuerza Disponible —el equivalente al Esmad de hoy— rodearon el lugar. Mientras tanto, Germán Ávila había llegado con su línea propia, con un comando armado del M-19 de Bogotá que se había apertrechado en unos techos esperando la represión.

Cuando fui consciente de lo que podía ocurrir, debí tomar la decisión de quedarme y de no irme, como el funcionario que era, con las personas de la alcaldía. Me quedé con la gente, pero la represión era muy dura. Sin embargo, otra gente se organizó de los barrios aledaños y estalló una verdadera insurrección con barricadas. En unas horas, Zipaquirá estaba tomada: un grupo fue a la catedral, otro rodeó la alcaldía, uno más bloqueó la entrada al pueblo. La Policía se vio sobrepasada y la gente sintió que habíamos triunfado. Esa noche llegué a Cajicá sabiendo que me iban a mandar a la Procuraduría y me iban a empapelear. Después me pusieron una multa, pero, volviendo a esa noche, me fui a una casa de seguridad que teníamos —otra de las herencias de las enseñanzas de los Tupamaros—; me acosté al lado de una muchacha samaria muy hermosa y militante del movimiento.

Me levanté a la madrugada y regresé a Zipaquirá. Todo parecía un campo de batalla. Menos mal Germán Ávila y su comando se contuvieron, porque si no es por la gente de los barrios aque-

llo habría sido una guerra con cientos de víctimas. Esa mañana sentí que estaba profundamente comprometido con esa población. Aunque hubo algunas burlas cuando hablé de la política del amor en la campaña a la presidencia del 2018, eso me viene desde ese momento. Sentí que era amor defender a esos pobres a quienes el Estado y la sociedad habían abandonado. Al fin y al cabo, los obreros industriales sentían, y algunos sienten eso hasta hoy, que al haber alcanzado —como obreros asalariados—, con conquistas laborales, un lugar en la sociedad, la lucha de los pobres no era ilegítima. El lumpen, se nos decía, no era el camino bajo la tesis marxista, nuestro deber era con los obreros. Sin embargo, pienso que mi cercanía con el cristianismo profundo, con la idea de San Francisco de Asís, me hacía darme cuenta de que sentía tanto amor por la gente pobre que estaba dispuesto a todo por ellos.

El Bolívar 83, como le llamamos al movimiento de la toma para conmemorar los doscientos años del natalicio de Simón Bolívar (1783), fue una lucha que dio sus frutos y un proceso muy interesante. Me mudé a los ranchos, a los inquilinatos, pues del terreno nos sacaron en apenas un día. Estando en ello, me llegó la noticia de que Jaime Bateman había desaparecido en una avioneta que iba, supuestamente, rumbo a Panamá, aunque hay toda suerte de historias al respecto. El M-19 lo buscó por todos los medios creyendo que había sobrevivido, pero se anunció de manera pública que estaba muerto y creo que todos sentimos, de alguna manera, un golpe muy duro. Recibí la noticia en los cambuches de la gente pobre de la toma del Cedro; sentí que esa lucha era también un homenaje al gran caribeño fundador del M-19.

Esos días jamás los olvidaré porque, como ya dije, me ligaron para siempre al mundo de los pobres. Continuamos meses resistiendo, y, como parecíamos tener una autonomía en la lucha

popular y seguíamos pensando que podían darse luchas desde la política tradicional, el M-19 nos expulsó, por orden de la negra Rebolledo —quien moriría luego en el Palacio de Justicia—, a otro muchacho muy bien parecido de quien no recuerdo el nombre y a mí. Nos reunieron y nos dijeron que estábamos por fuera. Confieso que no sentí un ápice de amargura. Ante su insistencia de por qué no sonaban los disparos en Zipaquirá, nosotros pensábamos que estábamos dirigiendo al pueblo, y que no podían comprendernos, pues estaban era en la conformación de un ejército militar en los campos, mientras que nosotros nos encontrábamos en la insurrección popular. Así, me convertí más en un líder popular que cualquier otra cosa. Tenía 22 años. Conformamos una asamblea con la gente que había estado en la toma, y se nos convirtió en una obsesión conseguir un terreno para hacer un barrio para la gente más pobre. Me volví, pues, el dirigente popular de todos ellos: las señoras me daban tinto, dormía en sus casas de arriendo, porque vivían en inquilinatos. Conocí, por fortuna, todo ese mundo. Ahí dormía y vivía e iba de vez en cuando a la casa, en donde me preguntaban en qué andaba metido, sin que yo dijera mucho.

Al cabo de unos meses, la alcaldesa María Fernanda Castañeda por fin comenzó a comprender qué era lo que nosotros planteábamos, impactada por la insurrección. El mundo político en Zipaquirá supo que había una bomba social por atender y una fuerza que los apoyaba. Ese momento es muy importante porque fue a través de un pacto social como conseguimos avanzar en el proceso. Resulta que Luis Eduardo Gutiérrez, el hombre más rico de Zipaquirá, de estirpe conservadora y campesina, amigo de Bertha Hernández de Ospina, a quien le había comprado su hacienda, decidió con audacia acercarse a nosotros. En lugar de apoyar la represión y además frenar la avanzada del M-19, se hizo amigo nuestro. Quizás él sabía, por lo que estaba ocurriendo en

Pacho, que de llegar a profundizarse la guerra habría operativos económicos —secuestros—, y eso no le convenía a nadie, ni mucho menos que se conformaran ejércitos paramilitares, como ocurría en ese momento en el Magdalena Medio y en Pacho.

Ese fue un pacto entre el M-19 y la sociedad zipaquireña más tradicional y conservadora, y quien lideró fue Luis Eduardo Gutiérrez. Fue una isla en medio de todo lo que estaba pasando en el resto del país. Se decidió que se donaran unos terrenos que eran del municipio, y es el lugar donde hoy queda el barrio. Me acuerdo de las primeras noches cuando dormía ahí, tomábamos tinto, empezábamos a hacer vigilancia, pues bajo la idea de la línea militar de masas organizamos los piquetes de vigilancia, integrados principalmente por mujeres: ellas fueron las líderes de todo ese proceso. Unos arquitectos de la Universidad Nacional aparecieron y nos ayudaron; hicieron planos, levantamientos topográficos, el trazado del alcantarillado —que hicieron en quince días, sin un solo peso, los propios habitantes—. Fue algo muy estimulante: el barrio se levantó, yo puse muchos ladrillos con mis manos de estudiante, e hicimos el barrio Bolívar 83, y ese fue el fortín del M-19.

Aunque estábamos expulsados, a mí no me importaba. En el año 84 decidí lanzarme como concejal. Saqué 800 votos. Nuestro electorado se había desplazado de obreros hacia pobres, pues todos los pobres votaron por mí, y aunque esperaba mucho más me volví concejal de Zipaquirá. Mi suplente fue Jaime Gómez, quien venía de la Anapo. Francisco Vargas se puso a organizar, a educar a la población, a establecer algo que llamábamos el Poder Popular; la idea era que la gente misma tomaba las decisiones, en un proceso organizativo muy fuerte. Desde ahí me volví un líder popular.

La Costa cada vez me quedaba más lejos, y me sentía absorbido por otra realidad. En esas, volvió a aparecer el M-19.

Recuerdo que apareció un muchacho de apellido Alvear, del Valle del Cauca, quien me puso una cita en Bogotá. Nos dijeron, porque la oferta de regresar incluía a varios de los expulsados, que el nuevo líder sería Francisco Vargas. Me cobraron mi retención a las operaciones militares, pero aceptamos. A Bateman lo había reemplazado Iván Marino Ospina, a quien tampoco conocía, pero me parecía un guerrillero de la vieja época, venía de las FARC y era un mundo que no me llamaba la atención realmente.

Para ese entonces, habíamos conformado una red de coordinadoras de movimientos regionales. En esa red conocí a Carlos Horacio Urán, a Orlando Fals Borda, a Alfonso Cabrera, que tenía un movimiento en el Tolima, y a Ricardo Lara Parada, a quien asesinó el ELN en el Magdalena Medio. Carta al Pueblo era un movimiento popular y con esa organización regresamos al M-19.

Francisco Vargas, que había sido fundamental en la construcción del Bolívar 83, fue reclutado para irse a un campo de entrenamiento en Libia; el M-19 comenzaba a ampliar sus horizontes. Me enteré de todo eso tiempo después. Habían viajado al desierto del Sahara, conocido a Muammar Gadafi, y los colombianos fueron clave en la formación de muchas milicias. El campo terminó dirigiéndolo Otty Patiño. Además, se hicieron contactos y ligazones con los palestinos, con un movimiento muy importante para nuestra historia de lucha, que era el Frente Polisario, del Sahara Occidental, con las guerrillas de Suráfrica, que representaban el pensamiento y la lucha de Nelson Mandela y con el movimiento Swapo, de Namibia.

Era un cosmopolitismo interesante para esa época y los zipaquireños estábamos presentes. El M-19 era una vanguardia en ese tipo de luchas, y cuando los comandos regresaban vía Panamá hubo un intento de creación de los batallones de la dignidad en los barrios, pero con Manuel Antonio Noriega todo eso se fue al

traste, pues él decidió rendirse ante los norteamericanos. El M-19, además, había peleado en Nicaragua, muchos miembros habían sido oficiales del Ejército Popular Sandinista y obviamente la rai-gambre del movimiento cada vez era más militar. Esto lo escribo porque en medio de esta ampliación del campo de batalla había una contradicción con el discurso de Bateman sobre la paz. El M-19 parecía alistarse para profundizar la guerra, o quizás pre-veía lo que finalmente ocurrió, que fue, como lo llamó en la época Laura Restrepo, la *historia de una traición*.

No volví a ver a Pacho Vargas, pues él enfermó en el desierto de una afección propia del Mediterráneo sobre los riñones. Sí me reencontré con Enán Lora, dentro de las estructuras del M-19, pero yo ya era visto más como lo que era: un dirigente popular y concejal de Zipaquirá.

El diálogo nacional planteado por Bateman y recogido por Belisario avanzaba con muchas dificultades, ya que era obvio que al estamento militar no le interesaba legitimar un movimiento que le había propinado golpes simbólicos y reales muy importantes. Iván Marino Ospina y la comandancia del M-19 firmó la tregua con el gobierno Betancur y se inició ese proceso en el cual, quienes estábamos de alguna manera en la legalidad, éramos importantes. Por eso me llamaron para asistir a la firma de los acuerdos de paz en Corinto, Cauca.

Traición y entusiasmo

Me encontré con el verdadero mundo del M-19 que nunca había conocido. Mi mundo era el de Zipaquirá; el de los obreros y Bolívar 83, pero a medida que avanzaba el bus por las carreteras comprendí que me internaba en una geografía muy distinta. En algún momento, pasé por Florida, Valle, donde acababan de atentar contra Carlos Pizarro. El pueblo estaba lleno de banderas azul, blanco y rojo: todo el pueblo estaba con el M-19, y por ese hecho ya se había producido una insurrección. La Policía abandonó el pueblo, el M-19 controló de inmediato el lugar. Me bajé hasta Corinto y me encontré las formaciones guerrilleras que venían de las montañas. Reconocí incluso antiguos compañeros de Bogotá ahora convertidos en guerrilleros, y la primera impresión que me dio fue la dureza de las personas que me encontraba. Eran hombres y mujeres convertidos en soldados de la Fuerza Militar de Occidente que dirigía Pizarro, eran guerreros y guerreras, y me los encontraba de frente. Eran dos mundos de nuevo, muchas vidas que habían tomado caminos distintos. Yo estaba en el mundo popular y ellos en la guerra.

Por primera vez, vi la cara de Carlos Pizarro. Era un hombre muy buen mozo. Llegaba herido a firmar la paz; estaba, por supuesto, alterado y no tenía un buen discurso. Sin embargo, el pueblo se dedicó a bailar todos los días y las noches que estuvimos ahí. Era como una verbena popular, la gente quería una

fiesta como revolución, recordando a Bateman. Me crucé con Andrés Amarales, con Vera Grabe, con Antonio Navarro, a quien no conocía y tenía mucha inquietud de verlo, pues había sido el director del Plan de Estudios de Ingeniería Sanitaria en la Universidad del Valle. Tenía pinta de alemán hiperactivo, una disciplina para la actividad física enorme y venía del mundo universitario urbano, y eso me hacía sentir cercano. Obviamente él estaba en el Comando de Diálogo Nacional y yo en el de Cundinamarca, pues, como lo advertí antes, el cariño del M-19 hacia mí no era tanto y entendía bien que estaba allí por lo que había hecho en Zipaquirá, por la demostración de fuerza que habíamos tenido. Digamos que, en ese escenario, los militares retrocedían y quienes estábamos en escenarios legales cobrábamos valor.

De todos modos, era un mundo militar al que estaba llegando. Yo no quise ponerme uniforme aunque, de alguna manera, eso les daba estatus en todos los sentidos a quienes lo portaban. Una de aquellas noches me entregaron una carabina y me instalaron en una de las entradas al pueblo, pero quizás fue la única función marcial que desempeñé. Más bien, me interesaba ir y hablar con la gente. Salía de la zona de seguridad con amigos de Bogotá, conversábamos con la población de Corinto que se mostraba entusiasta con nosotros. Se le ocurrió a alguien pedirles que se inscribieran quienes quisieran ser del M-19 y se formaron filas larguísimas. Eso nos comprobaba; cada vez más, que era un movimiento popular. La perspectiva de la paz atrajo la simpatía de la gente, así que pensé que eso podía trasladarse a las ciudades; Corinto era muy pequeño, pero tal vez podía ser una muestra de que en los barrios, tal como lo había comprobado en Zipaquirá, podíamos desencadenar un gran movimiento. No se trataba de elecciones, pues al fin y al cabo eso ya lo había probado, sino de involucrar a muchos en ese diálogo

nacional para proponer reformas profundas, y si no eran aceptadas por la oligarquía el pueblo podía tomarse el poder.

Tras unos días, nos despedimos de Corinto. Muchos se fueron hacia la cordillera, hacia un punto que después se volvió famoso, que fueron Los Robles, en donde se celebraría, más adelante, el Congreso por la Paz y la Democracia, organizado del 13 al 17 de febrero.

Volví a Zipaquirá. Había conocido la guerrilla rural de Colombia o el Ejército Libertador, que era como nos llamaban, la Fuerza Militar de Occidente; había conocido a toda la plana mayor del M-19, que aún sobrevivía, pues de los mandos solo Bateman había muerto en el accidente, y el doctor Carlos Toledo Plata había sido asesinado en Bucaramanga estando en la legalidad, producto de la tregua, el 10 de agosto de 1984.

Se había acabado mi distanciamiento, y podía trabajar en lo que a mí me gustaba, en convocar a la población. Entonces trabajé, durante unos meses, en actividades políticas legales. Poco a poco, vi cómo se llenaban las plazas y la simpatía que arrasábamos. En Zipaquirá, hice pública mi pertenencia al M-19. Eso cambió muchas cosas, pues, así fuera concejal, me convertí en alguien incómodo. No hay que olvidar que el establecimiento, a través del Ejército, quería sabotear el proceso, objetivo que al final logró: como siempre, no estaba dispuesto a negociar reformas democráticas y pensaba en que se trataba de acabar con un grupo de revolucionarios. Ese momento lo he pensado mucho, pues creo que lo que debió plantearse de inmediato era una Constituyente como una manera de reformar de verdad a la sociedad. Fue de todos modos tal la presión de provocarnos para que nos lanzáramos a la guerra.

Y eso, finalmente, fue lo que ocurrió.

El 20 de diciembre el Ejército lanzó la operación Garfio en contra del campamento de La Libertad, en Yarumales. Creían

que era una operación de trámite, y la defensa de ese lugar, durante 27 días, le demostró al país que estaban ante un ejército formado y entrenado, que era capaz de defender sus posiciones. Pizarro, que estaba allí al frente de las tropas, atrapó al ejército entre dos fuegos. Esa fue una derrota tremenda para el Ejército que hizo que se instalara una convicción de capacidad y triunfo militar en el M-19, y eso fue lo que llevó a la toma del Palacio de Justicia.

Obviamente no estuve en Yarumales. Había estado en la Costa, en Ciénaga de Oro, y al regresar a Zipaquirá el Ejército comenzó a hostigar a la gente del Bolívar 83, buscando armas. Al llegar, comenzaron a apresarme una y otra vez, sin razones, pero me soltaban porque no tenían nada contra mí. Me fui volviendo una especie de miliciano en el barrio, dormía ahí, e izamos las banderas del M-19, que la Policía tumbaba una y otra vez. Había un ambiente que no era propiamente el de una tregua, y en junio estalló un paro nacional, en julio Pizarro declaró el fin de la tregua, y comenzó de nuevo la guerra.

Habíamos recibido un casete grabado en donde se nos pedía no abandonar nuestras posiciones ante la declaratoria del fin de la tregua. El último círculo era el de la vida, es decir, había que batallar hasta la muerte, y yo hice caso. El Ejército había comenzado a instigar más y más, había hecho una gran operación en Siloé, en Cali, a donde había matado a mucha gente. Una mañana me buscó Tatiana Rincón, que era mi amiga, abogada del Externado, y parte del comando para decirme que iba a haber algo muy grande en el país.

Decidí quedarme en el barrio unos días. Salí un par de veces, la última vez fui a donde un campesino de Yacopí que cuidaba un campo de golf en la parte plana de Zipaquirá. Tenía que ir a Bogotá a recibir unos mensajes de Jaime Bermeo, que era nuestro contacto y estando ahí, en ese campo de golf, vi cuando pasaban los

tanques de guerra y las tanquetas hacia el barrio. Aunque tenía la posibilidad de irme, pensé en la orden de Pizarro y decidí regresar. En realidad, pensé en el amor por mi gente, la gente pobre del barrio, y sentí que mi lugar era estar con ellos. El barrio estaba rodeado, pero pude entrar disfrazado de minero. Me metí a la boca del lobo a defender a la población y a estar con mi novia, Katia Burgos, que era de una familia conservadora muy distinguida de Ciénaga de Oro, y que me pareció siempre asombrosa, pues en medio de esa tensión militar, con el barrio rodeado y el peligro latente, ella se metía a visitarme. En el barrio, habíamos hecho trincheras y túneles para resguardarnos desde el estallido del paro nacional, pues nos habían declarado objetivo militar. Pensaba que si me cercaban tendría la alternativa de subirme hacia el páramo de Guerrero y que ahí, más adelante, estaban los campesinos, los de José Domingo y San Cayetano, y perfectamente podía refugiarme allí.

Al cabo de un mes largo, mientras el Ejército entraba en la mañana y salía al terminar el día, una noche Katia me dijo que estaba embarazada. Quedé congelado, nos acostamos en una cama, debían ser como las diez de la noche, y a eso de las cuatro de la mañana llegó la posta, un muchacho que me informaba, y me dijo que los camiones militares estaban entrando. Me puse unas botas, una ruana, para disfrazarme como campesino y me metí en un túnel que no tenía salida. Pensé que iba a pasar lo mismo de siempre y no me iban a encontrar, pero el Ejército entró amenazando a la gente, golpeándola casa por casa, y a un niño le dijeron que iban a matar a su mamá si no decía dónde se escondían los guerrilleros, entonces el pequeño reveló la existencia de los túneles.

Comencé a escuchar encima nuestro las pisadas, las conversaciones, y me di cuenta de que habían empezado a remover la tierra. Habíamos aguantado todo el día, pero en la tarde era

inminente que nos capturarían. Se abrió el techo del túnel y sentí que me jalaban del pelo y me arrastraban. La gente, subida sobre los techos de las casas, comenzó a gritar. Había caído.

Mucho tiempo después, cuando era senador, entrando a una universidad, un celador fornido me pidió un minuto para hablar conmigo.

“Yo fui el soldado que lo capturó en Bolívar 83, en Zipaquirá”, me dijo. “Le quiero contar lo siguiente: la orden que yo tenía era tirarle una granada, y yo lo cogí del pelo fue para salvarlo. Ese día me echaron del Ejército”.

Casi me pongo a llorar en ese momento. Había pensado todo ese tiempo en otra versión de la historia. Ese soldado salvó mi vida, mientras un mayor de apellido Fúquene, quien por cierto había estudiado en mi mismo colegio, tenía mucha rabia porque no me habían matado, entonces decidió golpearme fuertemente mientras me arrastraba fuera del túnel. De ahí, con la gente aterrorizada pero consciente de que me habían capturado, me subieron a un camión con unas diez personas más del barrio, muchos jóvenes, y comencé a sentir la humillación: me ponían las botas encima de la cara encapuchada y tras un trayecto largo, según pude entrever por la capucha, supe que estábamos llegando a la Escuela de Caballería, en el Cantón Norte.

Cárcel y tortura

Sabía que no podían matarnos. Les quedaría muy difícil explicar nuestras muertes. Íbamos a sobrevivir, estaba convencido, porque en Zipaquirá ya era de público conocimiento la forma como nos habían capturado. Nos habían presentado ante la prensa como si fuéramos unos delincuentes. Yo en ese momento seguía ejerciendo por mandato popular la concejalía de Zipaquirá. Había dejado de asistir a las reuniones porque ya prácticamente estaba acorralado en el barrio Bolívar 83 y porque ya se había vuelto muchísimo más importante la lucha popular y la organización miliciana que el trabajo parlamentario. Aún debe existir algún registro del momento de la captura. Recuerdo que salió una foto en la que mis compañeros hicieron lo que usualmente se hace en ese tipo de situaciones: bajar la cabeza. Yo no la quise bajar. ¿Por qué tenía que arrepentirme o avergonzarme por el hecho de que un Estado hubiera capturado a un revolucionario?

A mí me capturaron con algunas señoras y con jóvenes muy humildes que se habían integrado al esfuerzo del M-19. Todos eran residentes del Bolívar 83, pobladores que nos habían acompañado durante el fuerte trabajo de conquistar el lote, de construir las viviendas. Ya para ese momento el barrio estaba relativamente construido. Tenía calles y casas. Se habían levantado casas al estilo de los barrios populares de Colombia, yo

había puesto ladrillos y tejas. Mis compañeros estaban sufriendo, por primera vez, los golpes del Ejército. Eran víctimas de una especie de venganza por parte del Estado por haber reclamado sus derechos. Yo estaba con ellos, pero de forma aislada, pues nos pusieron en celdas diferentes. De cierta forma, también me acompañaba la noche que alumbraba Zipaquirá.

Nuestro encarcelamiento no era más que otro aspecto de la lucha por la justicia social para que la gente tuviera vivienda. Esto contrarrestaba con la lógica del Estado, que se encontraba allí presente a través de los militares. Eran dos formas diferentes de ver el mundo. El Estado lo que hacía era golpear, tratar de atemorizar, por medio de los uniformados. La gente pobre capturada, en cambio, trataba de construir solidaridad, de cuidarse el uno al otro, de buscar que no le pasara nada malo a ninguno.

Lo primero que me hizo el Ejército fue robarme una pulsera bañada en oro que me había regalado mi novia, la misma que me había dicho que estaba embarazada. Me robaron la única pertenencia que tenía algún tipo de valor sentimental.

La tortura no es un momento de abstracción intelectual. Es un momento de resistencia física y de sobrevivencia pura. Cuando empezó, los golpes fueron permanentes. Usaban unas prácticas de violencia que se suponía que no dejaban huella para eliminar cualquier evidencia, pero conmigo no lo lograron. Quedé con bastantes cicatrices, sobre todo en la cara. Y, claro, cuando los golpes eran puños, obviamente salían moretones. Había una práctica conocida como la tortura china, que consistía en dejar a la víctima durante horas de noche debajo de una gota de agua que caía permanentemente. Otra práctica era hacerlo a uno dormir debajo de los caballos, sin comida o mantas, esposado a las cercas donde tenían a los animales. Eso fue en la Escuela de Caballería. Los caballos no permitían si quiera la posibilidad de que uno durmiera. Los militares también me

golpearon con fusiles y me pusieron en el pecho unos corrientazos de electricidad tremendamente dolorosos.

Un día me llevaron encapuchado a una especie de celda en un pasillo muy largo lleno de puertas. Escuchaba, estando encapuchado, cómo las puertas se abrían y se cerraban con la fuerza del extremo del padillo hasta llegar a mi celda. De pronto me quitaron la capucha negra y vi como a diez oficiales, todos con insignias, aunque estaban encapuchados. Comenzaron el interrogatorio. Hubo otros episodios, pero lo más duro fue la presión psicológica. Al final de las sesiones aparecían uniformados con condecoraciones, pero encapuchados, con bolsas negras cubriéndoles los rostros. Yo creo que ellos querían mostrar su poder, y que yo me hiciera a la idea de que eran, realmente, invencibles; que el esfuerzo de cambiar al país o de construir cultura social o de guiar una revolución era imposible en un país como Colombia.

Siempre me hacían las mismas preguntas. Todos los días cambiaba la persona que entraba a la celda. Había uno que era el violento, había otro que era el conciliador, el que buscaba salidas para mí. Las preguntas se repetían una y otra vez. ¿Dónde está Jaime Bermeo? ¿Dónde está Andrés Almarales? ¿Dónde está Antonio Navarro? Conocían ya los nombres propios de mucha gente del M-19, porque se suponía que aún estábamos en una tregua con el Gobierno y habíamos hecho pronunciamientos desde las plazas públicas. Yo no tenía ni idea dónde estaban. Aun así, siempre repetían los cuestionarios.

Me trasladaron entonces a una celda donde se escuchaba el ruido de las puertas y de las ventanas al cerrarse con fuerza. Cuando se acercaban poco a poco a donde yo estaba y me quitaban la capucha, yo me daba cuenta, por la manera en que me hacían las preguntas, que eran coroneles y mayores. Eran exactamente las mismas preguntas que me hacía el personal civil del

Ejército, los miembros de la inteligencia militar, que en esos momentos se llamaba el B2. El general de la Brigada XIII se llamaba Jesús Armando Arias Cabrales y fue quien firmó mi arresto. Él tenía, bajo el decreto de estado de sitio, la posibilidad de condenarme cínicamente por una razón que simplemente pronunció: yo era un guerrillero, a sus ojos. En realidad, si hubiera operado la justicia ordinaria, el arresto no hubiera llevado a la encarcelación. Sin embargo, bajo el estado de sitio mi arresto se convirtió en una condena de prisión.

Después de la tortura, me condujeron a una instalación ahí mismo, a donde un funcionario de la Procuraduría, ante quien tenía que constatar que yo estaba bien. Fue una escena surrealista. Llegué golpeado, cubierto en moretones, y él firmó un acta que decía que me encontraba bien. Entonces me obligaron a firmarla. Mejor dicho, fui obligado a constatar que no me había pasado nada. Ese señor era un funcionario de la Procuraduría, no tenía nada que ver con las Fuerzas Militares. Se suponía que él debía cuidar mis derechos. Pero, contrario a lo que establece la ley, en esos años este tipo de personajes se adherían a la decisión de Betancur de destruir al M-19. Incluso se adherían con más fuerza a las Fuerzas Militares, que tenían más poder que el presidente. Los círculos que gobernaban el Ejército calcaban la doctrina de seguridad nacional que los norteamericanos usaban en su propia lucha contra el bloque soviético, que aún existía.

Además, las Fuerzas Miliars estaban muy contaminadas por las relaciones con el narcotráfico. Con Pablo Escobar, para ser exactos. Sobre todo, el coronel Luis Alfonso Plazas Vega, que después descubrí que era el jefe de esa guarnición de la caballería que pertenecía a la Brigada XIII. Plazas Vega había sido denunciado por oficiales, los mismos que más adelante declararían ante la justicia, por estar al mando de Pablo Escobar y por ser amigo personal de Rodríguez Gacha, alias 'el Mexicano'. Gacha, en esos años,

controlaba Bogotá, por no decir el país. Esto ayuda a explicar lo que sucedió un poco más adelante en el Palacio de Justicia, pero aún no hemos llegado a esa parte de la historia.

Yo no sentí el dolor de la tortura hasta cuando llegué a la cárcel. Durante los oscuros días de las golpizas, jamás me sentí doblegado físicamente, aunque psicológicamente fue difícil porque sentí que, de alguna manera, mi vida había cambiado. De todas maneras, tenía muy presente las frases de Katia, mi novia, hablándome de su embarazo, y por tanto de la posibilidad de que yo fuera a ser padre. Eso me ayudó, me hizo resistir, así como la compañía de las personas del barrio Bolívar 83 que también habían detenido. El Ejército liberó a la mayoría de ellos. Las primeras en salir fueron las señoras y, al final, solo dos muchachos fueron "condenados" por un general, que no por la justicia ordinaria.

Ninguno de nosotros tres tuvimos el derecho a un tribunal independiente, que es un principio universal de la justicia. Nosotros no teníamos dinero y, además, nos juzgó nuestro enemigo, el otro bando de la confrontación. Y lo hacía a través del ya mencionado estado de sitio, que se había vuelto la manera permanente de gobernar y que le permitía al presidente legislar vía decreto sin el filtro del Congreso. La rama ejecutiva incluso podía suspender los derechos y las libertades que escasamente les permitía a los ciudadanos la Constitución del 86; una carta política retrógrada, firmada por un movimiento político reaccionario que se parece bastante al movimiento uribista de hoy.

Mucho de lo que yo juzgo del uribismo, y de la derecha colombiana en general, es que quiera eliminar la Constitución del 91 para volver a la de 1886. Pero, si se analiza, aun con el carácter reaccionario y autoritario de esa Carta, la oligarquía colombiana no pudo gobernar a la población durante el transcurso del siglo XX y debió recurrir a medidas excepcionales, como, por ejemplo, el estado de sitio. Por eso Colombia era entonces una dictadura,

solo que a la manera oligárquica santafereña, que trató de conservar la forma democrática y fácil en su capa exterior, cuando en realidad su contenido fue similar al de las dictaduras del momento en el Cono Sur. Usaban los mismos métodos, las mismas prácticas. Y yo las padecí en 1985, con apenas 25 años, cuando el poder militar me juzgó y me torturó.

Mi mamá y mi papá me visitaron una vez en La Modelo, y siempre quisieron volver, nunca me abandonaron. Sin embargo, sentí que mi vida familiar se había acabado. Para mí, fue un cambio abrupto y completo. De lo que había vivido antes solo me quedaban los recuerdos y las nostalgias. El proyecto del Bolívar 83, en el que tanto había trabajado, llegaba a su fin. El barrio perdió su poder popular por culpa de la represión, que de un día para otro mató sus posibilidades de decisión. Centenares de familias perdieron su capacidad de autonomía y el 83 entró en la lógica de los demás barrios populares de Colombia. Las juventudes, desesperanzadas, se tornaron violentas entre sí y las señoras que fundaron el barrio a mi lado quedaron en el recuerdo. Zipaquirá, de alguna manera, también quedó para mí en el recuerdo, pues nunca volví a ser político allá, a pesar de que más adelante la población apoyó mis campañas electorales. No regresé hasta cuando fui a hacer la paz con el M-19 años más tarde.

Las primeras visiones que tuve de La Modelo me atemorizaron. Vi la realidad del país concentrada en una población hacinada, bastante joven. Los políticos que llevan presos por corrupción cumplen sus sentencias en sus casas, pero nosotros pasamos a lo peor del mundo carcelario: baños de agua helada, humillaciones y encierro en jaulas que violaban nuestra dignidad estuvieron a la orden del día.

La toma del Palacio

La idea de la toma del Palacio era reiniciar el proceso de paz entre el M-19 y el Gobierno. Era una operación para negociar, para llegar a un acuerdo. Desde la cárcel, viendo por televisión la toma, pensaba que mi estadía allí pronto acabaría y que podría regresar a Zipaquirá para continuar haciendo política. Sin embargo, al segundo día, con el Palacio en llamas, entendí que el operativo había sido un desastre para el país y también para el M-19.

En ese entonces, no tenía la madurez suficiente para hacer un análisis a profundidad. Hoy puedo decir que la toma fue un hijo de la discusión que se desarrolló en la conferencia a la que asistí. El hecho de haber ganado la batalla de Yarumales, derrotando al Ejército y al Gobierno hizo que creciera el militarismo dentro del M-19. El movimiento pensaba, cada vez más, que podía ganar por la vía armada. Por tanto, la paz ya no tenía el valor que le habíamos dado inicialmente. Esto generó las condiciones para una acción de tal envergadura militar como tomarse un edificio en la plaza de Bolívar, frente a los demás órganos de poder.

El M-19 entró al Palacio exigiendo un juicio contra Belisario Betancur por haber traicionado la tregua con nuestro movimiento. Los medios de comunicación tradicionales generalmente no analizan este hecho, pues se ha construido un discurso oficial para tapan la historia real y sus consecuencias. Pero lo cierto es

que el M-19 ingresó al Palacio para que la Corte Suprema estudiase un proceso contra el presidente, en la tradición de las demandas armadas que ya había insinuado alguna vez Rafael Uribe Uribe. El M-19 nunca tuvo la intención de exterminar o atacar a los magistrados de la Corte Suprema.

El movimiento creía que, al entregar esta demanda, habría una negociación con el presidente para una salida pacífica. Nunca pensó que el Gobierno fuese capaz de poner en peligro la vida de los magistrados, la mayoría de los cuales habían sido profesores míos en el Externado. Ese fue un error de cálculo profundo, pues el Gobierno jamás tuvo la intención de salvar sus vidas. El Ejército tenía dos grandes motivaciones para entrar a la fuerza y retomar el Palacio. La primera era la relación entre varios de los miembros de su cúpula con Pablo Escobar y Rodríguez Gacha, una realidad que ha sido silenciada completamente por la prensa.

Una hija del director de la Brigada de Institutos Militares de la época de Turbay, Miguel Vega Uribe, se había casado con la hija de uno de los narcotraficantes que estaba extraditado en los Estados Unidos. En ese momento no sabíamos que existía una comunicación directa entre Plazas Vega y el cartel de Medellín. Es altamente probable que haya sido Escobar quien le avisara al Ejército sobre la toma, a partir de infidencias que quizás le hicieron militantes del movimiento en Antioquia. Escobar, entonces, empezó a jugar entre bastidores en la toma, pero no del lado de la guerrilla, sino del Ejército, y no con la intención de quemar los procesos contra él, como suele afirmar la historia oficial.

Esto es importante. En primer lugar, los procesos no se quemaron, pues se encontraban en los archivos, en la parte más baja del edificio. En segundo lugar, los procesos de extradición ni siquiera los hacía la justicia colombiana. Los hacía la justicia norteamericana; las pruebas y las acusaciones estaban en ese

país. Lo que sí existía, de parte de Escobar, era un deseo de venganza contra los magistrados que no habían querido tumbar el tratado de extradición.

La segunda motivación del Ejército era frenar los altos tribunales de justicia, que en ese momento estaban procesando a varios integrantes de la cúpula militar de Turbay por las torturas realizadas, entre otros, a la mayor parte de la militancia del M-19. Ese gobierno había torturado a 10 000 personas y había intentado capturar al escritor García Márquez. Para 1985, existía un cantidad innumerable de denuncias realizadas por personas de clase media que habían pasado por las brigadas bajo tortura. Esos procesos no solo habían llegado a manos de la Corte Suprema, sino que habían sido iniciados y varios militares habían sido llamados a indagatoria. El mismo día de la toma, por ejemplo, el general Samudio, alto mando de las Fuerzas Armadas, estuvo en el Palacio y mucho tiempo después fue acusado por hechos de tortura.

La cúpula de las Fuerzas Armadas, como sucede hoy en relación con los falsos positivos, rechazaba este tipo de justicia, pues podía llevarlos a la cárcel. Hasta ese momento, ellos se habían defendido con su propia justicia, en tribunales militares, que encubrían la guerra sucia en Colombia. La Corte Suprema, en cambio, no estaba en sus manos. Sus miembros hacían parte de una escuela de derecho muy democrática y progresista, educados en la Universidad el Externado.

Por eso el M-19 se equivocó al asumir que, al tomarse el Palacio, no iban a exponer la vida de los magistrados. La decisión del Ejército fue entrar y acabar con todo lo que allí había, fundamentalmente con los Tribunales de Justicia y con las pruebas que había contra los altos mandos de las Fuerzas Armadas. Eso llevó a que el episodio terminara en una masacre y con la muerte de todos los integrantes del M-19. El Ejército, de un tajo, le causó una herida profunda al país, le propinó un golpe real al

proyecto político del M-19 y acabó con la posibilidad de paz, que ese día se evaporó definitivamente por muchos años.

La paz, en realidad, tiene muchos enemigos en el poder. Nunca ha sido una propuesta deseada por la oligarquía. La guerra y la violencia les sirve para perpetuar un tipo de régimen que, en el fondo, es una confluencia económica y política entre el poder tradicional y el narcotráfico. Esto se demostró con profunda contundencia en la respuesta a la toma del Palacio de Justicia.

Al día siguiente, cuando lo único que quedaba del edificio eran sus cenizas, muchos de los presos comunes de La Modelo nos pidieron que lideráramos una especie de insurrección. Incluso nos dijeron que planeáramos una fuga, lo cual habría terminado en otra masacre, pues la cárcel queda a pocos kilómetros del Palacio. Los helicópteros nos sobrevolaban constantemente y, según nos informó un guardia, había tres anillos del Ejército rodeándonos, precisamente para impedir que se efectuara alguna acción de escape. Yo tomé la decisión de no hacer nada para cuidar la vida de los miles de presos que había en la cárcel.

Fueron pasando los días. No nos habíamos desmoralizado: todos los días entrenábamos, estudiábamos y leíamos. Y entonces, quizás por la influencia que pudieron haber tenido todas estas circunstancias tan dramáticas en la vida nacional, cuando llegó diciembre estalló una asonada en La Modelo. No recuerdo el origen, pero sí la muchedumbre armada de cuchillos. El malestar que muchos sentían llevó a los presos a insubordinarse y a tomarse los patios. Ellos nos designaron a nosotros como sus líderes, para que los representáramos ante la dirección carcelaria con un pliego de peticiones que consistía, en líneas generales, en que dejaran trabajar a los presos. Nosotros lideramos esa situación y por eso nos trasladaron durante la noche a otras cárceles.

A mí me llevaron a una cárcel en Ibagué. Quedaba en un viejo convento de la época colonial, ubicado en el centro de la ciudad.

Por eso no tenía una arquitectura propiamente carcelaria. Las celdas eran las habitaciones originales de los monjes. Además, las puertas se podían abrir desde adentro; uno no se sentía confinado a una celda, al contrario de lo que ocurría en La Modelo. Acá se podía salir y volver a entrar. Pero lo que más me sorprendió fue la cantidad de pájaros. Había muchos dentro de la cárcel, volando y revoloteando a causa del calor templado de Ibagué. Los graznidos de las aves fueron un oasis. También iniciamos ejercicios. Fue una experiencia menos difícil.

En Ibagué, algunos compañeros del M-19 hicieron un intento de fuga sin prever que, al ser la cárcel tan vieja, las vigas no iban a aguantar su peso. En efecto, se rompieron y ellos se cayeron por el entretecho. A los pocos días, decidieron trasladarnos una vez más. En especial a mí, pues trataron de asignarme la responsabilidad del plan de escape. Yo, realmente, no lo conocía, pero de todas formas me llevaron a la cárcel de Zipaquirá. Allí duré apenas cuatro horas, porque los alrededores de la cárcel se empezaron a llenar de gente.

El alcalde, que era hermano de Andelfo García, el militante de izquierdas más radical del pueblo y miembro de la organización comunista Ruptura, le pidió desesperadamente al Ejército que me trasladaran de nuevo porque, según él, yo era demasiado peligroso. Este alcalde era en realidad un informante de las Fuerzas Armadas. Años más tarde, su hermana se volvió magistrada y, durante mi alcaldía de Bogotá, fue quien hundió el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) que habíamos decretado y que adaptaba a la capital al cambio climático, con lo cual le hizo un enorme daño a las posibilidades de vida y de adaptación al peor problema que hoy enfrenta la humanidad, que es la crisis climática producida por el mercado capital en el mundo.

Sin que yo supiera en ese momento quién estaba moviendo los hilos, el alcalde logró que la Dirección de Prisiones me

remitiera a otra cárcel. Y de nuevo, en un gran operativo militar, me trasladaron en un camión a Bogotá, esta vez a la cárcel La Picota, donde cumplí el resto de mi condena. En total, estuve en cuatro cárceles en año y medio. En esta última pasé la mayor parte del tiempo. Allí conocí a Nicolás, mi hijo recién nacido. Cuando lo recibí en brazos, sentí una impresión profunda. Me sorprendió que su mirada de bebé era muy triste. Fue muy extraño conocer a mi primer hijo en la cárcel, sabiendo que no lo volvería a ver en mucho tiempo.

En La Picota aprendí a cocinar. Como la cárcel está más adecuada para presos que cumplen largas condenas, nosotros podíamos preparar nuestros alimentos. No teníamos que padecer las horribles comidas que sirve el establecimiento o contentarnos con las que vendían algunos presos, que eran carísimas. Con un poco de disciplina, comprábamos mercado y cocinábamos. Pronto le cogí gusto a la cocina, pues me ofrecía una forma de desestresarme. Lo veía como una especie de arte. Entre los presos del M-19 competíamos para ver quién cocinaba mejor.

En mi celda, un poco más amplia que las anteriores, seguí con mis lecturas. Era la primera vez que me tocaba una celda solo para mí. En La Picota coincidimos muchos de los miembros del M-19 que habíamos estado en La Modelo, entre ellos Édgar Molano, quien después me acompañó mucho tiempo. Reunidos de nuevo, volvimos a organizar los grupos de deporte, acción, estudio y solidaridad. El joven que cogieron conmigo en Zipaquirá se llamaba Alirio Borbón. Era un muchacho de Pacho, Cundinamarca, y estuvo a mi lado durante toda mi travesía carcelaria. Sus chanzas, tan comunes entre los nativos de Pacho, me alegraron durante este proceso.

La Picota tenía algo excepcional: ofrecía varios talleres que dictaban los presos. Uno podía elegir el que más le gustara. En un comienzo, sin embargo, la administración carcelaria no me

dejó participar en ninguno. Me consideraba una persona muy peligrosa, por lo que había sucedido en La Modelo, además del intento de fuga en Ibagué. Durante muchos días me tocó andar solo en unos patios muy fríos cuando todos los demás iban a trabajar. Yo caminaba de un lado al otro, esperando la hora a que regresaran los demás. Fue una experiencia difícil porque la soledad se multiplica en la cárcel. Estaba enamorado de la madre de mi hijo, y presentir que ese amor se extinguía en medio del musgo triste del cemento envejecido del patio me empezó a deprimir y a enfermar. Para saldar esa circunstancia y recuperar mi equilibrio psicológico, recurrí a una huelga de hambre.

Algunos muchachos me acompañaron en mi propósito. Incluso pensé que, si los familiares les transmitían el plan a los otros presos del M-19 recluidos en otras cárceles, se podía iniciar una huelga de hambre general. Y así ocurrió. El 19 de abril, el día de mi cumpleaños y el día en que nació el movimiento, sacamos unas banderas e hicimos algunos actos públicos que la guardia no toleró. La administración carcelaria decidió encerrarme ese día en un calabozo, en un espacio completamente aislado muy difícil de soportar. Varias veces nos condujeron allí porque querían desnudarnos, pero nosotros no lo permitíamos. Nos encontrábamos ante un Estado ilegítimo que no reconocíamos y, por tanto, no podían darnos órdenes así de simple. Sí, podían encarcelarnos, pero hasta ahí.

La huelga de hambre funcionó. La administración carcelaria al final accedió a que yo pudiera participar en los talleres. Escogí el de madera, el más artístico. Los presos truchos en ese arte me enseñaron las formas, las herramientas y cómo manejarlas. Empecé a hacer mis primeros pinos en talla de madera. Esto poco a poco me fue absorbiendo. En el taller sentía que el tiempo pasaba muy rápido. Concentrado, hacía las figuritas, que al principio eran muy simples. Más adelante me dediqué a hacer

caballos normales y unos alados. Me concentraba sobre todo en las alas. Cada vez los hacía mejor y, mientras hacía el mejor de todos, me llegó la noticia: a través de una estafeta, como se llamaba, se me anunció que había cumplido la pena de prisión, conjuntamente con Borbón. En la puerta de La Modelo me recibió el abogado del colectivo José Alvear Restrepo, a quien después desaparecieron. Me montó en un carro y salimos.

Yo solo miraba por la ventana esos barrios del sur de Bogotá, en los alrededores de la localidad de Usme. Los colores, las mujeres, los ruidos. La intensidad del tráfico. El remolino de sensaciones me conmovió profundamente. Yo casi no conocía la vastedad de Bogotá, nunca había estado por esos barrios. Me sentía como un novato, como un extranjero. Pero, sobre todo, me sentía cansado, y me producía incertidumbre no saber dónde iba a dormir.

La primera casa a la que llegué quedaba cerca de La Picota, en un barrio popular. Me recibió un muchacho flaco que siempre estuvo en el M-19, que me organizó una olla comunitaria con los vecinos del barrio. Esa experiencia me sentó bien, pero al mismo tiempo estaba nervioso. No sabía bien qué iba a pasar conmigo. Me parecía peligroso regresar a Zipaquirá o quedarme en la casa de mi familia en Bogotá. Le pedí al muchacho, en ese momento mi único contacto, que me informara sobre el estado actual del M-19. Quería saber cuál iba a ser el paso por seguir. La respuesta llegó un par de días después.

De esa casa me llevaron a Suba. Allí me volví a ver con mi amigo y con gente del Bolívar 83, incluso asistí a una fiesta. Llevaba mucho tiempo sin ir a una reunión social y la experiencia me resultó asombrosa. Esa noche bailé, hablé con muchachas y tomé alcohol, que me mareó rapidísimo. Sentí como si regresara a la Tierra después de un viaje muy largo. En un momento dado me entraron ganas de llorar. Estaba deprimido, un poco desubicado,

pero también me sentía contento: aún me rodeaban muchas de las personas que yo había conocido antes de la cárcel y no había perdido contacto con el mundo popular.

Días después de la fiesta, el hermano de Germán, Édgar, que también estaba en el M-19, me llevó a donde una amiga suya, que provenía de la clase media alta de Zipaquirá. Ella y su esposo, un pequeño empresario argentino, me recibieron en su casa, que quedaba por la calle 132, cerca de la autopista. Viví dos meses con ellos, esperando el contacto para saber a dónde debía ir. Fueron momentos traumáticos. Una acción tan sencilla como cruzar una calle o caminar por una acera me llenaba de incertidumbre porque, por esas fechas, salió una orden de captura en mi contra. Como yo era un integrante de la dirección del movimiento, mi nombre apareció en un comunicado reivindicativo que el M-19 publicó como resultado de la toma del Palacio de Justicia. Por eso, sabía que si me capturaban por cualquier razón, así fuera azarosa, me enviarían otra vez a la cárcel, y sin muchas perspectivas de volver a salir.

Finalmente, llegó la noticia. Me invitaban de nuevo al Cauca. Recorrí una vez más las trochas hasta llegar al campamento rural de Germán Rojas Niño. Él tenía una fuerte amistad con Afranio Parra, quien seguía en la actividad miliciana en los barrios populares de Bogotá. Rojas me indicó cómo encontrarme con él y entre los dos decidieron que mi nuevo escenario de lucha sería en la más absoluta clandestinidad. Parra era un poeta muy bueno, también era artista. Había nacido en El Líbano, Tolima. Era de la vertiente radical de ese pueblo, a los que denominaban los bolcheviques. Había ingresado al M-19 desde su altura intelectual y compartíamos una tendencia a mezclarnos con el pueblo, a no desligarnos de los más pobres. Los dos habíamos participado en la construcción de lo que llamábamos "milicias populares"; él en el barrio Siloé de Cali y en

Bogotá, y yo en Zipaquirá. Ese concepto miliciano desarticulaba en buen grado la idea de formar únicamente líneas militares. En cambio, reforzaba la idea de que el M-19 no solo era una máquina militar, sino un movimiento de la población, pero armada. Parra recurría a sus lecturas y a las leyendas populares del Tolima para articular en su poesía el sentir de las luchas populares actuales o del pasado.

Después de reunirnos en el Cauca, Parra decidió que mi próximo destino sería Santander. Allí comenzaría a construir mi actividad desde la más profunda clandestinidad. Yo contaba con 26 años de edad, era profesional, me había graduado de Economía y ahora mi vida iba a dar un giro de 180 grados. De todas formas, me gustó la idea de ir a ese departamento. Era una tierra que yo conocía por el vaso comunicante que existe entre Zipaquirá y lo que llaman ahora la Provincia Comunera de Santander. En el siglo XVIII, la rebelión comunera había transcurrido en El Socorro y en los pueblos aledaños, y había terminado en Zipaquirá, en cuya plaza principal se congregaron mil comuneros. Dos siglos después, en un intento por rememorar esa jornada, nació Comuneros 81, un movimiento liderado por el M-19 y que hacía un gran trabajo sindical obrero en toda la provincia comunera.

La idea de vivir en Santander también me emocionó porque asociaba esa tierra con el nombre de Andrés Almarales, que murió en la toma del Palacio. Para mí, Almarales fue fundamental en mi formación política. Siempre me cautivó el papel que jugó como defensor de los derechos laborales de la clase obrera colombiana, ya fuera durante su paso por el Congreso de la República como representante de la Anapo en los años sesenta o, más adelante, en la clandestinidad, cuando renunció a la vida que llevaba y fundó, junto a otros, el M-19. Almarales era, además, un orador impresionante; de hecho, jamás he conocido a

un orador tan hábil como él. Me atraía, en especial, su capacidad de improvisar un discurso y jalarlo hacia la poesía, hacia una comunicación vibrante con el auditorio. También nos unía nuestra costañidad: Almarales era de Ciénaga y había sido hijo de un trabajador de las bananeras, que fue testigo de la masacre de la United Fruit Company. Eso lo marcó en su lucha y en su vida política.

Conocí a Almarales a finales de 1983, cuando él se hospedó unos días en una casa de seguridad que teníamos cerca de Zipaquirá. Aún no habían iniciado las conversaciones de paz entre el M-19 y el gobierno de Betancur. A nosotros nos había llegado la instrucción de cuidarlo; él todavía vivía en la clandestinidad. Yo, por supuesto, sabía quién era, e incluso había leído algunos de sus libros alrededor del trabajo obrero. Para ese entonces, Almarales había configurado una especie de movimiento llamado Corriente Democrática y estaba muy vinculado con las luchas de obreros en los puertos del país, para impedir la privatización del sector (una lucha que, eventualmente, fracasó y se hundió en la corrupción). La labor de Almarales, de todas formas, había influenciado nuestro trabajo en Zipaquirá, un pueblo de obreros industriales. Nosotros, en esas fechas, nos relacionábamos sobre todo con los trabajadores de Alcalis de Colombia, la fábrica de soda y de insumos químicos quebrada a mediados de los noventa por corrupción y malos manejos, y de Peldar, la fábrica de producción de vidrio plano más importante que había en el país. También teníamos influencia en las malterías, donde se producía la malta para la cerveza del Grupo Bavaria. Y nada de eso hubiera sido posible sin el trabajo previo de Almarales.

Los dos nos volvimos a encontrar en 1985, en la plaza de Bolívar, durante el proceso de paz de Belisario Betancur. Almarales, ante una plaza a la que no le cabía un alma más, proclamó

un discurso vibrante y un poco radical. Les pidió a todos los presentes —gente muy pobre, empleados de Corabastos, zorreros de la época, ciudadanos que venían a acompañar al M-19 con banderas y consignas— que votaran allí mismo si debíamos entregar las armas. La plaza de Bolívar entera levantó la mano para que no dejáramos las armas. Meses más tarde, en el edificio de al frente, en el Palacio de Justicia, Almarales morirá alzado en armas, en un combate que buscaba darle una solución pacífica a la enorme confrontación que se desató.

En el Palacio también murió el otro gran orador que tenía el M-19: Alfonso Jacquin. Al igual que Almarales, era costeño, de Santa Marta. Simpático y buen bailarín, era abogado constitucionalista y había enseñado en la Universidad del Atlántico. Cuando nos conocimos me produjo una enorme empatía. Yo me desempeñaba como concejal en Zipaquirá y no sabía que él era del M-19, pero lo intuía. Un poco más adelante me enteré de que había militado en un grupo legal, de universitarios, llamado Unión Revolucionaria Socialista. De allí dio el salto al M-19, durante el esfuerzo de paz, y asumió la vida militar yéndose a la montaña. En el 84 nos volvimos a ver, justamente en las montañas, y nos abrazamos. Yo no dejaba de admirarlo: me sorprendía mucho que hubiera tomado la decisión de irse al monte y vivir la guerra.

Para 1985, dentro de Jacquin coexistía el artillero militar y el abogado constitucionalista. Por eso terminó en el Palacio de Justicia. Yo creo que Almarales y Jacquin eran las dos personas que el M-19 llevó para negociar con el Estado. Luis Otero, el comandante de la toma, era un guerrero total; no tenía las facultades de la oratoria y del diálogo. Pero esa negociación nunca se produjo: los dos oradores murieron sin siquiera llegar a dialogar con el Gobierno.

De Jacquin quedó una grabación en la que trata de lograr que Alfonso Reyes Echandía, el presidente de la Corte Suprema,

pueda hablar con el país a través de la radio. Ellos, sin embargo, fueron los primeros en morir porque estaban en el cuarto piso, junto a varios otros magistrados y casi toda la comandancia del M-19. Las circunstancias de estas muertes aún no se han esclarecido. Solo se sabe que murieron por un ataque que ocurrió antes de que se incendiara el Palacio y que la causa de muerte fueron unos artefactos explosivos del Ejército. Esto último quedó claro en los exámenes forenses que les practicaron a los magistrados. Pero no existen testigos. Los únicos podrían ser los soldados y los policías que entraron al cuarto piso. Hasta la fecha, ninguno de ellos se ha pronunciado sobre el episodio.

La muerte de Almarales fue distinta. Él logró atrincherarse en un baño en un piso inferior y por eso llegó vivo al segundo día. Sobre su muerte, en cambio, sí hay testimonios, tanto de magistrados como de empleados del Palacio que Almarales cuidó e incluso ayudó a escapar, quedando él solo con sus hombres y prácticamente sin munición. Poco antes de morir, una secretaria del Palacio le ofreció que saliera protegido entre las mujeres. Él se negó. Quiso resistir hasta el último momento y sin ningún tipo de rehén.

Hoy, al escribir sobre la vida de Almarales y de Jacquin, veo claramente en ellos la influencia indiscutible de García Márquez. Ellos eran la cabeza más visible de una generación caribeña, muy samaria, muy garciamarquiana, que estaba al frente de muchas de las tareas del M-19. Yo, que soy cordobés y también garciamarquiano, sentí por los dos una gran afinidad. Con el correr de los años, pude conjugar esa estirpe caribeña alrededor de lo que ellos más sabían hacer, que era pronunciar discursos. Me empecé a volver un orador gracias a ellos y, de hecho, hice mis primeros pinitos junto a Almarales, en la plaza de Zipaquirá.

Poco a poco entendí el secreto de sus hermosos discursos, que embelesaban al público. Ellos dejaban que la energía

produjera las palabras: la comunicación surgía a partir de la energía que fluía entre el público y el orador. Aprendí que se trataba de un tema más pasional que racional. Claro, hay una serie de objetivos: ¿qué quiero decir?, ¿qué quiero comunicar? Pero el corazón da la forma, la entonación, la combinación de palabras que van fluyendo sin que estén previamente construidas y que van siendo captadas por el corazón, y no solo por la mente, de las otras personas.

Tanto Almarales como Jacquin podían llenar plazas públicas, y yo jamás había visto que la izquierda hiciera eso. Era una forma de magia, la misma que uno siente al leer a García Márquez. Si él comunicaba esa magia a través de la palabra escrita, ellos dos trataban de comunicarla mediante la palabra hablada. La oratoria fue, sin duda, una de las grandes fortalezas del M-19 en aquel entonces, cuando pudo salir de la ilegalidad en el año 84. Ninguno de los otros líderes del movimiento, ni Carlos Pizarro ni Antonio Navarro, tenían esa misma capacidad de comunicación de los costeños. Dar discursos es hoy en día parte de mi talante, como individuo y en mi lucha política, y tiene su raíz en esos dos caribeños que murieron en el Palacio de Justicia.

Así que, con ellos en mente, sobre todo con Almarales como referente, me lancé a esa etapa de mi vida que yo llamo “la clandestinidad”, que coincidió con un momento crítico para los movimientos armados de izquierda. El país atravesaba el asesinato sistemático de miles de militantes de la Unión Patriótica, el movimiento que venía de las FARC y del Partido Comunista en virtud de un acuerdo de paz que había firmado esa guerrilla con el presidente Betancur. En cuanto al M-19, cuando salí de la cárcel, en febrero del 87, ya habían matado a buena parte de la comandancia como respuesta a la toma del Palacio. A Iván Marino Ospina, Gustavo Arias Londoño, Álvaro Fayad, que

había sido elegido comandante y que fue reemplazado, tras su muerte, por Carlos Pizarro. Muchas de las personas que se habían contactado conmigo en el trabajo del Diálogo Nacional estaban muertas. Navarro, por su lado, estaba fuera del país, recuperándose de sus heridas por el atentado en donde perdió una de sus piernas, y que le hicieron en Cali en una cafetería en mayo de 1985, cuando un colaborador del Ejército lanzó una granada y por poco le cuesta la vida.

En este periodo de mi vida, terminé en la cárcel torturado, tras haber vivido la rebeldía armada, por un lado, y la lucha popular civil por el otro. Era muy querido por la población más pobre de Zipaquirá, había sido educado no solo teóricamente por las corrientes de vanguardia de entonces, sino por una práctica que al comienzo se ligó a la clase obrera industrial, en la forma más clásica del socialismo, pero después derivó más hacia un compromiso cristiano con los más humildes y excluidos de la sociedad. ¿Por qué había fracasado ese acuerdo firmado en Corinto, Cauca? Creo que la sociedad colombiana, las élites que dirigían el país y nosotros mismos no estábamos maduros para asumir la enorme tarea de la paz.

El diálogo nacional, como lo había prefigurado Bateman, era un acuerdo, un pacto entre ricos y pobres, entre quienes habían detentado el poder y los excluidos de él, un acuerdo que implicaba reformas hacia una sociedad con justicia social y democrática. Bateman pensaba que se podía realizar ese diálogo nacional en paz, pero lo que describimos nosotros después de su muerte e intentando volver realidad su proyecto de paz era que esas élites no estaban dispuestas a hacer las reformas, reformas que tenían que ver con una distribución más democrática de la tierra, con una política social que garantizara efectivamente derechos, con una ampliación del espacio de las decisiones públicas al conjunto del país.

Quienes habían gobernado a Colombia por siglos no querían abrir el espacio a esa sociedad democrática, querían amarrarse anacrónicamente a sus privilegios y por eso llenaron el camino del diálogo nacional que se había convocado por el presidente Belisario, de trampas, trampas que pasaban por la inasistencia de los grandes gremios del poder a las sesiones del diálogo, que pasaban por la negativa del Congreso a abrir sus recintos a los dialogantes, que terminaron por usar las armas públicas para destruir la tregua pactada y hundir en sangre el proceso. Llegaron a pensar que por el simple hecho de que el M-19 había abandonado la clandestinidad podía exterminar sus campamentos rurales y su gente en las ciudades. Nosotros también éramos inmaduros, la victoria militar de Yarumales nos llevó a creer que se podía derrotar al Estado con el uso de las armas, que éramos indestructibles y que lo que seguía era la victoria militar.

Recuerdo en el Congreso de los Robles del M-19, donde me ascendieron a la dirección nacional de un posible partido político que no se conformó, a Iván Marino Ospina, a quien consideraba uno de los combatientes más duros, pedir cordura a sus compañeros que se creían ya comandantes de las columnas que entrarían en breve a la ciudad de Cali y a Bogotá. En cierta forma, el comandante general del M-19, que había sucedido a Bateman, y que sería degradado en esa conferencia, la novena, percibía que su movimiento entraba en una calentura mental militarista, y como soldado de base, ahora, aceptaba su destino disciplinado, una disciplina que lo llevaría a la muerte acorralado por centenares de soldados, casi solo, cayendo sonriente después de combatir durante horas, en una casa del barrio Cristales del Cali. Yo salía de esa reunión de un mes en las montañas de la cordillera Central cerca de Corinto, con mi nueva investidura flamante de miembro de la dirección nacional del

M-19, premiado por mi liderazgo popular alcanzado en Zipaquirá, sin saber que jamás tendría una sola reunión de esa dirección nacional a la que pertenecía, y que de allí, de los Robles, saldría no hacia el reencuentro de las grandes multitudes, sino hacia la cárcel y la tortura. Las hogueras de la guerra habían devorado, por el momento, la propuesta de paz de Bateman.

Para 1987, existía otro M-19, uno más golpeado y más endurecido. A mí también me había endurecido la tortura en la cárcel. Yo había dejado de ser un jovencito, me había convertido en un revolucionario profesional. Vivía exclusivamente de lo que me pudiera entregar el M-19. Hablaba poco. Vivía como un pobre y me sentía libre, pero alejado de la relación directa que había tenido con la población civil.

Vivía el comienzo de mi clandestinidad.

La clandestinidad en Santander

Mi época en la clandestinidad empezó en 1987 y continuó hasta la dejación de armas del M-19. Fue un periodo breve en mi vida, marcado por el hecho de que yo dejé de ser un ciudadano colombiano. Asumí una identidad diferente. Utilizaba cédulas de ciudadanía falsas para pasar por debajo del radar de las autoridades. Fue una experiencia nueva para mí. Me tocó desenvolverme en una vida separada de lo que, hasta ese momento, había sido mi existencia. En esos años no tuve contacto con mis amigos ni con mi familia, y no pisé las coordenadas geográficas que yo conocía. Fue un salto al vacío, apenas atenuado por la presencia a mi lado de mi pareja, Katia, y de mi hijo, Nicolás, que había nacido cuando yo estaba en la cárcel.

Nunca había vivido con una mujer. Tampoco había hecho vida en familia. Sin embargo, después de salir de la cárcel La Picota, sentí la responsabilidad de criar a Nicolás. La coyuntura no podía ser peor para mi proyecto de formar un hogar. Las condiciones no eran ideales, no solo por mis ingresos económicos, sino por la seguridad que debe tener un niño durante sus primeros meses y años de vida. Aun así, entre los tres conformamos en 1987 un núcleo familiar.

En Santander, el M-19 se había concentrado en hacer un trabajo sindical. Andrés Almarales había orquestado esa operación y, gracias a él, el movimiento tenía mucha influencia en lo que en

su momento se llamó Utrasan, la unión de trabajadores de Santander, y que después pasó a llamarse Usitras (Unión Sindical de Trabajadores de Santander). Me sentía tan honrado de continuar la labor de Almarales que, en su honor, me cambié de nombre. Dejé de ser Aureliano para ser conocido, en Santander, como Andrés. Además, me sentía familiarizado con el trabajo, pues en Zipaquirá había trabajado con sindicatos y trabajadores.

Así que partí rumbo a Santander. El centro de operaciones iba a ser Bucaramanga. La región incluía el sur del César y una parte del Magdalena Medio, que yo conocía porque había pasado por Yacopí y la provincia Comunera de Santander. Al principio llegué solo, sin Nicolás ni Katia, porque quería explorar la zona y evitar que pasaran penurias cuando hicieran el viaje. Me conseguí un apartamento pequeño en Girón, al lado de Bucaramanga, aunque no recuerdo cómo pude obtenerlo sin papeles. La dueña era una trabajadora sexual, de edad avanzada. Tenía un amante que era un agente del DAS, lo cual era peligrosísimo para mí. Todo esto lo descubrí después, pero ella nunca me puso problemas. Era un apartamento caluroso. Quedaba muy cerca del núcleo colonial de la ciudad, que de noche yo recorría a pie. Esa ciudad vieja de Girón, de donde había salido la canción de "Pueblito viejo" que nos enseñaban en el colegio, era un lugar verdaderamente hermoso.

Mi primer reto consistió en conseguir un colchón. Para traer a Nicolás y a Katia, necesitaba como mínimo un lugar donde pudieran dormir al menos cómodamente. Yo no sabía cómo obtenerlo. No tenía los recursos. Un día un sindicalista que había conocido me dijo que me regalaba uno. Eso sí, me advirtió que tenía que ir a recogerlo y que lo tenía guardado en otro pueblo. Fui a buscarlo y me tocó cargarlo, casi sin poder soportar el peso, hasta que un bus urbano me llevó a Girón. Desde ahí caminé con el cochón a cuestas, lo subí sobre mis hombros hasta el quinto

piso y lo desplegué sobre el piso de la alcoba después de mucho esfuerzo. Ese colchón era en aquel momento todo el patrimonio que tenía en el mundo.

Una vez solucionado el problema de dónde dormir, y de conseguir una cuna para el niño, me dediqué a armar una biblioteca. Como no tenía cómo comprar libros, robé algunos de una librería. Un día, el dueño me descubrió. Yo tenía en mis manos unos tomos de algún libro que no recuerdo, pero era de teoría económica. Creo que era *La cuestión agraria*, de Kautsky. Él me miró la cara y, de alguna manera, comprendió que yo lo que buscaba era poder leer. No me dijo nada y me dejó salir del local dado que tenía una orden de captura vigente por ser miembro de la dirección nacional. Me salvé, porque el señor pudo haber llamado a la Policía, y yo hubiera caído por culpa de un libro.

Finalmente llegaron Katia y Nicolás. Los tres vivíamos de lo que me enviaba Jaime Bermeo, un integrante de la dirección nacional del M-19 y mi enlace dentro del movimiento. No era mucho, pero nos alcanzaba para comprar unos mercados grandes, de marcas venezolanas; el contrabando en esa región era muy extendido. A veces iba al San Andresito, que estaba ubicado en un edificio nuevo. Me asombraban los avances tecnológicos. Nunca había tenido un televisor a color, el que tenía en la cárcel era a blanco y negro, desde donde veía la telenovela *Gallito Ramírez* y a Margarita Rosa de Francisco, quien actuaba en ella y que era una mujer que me encantaba, una especie de amor platónico. En las celdas vecinas, algunos presos más adinerados tenían televisores a color recién importados. Me parecía extraño ver el color verde en las pantallas y me atraía el nuevo invento que llegaba a Colombia. En ese momento comenzaban a llegar de manera más masiva los videojuegos, los betamax, los *walkmans*, etcétera, pero sabía que eso no era para mí. Solo me encapriché una vez y compré un televisor a color muy pequeño. Me costó un esfuerzo inmenso, ya que

era arriesgar la comida, pero Katia me apoyó. Ella para entonces ya había ingresado al M-19. Katia Burgos provenía de una familia conservadora de la élite cordobesa. Era descendiente del general Burgos, los fundadores del departamento. Yo la había sacado de ese mundo; era el guerrillero que se lleva a la niña de la familia de clase alta.

Poco a poco me fui adaptando a Santander. Empecé a establecer contacto con los militantes del M-19 en la región y, desafortunadamente, la relación no empezó con buen pie. No tardé en darme cuenta de que allá el movimiento se había burocratizado. No había unidades militares. Todos eran sindicalistas que vivían en sus casas con sus mujeres e hijos. Iban todos los días a trabajar, organizaban a los obreros, formulaban peticiones. Querían que todo el trabajo se hiciera a través de los sindicatos y con expresiones políticas legales. Yo deseaba romper con esa mentalidad. En otras partes del país, el M-19 estaba en plena guerra y mi intención era desarrollar ideas de lucha militar de masas. Eso no les gustó ni un poquito. Ellos me veían como un ente extraño que podía afectar su comunidad y su forma de vida. Además, no les gustaba mi origen zipaquireño. Empecé a tener problemas con ellos.

Pronto descubrí que tenía un rival. Se llamaba Luis Alberto 'el Tuerto' Gil y era el dirigente de los maestros del sindicato de Norte de Santander. Él se creía el jefe del movimiento en la región. Tenía unas ideas que a mí me parecieron contrarias a lo que nosotros buscábamos. Él quería vivir muy bien de las fuentes sociales y económicas sindicales. Lograba captar dineros de una ONG internacional y realizaba un trabajo popular relativamente de izquierda, pero muy cómodo. Gil y los suyos no deseaban hacer una revolución, a diferencia mía, y por eso chocábamos. Entonces, si yo lograba ponerle mi sello al M-19 en Santander, y lanzáramos lo que yo llamaba "línea militar de masas", se acabarían las

comodidades que ellos tanto disfrutaban. Gil quería sacarme de la región e impedir que mis esfuerzos se consolidaran.

Fue un momento difícil. Me sentía solo contra el mundo, dudaba de mí mismo. De todas formas, a partir de ese aislamiento, y casi arañando las piedras, empecé a trabajar desde la clandestinidad para que el M-19 tuviera más presencia en la región. A medida que pasaron las semanas, adquirí más fuerza dentro del movimiento. Los jóvenes de la Universidad Industrial de Santander (UIS) me ayudaron. Con la juventud de ellos y la mía nos pusimos en la tarea de dinamizar el trabajo. De su mano, empecé a recorrer la zona. Conocí el barrio Primero de Mayo, en Barrancabermeja, muy pobre, donde vivían sobre todo los trabajadores ferroviarios. Allí dormí varias noches y comencé a comprender las dinámicas del Magdalena Medio. También conocí otra región, en la cual deposité muchas esperanzas: San Alberto, en el sur del César, un municipio de trabajadores de palma, quienes profesaban mucho cariño por el M-19, que a su vez tenía allá mucha influencia.

Quería hacer acciones de comando para que la presencia del M-19 en la región fuera de nuevo pública. En Zipaquirá, había liderado algunas, como tomas de barrio o propaganda armada. Empezamos a trabajar en ello con los muchachos de la UIS. Una de esas acciones la llevé a cabo yo mismo, durante una temporada que pasé en San Alberto. Los trabajadores allá tenían una asamblea sindical que se realizaba en el barrio Primero de Mayo. Decidí tomarme la asamblea para ver qué reacción suscitaba mi presencia en la base trabajadora. Los reuní a todos y, con un revólver en la mano y mi pañoleta del M-19 cubriéndome la cara, me subí a la tribuna y les hablé sobre el movimiento y lo que nos proponíamos. Me ovacionaron durante varios minutos, pero la reunión fue corta porque si se demoraba mucho corría el riesgo de que apareciera el Ejército.

Por esas mismas fechas conocí un corregimiento llamado El Burro, en el César, un poco más al norte de San Alberto, pero antes de llegar a Pailitas. De allí salí para Palestina, en dirección del río Magdalena, donde había una estación del antiguo tren que recorría toda la Costa. En Palestina pasé mucho tiempo, viviendo en medio de unos campesinos que habían logrado consolidarse en unas haciendas. A pesar de la presencia que tenía el M-19 en esa zona que se habían tomado del sur del César, la región entera estaba bajo la influencia del paramilitarismo. Puerto Boyacá había sido declarada años atrás la “capital anti-subversiva de Colombia” y los hermanos Castaño empezaban a cometer masacres en pueblos como El Tomate, Punta Coquitos y La Negra. El mercenario israelí Yair Klein ya había llegado a la región para entrenarlos.

Durante una de mis estancias en esas invasiones campesinas, los paramilitares se tomaron San Alberto, a menos de 40 kilómetros, y de noche nos tocó montar guardia. En otra ocasión, en un baño en San Alberto, puse una bandera del M-19 y fui a cambiarme. Un compañero del sindicalismo bajó la bandera del susto. El miedo era cada vez más extendido. Desde luego, una bandera del M-19 en medio del corazón del paramilitarismo en el sur del César no dejaba de ser una provocación que podía traducirse en el asesinato de nuestros propios compañeros sindicalistas, como efectivamente pasó años después: asesinaron a más de 200 trabajadores de Indupalma, la mayoría sindicalizados, una masacre similar a la que desarrollaba el paramilitarismo en el Urabá con los trabajadores bananeros.

Muy cerca de San Alberto quedaba la Hacienda Bellacruz, luego rebautizada Hacienda La Gloria. El dueño era Carlos Arturo Marulanda, el empresario que el presidente Virgilio Barco (1986-1990) nombró ministro de Desarrollo en 1988 y que era muy conocido en la región por ser un jefe paramilitar. Yo había

tenido mi primera visión del paramilitarismo antes de mudarme a Santander, en Yacopí, cuando me invitó a su casa rural un campesino que vivía en el Bolívar 83. En esa ocasión vi a los paramilitares quemar los ranchos en la cordillera de al frente. En San Alberto, Cesar, volví a cruzarme con ellos. Cabalgaban, revólver al cinto, por los barrios populares. Los obreros, desde las esquinas, cuchicheaban que eran los paramilitares y que su cuartel general quedaba en la base militar Morrison, que de ahí salían a propagar la muerte. Por primera vez, empezaba a ver el conflicto armado con mis propios ojos.

Los paramilitares no eran los únicos en la región. El ELN tenía mucha fuerza. Su estilo era muy distinto al del M-19; usaban núcleos armados para la organización campesina y la enmascaraban en algo que llamaban "A luchar". Tenía presencia en todo el nororiente del país, en el norte de Santander y en el sur del César; en los alrededores de Bucaramanga y en el corazón de Barrancabermeja. Las FARC aún contaban con núcleos en el Magdalena Medio y el EPL tenía organismos militares en Norte de Santander. La organización nacional armada más pequeña era el M-19, que solo desarrollaba trabajos puntuales en las invasiones al sur del Cesar, además del sindicalismo que ejercía en Bucaramanga y un poco en Barrancabermeja. Toda la región, realmente, estaba en una guerra intensa por el control del territorio.

Yo pasaba desapercibido en medio de la guerra sucia. Nadie sabía quién era yo y eso me protegía. Con el correr de los meses, empecé a pasar menos y menos tiempo en Girón, que era, por así decirlo, mi hogar. Viajaba largas temporadas por las regiones, siempre como un ciudadano anónimo. Me movía sobre todo en bus y, si había un retén en la carretera, sacaba la cédula de un primo mío; Katia se la había quitado sin que él se diera cuenta. Los dos éramos muy parecidos físicamente y eso me

ayudó muchísimo. Por fortuna, en esa época no revisaban la huella porque la unidad tecnológica del Ejército aún era incipiente. Lo único que tenía que hacer era grabarme el nombre de mi primo y el número de su cédula. Era un ejercicio de memoria que practicaba a diario para que, en el caso de que hubiera un retén, no se me notara ninguna perturbación. Así me sentía relativamente protegido, pues nadie me conocía. Ante los ojos de los demás, yo era un ciudadano común y corriente.

Pero no todas las experiencias en bus fueron buenas. Una vez bajé en bus de Bucaramanga hasta Aguachica para reunirme con Luis Fernando Rincón, quien más adelante ganaría la alcaldía en ese municipio. Recuerdo muy bien ese trayecto porque, en un punto, tenía que cruzar a pie un puente altísimo sobre una vía férrea y yo siempre le he tenido miedo a las alturas. El caso es que Rincón había conseguido un dinero y me lo entregó para que yo comprara unas armas en Bucaramanga. Para que el dinero pasara desapercibido, lo escondí dentro de un talego de tomates y me monté en un bus de la empresa Copetrán. Todo iba de acuerdo con mis planes cuando, de pronto, el Ejército entró a la estación de buses de Aguachica y empezó a requisar a todos los pasajeros. Cuando se subieron al bus en el que yo estaba, pensé: "Hasta aquí llegué, ¿cómo voy a justificar este dinero?". Por fortuna, me había sentado en la penúltima silla y, preciso, cuando los soldados llegaron a la silla delante de la mía, un joven se agarró con uno de los militares y se fueron a las trompadas. Los uniformados decidieron sacar al muchacho y no continuar esculcando a los pasajeros. El bus salió, y respiré.

Hoy, al hacer un balance de esa época, me parece que el ELN, al generalizar en la región el secuestro —y en eso eran seguidos en menor grado por las FARC y el EPL—, terminó afectando de manera innecesaria a unas capas medias santan-

dereanas. Usualmente, secuestraban a pequeños agricultores del arroz, de la palma, de la ganadería; y eso tuvo como consecuencia que unas secciones de la población decidieran apoyar a los paramilitares. En uno de mis primeros viajes a Barrancabermeja, crucé el río hacia un municipio antioqueño llamado Yondó. Allí había una familia con mucha influencia política. No habían ganado la alcaldía, pero tenía presencia en el consejo y en el gobierno local. Esa familia era del M-19 hasta que las FARC, en su lógica de expansión y de ocupación militar, los golpeó y mató a uno de sus miembros. Uno de los muchachos de la familia, que nunca había estado en las filas del M-19, se volvió paramilitar y, en venganza, asesinó a más de 300 personas en el Magdalena Medio. Lo apodaban 'el Chita'. Nunca lo conocí, pero en Yondó me decían que él, en sus incursiones paramilitares, lograba distinguir quiénes eran de las FARC y quiénes del M-19. El Chita solo mataba a los de las FARC y respetaba a los del M-19 por la historia de su familia. Ese tipo de odios se fueron generando y expandiendo a escala regional en esos años.

En mi opinión, esa lógica de expansión fue una equivocación garrafal. En ninguna de las zonas donde el M-19 tuvo presencia se desarrolló el fenómeno paramilitar justamente porque el movimiento trataba de abarcar el conjunto de la población. No generaba enemigos ni agredía civiles. Pero esa era la mentalidad de algunas guerrillas. Las FARC, el ELN y el EPL sabían que no tenían la estructura militar para poder enfrentarse con el Ejército (mucho menos el M-19, que apenas contaba en la región con unos sindicalistas desarmados y a quienes no les interesaba la acción militar). Así que, sin enfrentamientos propiamente dichos con el Ejército, esas tres guerrillas desarrollaron otro tipo de guerra armada: la de la construcción casa por casa del control territorial. Así mismo, continuaban con prácticas que se originaban en la violencia liberal-conservadora de mediados

del siglo XX. Las FARC, sobre todo, solían asesinar a los que consideraran sapos y mataban a miembros de la población. Ese fenómeno fortaleció el paramilitarismo, que a su vez utilizó su influencia y su liderazgo social en la zona para empezar a introducir unos hechos de terror tremendos.

En Barrancabermeja se hablaba de la presencia cada vez más grande de Los Masetos, que eran paramilitares derivados de la escuela de Jair Klein. El nombre de su facción provenía de MAS (Muerte a Secuestradores), el movimiento embrionario del paramilitarismo en Colombia que fundaron Gonzalo Rodríguez Gacha y Pablo Escobar para afianzarse militarmente y ocupar el territorio de sus haciendas. La del primero se encontraba en el Magdalena Medio cundinamarqués, en Puerto Salgar; la del segundo, la Hacienda Nápoles, en El Doradal, en Antioquia. Por esas fechas Los Masetos mataron a todos los concejales comunistas de La Dorada y a los que trabajaban en dos grandes capitales paramilitares de la región: Puerto Boyacá y Puerto Berrío. Fueron ellos también los que se tomaron Yacopí cuando visité la casa del campesino que vivía en el Bolívar 83.

Si bien en Barrancabermeja Los Masetos eran conocidos, ellos no habían logrado consolidarse en el núcleo de la ciudad. Había una especie de frontera, o por lo menos así se sentía, en parte trazada por el movimiento de los obreros sindicalizados de la industria petrolera. Esos obreros estaban muy organizados y eran muy progresistas, pero estaban completamente desligados del mundo popular, de la mitad de la población que, abandonada, aguantaba hambre en las barriadas, a menudo sin agua. Ese desliz entre el obrero industrial y la gente más pobre, que es la mayoría, existe en toda Colombia, pero en Barrancabermeja lo viví en carne propia. Yo decidí dirigir el trabajo del M-19 a esas barriadas con la idea de formar milicias armadas. Pero eso era un sueño, pues nosotros éramos una minoría.

Ahí logré, de todas formas, contactarme con el jefe suplente de la juventud del Frente de Izquierda Liberal Auténtico (FILA), el movimiento político que había fundado, entre otros, Horacio Serpa. Muchos de los integrantes de FILA militaron con nosotros. Preferían trabajar con el M-19 y no, por ejemplo, con el ELN, por culpa de su lógica autodestructiva. Viví esas barriadas desde adentro y me convencí de que un movimiento popular bien organizado sería indestructible. También llegué a la convicción de que el paramilitarismo no iba a poder cobrar fuerza en Barrancabermeja. Pero no fue así. Entre el 87 y los primeros meses del 88, llegué a contar más de 140 asesinatos de dirigentes y de muchachos.

Descartada la opción de tener milicias armadas en Barrancabermeja, me fue surgiendo la idea de desarrollar un frente militar en algún municipio de la región. La idea me la incentivó Jaime Bermeo durante un viaje que hice a la capital para recibir instrucciones y enterarme de la situación del M-19 a nivel nacional. Él quería que yo lo creara y, para el efecto, me mandó un fusil sin proveedor en un *jeep* que pasó todos los retenes entre Bogotá y Girón. Era un M16 al que le puse el nombre de 'Miranda'. Lo escondí en mi casa entre los pañales de mi hijo, aún bebé y, también entre pañales, transportaba municiones en los buses. Era un riesgo altísimo, pero mi objetivo era llevar las municiones a las invasiones campesinas de Palestina, para fundar el primer frente costeño del M-19. Logré, incluso, aliarme con un grupo de gente del M-19 que estaba realizando un esfuerzo similar por los lados de Codazzi, junto a Valledupar.

Los santandereanos, en cambio, querían que el frente se fundara en el sur de ese departamento, en la región de Bolívar, cerca de Barbosa, donde hay una caída hacia el Magdalena Medio muy cerca de Puerto Boyacá. Era una zona donde había muchos simpatizantes del movimiento. Así que decidí, por mis ancestros y

porque en la Costa me sentía más cómodo, que lo fundaría en las inmediaciones de San Alberto. Mi idea era mandar el fusil de Girón a Barranca y allí, aprovechando que el sindicato de trabajadores ferroviarios estaba influenciado por el M-19, enviarlo en tren a Palestina dentro de un bulto de mango. Pero todo el plan se fue al traste porque estalló un paro en Barrancabermeja. En esa época, el ELN convocaba paros regularmente. Los paros del nororiente. En Barrancabermeja, la población bloqueaba las entradas de la ciudad con barricadas y aparecían elenos portando sus brazaletes en público. La gente los apoyaba. Muchos simpatizantes eran personas de las barriadas que estaban en contra de los obreros industriales, a quienes llamaban "pata de vaca" porque trataban de cruzar las barricadas para ir a trabajar. Los paros eran reacciones ante la presencia del paramilitarismo, que tenía como aliado a la armada en Barrancabermeja.

Cuando el fusil llegó a Barranca yo estaba en el sur del Cesar. El compañero que lo recibió decidió llevarlo a una barricada popular en el sector de As de Copas, en medio de la explosión popular, y allí disparó contra el ejército. Los soldados inmediatamente retrocedieron; no esperaba una reacción de ese estilo en medio de un paro cívico. Cuando la gente vio a los soldados desandar sus pasos, la reacción se multiplicó por diez. De ese episodio existe una fotografía, en la que sale el único fusil del M-19 rodeado por unas mil personas.

Durante esos paros el ELN mostró toda su capacidad de movilización, que creo es la máxima que ha tenido en su historia. Según los cálculos que hicimos, ellos movilizaron cerca de 100 000 campesinos en Arauca, en Norte de Santander, en Cúcuta, en Pailitas y en Barrancabermeja, donde el Ejército masacró a unos campesinos. Las FARC no tenían ese poder, el EPL tampoco, nosotros menos. Después de que el ELN desatara esos paros, vino la arremetida de los paramilitares y del Estado. Casi todos los dirigen-

tes de las manifestaciones fueron desaparecidos en los próximos meses, incluidos unos compañeros nuestros, como Christian Roa, a quien conocí personalmente. Sobre Barrancabermeja llovió la muerte.

En una de esas arremetidas, el Ejército entró en el apartamento de un jefe del ELN en Bucaramanga, que vivía con su esposa y su bebé, y asesinó al bebé. Para mí eso fue una radiografía de lo que me podía pasar, porque yo vivía con Katia y Nicolás. Lo primero que pensé fue que no podía seguir en medio de esa vorágine con mi hijo. Entonces tomé la decisión interna de separarme de Katia, aunque en ese momento no se la comuniqué. Más adelante, después de la separación, ella siguió apoyando al M-19. Nos volvimos a ver en las montañas de Santo Domingo, en 1989, durante los diálogos de paz. Para entonces, Katia se había llevado a Nicolás a Córdoba, donde él se crio con la familia de ella, en Ciénaga de Oro.

Esta serie de episodios me hicieron reflexionar. Caí en la cuenta de que el proyecto de fundar un frente militar en el sur del César estaba destinado al fracaso. Sí, había campesinos que realmente querían irse con nosotros a caminar las montañas. Sí, era la posibilidad de tener una línea militar de masas, lo que no había podido lograr en Zipaquirá. Con Pacho Paz y Alejandro Cardona, que acaba de morir, hicimos una escuela militar en los alrededores de las recuperaciones campesinas de Palestina. Allí nos llegó un fusil M16 pero sin proveedor. Quien lo embarcó en el tren en Barrancabermeja no sabía que los fusiles necesitan proveedores de munición, y no los envió. El fusil era inservible así, pero nos permitió crear una primera móvil del M-19 en el sur del Cesar. Era mi primer esfuerzo para acercarme desde las armas al Caribe que soñaba, a la tierra del sol y de la música. El sueño se me esfumó bien pronto. Pero yo me había equivocado al máximo. No había forma de hacerlo y entendí que no

era una buena idea seguir con la línea del ELN. Mis únicas ventajas eran la clandestinidad y el hecho de que pertenecía a un movimiento muy pequeño; la inteligencia del Ejército se enfocaba en el ELN.

La reunión

En diciembre de 1987 se convocó una reunión del M-19 a nivel nacional. La última se había realizado en Robles, en el 85, cuando me eligieron para hacer parte de la dirección nacional. Desde entonces, el movimiento había sufrido muchos golpes; prácticamente todos los jefes habían muerto. La reunión fue en el páramo de Moras, en el Cauca. Yo salí desde Florida y no paré de caminar durante trece días. Me acompañaban Afranio Parra, José Domingo Gómez, que venía de Zipaquirá, y unos ocho o nueve compañeros más. Mientras subíamos por las montañas, a lo lejos sonaban las fiestas de Navidad en las casas indígenas. El 24 lo pasamos en la trocha, en una soledad compartida, hombres y mujeres caminando, ensimismados; no sabíamos a dónde íbamos a llegar ni qué nos esperaba.

La travesía en el páramo no fue fácil. Un día se nos perdió un muchacho indígena que hacía las veces de escolta mío. Otro día cometí el error de reventarme una ampolla en mi pie con una navaja y se me infectó. Llegué al campamento prácticamente con una pierna. Allí una enfermera rubia me dijo que me iba a poner una inyección para el dolor, pero apenas vi la aguja me desmayé. De todas formas, me sentía orgulloso de haber llegado hasta Moras sin rendirme, sin haber dejado entrever que no podía caminar las docenas de kilómetros que recorrimos a diario. No estaba nada mal para alguien que tenía un pasado predominantemente intelectual.

El campamento quedaba en un lugar recóndito y gris. Lo llamamos el Campo del Reencuentro, pues era donde se gestaría el reencuentro de lo que quedaba del M-19. Al poco tiempo de llegar me di cuenta de que buena parte de las estructuras del movimiento descansaban sobre hombros como los míos. Ya no estaban nuestros jefes de antaño. Era una sensación muy extraña, como de orfandad. La conducción del movimiento, de repente, había quedado en manos de los muchachitos que habían sobrevivido. Había personas que apenas estaban aprendiendo las dinámicas de esa vida y que ahora eran responsables de regiones enteras. Helio, un joven campesino, tenía la responsabilidad de comandar todo el Tolima. Robert, otro hijo del campesinado, jovencísimo, tenía en sus manos la organización en el Caquetá, con toda la historia de ese departamento. Y yo llegaba como el responsable de Santander. Éramos los herederos de toda una historia y no sabíamos exactamente qué íbamos a hacer.

Carlos Pizarro llegó al Campo del Reencuentro en una región inhóspita. Estaba barbudo y enmontañado. Para entonces él era el jefe de la comandancia del M-19. Tenía alrededor de 34 años. Durante el tiempo que pasé en la cárcel, Pizarro había construido una unidad militar del M-19, que se llamaba Batallón América, con la intención de hacer una insurrección en Cali, donde había miles de milicianos. Fue algo que nunca se había visto: el batallón peleó una y otra vez contra el Ejército en camino a Cali y lo venció continuamente. Aunque al final llegó a la capital del Valle, por los lados de Pance, la insurrección nunca estalló; el batallón quedó desgastado y eventualmente se desintegró. Pizarro y sus hombres retrocedieron hacia los páramos caucanos en una situación de debilidad, y fue de allí de donde salieron hacia la reunión.

En términos militares, Pizarro fue un gran estratega. Desarrolló una especie de concentración de fuerzas y de construcción de ejército. Por eso no era una guerrilla tradicional. El M-19

se salía de la definición conceptual de lo que significa ser una guerrilla, porque se construía como unidades de ejército. Eso quiere decir que en los enfrentamientos se quedaba plantado y recurría a estrategias técnico-militares, en vez de salir corriendo, que es la estrategia usual de las guerrillas. Eso era lo que hacían las FARC, el ELN y el EPL. A la reunión del 87, sin embargo, todos llegaron conscientes de que esa lógica había fracasado. El movimiento estaba aislado de la población, eso se notaba. Se había militarizado, se había endurecido. Yo mismo me había endurecido. Existía una larga distancia entre el muchacho que vivió en Zipaquirá y el que soportó el torbellino del conflicto armado en Santander.

El movimiento, además, tenía poco dinero. Eso lo entendí unos meses después, cuando me reuní con mi amigo y compañero Enán Lora en Barrancabermeja. Para ese entonces, él ya había transitado a las filas del EPL por amor a una muchacha médica que militaba allí, si bien había asistido al campamento en Moras. En esa ocasión, Enán me pidió que nos viéramos en un hotel para hablar de manera clandestina. Cuando nos reunimos, me sorprendió que pagara el cuarto en efectivo y me regalara un dinero, con el que compré un pequeño comedor, una cama y conseguí algo de dignidad. Llegaba a mi hogar en Girón. Yo no entendía por qué tenía tanta plata, cuando nosotros los del M-19 sobrevivíamos raspando la olla. En ese momento comprendí que en las otras guerrillas ya se había normalizado el secuestro. Después de esa reunión no lo volví a ver hasta muchos años después. Jamás volveríamos juntos a su Ciénaga de Oro del alma.

El M-19 no dependía de esa práctica, tampoco de la extorsión. El movimiento solo había secuestrado ocasionalmente, y por razones políticas, no económicas. Por eso mismo, el M-19 era una organización pobre y, claro, no tenía cómo comprar

fusiles. Nuestra forma de actuar venía de la escuela del Che Guevara: recuperar los fusiles del enemigo en pleno combate; esa había sido la lógica imperante. Para 1987 habían quedado atrás las grandes operaciones, como el Cantón Norte o la del avión de Aeropesca que aterrizó en el río Ortegaza, en el Caquetá, con el dinero entregado por el gobierno de Turbay en la embajada dominicana para comprar cargamentos masivos de fusiles. Ya no era así; cuando nos reunimos estábamos realmente en una situación muy difícil.

Sin embargo, la mayoría de los combatientes tenían la moral muy alta, nunca vi desmoralización en el M-19, sino siempre unas ganas inmensas de triunfar. Eso lo constaté hablando con los muchachos de la unidad del Huila, liderada por el mítico Marcos Chalita y en la que militaba mi amigo Germán Ávila. También con los de la famosa compañía del comandante Pizarro. Cuando llegaron e hicieron el orden cerrado, solo eran 35 hombres y mujeres, apenas un pelotón; de compañía no tenía ya ni rastro.

Entre ellos estaba el comandante Óscar, quien después de Pizarro se llevaba todos los aplausos femeninos. Era del Caquetá y, como todo campesino cuando se arma, era un militar de gran talla, guiado por una valentía casi desbocada. Eso suele ocurrir en nuestro país. Tiene que ver con la capacidad mental que ha adquirido el campesinado colombiano después de tantas guerras. Los padres les pasan a sus hijos esa mentalidad y así sucesivamente, sobre todo en las regiones de colonización. Estos hijos del campesinado, que crecieron durante la época de la Violencia, se vuelven combatientes formidables y, bajo la influencia de cualquier conducción política, terminan en la barbarie o sosteniendo guerras durante décadas. La oligarquía colombiana, en su ignorancia, los bombardea y los reprime, sin entender que están generando comandancias militares más capacitadas que las de su propio ejército, dispuestas a continuar guerras que se vuelven perpetuas.

Durante la reunión en el Campamento del Reencuentro hubo una fuerte división. La idea era decidir cuál estrategia seguir, dada la difícil situación. Dos líneas se enfrentaron. La primera era la de Pizarro, que estaba profundamente militarizado. Él representaba lo que se llamaba la comandancia rural, la fuerza militar del M-19, que tenía como asiento el Cauca. De su lado se encontraban los cuadros de origen indígena y campesino. Ellos estaban comprometidos con el enfrentamiento. Óscar era uno de ellos. También Eliot, Robert, Chalita, Germán 'Raúl' Rojas Niño y Navarro, que seguía en Cuba y en México por sus heridas. La otra línea era la comandancia urbana. La dirigía Vera Grabe y Otty Patiño (ellos dos, junto a Pizarro, eran los únicos que quedaban de la comandancia original). Yo, sin saberlo, pertenecía a esta segunda línea.

Pizarro, en nombre de la comandancia rural, defendía una profundización de la guerra. Esa era su postura. Lo apoyaba un joven urbano que nos sorprendió encontrar allí. Se trataba de Carlos Alonso Lucio. Ellos dos siempre tuvieron una relación extraña; habían sido vecinos de barrio y compartían una amistad de antaño, de clase media alta. Esa amistad llevó a Lucio al M-19. Él tenía una personalidad audaz y aventurera. Difundía la tesis de llevar la guerra, como él decía, a la casa de la oligarquía.

Esa estrategia era quitarle prioridad a la lucha agraria que había defendido Bateman y Fayad. Era convertir el M-19 en una especie de comandos urbanos para golpear a la oligarquía. Nosotros, hijos de la tesis de la organización de masas, no habíamos dejado de perder el espíritu de las milicias, de buscar que la población se armara. En esa lógica yo me sentía cómodo; toda mi experiencia había sido entre obreros, campesinos y barrios populares. Por eso la estrategia de Pizarro chocaba tanto con la nuestra. Lo que nosotros proponíamos, de acuerdo con la experiencia que habíamos vivido durante el proceso de paz del 84 y

85, era que el M-19 volviera a proponer la paz. Y no como la de esos años, cuando no dejamos las armas, sino una paz que nos permitiera hacer política, como instrumento de acogida popular, de ampliación de trabajo, de convocatoria nacional.

Para el M-19, hacer política fue siempre el eje central, la estrategia principal para tomarse el poder. Ahora la pregunta a la que nos enfrentábamos todos era la siguiente: ¿cuál es el mejor camino? Uno camino era el de formar un ejército, que era lo que veníamos haciendo, para vencer al Ejército Nacional y tomarnos el Estado. Esa era una visión clásica de la revolución latinoamericana, que no nace de un proceso insurreccional, sino de la toma del poder a través de la guerra popular. Así había ocurrido en China, en Vietnam y en Cuba, que venía a ser el referente regional. Y, más recientemente, había sucedido en Nicaragua. En toda la región se estaba desarrollando, con un brillo profundo en Centroamérica, el levantamiento popular por medio de formas organizativas militares, no insurreccionales.

En ese entonces, todo el poder estaba concentrado en el Estado. Hoy, en cambio, no es posible porque el poder ya no está concentrado allí. Para 1987, aún era difícil hablar de la globalización, si bien el desarrollo del capitalismo mundial iba hacia allá, hacia la ruptura del Estado de bienestar, en los cuales creía mucho el M-19. Su visión ideológica era socialdemócrata. No estaba proponiendo el socialismo, sino una democracia con justicia social. Si uno junta esos dos términos —democracia y justicia social— sin cuestionar al capitalismo, lo que se está proponiendo es una salida socialdemócrata. Y el M-19 era un movimiento de esa vertiente, que operaba bajo la creencia de que solo a través de una revolución armada se podía construir una democracia social en Colombia.

La “socialdemocracia” es una expresión europea. Corresponde a un esfuerzo que se consolida después de las revoluciones socia-

listas, la de Rusia, Alemania, Austria (derrotada), Italia (derrotada) y la de España, que al final fue derrotada por el fascismo, que es una forma de totalitarismo burgués. El fascismo destruyó la idea fundante de Europa, que provino de la Revolución francesa, y que es la democracia liberal. Después de estos episodios, Europa encontró un camino por medio de pactos sociales entre obreros y empresarios, que se estaban matando, y que se tradujo en que los empresarios redujeron sus tasas de ganancias a través de impuestos para financiar lo que se conoce como el Estado de bienestar. Mejor dicho, la salud, la educación, las pensiones, el cuerpo trabajador. Eso es lo que permitió la paz europea. Después de la Segunda Guerra Mundial y de 50 millones de muertos, los europeos construyeron una democracia social que aún permanece.

Muchos partidos socialistas de Europa, defensores de esa tesis, terminaron en el Gobierno. Pero la socialdemocracia incluso se generalizó a tal punto que abarcó movimientos de derecha que la defendieron durante todo ese periodo histórico. Estados Unidos vivió algo similar, con otro nombre: el New Deal, de Roosevelt, que funcionó igualmente. Fue un pacto de garantías, de conquistas laborales. El salario real de los obreros subió tanto que muchos latinoamericanos migraron allá para hacer parte del sueño americano, que incluye carro, casa y visitas semanales a los centros comerciales. Todo esto se dio gracias a un pacto entre empresarios y obreros.

Cuando estas ideas se trasladaron a América Latina, que era la región más atrasada en los años de la posguerra, surgió un pensamiento propio, el de la Cepal (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). Desde el punto de vista económico, esta escuela trazó una directriz relativamente coherente de industrialización, que implicaba una alianza de clases entre empresarios y campesinos, como sucedió en México, o entre empresarios y trabajadores, como ocurrió en el Cono Sur, en Uruguay, el sur

del Brasil, Argentina y Chile. En toda la región, este proceso adquirió otro nombre: populismo. Y, más específicamente, populismo latinoamericano. Su exponente más conocido fue Perón. Muchos de estos líderes lograron reformas agrarias en favor del campesinado, como en México, o procesos de industrialización relativamente importantes, como en Argentina, el sur de Brasil y México. Después de la experiencia del pacto social, estos gobiernos se hundieron en unas dictaduras que acabaron con los pactos.

En 1987, nosotros estábamos viviendo en la época de las dictaduras latinoamericanas. El caso de Colombia era particular: se manejaba como una dictadura a pesar de no tener un general en cabeza del Gobierno. Pero, claro, el estado de sitio y la doctrina de seguridad nacional fueron calcados del Cono Sur y de Centroamérica. Con una especificidad particular: acá los episodios dictatoriales, la preponderancia del Ejército y la conducción del país se hacen al lado de la mafia y del narcotráfico. De esa manera Colombia empieza a labrarse un destino muy específico, que va tomando forma en los años en los que yo estuve en medio de la vorágine en Santander.

El M-19, entonces, estaba defendiendo un populismo armado. Una democracia social y un proceso de industrialización con justicia social. Mejor dicho, un pacto entre clases, que llamó el "Diálogo Nacional". Ese era el eje de su propuesta de paz, y el que marcó la historia de todo el movimiento. Por eso, el M-19 nunca fue un movimiento marxista. Había, por supuesto, gente que estudiaba el marxismo, como yo. Pero, en general, la organización, sus estatutos y su articulación existían alrededor de una plataforma democrática que podríamos llamar "socialdemócrata", y que otros teóricos podrían llamar "populismo", pues en realidad el populismo latinoamericano es la misma socialdemocracia europea. La única diferencia es de perspectiva. En Europa, miran al populismo por encima del hombro porque consideran

que la experiencia latinoamericana no es asimilable a lo que ocurre en Europa.

Durante la reunión en el Campo del Reencuentro nunca se pusieron en cuestión los objetivos del movimiento: la independencia nacional, la justicia social, la democracia. Estos ideales nos unían a todos. La discusión que se dio era alrededor de cómo lograrlo. Al final, venció la tesis de Pizarro con la ayuda extraña de Lucio, quien poco después se fue para Europa. Para mí fue difícil, porque más adelante me enteré de que Pizarro había nombrado a sus amigos en las regiones lideradas por combatientes de la comandancia urbana. Nunca imaginé que esa llegara a ser una de las consecuencias de la discusión política.

Fui uno de los primeros en irme del campamento. Salí, junto a algunos compañeros, por la misma ruta que entré. Si bien fueron otros 23 días de caminatas en medio del páramo, no tenía heridas y el tiempo transcurrió más rápido. Pacho Vargas, también de Zipaquirá, iba muy contento. La comisión la dirigía un muchacho que había perdido una mano y que era de un municipio del Valle del Cauca. Le decían 'el Mocho' Laureano. Su gente lo quería mucho. Era alegre y jovial. Cuando llegamos a tierra caliente, fue como si empezaran las vacaciones. El Mocho me dejó en una trocha donde cogí un bus viejísimo hasta Cali, pasando por Corinto. De Cali salí a Bogotá y de allá a Santander. Otra vez volví a ver a mi hijo y a Katia, pero llegué a un escenario más difícil del que había partido, pues las consecuencias de la discusión política no tardaron en llegar.

Mientras caminaba por las trochas del Cauca de regreso a Girón alcancé a escuchar en la radio que nuestra reunión ya era noticia pública. De entrada, me preocupó la posibilidad de una ofensiva militar, pero por fortuna no ocurrió. En la radio se hablaba de un comunicado que se había redactado después de que yo saliera del campamento, en el que la comandancia, de

alguna manera, había sintetizado la discusión en una consigna común: “¡Vida a la nación, paz a las Fuerzas Armadas, y guerra a la oligarquía!”. “Paz a las Fuerzas Armadas” significaba que cesábamos hostilidades contra el Ejército colombiano, por lo menos las premeditadas. Era como una especie de rama de olivo al Ejército, para tratar de ponerlo de nuestro lado. “Vida a la nación” planteaba estrategias del M-19 alrededor de la democracia y de la justicia social. “Guerra a la oligarquía” se refería a alzarnos en armas contra los directos responsables del desastre nacional, contra esa minoría que vivía en un país en función de sí misma. Esa parte de la consigna solo tuvo una expresión real con la retención de Álvaro Gómez Hurtado. Aún no sé qué hubiera podido pasar en el país si la consigna se hubiera extendido incluso más.

En Santander, no tenía claro qué iba a suceder ni cómo se iba a implementar esa consigna. Tenía pensado continuar el trabajo que venía haciendo. A las comunidades campesinas de Palestina ya había llegado nuestro famoso fusil y quizás era el momento de crear una unidad móvil, rural y armada, que estableciera un puente con los militantes del M-19 en el norte del Cesar. Yo seguía empeñado en establecer el primer frente costero, si bien los de Santander no me seguían la cuerda. En ese momento, sin embargo, yo no sabía que Pizarro había dado la orden. Cuando se produjo el cambio de mando, llega a la región una gente que estaba en el bloque militar del Cauca para hacerse cargo del esfuerzo. Tuve que entregarles todo el trabajo. Ellos me comunicaron que, a partir de ese momento, solo estaba a cargo de la conducción del M-19 en Barrancabermeja. Y para allá me fui.

Mientras corregía este libro, volví a Mosoco y pasé por el páramo de las Moras, esta vez en vehículo y rodeado de miles de indígenas nasa; uno de ellos, integrante de la guardia indí-

gena, me dijo que quienes caminan por la noche en el silencio del páramo recogen los espíritus que habitan en los animales nocturnos: las serpientes, las dantas, los búhos, los osos y los venados, y que esos espíritus llenan al viajero de resistencias profundas y contundentes. Mi guardia indígena, al saber que había sido uno de esos caminantes de la noche del páramo, me dijo, abrazándome, que era allí de donde había nacido la resistencia que había demostrado durante toda mi vida, y me pidió que llenara de muchos venados mi corazón, pues los venados tenían el espíritu de la alegría, de la fiesta y de la búsqueda permanente del amor.



Adiós en Barrancabermeja

Llegué a Barrancabermeja sintiendo que me iba a morir en la clandestinidad. Había logrado que mi hijo y Katia regresaran a Córdoba. Ahora me encontraba a solas, aunque me había enamorado de Mary Luz, una joven bumanguesa militante de la UP. Lo primero que se me ocurrió fue tomarme un barrio. Había entrado en contacto con un frente de las FARC que operaba cerca de la ciudad, en las junglas del departamento de Bolívar. Cuando los visité, en chalupa, descubrí que se trataba de un grupo joven, compuesto por muchachos que venían de la ciudad, parte de las juventudes comunistas y campesinos muy mal armados. Aun así, se notaba que tenían el control del territorio. Allá me presentaron su contacto urbano en Barrancabermeja.

En aquella visita les pedí que nos ayudaran con armas para la toma del barrio. Ellos accedieron. Yo en ese momento me sentía ofuscado. Todos los cambios me habían desorientado y no me percaté de que ese frente estaba infiltrado. En realidad, lo dirigía el Ejército. Habíamos quedado en que ellos nos iban a entregar las armas de noche, en un barrio de Barranca horas antes de la toma. Cuando llegamos a la ubicación pactada, los soldados nos rodearon y nos cogieron presos a todos.

Nosotros teníamos en nuestra posesión muchas copias de un panfleto que yo había escrito, inspirado en la consigna del M-19 que había escuchado en la radio. Su contenido consistía

en una propuesta política para el Magdalena Medio, en un pacto de paz regional. Mi objetivo era hacer política, lograr que el movimiento jugara un papel en la región e influenciara a la sociedad. Me preocupaba lo que veía a mi alrededor, sobre todo el desarrollo de la guerrilla tradicional y el avance del paramilitarismo. Yo quería, como jefe del M-19 en la ciudad, abrir una nueva trocha y ofrecer una perspectiva diferente a lo que ya sobrevenía, que era la masacre generalizada. Por eso había escrito el panfleto, con el fin de repartirlo en el barrio. Ya incluso había alistado a unos periodistas para que lo volvieran noticia a nivel nacional.

Cuando nos cogieron, estábamos desarmados. Lo único que cargábamos eran los panfletos, que terminaron en manos de esa unidad militar. El comandante leyó el mensaje en voz alta, incluida la frase con la que acababa: “¡Vida a la nación, paz a las fuerzas armadas, y guerra a la oligarquía!” Yo me encontraba, junto a mis compañeros, tirado sobre el pavimento, pero supe, por el talante oficial de su voz, que quien había leído el panfleto fue el comandante. Para asustarnos, hicieron como si nos fueran a pasar un camión por encima. En un momento, me agarraron la cabeza y la colocaron justo debajo de una de las llantas. Enseguida un soldado disparó un fusil. Yo me dije: “Ahora sí me mataron”. Tirado allí en el pavimento, sentí el roce en los labios del beso que me había dado Mary Luz, la que sería mi primera esposa. Pensé que ese beso sería la última sensación sobre la tierra y me alisté a morir. No le veía salida a la situación. Estaba en la capital del Magdalena Medio, en el corazón de la vorágine. Entonces, nos dijeron que saliéramos corriendo, para ver si podíamos escapar. Nosotros teníamos claro que si nos poníamos a correr nos iban a dar un tiro en la espalda.

La unidad militar que nos capturó no era del Magdalena Medio. Venía del Valle del Cauca. El Estado había concentrado

sus esfuerzos militares en la región para apaciguar todo el movimiento que se presentaba en el nororiente colombiano. Su lucha era contra las guerrillas, pero sobre todo contra la movilización campesina y las insurrecciones en Barrancabermeja que promovía el ELN. Por eso, más que un conflicto militar, era un conflicto social. Y el Ejército lidiaba con estas protestas como si fueran enfrentamientos militares, masacrando personas. En ese entonces, el general Farouk Yanine Díaz, uno de los grandes promotores del paramilitarismo en Colombia, ya operaba en la región.

También estaba el Batallón Nueva Granada, al que todo el mundo le tenía pavor. Quien caía en manos de aquella unidad difícilmente salía con vida. El grado de influencia paramilitar en el conflicto era enorme. También el salvajismo. Yo alcancé a pensar que nos había capturado ese batallón, pero, por algún azar del destino, terminamos en manos de una unidad militar del Valle que había llegado de refuerzo. Eso nos salvó. No tengo otra explicación. Tuvimos la suerte de que esos soldados, en aquel momento, no operaran bajo las prácticas de guerra sucia a las que probablemente hubieran recurrido otros. Porque perfectamente hubieran podido matarnos. De eso no tengo duda.

Después de leer el documento, el comandante dijo: "Ah, estos son los menos malos. Son del eme". Él creía que había capturado guerrilleros del ELN o de las FARC. Le sorprendió que hubiera militantes del M-19 en la región. Después de asustarnos con el camión, la unidad nos entregó a la Policía, que nos sometió a una terrible tortura en un sitio llamado La Tigra. Unos 200 policías nos hicieron pasar en fila india, mientras nos daban garrotazos. Luego nos electrocutaron. Un compañero, oriundo de Barrancabermeja, llegó a la celda arrastrándose. Yo llevaba mi cédula falsa y me había grabado el nombre y el número. Cuando nos las decomisaron, pensé que mi identidad iba a quedar al descubierto. Me hicieron una serie de preguntas

y las respondí sin problema, por lo que jamás supieron que me habían capturado. Creí, también, que tendrían mis huellas, pero no fue el caso.

La Policía nos trasladó de La Tigarrera a la cárcel de Barrancabermeja. Era una cárcel terrible; no había sino una celda inmensa donde dormían todos los presos. Entre nosotros había unos compañeros muy jóvenes. A ellos los cuidé yo mismo, pues ya tenía experiencia carcelaria. Por las noches, dormíamos debajo de las pocas camas que había, porque nunca apagaban la luz. Desde ahí, veía la antorcha de la refinería. Nos llegaba a toda hora el olor que despide la quema de petróleo. Tiempo después hice una manifestación frente a esa antorcha. Uno de los presos tenía un televisorcito en blanco y negro, y yo desde debajo de la cama lo miraba de vez en cuando. Una noche, por pura coincidencia, estaban pasando *Novecento*, de Bernardo Bertolucci. Yo había visto esa película a los 16 años. Me había marcado de manera profunda, pues cuenta la historia del movimiento campesino y del proletariado agrario cerca de Roma. Es una película hermosísima y, al verla de nuevo en la cárcel, en las peores condiciones de mi vida, se me salieron las lágrimas. Lloré y me sentí, al mismo tiempo, con esperanza.

La trama de *Novecento* transcurre en una hacienda italiana, en la que se libra una lucha entre comunistas y fascistas. Hay una escena en particular que me cautivó de adolescente. El líder campesino atraviesa el momento más difícil de su vida. Su patrón, con quien se crio desde que ambos eran jovencitos, no congenia con el fascismo, y lo deja ser. Pero el capataz de la hacienda, no. Él sí es fascista, de los que se toman el poder. El líder comienza a sentir los rigores de la época. Se siente apresado. Su mujer ha muerto y su hija ha crecido, es una adolescente. Entonces decide separarse de ella: la manda en bicicleta a otra zona y se va con los partisanos, con luchadores antifascistas ita-

lianos. Como dice la canción *Bella ciao*, partían a las montañas, a la resistencia, a la guerrilla. Mejor dicho, el líder opta por la clandestinidad. Yo jamás imaginé que iba a vivir una situación similar. La trama de la película se parecía mucho a mi vida, porque yo también me estaba despidiendo de mi hijo, al que nunca crie. Ni siquiera alcancé a tener la experiencia de padre; las circunstancias del país me lo impidieron.

En ese momento me sentía un hombre derrotado. Aislado de todo, hasta de mi hijo, en el centro de la dinámica de la guerra social, salvado por el azar. No me habían asesinado, pero centenares de personas a mi alrededor habían muerto violentamente. Me habían vuelto a torturar, estaba de regreso en la cárcel. La probabilidad de sobrevivir era baja. Me sentía incluso abandonado por el M-19. La decisión de Pizarro de cambiar la comandancia, que siempre me pareció una tontería, me había dejado en un estado de enorme vulnerabilidad. Los militantes que se hicieron cargo del nororiente del país venían del bloque caucano y, aunque todos eran santandereanos, no tenían la comprensión del trabajo ni tampoco conocían las circunstancias de la región. A ellos les pareció muy fácil mandarme a Barrancabermeja, con la idea de dejarme en un lugar sin mucha importancia, cuando en realidad me estaban enviando al centro de una guerra.

En la cárcel me encontré con los asesinos del poeta José Manuel Chacón, líder sindical de la USO. Ellos eran de la Armada. Era una situación peligrosa. Decidí escaparme. No podía permanecer allí. En mi contra había una orden de captura por la toma del Palacio de Justicia y sabía que, si los guardias lograban establecer mi identidad, no saldría de allí en mucho tiempo. Intentaba ocultarles la cara, para que luego no me pudieran identificar. Llegué a formular unos cuatro o cinco planes de escape. En un momento dado, alcancé a meter dinamita en la cárcel en unas

oilas de greca. Me ayudó un preso común que estaba dispuesto a irse conmigo. Me ayudó muchísimo. Nuestro plan era poner la dinamita contra una pared y hacerla explotar. Yo trataba de que la gente del M-19 me ayudara desde afuera, pero el movimiento tenía otra conducción y se había olvidado de mí. Solo el ELN envió un emisario, que me colaboró para coordinar el escape.

Al final, sin embargo, no tuve que huir de la cárcel. Para ese momento, a principios de 1988, se había derogado el decreto del estado de sitio, así que a mis compañeros y a mí nos llevaron ante un juez que era parte de la justicia ordinaria. No nos iba a juzgar, como en el 85, un juez militar. Entre todos construimos una coartada. Argumentamos que nos habían apresado en medio de un paro, que no teníamos armas. Todos mis compañeros vivían en Barrancabermeja. Tenían una casa, una familia. Cada uno pudo trazar una historia coherente de por qué estaban donde estaban cuando los capturaron. El único que no tenía una historia plausible era yo, pero me inventé una. Dije que era un contador y el juez me creyó. La verdad es que no tenían pruebas contra nosotros, apenas los panfletos, y además nunca supieron quién era yo. Así que al poco tiempo nos dejaron ir.

Salí de la cárcel asustadísimo. Un trabajador de Ecopetrol me recogió y me llevó al Primero de Mayo, que era nuestra zona de refugio, donde nos sentíamos relativamente seguros (más adelante, los paramilitares se tomaron ese barrio a sangre y fuego). De allí cogí un bus a Bucaramanga. Dejé Barrancabermeja con tristeza; no he podido olvidar la fuerza de su pueblo, su ánimo rebelde, la decisión de muchos trabajadores petroleros y de mucha gente pobre de resistir y cambiar el país. Allí vi un heroísmo popular que no había presenciado antes, vi el pueblo que quisiera que fuera Colombia, capaz de impedir la ignominia. Yo ya sabía que no iba a regresar. Había cumplido mi ciclo en la región. De haberme quedado, mi condición de margina-

lidad en el M-19 en Santander habría sido máxima, y no hubiera habido otro camino para mí que encontrar la muerte.

También me empujó a tomar esa decisión una noticia que recibí por esas fechas y que me afectó profundamente. A mediados de abril el Estado desapareció a Jaime Bermeo, que era entonces mi único contacto real dentro del M-19. Él era el responsable del movimiento en Bogotá. Era un muchacho inteligente, proveniente del Huila. Cuando me enteré de la noticia, viajé a la capital para averiguar qué había pasado. Édgar Ávila, el hermano de Germán Ávila, me puso al tanto de la situación. Al parecer, habían infiltrado el movimiento en el Cauca, casi matando a Pizarro, y también habían capturado a muchas personas. Nadie sabía qué había pasado con ellos ni dónde se hallaban. El DAS había detenido a Jaime mientras salía de Bogotá en su Renault 4 amarillo. Algunos compañeros propusieron que diéramos una entrevista y, como no había muchas opciones, sugirieron que yo fuera el vocero.

La entrevista se llevó a cabo en una casa de un barrio popular. La dueña de la vivienda me pintó unos bigotes, para que no me pudieran identificar, y me puso una gorra. El entrevistador fue Daniel Coronell, aunque en ese entonces yo no sabía quién era él. Durante nuestra conversación, denuncié las desapariciones y subrayé la responsabilidad del Estado. Nombré a cada uno de los compañeros capturados. La entrevista, sin embargo, no salió al aire sino hasta hace pocos años, durante las elecciones presidenciales de 2018.

Poco después de hablar con Coronell, empezaron a aparecer los cuerpos de los compañeros desaparecidos. Los torturaron y los mataron a todos. El cuerpo de Jaime lo encontraron el 21 de abril. Le habían disparado 18 veces y tenía el cráneo fracturado, además de una cantidad de hematomas. La noticia me golpeó: me había quedado sin mi contacto y sin mi amigo. Jaime

se había convertido en mi paño de lágrimas durante la difícil etapa que viví en el nororiente colombiano. Además, era quien me conseguía fondos para sobrevivir allá. Después de su muerte, Afranio Parra lo reemplazó en la conducción política de Bogotá.

No fue fácil despedirme de Santander. Tenía la certeza de que esa región iba en caída libre hacia las fauces abiertas de la violencia. Ya nunca volvería a ser la misma; ni siquiera se asemejaría a la que a mí me tocó. Me fui junto a Mary Luz, una mujer de quien me había enamorado y que, más adelante, se convertiría en mi primera esposa. Ella era militante de la Unión Patriótica y tenía un acumulado ideológico un poco diferente del mío. Cuando llegamos a Bogotá, permanecí debajo del radar durante unos días y me dediqué a reflexionar sobre mi tiempo en el nororiente del país.

El trabajo del M-19 en Santander nunca fue estelar. La comandancia que mandó Pizarro se fue al sur del departamento para fundar un frente que se llamó Dora María Téllez. Ese frente, eventualmente, partió en bus hacia Santo Domingo, en el Cauca, durante la desmovilización del movimiento. Nunca le hizo seguimiento a todo el trabajo que yo había realizado en el sur del César. Después de mi partida, sin embargo, la región entera sufrió bajo el oportunismo de Luis Alberto 'el Tuerto' Gil. Él se apoderó de la zona y nunca soltó las riendas. Sus acciones tuvieron unas consecuencias tan deplorables en el desarrollo del progresismo en Santander que, de un plumazo, lo aniquiló. Lo que no pudo hacer el Ejército y la represión lo logró el Tuerto Gil con su alianza paramilitar, copando la salud, primero con Finsema, y luego con Solsalud.

En ese departamento, de todas formas, viví muchos episodios memorables. Nunca me separé del todo de la población popular, con ellos había hecho mi trabajo, y eso me daba fortaleza. Pude recorrer la región, hablar con los campesinos. De los meses en Barrancabermeja resalto el contacto permanente que

tuve con lo popular. Sus ciudadanos abrieron mi conciencia. Era una población muy valiente, mucho más valiente que nosotros, porque se estaban enfrentando físicamente a lo peor del paramilitarismo. Y después lo pagaron. Hoy sabemos que el narcotraficante Guillermo Acevedo, alias 'Memo fantasma', estaba financiando desde el sur de Bolívar la toma paramilitar de Barrancabermeja. Yo creía que eso sería imposible, por el grado de conciencia que encontré entre sus gentes. Pero así ocurrió. Muchos en las bases milicianas se pasaron al paramilitarismo y ellos mismos denunciaron a sus compañeros y los mataron. Barranca se cerró completamente. Sobrevivió la Unión Sindical Obrera (USO), atrincherada en medio de un mar de paramilitarismo. Muchos de sus miembros fueron asesinados.

En alguna ocasión hablé con Gerardo Ardila, que había sido el jefe del M-19 en Santander. Para entonces, él vivía exiliado en las montañas, donde trabajaba de profesor. Yo lo visité cuando partí hacia Santander y le dije: "Mano —como dicen ellos—, ¿qué me aconseja?". Él me dio una lista de políticos que habían sido amigos suyos, quienes habían colaborado con procesos del M-19. Yo, que sentía esa vocación política, me puse a contactarlos. Hablé con varios de ellos, siempre desde la clandestinidad. Uno de ellos era Feisal Mustafá de la organización Palestina en Colombia. Era alvarista, pero creía en la posibilidad del diálogo y de la paz. El problema era que el ELN lo acusaba de paramilitarismo, y me contó que lo querían matar. Como yo tenía el contacto de la jefatura del ELN en la zona, decidí ayudarlo. Hablé con ellos sobre el caso y les pedí que no le hicieran nada. Durante el tiempo que estuve en la región, no le pasó nada; lo visité en su casa, hablamos mucho y construimos una cercanía política. Pero poco después de que me fuera, y a pesar de su vocación democrática, lo asesinaron.

Esa era la lógica perversa del paramilitarismo. Una lógica que tenía su fuente en la mafia, en el narcotráfico, pero que

encontró un caldo de cultivo en las guerrillas. Las FARC y el ELN legitimaron y le dieron fuerza a esa forma de pensar, siguiendo una estrategia de limpieza que no dejaba de ser totalitarista, pues no admitía gente que pensara distinto a ellos en las zonas donde operaban. Eso nunca sucedió en el M-19. Y por eso el ELN terminó arrinconado en Santander. Perdió todas sus fuerzas y su dirigencia social. Las masacres de los paramilitares fueron terribles. Hoy el ELN está perdido completamente en el nororiente colombiano.

Nosotros nunca pudimos poner nuestra visión política y por eso, en parte, hubo un proceso de paramilitarización en toda la región que hoy se expresa en su uribización. A pesar de su historia progresista y revolucionaria, de los comuneros, de las luchas obreras en el Magdalena Medio, de los campesinos, hoy es una población que vota mayoritariamente por las fuerzas del uribismo, excepto en Barrancabermeja; y Norte de Santander está en unas circunstancias peores. Esa pelea política la perdimos. Yo me alejé de la zona y realmente nunca más volví hasta los tiempos de la legalidad.

Después de pasar unos días en Bogotá, salí en busca del M-19 en el Cauca. De nuevo regresé a las enormes montañas caucanas, volví a la vida rural de ese departamento. Allá hablé con Raulito y durante unos días volví a la vida guerrillera en las montañas. Raulito me hizo el contacto con Afranio Parra, en Bogotá, así que volví a la capital y me contacté con él. Nos vimos en una casa y Afranio, que era tolimense, me dijo: "Váyase para mi tierra". La idea me gustó de entrada y, a los pocos días, empaqué mis pocas permanencias y salí rumbo a Ibagué.

Diálogo tolimense

Llegué al Tolima poco después de que el M-19 liberara al líder conservador Álvaro Gómez Hurtado. El movimiento lo había retenido el 29 de mayo de 1988 como parte de la guerra contra la oligarquía que había propuesto Pizarro en el Campamento del Reencuentro. Durante la retención, sin embargo, se empezó a construir un diálogo político. Pizarro y Navarro, que se involucró de lleno en el proceso desde Panamá, entablaron una negociación con una serie de fuerzas políticas, muchos amigos políticos de Gómez, y se terminó produciendo lo contrario al objetivo inicial: los globitos de la paz, como los llamaba Pizarro, empezaron a crecer.

En Ibagué me encontré con Édgar Molano, que había estado preso conmigo en Bogotá. Le tenía un cariño enorme. Admiraba su capacidad creativa. Era un constructor permanente de ideas. Cuando nos vimos, él estaba dedicado a los movimientos culturales en la capital del Tolima. Molano me contactó con la compañía Jorge Eliécer Gaitán, del M-19, que en ese momento ya no dirigía Helio, pues Pizarro lo había reemplazado, al igual que a mí, por un comandante del Cauca. El nuevo líder se llamaba Carlos Erazo.

La compañía Jorge Eliécer Gaitán había cuidado a Pizarro durante las negociaciones que se desarrollaron en torno a la retención de Gómez Hurtado. Cuando me uní a la compañía en las

montañas del Tolima, me di cuenta de que había una sensación —en el país, en el Gobierno, dentro de nosotros mismos— de que se podía plantear otro proceso de paz. Era, sin duda, un resultado paradójico: la guerra contra la oligarquía había desembocado en una posible salida negociada del conflicto. Muchos miembros del M-19 nos acogimos pronto a esa iniciativa porque, al final, no nos habíamos olvidado de la idea democrática. Nosotros considerábamos que era absolutamente imprescindible que el M-19 saliera de su reitramiento y volviera a ser un eje en la vida política de Colombia. Desde el Cauca, Raulito Rojas Niño abanderó la propuesta de una negociación de paz. La llamó Diálogo Regional. Nosotros, coordinados con él, lanzamos una propuesta similar en el Tolima, llamada el Diálogo Tolimense por la Paz.

Mary Luz, mi pareja, también estaba comprometida con la idea de la paz. Ella había viajado conmigo al Tolima a pesar de que mi patrimonio en ese momento consistía en dos camisas, dos bluyines, una chuspa plástica y algo de dinero para coger el bus. Ella había estado en la Unión Patriótica y, si bien cada uno tenía ideas políticas propias, nos teníamos un grado suficiente de confianza y de admiración mutua para que no hubiera choques. Los dos nos integramos a la compañía Jorge Eliécer Gaitán y convivíamos en las montañas, hasta que ella cometió un error y la cogieron presa en Ibagué. La ruptura fue violenta. Sentí que el Estado había roto mi enamoramiento. Sentí mucha rabia. Aunque el riesgo no era menor, empecé a meterme en la cárcel donde la tenían presa para verla unos minutos y llevarle mercados. A diario pensaba en formas de lograr que ella saliera libre.

La desazón que sentía por el encarcelamiento de Mary Luz no me distrajo de mis objetivos. Debía construir atmósferas favorables para lograr la paz. Me puse entonces en la tarea de contactar a casi toda la dirigencia política y económica del Tolima. De esa manera, conocí al liberal Guillermo Jaramillo, que recién había

dejado su cargo como gobernador del departamento. También me reuní con el liberal Alberto Santofimio. Me senté con gente que, hoy en día, es colaboradora de la Colombia Humana, pero que en ese momento eran parte de las filas de los partidos tradicionales. Hablé con un señor Giraldo, muy decente, que era concejal de Ibagué. También con Marco Emilio Hincapié, que ha sido diputado del Tolima y que actualmente vive pendiente de la Colombia Humana. No sé qué imagen se habrán formado de mí, un joven flaco y pobre que se arriesgaba a hablar con ellos bajando de la montaña y yendo hasta sus casas. En unas pocas ocasiones, subí a algunos de ellos a nuestro campamento rural.

A mí me interesaba el mundo de la política legal para hacerlo gravitar alrededor de nuestra propuesta de paz, así que un día le pedí a Jaramillo que me llevara al Congreso de la República. Él accedió y viajamos en su carro a Bogotá. Como Jaramillo era parlamentario en ese entonces, nos dejaron estacionar en el parqueadero sin ningún problema y, en seguida, entramos al recinto. Yo no podía creer que estuviera allí siendo combatiente del M-19, y menos aún que ese lugar sería, años más tarde, mi lugar de trabajo. Jaramillo me puso en contacto con algunos tolimenses con quienes yo aún no había hablado. En medio de esas presentaciones, vi de lejos a Turbay. Pensé: “Este fue el que nos torturó”.

Después de salir del Congreso, asistimos a una reunión con los santofimistas en un lugar llamado Casa del Tolima. Por pura coincidencia, en ese momento, la Autodefensa Obrera (ADO), una organización guerrillera, se tomó el Cinep, que quedaba en una casa en la misma cuadra. En seguida todos los techos se llenaron de militares. Yo pensé que venían a capturarnos, a mí y a Édgar Molano, que me había acompañado. Pasamos un susto tenaz. Los políticos también. Pero fue una simple coincidencia. Unas horas después, regresamos al Tolima y a sus montañas. Me fui de Bogotá contento: a todos los políticos con los que había

hablado, independientemente de si eran conservadores o liberales, les había gustado la propuesta del diálogo tolimense por la paz. Yo sentía que las posibilidades de éxito del proyecto eran reales.

Raulito, mientras tanto, avanzaba en la misma dirección desde el Cauca. El único problema que teníamos era que Pizarro no estaba tan de acuerdo. Él había establecido una relación epistolar con Gómez Hurtado y, para entonces, tenía sus propias ideas. Por las fechas en que yo llegué al Tolima, Pizarro salió hacia la cordillera Oriental, al otro lado del río Magdalena, en busca de los campamentos de las FARC. Esa guerrilla aún seguía en tregua con el Gobierno por cuenta de un proceso similar al que nosotros habíamos hecho con Betancur. De ese diálogo había surgido la famosa Casa Verde, el campamento madre de las FARC en la cordillera Oriental, en la caída hacia los Llanos. Pizarro viajó allá con la idea de construir un proyecto que él había denominado la Coordinadora Guerrillera. Consistía en que el M-19 instruyera a las otras guerrillas para que sus frentes se convirtieran en unidades de ejército.

Varios combatientes de nuestro movimiento se entusiasmaron con ese proyecto, entre ellos Carlos, el líder de nuestra compañía. Él comprendía la importancia de hacer política, pero no era de su gusto. Se sentía más cómodo manteniéndose en la tradición rural y de combate del M-19. Cada vez que yo hacía una reunión con algún político, tratando de avanzar el diálogo tolimense por la paz, él empezaba a hablar de tomarse un pueblo. Particularmente, quería avanzar sobre una población llamada Ortega. Así que, mientras nuestro mando militar estaba planificando esa acción, y dialogaba con la FARC para crear la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, yo adelantaba un diálogo regional de tipo político. En el campamento establecimos un equilibrio muy difícil entre quienes preferían la acción militar y

aquellos que preferían el diálogo, que al final se alivió cuando se postergó, en parte por mis intervenciones, la idea de tomarse Ortega.

En diciembre de 1988, después de reunirse con las FARC en Casa Verde, Pizarro regresó al Tolima. Tomó el mismo camino por el cual había partido: bajó la cordillera Oriental, cruzó el río Magdalena y subió la cordillera Central. Yo salí, con mis compañeros, a su encuentro. La idea era reunirnos arriba del municipio de Natagaima, en una vereda llamada La María. En los tiempos de la violencia de mediados del siglo XX se movía un bandolero apodado 'Chispas'. Allí había una escuela de entrenamiento militar de las FARC. Yo partí desde los lados de Ortega y subí por la cordillera de Calarma, por donde antes se movía el Chita.

Las caminatas eran arduas, pero para ese entonces yo tenía un muy buen físico. Nunca me quedaba colgado en una caminata. En la cárcel había hecho ejercicio a diario y realmente salí muy diferente de como entré. El ejercicio me curó las migrañas. Eso no quiere decir, desde luego, que recorrer las trochas tolimenses fuera sencillo. Las montañas del Tolima son extremadamente empinadas, mucho más que las caucanas. El Cauca es un juego de niños al lado del Tolima. Aun así, mis compañeros nunca me dejaron atrás. Jamás perdí el paso ni me cansé.

Me había acostumbrado a la vida de monte. Dormir en el piso, en una hamaca o en una casa campesina no era un problema. En el Bolívar 83 había dormido, por lo menos, en 200 camas distintas. Nada de eso representaba un choque para mí. De niño nunca viví como pobre, pues mi papá era un hombre asalariado, pero a duras penas daba con los gastos de la casa. No había tenido una vida de lujos, no sabía qué era tener un carro, aunque tampoco me interesaba. En las montañas del Tolima estaba viviendo mi revolución. Además, era parte del M-19, una

de las vanguardias de la vida política del país. Hacía parte de un esfuerzo por transformar la historia de Colombia. Con sus errores y aciertos, pero, al fin y al cabo, comprometido con la acción.

En La María había un cabildo de los indígenas coyaima natagaima. Yo tenía amigos en esa comunidad. De hecho, muchos eran integrantes del M-19. Ellos, estratégicos, se habían tomado unas tierras. El líder del cabildo en Coyaima, Poloche, había sido el fundador del movimiento en la zona. Cuando fui a reunirme con Pizarro, ellos me acogieron en sus casas. Me gustaba estar con ellos y dormir en sus hamacas. Ellos sacaban sus chirimías y yo les pedía que cantaran el Bunde, esa música pasional que se convirtió en el himno del Tolima. Su cultura me recordaba al Caribe, al mundo americano antes de la llegada de los españoles, cuando el río Magdalena emparentaba a las comunidades indígenas del país. Con ellos sentía que el Magdalena no era la salida de los Andes, sino su entrada. Desde el cabildo se veía el cerro de Pacandé, todo un referente para los guerrilleros. El cerro les decía dónde estaban ubicados. Siempre me dieron ganas de subirlo, pero nunca tuve la oportunidad.

La escuela militar de las FARC estaba ubicada dentro del cabildo. Allí nos reunimos con la fuerza militar del M-19, pues Pizarro, en su esfuerzo por crear la Coordinadora Guerrillera, nos había juntado con ellos. Él, sin embargo, no estaba cuando nosotros llegamos. Los de las FARC eran muchos más que nosotros, unos 200 hombres mal armados, con escopetas. No tenían fusiles; nosotros, en cambio, sí. Eso descretaba a la muchachada campesina.

En la escuela entrenaban a personas jóvenes. Les enseñaban a disparar y los preparaban para una eventual ofensiva militar. Me sentía allí como mosco en leche. Mi interés era construir el diálogo regional, no participar en una operación bélica. A través del diálogo, hacía todo lo posible para aplazar las ofensivas

y darle espacio y tiempo al desarrollo político. Sentía que, más pronto que tarde, iba a haber una colisión entre ambas facciones.

Un día llegaron a la escuela las comandancias de los otros grupos guerrilleros que operaban en el Tolima, el EPL y el ELN. De repente, me encontré rodeado por todos estos jefes militares, muchos de origen campesino. Les empecé a hablar del diálogo regional y, para mi sorpresa, me prestaron atención. Me hacían preguntas y comentarios. El proyecto les llamaba la atención. El hecho de que yo hubiera estudiado me daba una ventaja. Al mismo tiempo, me sentía en una posición extraña: ¿cómo diablos me había convertido en una especie de consejero para todas las fuerzas guerrilleras del Tolima? Me parecía increíble. En ese proceso me ayudó Édgar Molano, que murió después. Yo temía, por encima de todas las cosas, que realizaran una ofensiva militar coordinada. Para mis adentros, me repetía: "Si eso ocurre, esto se destruye a sí mismo".

En ese momento estaba bastante desencantado con el mundo militar. Incluso con su teoría. Me gustaba su componente matemático; determinar, por ejemplo, cómo se organiza una unidad a partir del tipo de fúsil. Pero, en últimas, no entendía su objetivo. ¿Para qué era todo esto? ¿Para matar a otros y no dejarse matar? De eso se trataba el entrenamiento en la escuela de La María. Esa era la guerra. No sentía placer en eso. No me llamaba la atención. Nunca sentí, a diferencia de muchos de mis compañeros, una vocación militar. No me apasionaba que me llamaran coronel (los grados en el M-19 eran similares a los militares). Yo quería era hacer la revolución. Me veía a mí mismo como un revolucionario, ese era mi título. Me uniformaba, hacía el orden cerrado, cantaba el himno, me ponía firmes, daba órdenes; pero no lo disfrutaba. Me parecía que en ese mundo militar había una tendencia al orden y a la disciplina que no encajaba con otras realidades que exigían más libertad.

Por otro lado, no dejaba de sorprenderme el bajo nivel de lectura de los combatientes. Había una displicencia generalizada hacia los libros. En las FARC el atraso era aún más evidente. El comandante del frente 21, Roberto, ni siquiera sabía leer ni escribir. Yo me dediqué durante esos días a enseñarle. El analfabetismo de ellos me aturdí, pues sentía que estaban tomando decisiones a ciegas. También me aturdí no saber cuál era el paso por seguir. Muchas veces, durante mi paso por el Tolima, pasaba un mes entero subiendo y bajando montañas, escalando y descendiendo filos, durmiendo y comiendo, sin hacer nada más; y yo pensaba: "A este ritmo, ¿cuándo se hará la revolución?". Eso me exasperaba. No quería pasar los siguientes cincuenta años de mi vida caminando de un lado al otro. Y eso era lo que sucedía, en buena medida, con las FARC.

Muchos de ellos estaban preparados para vivir buena parte de sus vidas en la guerrilla. Hacían parte de una impresionante máquina de resistencia y estaban entregados a ese estilo de vida, sin mayores ambiciones de tomarse el poder o de incitar la revolución. Esas montañas y esos pueblos eran su mundo. Allí tenían sus novias, sus esposas, sus hijos, que también entraban a la guerrilla. Ese microcosmos despertaba mi curiosidad. Poco a poco lo empecé a estudiar, y este fue un ejercicio que me ayudó a entender, en parte, las complejas dinámicas de violencia en Colombia.

Lo que sucedía con los amoríos era muy interesante. Cuando llegamos a la escuela militar, las muchachas de las FARC se sintieron atraídas por los muchachos del M-19. Les llamaba la atención que fueran más urbanos, un poco más educados, que tuvieran fusiles. Eso produjo algunos episodios de seducciones y de celos, en un mundo donde todos y todas cargaban armas. En una ocasión casi estalló una pequeña guerra entre el M-19 y las FARC por culpa de un romance. A mí me tocó mediar para

que todos bajaran las armas. En ese momento entendí que el mundo de las FARC era profundamente parroquial.

Si el muchacho afligido hubiera matado al otro, hubiera empezado a tejerse todo un tapiz de muerte. Porque entonces el muerto hubiera sido de una aldea tolimense y el que lo mató, de otra. Las familias se hubieran enemistado con la de la víctima y tomado la decisión de vengar su muerte. Y así sucesivamente. El odio hubiera empezado a pasarse de una generación a la otra, produciendo aún otra disputa que duraría décadas. En los pueblos del Tolima conocí familias que llevaban cincuenta o sesenta años matándose entre ellas. Esa era, descubrí, la violencia en Colombia: un miembro de esas familias se unía a la guerrilla, un miembro de la otra se unía a los paramilitares, y el conflicto pasaba de un plano personal a uno nacional.

Durante mi tiempo en el Tolima aprendí muchas cosas que me sorprendieron. Por ejemplo, que el incesto era muy extendido en las familias campesinas de la zona. Cuando se descubría un incidente, inmediatamente los vecinos corrían a donde estaba el M-19 para pedirnos que fusiláramos al culpable. En nuestro movimiento había una consciencia de que no podíamos matar a una persona así no más. En las FARC, sin embargo, no existía ese tipo de conciencia.

Un día llegamos a una casa campesina. No era una casa típica de esa región cafetera, en las que hay nevera, piso de cemento y uno se puede tomar un jugo de naranja o un pedazo de chicharrón; unas verdaderas delicias típicas de ese mundo rural. En la casa no había nada, se notaba la pobreza. Allí vivían una señora y un poco de muchachitos. Cuando llegamos, apenas nos saludaron. Ninguno hablaba, nos miraban en silencio. Eso me pareció extraño, pero aun así pasamos al solar. Por el lado de las FARC, estaban Roberto y otros integrantes de la comandancia. Por el lado del M-19, estábamos Carlos Erazo y

yo. De repente, mientras hablábamos, me di cuenta de que estábamos parados sobre una tumba. Apenas vi la cruz, dije: "Bueno, ¿aquí quién habrá muerto?". Los de las FARC se rieron. Carlos, curioso, los miró a los ojos: "¿Por qué se ríen?, ¿qué pasó?". Nos contaron, entonces, la anécdota: el señor de la casa, el marido de la señora que nos observaba en silencio, había sido acusado por un vecino de ser un "sapo"; mejor dicho, un informante. Los de las FARC, al enterarse, decidieron ponerle una trampa. Se vistieron con el uniforme del Ejército y entraron a la casa. El señor reaccionó amistosamente y les avisó: "Tranquilos, si viene la guerrilla, yo le echo veneno a la sopa". Los guerrilleros, disfrazados, lo fusilaron ahí mismo.

Los muchachitos que nos acompañaban y que no decían ni una palabra eran hijos del señor. Por eso su silencio. Por eso su pobreza. Esa manera de reaccionar de las FARC hacía parte de lo que hoy llamaríamos su "cultura organizacional". Con los años confirmé que esa práctica era cotidiana para ellos. Episodios de esa naturaleza sucedieron una y otra vez en las regiones con presencia de las FARC. Era una especie de limpieza social, heredada de la Violencia, cuando liberales y conservadores exterminaban al que no pensara como ellos; un ejemplo más del microcosmos de la violencia. El M-19 jamás entró en esas dinámicas, y esa distinción nos salvó. Yo, personalmente, nunca he conocido a una persona común y corriente que profese odio hacia el M-19. Los pocos odios que existen están concentrados en la cúpula del poder, pero no en la base de la sociedad. No se puede decir lo mismo de las FARC: ellos sí despiertan odios, en parte por la manera en que actuaron en los campos de Colombia. Apenas supimos que pasó con el señor de la casa, ordenamos retirarnos para no herir más a esa familia humilde.

Después de pasar Navidad y Año Nuevo en la escuela militar, unos doscientos hombres armados de las FARC y un pequeño

grupo del M-19 salimos a Natagaima, a donde íbamos a recibir a Pizarro. Llegamos a esa región hermosa, llena de gusanos venenosos y escorpiones. También había una quebrada llamada la quebrada de María, arriba, en una zona calurosa. Desde allí se veía el río Magdalena. Pizarro había convocado en esa zona de Natagaima a las fuerzas militares de la Coordinadora Guerrillera para desarrollar una ofensiva militar que había acordado con Jacobo Arenas en Casa Verde. Pero, justo en ese momento, por culpa de los runrunes que habíamos desatado con los diálogos regionales en el Tolima y en el Cauca, el Gobierno quería sentarse a hablar con Pizarro.

El Gobierno no había querido hablar con Pizarro durante la retención de Álvaro Gómez. Una vez liberado, en los pasillos del Palacio de Naríño creció como la espuma la esperanza de un diálogo con el M-19. El presidente Virgilio Barco y Rafael Pardo, el consejero presidencial para la Paz, buscaron a Pizarro en enero del 89. Para mí, la idea de la paz era emocionante. No solo significaba que el M-19 podría ocupar un lugar más prominente en la política del país. También me llamaba la atención porque la paz representaba la oportunidad de que Mary Luz saliera de la cárcel. Ella empezó a ocupar mis pensamientos por los días en los que llegó la delegación del Estado, compuesta por Rafael Pardo, Ricardo Santamaría, Jaramillo y otros. Llegaron además varios periodistas, entre ellos Daniel Coronell. La presencia de los reporteros nos hizo caer en cuenta de que Barco le estaba apostando todo a la posibilidad de un proceso de paz.

Pizarro, por su parte, no estaba tan convencido. Había llegado a la escuela militar vestido de civil, con Laura, su compañera, y con su guardia personal. No llegaron a pie, sino probablemente en bus o carro. Se notaba su mal estado físico; debió haber pasado un tiempo largo fuera de las montañas. En los días siguientes, miembros del M-19 empezaron a llegar desde varias regiones del

país, aunque no necesariamente para fortalecer el diálogo con el Gobierno. Pizarro estaba decidido a hacer una ofensiva militar. Una noche, de hecho, nos dijo en la escuela militar: “Hay que romperle al Gobierno los globitos de la paz”.

Sentía que, de manera simultánea, habitábamos dos mundos diferentes. El mundo de la paz y el mundo de la guerra. El plan de Pizarro era proponerles a los hombres de Barco una negociación con toda la Coordinadora Guerrillera, sabiendo que ellos no lo aceptarían. De esa manera, podía matar dos pájaros de un solo tiro: librarse de la negociación, sin asumir del todo la responsabilidad, y dedicarse a la ofensiva militar. Yo pensaba que estábamos cada vez más cerca de ir a la guerra. El lugar donde nos encontrábamos no era ideal en ese sentido, pues nuestro campamento se hallaba en un sistema montañoso aislado de la cordillera Central. En otras palabras, estábamos acorralados.

Consciente de ese hecho, Pizarro me pidió que le llevara las fuerzas especiales del M-19, un grupo de muchachos y muchachas que conformaban una especie de élite militar, relativamente urbano. Yo tenía que subirlos hasta la escuela militar todos los días y luego bajarlos hasta el río Magdalena, donde ellos dormían. Así duré como una semana, extenuado, pero consciente de que tenía el estado físico para cumplir con la labor. En esas caminatas, cuando miraba a mi alrededor y veía a la gente armada, decía: “Esta va a ser la nueva batalla de Yarumales”. Esa sospecha se intensificó cuando, un día, empezaron a construir trincheras. Las FARC, mientras tanto, miraban y aprendían. Ellos no sabían cómo se hacían. Por la radio, Pizarro hablaba a menudo con Jacobo Arenas. Yo escuchaba las conversaciones de los muchachos y las muchachas. Todos querían combatir. Yo, en cambio, sólo deseaba que se realizara la paz.

“El comunicado de Ortega”

En los días previos a la primera reunión con el Gobierno aprendí un hecho crucial: el que tiene la comunicación tiene el poder. Pizarro, a través de la radio, manejaba la organización del M-19. Los líderes ubicados en varios puntos del país se comunicaban con él a una hora determinada, por medio de una frecuencia específica. En esas sesiones se decidían los pasos por seguir, y el que no tuviera acceso a la radio no tenía poder en la toma de decisiones. En algunas ocasiones, yo escuchaba las conversaciones, oía voces de conocidos, de amigos, pero era consciente de que los radios estaban en manos de las fuerzas militares del M-19. Los que estábamos en busca de la paz no teníamos ni voz ni voto. Nuestros esfuerzos por lograr el diálogo estaban desconectados del centro de decisiones. En el caso del Tolima, Carlos Erazo tenía el radio. Toda la información entraba o salía a través de él. La relación de Pizarro y Carlos era fluida. Carlos venía del Cauca, había peleado junto a él. En cambio, mi relación con Pizarro era difícil. No nos entendíamos muy bien. Esa era la realidad.

El Gobierno llegó a nuestro encuentro sin saber de los planes de Pizarro y Jacobo Arenas. Sabían, eso sí, que la primera reunión sería la más importante, en la que se conocerían las posturas de todos los involucrados. Para llegar al punto de encuentro, los funcionarios del Gobierno tenían que tomar una carretera desde el pueblo de Natagaima y luego caminar dos horas. No era

un recorrido muy exigente, en términos logísticos. La única dificultad era cruzar la quebrada en la parte de abajo, cerca de su desembocadura en el río Magdalena. Cuando llovía, esa parte de la quebrada crecía bastante y podía llevarse a alguien.

Para que el agua no les impidiera el paso, la delegación del Gobierno llegó para la primera reunión por la mañana. La sesión inicial fue profundamente destructiva. Pizarro se sentó y les dijo lo que nos había dicho a nosotros: que cualquier negociación de paz se debía hacer con toda la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. En otras palabras, que el Estado, además de negociar con el M-19, tenía que hacer lo mismo con las FARC, el ELN y el EPL. Mejor dicho, palabras más, palabras menos, les dio a entender que la negociación no se podría llevar a cabo. Pizarro sabía que era imposible que se lograra hacer una reunión de paz conjunta. El Gobierno, por su lado, repetía una y otra vez: "Pero queremos hacer una negociación solo con ustedes". Así transcurrió toda la mañana. Fue infructuosa, un diálogo de sordos.

Al mediodía, invitamos a los funcionarios del Gobierno a un almuerzo al estilo nuestro. Entre todos compartimos una gallina guisada, que nos ayudaron a preparar los indígenas y campesinos de la zona. Cuando nos retiramos, Pizarro tuvo una condescendencia conmigo que no me esperaba. Caminó hacia mí y me anunció: "En cinco minutos nos reunimos los miembros de la dirección nacional". Los miembros éramos apenas tres: Carlos, Pizarro y yo. Yo invité a Édgar Molano a la reunión y Pizarro a Laura, su compañera. Los cinco nos reunimos al lado de la quebrada.

Nunca olvidaré ese momento. Allí, envuelto por el sonido del agua, sentado sobre unas rocas, tuve una epifanía. Yo no soy ni he sido nunca practicante; creo en las energías, en la luz que recorre todo el universo, pero en ese instante se me vino a la mente una reflexión profunda. Pensé en las fuerzas de la vida, en tantos

muchachos y muchachas heroicos, hermosos, que había visto morir; pensé en el Dios de mis padres, pensé en mi hijo, que apenas conocía. Pedí fuerzas a mi cuerpo raquítico, a mi voluntad, a mi inteligencia. No sé si eso fuera una oración en aquellas montañas entre aquellos vientos. Pero pedí la fuerza para no fallarle a la paz, a nuestro pueblo, a la lucha por la justicia social.

Hoy, tantos años después de ese momento, sé que la paz no se ha cumplido. Pero yo creía que en aquella reunión se podía definir realmente la paz de Colombia. A la postre, solo se logró una parte, porque las décadas siguientes transcurrieron bajo el signo de la violencia. A pesar de eso, sentí, al lado del agua cristalina de la quebrada, que estábamos ante una definición clave para la historia del país; sentí las energías de un momento histórico. Y solo estábamos nosotros cinco, junto al agua y su ruido. Los demás combatientes estaban lejos, retirados, haciendo un círculo de seguridad. Pensé, en medio de mi reflexión: "De pronto de mí depende la paz. De mi capacidad argumentativa".

Pizarro, mientras tanto, nos explicaba su decisión. Nos decía que él venía de hacer un trato con Jacobo Arenas y que la ofensiva militar ya estaba en marcha. Yo sabía que Carlos Erazo no lo iba a contradecir, por su vocación militar. Era, al fin y al cabo, su subordinado. Édgar tampoco iba a decir nada; era mi acompañante y dependía de mí. Entonces pensé: "Pues me tocó a mí; voy a articular mi argumentación". Así que abrí la boca y hablé. Defendí lo que hasta el momento había sido el proceso del Diálogo Regional. Pizarro enseguida se burló de mí. Mencionó el hecho de que yo hubiese hablado con Santofimio, a quien yo realmente no conocía, para desacreditar mis argumentos. Dijo: "Nosotros no vamos a hacer un proceso de paz con Santofimio". Le di la razón: no se trataba de hacer un proceso de paz con él. Simplemente lo había contactado porque él era una fuerza fundamental dentro del Tolima.

Lo que yo no sabía era que cierto círculo enemigo de la paz en el M-19 se había agarrado de mi reunión con Santofimio para destruir las posibilidades del diálogo. En ese momento no se sabía todo lo que se sabe hoy de Santofimio, pero algunos ya conocían sus vínculos con el cartel de Medellín; ellos habían hablado con Pizarro y por eso él, en un comienzo, no se tomó en serio mis argumentos. Los miembros de ese círculo no hacían parte de las fuerzas militares del M-19. Aunque estaban vinculados al movimiento, operaban en la legalidad. Yo ya me los había encontrado en Santander, con los sindicalistas del ‘Tuerto’ Gil, por ejemplo. Con esos círculos siempre tuve problemas. Entendía su posición, pero no me gustaba que actuaran desde la legalidad, cuando nosotros aún estábamos en la clandestinidad y en la guerra. Yo tampoco les gustaba porque ellos veían que yo podía afectar su comodidad. Para ellos, yo era una piedra en el zapato. No era una situación fácil para mí: los militares creían que yo era un mamerto, mientras que los que vivían en la legalidad me consideraban un militar. Me sentía como el protagonista de la canción de Facundo Cabral llamada “No soy de aquí, ni soy de allá”.

Cuando Pizarro criticó el hecho de que me hubiera reunido con Santofimio, me sentí agredido. Para mis adentros, me dije: “Comencé mal”. Entonces desarrollé mi argumentación desde otro punto de vista. Le dije que el M-19 solo podría volver a juntarse con la sociedad colombiana si proponía la paz. Y que tenía que ser una paz para la nación. Miré a Pizarro a los ojos y afirmé: “Cada vez que hablamos de paz, la nación gira alrededor de nosotros. Hoy podemos transformarnos en la vanguardia de los colombianos”. Hablé durante 25 minutos y, cuando terminé, Pizarro asumió un gesto reflexivo, al estilo de él. No dijo nada, solo se quedó pensando, y con esa expresión se dirigió a la segunda sesión con los delegados del Gobierno.

Frente a ellos, pronunció un discurso completamente diferente al de la mañana. Abandonó el punto de vista de que el único proceso de paz tendría que hacerse con toda la Coordinadora Guerrillera y, en cambio, propuso un acuerdo de paz entre el Gobierno y el M-19. He pensado mucho en las razones que lo llevaron a cambiar de postura. No creo que yo lo hubiera convencido, porque él no tenía suficiente respeto por mí como para que ese hubiera sido el caso. A decir verdad, hasta el día de su muerte nosotros no fuimos amigos, no construimos conjuntamente; de hecho, nos veíamos en cierta forma como rivales, si bien yo no tenía la dimensión de él. En mi opinión, hoy pienso que su cambio de parecer se debió a su intuición. Pizarro siempre tuvo una personalidad intuitiva. No era un hombre de conocimientos teóricos profundos, no era analítico. Era, más bien, un hombre pasional. No por nada sus amigos lo habían apodado 'Carro Loco'.

Esa impulsividad de Pizarro cuajaba con su valentía y se expresaba muy bien en el terreno militar. En la política, se expresaba por medio de su intuición. Y eso fue, a mi parecer, lo que ocurrió cuando se sentó con el Gobierno esa tarde. Pizarro sintió una oleada de intuición y entendió que podía hacer historia. Y no por medio de una ofensiva militar coordinada con las FARC, sino por medio de la paz. Comprendió, en otras palabras, su propio papel histórico. Él sabía que, si hacía la paz como comandante general del M-19, el país entero iba a girar en torno al proceso y que él iba a ser su protagonista.

Sobre todo porque, en ese momento, el país atravesaba una profunda crisis y necesitaba una buena noticia. Para esas fechas, Pablo Escobar ya le había declarado la guerra al Estado y hacía detonar una bomba tras otra en las ciudades. El presidente estaba arrinconado por culpa de la ofensiva del narcotráfico, que ya no solo se cebaba contra el Gobierno sino que cometía

actos generalizados de violencia contra la población civil. El M-19 jamás se había metido en el negocio de la droga, por convicción y porque en las regiones donde tenía presencia no había hoja de coca, salvo las pequeñas cantidades que cultivaban artesanalmente los indígenas del Cauca. El Gobierno necesitaba el oxígeno que le podía dar un proceso con el M-19. Los emisarios de Barco fueron muy explícitos en ese sentido: en la reunión nos propusieron hacer un frente común para declararle la guerra al narcotráfico.

Nos pidieron, también, que firmáramos un comunicado de prensa conjunto en nombre de la paz. Para redactarlo, se creó una comisión. Por parte del M-19, Pizarro me eligió a mí y a un muchacho llamado René, que era muy de su confianza. El Gobierno nombró a Jaramillo y a Ricardo Santamaría. Los cuatro nos sentamos a pensar en el contenido. No queríamos escribir un texto extenso, sino uno preciso. El primer punto, el más importante, quedó así: "Convocamos a todos los grupos alzados en armas y a toda la Nación a aportar de manera definida sus esfuerzos para el logro de la paz". El segundo lo redacté yo mismo:

El Gobierno Nacional y el M-19 convocan a un diálogo directo a las direcciones de los partidos políticos con representación parlamentaria y a los comandantes de los grupos guerrilleros de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar para que en él se acuerde un camino hacia la solución política del conflicto de la nación colombiana que tiene que expresarse en un itinerario claro hacia la democracia plena y en un camino cierto hacia la desmovilización guerrillera con todas las garantías necesarias.

Los periodistas, inquietos, querían saber qué estaba pasando. A mí me tocó encargarme de ellos. Por supuesto, todos querían

la chiva. Como en esa época no había internet ni celulares, ellos tenían que encontrar la manera de comunicar la noticia. Para que el proceso fuera justo, organicé una especie de carrera. Puse una hora y un punto de partida: el que lograra ponerse en contacto con su medio de primeras se llevaba la chiva. Antes de entregarles el comunicado, Pizarro y yo tuvimos la astucia de ponerle de título “El comunicado de Ortega”. Ese pueblo quedaba a decenas de kilómetros al norte de nuestra ubicación, pero así podíamos despistar al Ejército y tener un margen de maniobra en caso de que nos quisieran bombardear. Cuando finalmente les dimos el comunicado a los periodistas, un muchacho del Tolima que trabajaba para la radio tuvo la inteligencia de bajar a Natagaima y coger el primer teléfono disponible para llamar a su emisora. La noticia causó un terremoto político en todo el país.

Así nació la paz del M-19. Indudablemente, fue un día histórico que cambió, para siempre, la trayectoria del movimiento. Los procesos reales siempre son diferentes a lo que uno piensa. Yo no me imaginaba como congresista de Colombia, sino como el constructor de una organización social. Ese era mi sueño. Y lo quería hacer al lado Mary Luz. Lo primero que pensé, una vez se divulgó el comunicado, fue que ella iba a salir de la cárcel. Pero aún quedaban asuntos por resolver en Natagaima.

El giro hacia la paz tomó por sorpresa a las FARC. Pizarro, en la reunión con el Gobierno, en ningún momento pidió una pausa para consultar su cambio de opinión con Arenas. Fue una apuesta arriesgada: ellos habían pactado la ofensiva militar tres o cuatro días antes. Además, nos acompañaba el frente 21 y varios de sus combatientes estaban a veinte metros de la mesa de negociación. Ellos estaban a la expectativa del desenlace y les debió causar consternación ver a todos los funcionarios del Gobierno tan agitados, pasando por delante de sus narices. Ese día, alrededor de las seis o siete de la noche, se les informó que

la paz era inminente. Los de las FARC no supieron a dónde mirar. ¿Cuál paz? ¿Cómo así? No entendían nada. Lo primero que hicieron fue comunicarse radialmente con Casa Verde.

La reacción de Arenas fue fulminante. Inmediatamente se puso en contacto con Pizarro y lo empezó a insultar con groserías. Lo llamó “traidor” y le gritó: “Usted es un no sé qué, usted es un tal por cual”. Yo estaba al lado de Pizarro y escuché, atónito, la conversación; de hecho, fue la única vez que oí la voz de Arenas por radio. Entendía, hasta cierto punto, su rabia. Pizarro había negociado la paz a sus espaldas, ignorando el acuerdo que los dos grupos habían hecho. Pero, por otro lado, la estrategia de Pizarro me había parecido la más lógica; yo jamás le hubiera pedido permiso a las FARC.

Cuando Arenas colgó, sentí que él se había convertido en un enemigo nuestro. Empecé a notar el trasegar de los fusiles y comprendí que iba a haber un problema. Carlos se anticipó a cualquier acción y le puso una guardia personal a Pizarro. Yo, en cambio, de inmediato me dirigí a donde estaba Roberto, el comandante del frente 21. Nos habíamos vuelto amigos por cuenta de que yo le había enseñado a leer y escribir, así que aproveché nuestra buena relación para hablar con él. Le dije que lo mejor era una separación amistosa. Le expliqué que toda la idea de la fuerza conjunta se había esfumado. Roberto, para mí sorpresa, reaccionó bien. Me dijo: “Bueno, nosotros mañana nos retiramos porque no podemos seguir acá con ustedes”. Y efectivamente hubo una separación. Ahí me despedí de cada uno de ellos; todos me dieron la mano. Fue un momento conmovedor. Yo sentí que realmente había ejercido un liderazgo sobre ellos. No volví a ver a gente de las FARC sino hasta su desmovilización en 2016.

Al día siguiente, cuando ellos partieron, nosotros quedamos solos, con mucha menos fuerza militar. Habíamos quedado real-

mente expuestos; sobre todo Pizarro. Esa mañana él se me acercó y me dijo que debíamos concentrar en un mismo lugar a nuestros hombres y nuestras armas porque nos podían destruir. Yo empecé a subir todo a la escuela militar. Bajaba y subía la montaña, extenuado. Finalmente logramos el objetivo y nos fortalecimos allí durante los próximos días, pues aún había detalles que apuntillar con la delegación del Gobierno. En ese momento, los emisarios de Barco me empezaron a buscar con cierta regularidad. Se habían dado cuenta de que yo tenía cultura política y que sabía de teoría, y por eso me pusieron el ojo encima. Para bien y para mal, me había convertido en un elemento inquietante para ellos.

De hecho, existe un video de la segunda reunión con el Gobierno en el que yo salgo portando el sombrero tolimense, que se había vuelto famoso entre nuestra tropa. Esos sombreros, que eran de fibra sintética, daban cierta elegancia masculina. Se usan mucho en el Tolima. A mí me gustaba más el café o el verde que el blanco, por razones de camuflaje, pues este último resaltaba en la montaña. Nosotros le regalamos uno a Pizarro. Él lo usó durante el proceso y hasta el día de su muerte. Se convirtió en su símbolo. De hecho, lo llevaba puesto cuando nos reunió para avisarnos que había decidido partir caminando hacia el Cauca.

Después de su larga travesía, que le tomó varias jornadas completas, Pizarro llegó a la vereda de Santo Domingo, donde comenzó la parte final de la historia militar del M-19. Allí, el 9 de marzo de 1990, el Movimiento 19 de Abril dejó las armas para ingresar en la vida civil. Yo permanecí un tiempo más en Natagaima. No sabía bien cuál debía ser mi próximo paso. Tenía a mi pareja en la cárcel y un poco de experiencia política. Sabía que en el futuro habría un espacio para mí, en algún lado, aunque no tenía idea dónde. Me sentía como un náufrago en tierra

firme. Así que partí hacia Ibagué. Llegué a la ciudad, pero no me hallaba. Me pesaba mucho la soledad. No había procesado el hecho de que mi vida en la montaña había llegado a su fin. El proceso de paz se había desplazado hacia el Cauca, donde yo no tenía cabida. Ya había cumplido mi papel. Dentro de mí, a toda hora, retumbaba la misma pregunta: bueno, ¿y ahora qué?

El heavy metal latinoamericano

Mi próximo paso debía ser regresar a Bogotá. En las montañas del Tolima, ya no había un solo combatiente del M-19. Todos se habían dirigido a Santo Domingo, en el Cauca. Sin embargo, no me sentía preparado para hacer el viaje a la capital. Ya nada físico me ataba al departamento donde había vivido durante el último año: mi patrimonio consistía en los mismos dos bluyines y dos camisas con los que había llegado. Pero sí tenía un vínculo emocional: Mary Luz seguía presa en Ibagué y no quería alejarme demasiado de ella. Sabía que su salida era inminente y me daba un temor inmenso abandonarla a su suerte.

Por otro lado, ¿a dónde iba a llegar a Bogotá? ¿A la casa de mi madre, que en ese momento vivía en Cajicá? Ella, para ese entonces, ya se había separado de mi papá; mi paso por la cárcel los había distanciado emocionalmente. Yo sentía que regresar a donde ella era un paso hacia atrás, como si todo lo que había pasado en los últimos años no hubiera existido. Como si todo el sacrificio, la cárcel, las torturas, las caminatas por las montañas, los riesgos y los peligros jamás hubieran sucedido. Volver al punto de partida no era una opción. No estaba dispuesto, por nada del mundo, a dormir de nuevo en la cama en la que había dormido de adolescente, rodeado por todos mis recuerdos juveniles.

Finalmente, después de pasar unas semanas en Girardot, llegué a la casa en Teusaquillo de Pilar Rueda Jiménez, quien hoy es esposa del senador Iván Cepeda. Ella y una compañera

me abrieron las puertas de su hogar y, a pesar de no tener mucho, me entregaron un colchón para que durmiera en la cocina. Ambas eran simpatizantes del M-19, aunque tenían unas vidas normales, en la legalidad. Con ellas viví un tiempo que hoy recuerdo con ansiedad, pues no tenía a dónde ir ni qué hacer. Me pasaba los días caminando de un lado al otro, presa de la angustia que me producía el encarcelamiento de Mary Luz.

Una vez concluyó el proceso de paz en Santo Domingo, los líderes del movimiento llegaron a la capital para hacer política bajo las banderas del nuevo partido Alianza Democrática M-19. Para mí su llegada representó un alivio. La dirección nacional empezó a tener reuniones regularmente. Pizarro sabía de mi experiencia como concejal en Zipaquirá y por eso me pidió que dirigiera el esfuerzo organizativo del M-19 en Cundinamarca. Esa labor me llevó de nuevo a mi origen en la política. En un principio fue difícil en términos económicos. Del Gobierno recibíamos cincuenta mil pesos mensuales, una verdadera limosna que yo dejé de aceptar al segundo mes.

Por otro lado, tenía miedo, al igual que todos. Volver a estar entre la población civil nos generaba cierto desasosiego. No sabíamos qué iba a pasar con nuestras vidas. La mayoría de la gente del M-19 tenía una vocación militar y era de origen rural. Para la fecha en que dejamos las armas, el componente urbano, el que había sido la marca inicial del movimiento, había desaparecido. En realidad, había sido asesinado. O se encontraba en el exilio. El grueso de las filas consistía en campesinos y, sobre todo, en indígenas. Para muchos era la primera vez en Bogotá, en ese torbellino de cemento y ruido que se movía a velocidades vertiginosas. Eso los desestabilizó. Nadie podía responder con certeza la pregunta de qué iba a ser de nosotros.

Sobre todo porque los nuevos retos no eran militares, sino políticos. Por ejemplo, al mes de la desmovilización, en una jugada

en mi opinión prematura, Pizarro se lanzó a la Alcaldía de Bogotá y Navarro a la de Cali. Ninguno de los dos ganó la contienda y, además, la votación que obtuvo Pizarro no fue buena, de unos 70 000 votos. El abogado Alfonso Cabrera, en cambio, sí quedó elegido como concejal, y entró con Ramiro Lucio como suplente. Yo, por mi lado, empecé a analizar cómo nos podíamos abrir un espacio en las elecciones de Cundinamarca. En ese departamento no teníamos fuerza política alguna, ni siquiera una figura popular. Yo, acaso, era el más conocido, porque había sido concejal en Zipaquirá, pero en el resto del departamento no me conocían. El reto, gigantesco, me sedujo de entrada.

Me puse, entonces, en la tarea de estructurar una intensa labor organizativa. Sabía que Cundinamarca era uno de los departamentos con más municipios de Colombia. En ese momento tenía 114 (hoy tiene 116). El primer paso consistió en construir un comité del M-19 en cada uno de los municipios, lo cual implicaba un desgaste físico considerable. Nos tocaba coger trocha día y noche en un Nissan Patrol que nos prestaba Ricardo Mestizo, un empresario del carbón que había sido militante de la Anapo. El carro tenía doble tracción, era justo el que necesitábamos. El encargado de manejarlo era Gonzalo 'Gordo' Suárez, otro viejo anapista que me quería mucho y que había hecho parte del M-19 en Zipaquirá. El Gordo, que murió hace poco, me había colaborado en los días del Bolívar 83. La otra persona que nos acompañaba en el carro era Jaime Gómez, que había sido mi suplente en el concejo de Zipaquirá. Los tres nos dimos a la tarea de organizar el esfuerzo del M-19 en el departamento. Aunque no logramos llegar a todos los municipios, cubrimos alrededor de ochenta, que no era poca cosa. Pocos militantes del M-19 hicieron una labor similar. Muchos estaban metidos de lleno en el que era, sin duda, el proyecto principal del movimiento por esas fechas: la campaña presidencial de Pizarro.

Mis viajes por toda Cundinamarca coincidieron con la liberación de Mary Luz. Cuando me enteré de su salida, corrí a toda prisa a Ibagué para recibirla personalmente. Al poco tiempo nos mudamos a un apartaestudio pequeñísimo en Bogotá. Y fue allí, en nuestro sencillo pero acogedor hogar, que recibí la noticia que sacudió los cimientos de nuestra recién iniciada vida en la legalidad. Ocurrió pocos días después de mi cumpleaños 31, el 26 de abril de 1990. Esa mañana, mientras preparábamos el desayuno, prendí la radio, como era mi costumbre. Sintonicé Caracol Radio. El periodista Yamid Amat estaba entrevistando a Pizarro. Después de conversar durante unos minutos sobre la campaña electoral, Pizarro se excusó porque tenía que salir al aeropuerto. Estaba afanado. Anunció que viajaba a Barranquilla. En ese instante me entró una sensación incómoda. Mi instinto de hombre clandestino, que aún llevaba por dentro, me decía que uno nunca debía anunciar para dónde va. Intenté justificarlo. No por nada ya estábamos en la legalidad, y mucha gente, incluida su escolta, debía saber del viaje. Pero no me podía sacudir la impresión de que Pizarro había cometido un error. Era mejor no dar a conocer el itinerario de uno, y menos en una emisora.

Mary Luz y yo terminamos de desayunar y de limpiar la cocina cuando, de pronto, la radio anunció una noticia de última hora: un sicario había atentado contra el candidato presidencial al interior del avión. Y entonces sentí el golpe. Un golpe como pocos en la vida, similar al momento en que me cogieron preso. Al instante me derrumbé sobre la cama y lloré durante una buena media hora. Cuando me compuse, pensé en los escoltas. Yo sabía que ellos no nos iban a proteger; eran agentes del F2, de la Policía, y nos veían como sus enemigos. Era un ambiente malsano. En los carros asignados ellos nos miraban mal y a veces nos hablaban de manera denigrante. Tenían la costumbre de no cumplir con los horarios que uno ponía. Así fue el día en que

mataron a Pizarro: llegaron a recogerme una hora tarde. Yo estaba desesperado, quería salir de inmediato al hospital a donde lo habían llevado, pues el avión había regresado a Bogotá inmediatamente después del atentado. No alcancé a verlo. En el carro recibí la noticia de que había muerto, de que había recibido disparos en el cerebro.

Cuando llegué al hospital, me encontré con varios compañeros del M-19. Todo era un desorden. Nos embargaba un sentimiento de desolación. La mayoría sentimos que la única opción que nos quedaba era volver a las armas. Esa tarde, como a las cuatro, mientras alistaban a Pizarro para el velorio, nos reunimos en una casa en Teusaquillo. No recuerdo exactamente en cuál, pero Navarro citó allí a toda la dirección nacional del movimiento. Las riendas del M-19 habían quedado en sus manos. Durante la reunión, muchos opinamos que, como mínimo, debíamos volver a Santo Domingo. Pero Navarro se negó. Nos convenció de que debíamos mantenernos firmes en el proceso de paz. Nosotros aceptamos, a regañadientes, su propuesta de continuar en la legalidad. Hoy creo que esa fue la decisión acertada.

La muerte de Pizarro desembocó en una enorme manifestación que se tomó la carrera séptima en dirección de la plaza de Bolívar. En medio de la lluvia y del desorden, miles marcharon hacia el Capitolio, donde se llevó a cabo lo que se llama una cámara ardiente en su honor. Filas interminables se presentaron para ver su cadáver. Yo me acerqué y vi el rostro muerto de Pizarro. Yo ya había visto el de Jaime Jaramillo Ossa, el candidato presidencial de la Unión Patriótica que había sido asesinado un mes antes, el 22 de marzo. Tenía presente también el de Luis Carlos Galán, que había muerto abaleado en agosto del 89. La muerte parecía cernirse sobre nosotros. Todos los candidatos presidenciales progresistas habían sido asesinados. La gran sombrilla del progresismo liberal estaba hecha añicos.

Después de la cámara ardiente, nuestra organización, hecha flecos, se dirigió al cementerio Central, toda una odisea en medio del caos que reinaba. Recuerdo que Darío, el comandante de nuestras desmontadas fuerzas especiales, me reconoció entre la multitud y, cogiéndome del pelo, prácticamente me arrastró para que pudiera entrar. Solo ingresamos unos pocos. Familiares, miembros del M-19. Mucha gente se quedó en los alrededores del cementerio para asistir, a su manera, al entierro.

Unos días después, cuando procesamos un poco el dolor de la muerte de Pizarro, vinieron las reflexiones. No tardamos mucho en entender que Carlos Pizarro había sido asesinado con la complicidad del DAS. El cuerpo de inteligencia dependía directamente del presidente Virgilio Barco, el mismo que había enviado a Rafael Pardo a firmar el acuerdo de paz con Pizarro en Santo Domingo. Un analista común y corriente podría concluir que Pizarro había sido víctima de una trampa. Podría argumentar que el Gobierno lo convenció de dejar las armas para matarlo durante su campaña presidencial. Pero, si se hace un análisis más profundo de cómo funciona la política colombiana, resulta que ese plan no necesariamente estaba del todo articulado.

¿Por qué? Porque en los gobiernos coexisten una pluralidad de fuerzas. Es decir, no gobiernan desde una sola posición. El presidente Barco era, en realidad, una figura fantasmal, a la merced de un gabinete donde operaba desde el narcotráfico hasta el progresismo liberal. Si se entiende de esta manera, se entiende por qué, mientras unos firmaban la paz, otros se encargaban de atentar contra ella. El Gobierno había empezado a ceder sus puestos de control y a compartirlos con la mafia. Al tiempo que tenía en sus filas a Rafael Pardo, un estratega político del establecimiento, también tenía a Maza Márquez en cabeza del DAS, que estaba asesinando literalmente no solo a los militantes del M-19 que caían en sus manos, sino a integrantes de la Unión Patriótica.

En esos años cayeron por miles figuras de la izquierda colombiana, a lo largo y ancho del país. El fenómeno se conoció como la guerra sucia. El M-19 había dejado las armas en esa coyuntura, sentando un precedente importante. Se trataba del primer proceso de paz de una guerrilla insurgente en Latinoamérica durante los años de la Guerra Fría. Un hecho precursor, que ocurrió diez años antes del triunfo electoral de Hugo Chávez en Venezuela. Cuando llegó al poder, Chávez encabezó la transformación pacífica de la realidad política de su país y, a la vez, inauguró una década en la que varios movimientos progresistas llegaron al poder en diversos países del continente sin recurrir a las armas. El M-19 fue un predecesor de esos vientos de cambio. Se puede decir que inauguró una era, una en la que se volvió posible que la izquierda volviera a acceder al poder por medio de las urnas, con todos sus aspectos positivos y negativos, con todas sus equivocaciones y frustraciones. Esa situación no se vivía en el continente desde el golpe de Estado contra Allende, en 1973. Debieron transcurrir casi treinta años de guerra en la región, de dictaduras militares violentas en el Cono Sur, de centenares de miles de muertos, de desaparecidos, de millones de exiliados. El M-19 fue el primero que proclamó en todo el continente la posibilidad de otro camino pacífico, un camino que diez años después realmente se empezó a construir, aunque no en Colombia.

En ese sentido, el M-19 se convirtió en una especie de vanguardia latinoamericana. Algún publicista nos llamó el *heavy metal latinoamericano*. Ese papel siempre es complicado, pues el vanguardista está adelantado a su tiempo y puede terminar aislado en su visión. Su labor no solo es marcar el camino por seguir, sino cerciorarse de no ir tan lejos para no perder los lazos con su propia sociedad. Y fue en esa ambigüedad en la que al movimiento le tocó encontrar una voz para articular su proyecto político en la legalidad. Para 1990, la mayoría de los integrantes

del M-19 coincidían en que la paz era la mejor forma de transformar al país. En términos de la narrativa de entonces, la de hacer la revolución, el movimiento le apostó a la idea de que las transformaciones sociales que los países de la región necesitaban se podían lograr por la vía pacífica de la democracia.

El proyecto del M-19 no era socialista. Buscaba una profundización de la democracia y una disminución de la injusticia social, que era la manera como se denominaba la profunda desigualdad que ha hecho de América Latina la región más desigual del mundo. Plantear la justicia social, en mi opinión, era una estrategia cuerda y razonable, incluso para el desarrollo del capitalismo. Porque el M-19 buscaba un capitalismo democrático. Esos dos términos son, de alguna manera, contradictorios, pero tenían que ver con la idea de desarrollar la pequeña y mediana empresa, con fomentar la industria no monopólica, con llevar a cabo una reforma agraria, que es también una parte central del término "justicia social". La idea, en últimas, era ofrecer un planteamiento para que Colombia pasara de la premodernidad semifeudal al capitalismo. Esa era la nueva revolución del M-19: buscar, a través de la disputa democrática, sin recurrir a las armas, que el país se volviera moderno económicamente.

Los que se sentaron a negociar en Santo Domingo con el M-19 no creían que el movimiento pudiera aspirar a tanto. Si uno lee el libro *9 de marzo de 1990*, de Rafael Pardo, el principal negociador de Barco, resulta evidente que, para ellos, estábamos derrotados militarmente. Desde entonces, esa ha sido la línea de negociación de los distintos gobiernos colombianos: provocar una derrota militar para hacer una negociación política que es, en el fondo, una rendición. La expresión "negociación política" solo sería el nombre que le dan al tratado de rendición. Esa lógica sin duda surge de una mentalidad oligárquica, pero es equivocada. Por lo menos en el caso del M-19, nosotros nunca nos sentimos derro-

tados militarmente, no estábamos cansados ni creíamos que una derrota era inminente. Al contrario. Cuando Pizarro llegó a las montañas del sur del Tolima, tenía pensado llevar a cabo una ofensiva militar. Nuestras circunstancias psicológicas eran completamente diferentes a las que plantea Pardo en su libro. En cambio, quien estaba sufriendo una derrota militar era Barco. No en manos del M-19, sino en manos de la mafia, que se había convertido en un protagonista de la política colombiana al interior mismo del establecimiento.

El M-19, en resumidas cuentas, no le apostó a la paz porque le tocó, sino porque la opción pacifista tenía una larga trayectoria en el M-19. La había iniciado Jaime Bateman y la había mantenido, en los ochenta, Iván Marino Ospina. Incluso se había firmado en 1984, cuando se hizo la paz con el gobierno de Betancur. Pizarro nunca rechazó la alternativa de la paz. Él sabía que no estábamos derrotados, pero tampoco creía que la victoria militar era la única manera de conseguir las transformaciones en un país como Colombia. Siempre existió la opción de establecer una conversación, lo que Bateman llamó "el diálogo nacional". Pizarro, además, por las fechas de la negociación en los montes de Tolima, había conversado a distancia con Álvaro Gómez Hurtado, quien ya había esbozado el concepto del "régimen", palabra con la que calificaba el sistema político colombiano. Para él, era necesario cambiar el régimen existente y, por tanto, eso le abrió al M-19 la posibilidad de una futura concertación para proponer un nuevo modelo para el país.

* * *

Cuando llegó el día de las elecciones presidenciales de 1990, el candidato del M-19 fue Antonio Navarro, en reemplazo de

Pizarro. Para sorpresa de todo el establecimiento, consiguió una buena cantidad de votos, según los estándares de los movimientos progresistas. De hecho, en ese momento fue la cantidad más alta en la historia: 700 000 votos. Ese número, sin embargo, no colmó nuestras expectativas. En realidad, nos parecía que era bajo tomando en cuenta la fuerza popular del movimiento y la enorme importancia que había tenido el proceso de paz. En los comicios resultó electo el liberal César Gaviria, quien compararía con Navarro el hecho de que él también había reemplazado a un candidato asesinado, en su caso a Luis Carlos Galán.

A la hora de escoger su gabinete, Gaviria tomó una decisión arriesgada. Para mantener la fuerza del M-19 en la paz, le entregó el Ministerio de Salud a Navarro. Fue un acto audaz de parte y parte. Navarro era, al fin de cuentas, un insurgente que hacía parte del primer movimiento que firmaba la paz en la historia contemporánea de América Latina. Pero, en mi opinión, visto en retrospectiva, esa decisión hizo parte de una dinámica que a mí me parece crucial analizar cuando se piensa en los procesos de paz de las insurgencias latinoamericanas. Me refiero a que, al entregarle el ministerio, Gaviria en realidad buscó la cooptación política del M-19. En otras palabras, Gaviria, en nombre del establecimiento, creía que el proceso de paz con el M-19 había sido realmente una rendición. Y no una rendición militar, sino una política.

Gaviria operaba bajo la convicción de que los objetivos políticos que había trazado el movimiento para transformar a Colombia no tenían peso alguno. Bajo esa lógica, el nuevo presidente le estaba propinando un golpe mortal al M-19 al ofrecerle el ministerio a Navarro, porque las derrotas militares a fin de cuentas son solo militares, pero una derrota política es definitiva. Todavía hoy recuerdo cuando Navarro nos pidió a todos que nos puséramos corbata. Era un elemento simbólico, pero

¿qué expresaba? Navarro y Rosemberg Pabón intentaron explicarnos con discursos pseudoteóricos la nueva realidad política y las razones por las cuales no debíamos hacer nuestra revolución. Bajo su liderazgo, el objetivo político del movimiento pasó de ser el de cómo construir una democracia a cómo ganarle a una clase política corrupta. Ese cambio de discurso ocurrió cuando Navarro asumió el ministerio y se tramitó la Ley 10, que significó la descentralización de la salud en Colombia. Navarro había terminado en un gabinete cuya inmensa mayoría se puso en la tarea de tramitar la llegada del neoliberalismo al país. En otras palabras, de abrir las compuertas de la apertura económica.

Nosotros, lógicamente, nos sentíamos como mosco en leche. Estábamos perdidos. Para ese momento el bloque soviético se deshacía por culpa de las políticas que había empezado a poner en marcha Gorbachov desde mediados de los ochenta. Al M-19 le tenía un poco sin cuidado la Unión Soviética, pero su desmoronamiento generó un clima muy particular. La caída del muro llegó con el discurso del fin de la historia que proclamó el politólogo Francis Fukuyama, según el cual, en un mundo sin contradicciones, reinaría una democracia liberal nueva, o el neoliberalismo. En todo el mundo se hablaba de la gran victoria del capital, del triunfo neoliberal, de la inminente realidad de la globalización. La sensación que reinaba era que el mundo se había quedado sin alternativas. Todo discurso distinto al del establecimiento había sido borrado del mapa. En ese contexto, se empezó a diluir la intención del M-19 de hacer una revolución para cambiar las estructuras económicas, sociales y políticas del país. Al mismo tiempo, la cooptación del Gobierno se volvió una especie de hoyo negro que, poco a poco, succionó a buena parte de la insurgencia colombiana.

Gaviria entendió desde un inicio que tenía en sus manos la oportunidad de implementar en el país el proyecto neoliberal, que

venía andando desde los tiempos de Turbay. Comprendió, a su vez, que para llevarlo a cabo, para lograr la privatización y pasar sus proyectos de ley, necesitaba primero una reforma constitucional. La Constitución de 1886 representaba un impedimento, sobre todo por las reformas que implementó el liberalismo progresista en 1936 y en 1968, durante el gobierno de Carlos Lleras. Gaviria no podía permitir esa camisa de fuerza institucional que hubiera llevado a Colombia a lo que hoy llamaríamos nuevo-liberalismo; es decir, a la desregulación de los mercados. Entonces, empezó a crecer una idea dentro del establecimiento: la de redactar una nueva Carta Magna para derogar la que tenía más de cien años.

Esa misma idea la había promulgado el M-19 y algunos de sus aliados, como el partido Esperanza, Paz y Liberad, que nació a raíz de la desmovilización del EPL en 1991. Pero, para entender esa posición del M-19, es importante desandar un poco nuestros pasos. Como parte de su desmovilización, el movimiento redactó un acuerdo meticuloso con el Gobierno en Santo Domingo. El documento, de unas cuarenta páginas, tenía una serie de puntos que, vistos en conjunto, consistían en una reforma política. En el texto se hablaba por primera vez de una serie de elementos que hoy son normales, pero que entonces no existían, como el tarjetón o un sistema de preferencias electorales para que se privilegiaran las listas únicas. El M-19 pactó con el Gobierno que el acuerdo se volviera ley en el Congreso y que luego se convocaría a un referendo para reformar electoralmente la Constitución del 86. Pero la mafia actuó por medio de sus congresistas y tumbó el acuerdo con mayorías parlamentarias liberales y conservadoras. Ese episodio provocó la renuncia del ministro de Gobierno de Barco, Carlos Lemos Simmonds, que había participado en el proceso de paz.

Para nosotros, que nos encontrábamos en las ciudades, desarmados, fue una demostración más de que el establecimiento

nos había engañado. Era, además, peligroso: el hundimiento del acuerdo también significaba la puesta en duda de las figuras jurídicas que impedían que nos cogieran presos. Y, en efecto, a los pocos días emitieron órdenes de captura. Pizarro, aún vivo, no se inmutó y, con boleta de captura incluida, se dirigió al Palacio de Nariño para reunirse con Barco. Pizarro entró al recinto con botas, sombrero y acompañado de Navarro. Allí lo esperaba el presidente junto a todo su gabinete, incluido Maza Márquez, y unos testigos de la Iglesia católica.

En la reunión, Pizarro y Barco firmaron un nuevo acuerdo, mucho menos extenso, de apenas tres párrafos. El nuevo documento tenía un solo objetivo: que se convocara una Asamblea Nacional Constituyente para tramitar los puntos del acuerdo original que había hundido el Congreso. Ese fue el último acto político de Pizarro. Y fue un logro hermoso, en términos históricos: el final de nuestra insurgencia desembocaría en una Constituyente. Después de tantos años de lucha en el monte, el pueblo colombiano, a través del voto, podría ser el encargado de determinar el resultado de nuestra lucha y de la transformación del país.

Para finales de 1990, la idea de la nueva Constitución estaba en boca de todos. Los vientos de cambio soplaban sobre Colombia. Para la Alianza Democrática M-19, un movimiento cada vez más organizado, el proyecto representaba la oportunidad de rehacer el proceso de paz. Para los jóvenes de la Séptima Papeleta, la posibilidad de modernizar al país. Y, finalmente, para Gaviria, la manera de desarrollar su proyecto neoliberal. Poco a poco empezaron a aparecer encuestas en los medios. Todas arrojaban un resultado esperanzador, sobre todo para el M-19, que punteaba, junto al Partido Liberal, en la intención de voto para elegir a los delegatarios de la asamblea.

Cuando llegó el 9 de diciembre, el día de las elecciones, había logrado configurar buena parte del trabajo organizativo en

Cundinamarca y me dediqué a promocionar la Constituyente haciendo afiches. Cuando, esa noche, se terminó el escrutinio, nuestra felicidad fue enorme. Habíamos sacado el 26% de los votos, que se traducía a 19 de 70 de constituyentes, por encima del Movimiento de Salvación Nacional, de Álvaro Gómez Hurtado, que logró 11 escaños; y solo por debajo del Partido Liberal, que consiguió 25. En otras palabras, íbamos a ser una fuerza determinante en la Asamblea Constituyente. Menos de un año después de dejar las armas, participaríamos en un espacio de poder que incluso podía suspender el mandato presidencial. Otty Patiño, eufórico, clamó que allí estaba la revolución. Yo, en cambio, fui más cauto. Sospechaba que este final feliz no sería, a la larga, tan feliz.

La Constituyente

La Asamblea Constituyente se instaló el 5 de febrero de 1991. Cuando llegó esa fecha, la Alianza Democrática M-19 entró al recinto con optimismo. La alianza que había pactado Antonio Navarro con Álvaro Gómez Hurtado prácticamente garantizaba una mayoría absoluta, con 30 de los 70 constituyentes. El líder conservador, que había escindido a su partido al formar el Movimiento de Salvación Nacional, tenía como tesis central la salida del régimen. Para él, había que cambiar los dirigentes actuales y las formas de hacer política, sin modificar por ello las estructuras económicas.

Navarro, sin embargo, había empezado a ceder bajo la presión de la cooptación política de Gaviria. Para ese momento, lograr una ruptura con el régimen no hacía parte del discurso de los dirigentes del M-19. Cuando el movimiento dejó las armas, trató de mostrarle a la sociedad que era suave, dúctil; se había legalizado y, por tanto, hacía parte de las instituciones. A pesar de su popularidad, el M-19 no había sido capaz de construir una visión alternativa para el país, y poco a poco se volvió una fuerza política de paz, que evadía completamente la posibilidad de ser un agente de ruptura política o económica. Álvaro Gómez se diferenciaba del M-19 en ese sentido. Por lo menos, él sí planteaba fracturas con el régimen y su estado de corrupción.

Cuando empezó la Constituyente no tardaron en aparecer los *lobbies*. Todos los sectores con intereses sociales querían participar en esa gran instancia de poder: los obreros, el empresariado, los terratenientes, los partidos políticos. Ninguno quería desaprovechar la oportunidad de dejar su huella en la que sería la nueva Constitución del país. Navarro, consciente de eso, se asesoró de los socialistas españoles, que venían de firmar el Pacto de la Moncloa en España. A nosotros nos parecía bien que ellos nos ayudaran porque, para entonces, no éramos conscientes de que los militantes del PSOE habían empezado a dirigirse hacia el neoliberalismo.

La alianza entre Gómez y Navarro se dio en busca del desarrollo de la Constitución del 91. Ambos buscaron introducir formas para democratizar la economía y para garantizar derechos colectivos que antes no existían. Los unía el deseo de construir la Carta en torno a una visión de democracia liberal. Y, si se lee hoy, resulta evidente que la Constitución es formalmente democrática. Pero, al mismo tiempo, durante la asamblea se empezaron a colar una serie de artículos transitorios que presentó el gobierno de Gaviria. Y esos eran, en esencia, los artículos del neoliberalismo.

De esa manera, en la Asamblea Nacional Constituyente existió desde el comienzo una extraña concertación entre un proyecto democrático y un proyecto neoliberal. Mejor dicho, se mezclaron el agua y el aceite. Tanto Navarro como Gómez Hurtado permitieron que eso sucediera porque solo de esa manera podían obtener el apoyo de Gaviria. De lo contrario, la asamblea hubiera entrado en contradicción con la rama ejecutiva, un paso peligroso que ninguno de los dos líderes quería dar, a pesar de que ellos tenían el poder de cambiar al Gobierno nacional. En ese momento, Navarro incluso tenía la posibilidad de ganar la presidencia en 1994, según las encuestas que se

publicaron por esas fechas. Hubiera pasado de dejar las armas a ocupar el solio de Bolívar en unos pocos años, iniciando una ola progresista que se hubiera regado por toda América Latina. Pero, en su defensa, esa apuesta no tenía la madurez suficiente como para que realmente hubiese funcionado.

Los artículos transitorios de Gaviria, aprobados en su totalidad, comulgaban con la tesis y los ejes fundamentales de la construcción del neoliberalismo en el mundo: la independencia del Banco de la República y la privatización de lo público. Ese articulado después se desarrolló en algunas leyes: en la Ley 100 de 1991, que permitió la privatización de la salud y de las pensiones y que convirtió la salud en una mercancía; en la Ley de Servicios Públicos, la Ley de las Telecomunicaciones y la Ley Eléctrica, que abrieron las puertas a la competencia y a la privatización de todos los servicios públicos en el país. Todas estas leyes afectaron al Banco de la República y después tuvieron una aplicación en el modelo neoliberal en Colombia.

Después de aprobar la inclusión de esos artículos, la alianza entre las fuerzas de derecha de Gómez Hurtado y las de Navarro, que ya no se podían considerar de izquierda, entró en una nueva fase. Los dos cabecillas buscaron responder la siguiente pregunta: ¿cómo hacer para que el Congreso apruebe y vuelva realidad el cuerpo central de la Carta, y no solo los artículos? A Gómez, entonces, se le ocurrió una idea: convenció a Navarro de que la Asamblea Constituyente debía declararse a sí misma como Asamblea Legislativa. Mejor dicho, que después de terminada la labor constituyente, la asamblea se estableciera como el nuevo Congreso de la República. Esta idea, que implicaba la revocatoria del Congreso vigente, era un paso crucial para lograr el objetivo central de Gómez: destruir el régimen político clientelista del país.

Es importante recordar que la asamblea no tenía ningún papel claro como institución. Nunca fue realmente una estancia

popular. Aun así, la idea de la revocatoria del Congreso sonó más allá de los propios recintos de la asamblea, y comenzó un nuevo proceso de concertación política entre el liberalismo que dirigía Alfonso López Michelsen y el gobierno de César Gaviria, que ya había obtenido sus artículos, pero que ahora necesitaba de un Congreso capaz de desarrollar, a través de leyes, el régimen neoliberal. La tesis de Gómez y el acuerdo entre él y Navarro no le convenía ni al Gobierno ni al Partido Liberal, porque esa alianza de fuerzas relativamente progresistas iba en contravía de la dimensión neoliberal de la Constitución del 91.

En ese momento, Navarro cometió un error histórico: rompió el acuerdo con Gómez sin decirle a nadie y aceptó un almuerzo con López Michelsen y el presidente Gaviria. En la reunión, los tres hicieron una nueva alianza, que consistía en adelantar las elecciones para un nuevo Congreso e inhabilitar a los constituyentes en las nuevas elecciones. Ese nuevo pacto no solo anuló el que ya existía entre Navarro con Gómez, sino que borró de un tajo la voluntad de los votantes que eligieron a los constituyentes. Las nuevas elecciones se fijaron para el 9 de diciembre de 1991.

Un día, en medio de estas grandes movidas políticas, visité a Otty Patiño, que era constituyente. Otty me dijo una frase que me sorprendió, y que mencioné al final del capítulo anterior. Me anunció: “Esta es la revolución”. No he podido olvidar esas palabras, porque al principio no las capté. Cuando las dijo, Otty pisaba un tapete muy fino en el Centro de Convenciones, y yo no entendía cómo se le podía llamar a eso la revolución. Para mí, la revolución era el pueblo en las calles, como protagonista de las transformaciones. En ese momento, ya era claro que la ruta no eran las armas, pero era evidente que ser unos políticos muy alejados del pueblo haciendo normas tampoco era el camino. La Constituyente no era, sin duda, la revolución. Ese mismo día, hablando con Navarro,

escuché otra frase que me sorprendió. Navarro dijo: "Los tanques pueden atentar contra la Asamblea Nacional Constituyente". Él se refería a que el Ejército podía organizar un golpe contra la nueva Carta. En ese entonces, él tenía mucho más acceso a información que yo, que me pasaba los días recorriendo los pueblos de Cundinamarca en un carro polvoriento.

Por alguna razón, ambas frases se juntaron en mi cabeza. Se me ocurrió pensar que, en la unión de las dos, existía una posibilidad para hacer la revolución. ¿A qué me refiero? A que, si los tanques hubieran atacado la Asamblea, habría nacido una oportunidad. Sin duda, al pronunciar su frase, Navarro no pensaba lo mismo. En cambio, tenía en mente el episodio del Palacio de Justicia y la llamada guerra sucia, que causó el exterminio de la Unión Patriótica. Navarro temía que el episodio se repitiera, pero con nosotros como sus víctimas. La situación del mundo alimentaba ese miedo. Por esas fechas no era inusual que alguien comentara que el modelo cubano estaba a punto de claudicar. Ya se había desmantelado el bloque soviético y faltaba muy poco para la disolución de la Unión Soviética. En 1991 se había acabado, en definitiva, el socialismo real.

Ese desplome impactó a la Constituyente. No afectaba como tal al M-19, pues nuestro movimiento no estaba bajo la influencia de los rusos. Nuestra única relación era con Cuba, pero por la amistad que había existido entre Jaime Bateman y Fidel Castro. El derrumbe de la Unión Soviética, sin embargo, trajo con sí el derrumbe de la alternativa y el derrumbe a escala mundial de la fuerza obrera. Lo que surgió fue una enorme ofensiva del gran capital en el mundo, y en ese sentido la Asamblea Constituyente perdió mucha relevancia. Se quedó sin ningún respaldo popular, metida en una especie de agujero negro, chapoteando un proyecto democrático, pero sin sustento económico y sin viabilidad por las circunstancias mundiales.

Navarro, consciente del contexto global y de la historia reciente del país, tenía los argumentos para respaldar la posibilidad de que atentaran contra la Constituyente o contra nosotros. Nunca volvimos a hablar del tema, pero ambos sabíamos que si el Ejército llegaba a sentirse vulnerable podía organizar un golpe de Estado. Ya lo había hecho, en la toma del Palacio de Justicia. El Ejército se había sentido agredido por las acusaciones que iban a hacerse en la Corte Suprema de Justicia por torturas contra militantes del M-19, y que involucraban a toda su cúpula militar. Su respuesta consistió en derrocar a esa corte asesinando a buena parte de sus magistrados. Como escribí en un capítulo anterior, los exámenes forenses actuales demuestran que todos los disparos que recibieron los jueces fueron de armas de las Fuerzas Militares de Colombia.

Navarro, en mi opinión, pensaba que podía haber un episodio similar si la Constituyente se dedicaba a destapar la verdad en torno a la represión militar, el asesinato y la desaparición de tantos colombianos. Y, por eso, optó por un pacto de silencio. Articuló un pacto entre el Partido Liberal y el M-19, que resultó en la cooptación del movimiento, al igual que ocurrió con casi todas las fuerzas revolucionarias que había en el mundo. Los grandes sindicatos, los partidos obreros en Europa y los movimientos de liberación nacional en Asia y en África sintieron la embestida de una gran ofensiva conservadora. El M-19, guardadas las proporciones, hizo parte de ese proceso en el que el acumulado de luchas sociales y de cambios reales de la humanidad durante el siglo XX se derrumbó en los años noventa.

Así, Navarro, por medio del silencio, por medio de la cooptación, buscó desactivar cualquier posible atentado contra la Constituyente. Desde 1987, el M-19 no consideraba al Ejército como un enemigo; por el contrario, siempre creyó en la idea de ganarse a los soldados. Sin embargo, era importante ejecutar

una reestructuración democrática de las Fuerzas Armadas en la Constitución del 91. Pero, claro, eso no se llevó a cabo. Por eso, cuando escuché la frase de Navarro, pensé que un ataque de tanques quizás hubiera sido la mejor opción. Porque, en ese caso, el papel del M-19 hubiera consistido en levantar al pueblo en nombre de la democracia y de la nueva Constitución.

Al final del día, en la Constituyente el M-19 recorrió el camino de claudicación. Para preservar un texto democrático, para cuidar sus pilares fundamentales y, en especial, los capítulos relacionados con los derechos de la gente, el M-19 renunció a toda idea revolucionaria. Solo la historia dirá si tomó la decisión acertada. Para mí, hoy, ese texto constitucional es una bandera que no se ha ondeado y que, por eso, todavía es un objetivo por conseguir. Habría que decir que Navarro, Otty y los demás miembros del movimiento que ocuparon escaños en la Constituyente tuvieron razón en ceder tanto con tal de mantener la vigencia histórica de la Constitución del 91, pero el resultado implicó, para mí, el final del M-19. Es ahí que el M-19 realmente llega a su fin. La Constitución del 91 fue su capítulo final.

Porque, cuando llegaron las elecciones para el Congreso en 1991, la derrota del movimiento fue rotunda. El clientelismo político y la financiación de las mafias lograron borrarlos del mapa. A nosotros y, también, en mayor proporción, a Gómez Hurtado, cuyo movimiento solo logró cinco escaños en un Senado de cien. El M-19 logró nueve. Mejor dicho, la fuerza mayoritaria de la Constituyente terminó con el 14% del Senado. Si a ese número se le suman los tres representantes de la Unión Patriótica, las fuerzas de la vieja política se quedaron con el 85% de la torta, tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes. Con ese resultado murió cualquier posibilidad de una aplicación legal al cuerpo de la Constitución del 91.

Y, en su lugar, llegó la contrarreforma.

* * *

Un periodista podría escribir la historia del M-19 y cerrar el libro con la Constituyente. Podría argumentar que el relato tiene un final feliz: la guerrilla que deja las armas termina, en menos de un año, impulsada por el voto popular para redactar una nueva Constitución. El último capítulo de nuestro libro hipotético aplaudiría el hecho de que el M-19 ayudó a eliminar la Carta retrógrada y reaccionaria de 1886, producto de una oligarquía profundamente antidemocrática y cercenadora de libertades. Nuestro periodista celebraría que se hubiera acabado la figura del estado de sitio que llevó al M-19 a las armas. Aclamaría el final definitivo del Frente Nacional. Diría, en el último párrafo, que una nueva fuerza se había vuelto mayoría y que, por eso, las posibilidades de gobernar a Colombia se habían abierto. Pero, como sabemos, los finales felices no existen.

Para comprender por qué el final de la nueva Constitución no es tan bonito es importante entender, primero, el proceso de votación. Para elegir a los constituyentes votaron 3 800 000 colombianos. En esa misma época, en las elecciones del Congreso votaban unos ocho millones. Esa diferencia se debió a que, en el primer caso, no participaron las maquinarias electorales y su dinero derivado del narcotráfico. Como resultado, por la Constituyente solo salió a votar una masa relativamente urbana, compuesta de clases medias, jóvenes y algunos asalariados. Mejor dicho, la modernidad colombiana. No salió, en cambio, el electorado rural, el de provincia, el popular. Y ese hecho marcó la historia de Colombia, porque lo que debió haber sido un tratado de paz, como el jurista italiano Norberto Bobbio llamaba a las constituciones, se convirtió, por su escaso margen de apoyo social, en la antesala de la violencia más desgarradora e intensa que ha vivido el país.

Nosotros ni siquiera contemplábamos la posibilidad de que pudiera haber una reacción adversa. Asumíamos, ingenuamente, que la gran mayoría del país quería las mismas transformaciones que nosotros. Para el movimiento la nueva Constitución era, a pesar de sus vicios, el gran acuerdo nacional, el gran diálogo nacional. Pero no entendimos que la nación no estaba contemplada. Y no es que la nación estuviera en contra, sino que no sabía qué significaba ese proceso. El mensaje de un nuevo horizonte democrático simplemente no hizo mella en la gran masa de los colombianos.

En las siguientes elecciones locales, en ciudades como Bogotá y Barranquilla, pero también en pueblos, salieron electos algunos candidatos que eran independientes de los partidos tradicionales, pero la mayoría era de la política tradicional. Y, por eso, inició la gran contrarreforma en contra de la Constitución del 91. La Carta, con su nuevo discurso, prendió las alertas de las élites regionales, la mayoría de las cuales ya estaban en alianza con el narcotráfico y, por eso mismo, habían empezado a construir ejércitos privados. En otras palabras, se habían adentrado en el mundo paramilitar. Y ese tríptico compuesto por el narcotráfico, las élites regionales y el paramilitarismo se alzó en armas contra la nueva Carta porque temía tanto su poder democratizador como la idea de que una reforma agraria acabara con las cuotas de poder en sus regiones. Entonces, desataron una violencia peor que la de la guerra sucia contra la Unión Patriótica, una ola criminal que asesinó a 200 000 colombianos, sin importar que militaran o no en un partido político. No. Simplemente exterminaron a todos los que intentaron coger el cuerpo central de la Constitución como bandera para democratizar el poder local.

Por eso no se puede decir que la elaboración de la nueva Carta Magna represente un final feliz. Porque su legado real fue

un texto que apenas se ha aplicado parcialmente en algunas partes del país. Y porque su principal efecto secundario fue la consolidación de un terrible régimen en muchas regiones de Colombia, donde los clanes locales se transformaron en dictaduras que, en alianza con los ejércitos privados del narcotráfico, desataron un genocidio y convirtieron al país en una enorme fosa común. Y en ese mundo ya no podía existir un M-19. No lo permitirían. El movimiento le prometió al país una bandera y un horizonte, pero al final no pudo cumplir.

La derrota y el exilio

Una vez terminada la Constituyente, decidí participar en las elecciones legislativas de 1991. Yo, al igual que el resto de la militancia del M-19, creía que teníamos mucha relevancia política después de ser la fuerza mayoritaria de la Constituyente. Por eso pensaba que no sería difícil volverme congresista. Tenía toda la fuerza organizativa después de liderar los 80 comités en el departamento de Cundinamarca. Así que me centré en garantizar que Navarro no me sacara a bolígrafo limpio de encabezar la lista en la Cámara de Representantes de Cundinamarca. Me costó mucho esfuerzo, pero aproveché toda la fuerza que habíamos desplegado, y me lancé creyendo que ganaríamos, como ya lo habíamos logrado en la Constituyente.

La verdad, casi me quemo. Se elegían a siete representantes y yo quedé de sexto. No me ayudó que Navarro, al igual que había ocurrido con la Asamblea, planteara de entrada la tesis de establecer una coalición política. Como resultado de esa estrategia, figuras de otras fuerzas políticas encabezaron la lista, como Álvaro Leyva, Carlos Ossa Escobar y Angelino Garzón. Por eso mismo, ser elegido era significativamente más difícil para los que habíamos estado en la clandestinidad. Yo, además, no era un gran dirigente ni un comandante, nada por el estilo. La única razón por la que quedé elegido a la Cámara de Representantes fue por el apoyo de la gente de Zipaquirá. Tuve

una alta votación, gracias al trabajo que había realizado allá como concejal. También influyó que los zipaquireños me habían visto luchar. Ellos habían sido testigos de mi determinación y de mi amistad con las fuerzas obreras del municipio. De no ser por eso, no habría sido congresista y mi vida sería otra.

Hoy, al reflexionar sobre esa época, considero que haberme lanzado a las elecciones legislativas fue una decisión acertada. Llegué con los ánimos en alto porque no me desgasté en la Constituyente, a la que en realidad ni siquiera me postulé. Yo postulé a un pequeño empresario, y lo pusieron en la lista, pero el señor quedó en el puesto 33, sin ninguna posibilidad de ser elegido, pues de la elección solo salieron 19 constituyentes. Ahora, la escasa probabilidad que tenía de ser elegido no fue la única razón por la que no participé en la lista. Tampoco me llamaba la atención ser asesor; me parecía un puesto muy burocrático. Implicaba sentarse en una oficina en el centro de Bogotá y perder toda relación con la gente real. Esa opción me parecía terrible. Yo quería mantener mi contacto con la población de Cundinamarca, seguir andando por sus carreteras, desvelarme en sus trochas, hablar directamente con el pueblo.

Cuando se terminaron los comicios y descubrí que había ganado, no solo me sorprendieron mis resultados, sino también el bajo número de victorias del M-19. Solo habíamos quedado elegidos nueve senadores y trece representantes. La mayoría de los candidatos habían perdido. Éramos una minoría y, por eso, los demás congresistas no tardaron en mirarnos por encima del hombro. Nos relegaron a las últimas sillas del recinto y allí permanecimos durante los siguientes cuatro años. El grueso de nuestra bancada no participaba y, cuando se atrevía a hacerlo, lo hacía sin convicción, sin decir nada relevante. Solo Gloria Quiceno y Everth Bustamante encabezaron una resistencia relativamente importante a la Ley 100 de la salud en 1993, pero

incluso en ese caso hubo concertación. El nuevo M-19, en otras palabras, empezó a olvidar la revolución que lo había llevado a las montañas y a luchar por otra Colombia. La cooptación política terminó ganando la partida. El movimiento, en cuestión de meses, se convirtió en un partido político tradicional, con clientelismo y búsqueda de puestos; perdió toda idea de un movimiento popular.

A mí me protegió de entrar en el mundo de la política tradicional el hecho de que yo no encajaba. El primer día que ingresé al Congreso llegué con un vestido que me había regalado Ricardo Mestizo, un empresario de Cundinamarca que había sido de la Anapo y del M-19. Muchos congresistas se burlaron de mi traje, que era bastante barato y que por eso mismo contrastaba con los de los parlamentarios de la clase política. En esa exclusión, sin embargo, encontré un refugio, a diferencia de mis compañeros, que pronto sucumbieron a la forma tradicional de hacer política. Entonces, hallé mi tabla de salvación en los debates. Al principio me sentía inseguro, no conocía las reglas, pero tan pronto las aprendí me lancé al ruedo: hice el debate sobre la privatización de Alcalis de Colombia. Yo conocía a los obreros de la empresa y sabía que allí trabajaban muchos comandos del M-19, así que me pareció una lucha que debía librar en el Congreso.

Alcalis era la productora encargada de la transformación química de sal: de ahí salía el sodio, el cloro y la soda cáustica. Tiempo después me enteré de que la soda cáustica la usaban para la producción de cocaína. Las tractomulas salían cargadas de ella para diversos lugares del país y algunas iban a los laboratorios de los narcotraficantes en el sur. La materia prima fundamental de esa gran industria química, sin embargo, era la sal. Mejor dicho, el Gobierno iba a privatizar las minas de sal de Zipaquirá y del resto del país.

Decidí visitar una planta en Zipaquirá. Averigüé la fecha de la siguiente asamblea de trabajadores y llegué ese día para hablarles. Cuando todos se congregaron, me puse de pie y les planteé lo que sabía sobre la privatización. Les dije: “Hermanos, a esta empresa la van a privatizar y hay que prepararnos para resistir”. Mi intención era usar un artículo de la nueva Constitución que permitía que los empleados se quedaran con la empresa si el Estado impulsaba su privatización. De esa manera, los trabajadores de las salinas se quedarían con las salinas, y los trabajadores de Álcalis, con esa empresa. Pero mi incursión en la asamblea fue un fiasco: terminó en una chiflatina por parte de los trabajadores. En ese momento, me pregunté, perplejo: “¿Y dónde está el M-19? ¿Me están chiflando aquí, a mí, que luché por Zipaquirá durante tanto tiempo?”

De esa experiencia aprendí que a los trabajadores no les gusta escuchar malas noticias. Y, además, que no habían comprendido las implicaciones de la privatización. No habían entendido que iban a ser despedidos y que era importante tener una estrategia para que se volvieran propietarios. Uno de ellos, miembro de la Junta Directiva del Sindicato, se paró y me anunció: “Nosotros somos obreros, no dueños de empresas”. Después de ese suceso nunca volví a saber de la asamblea de trabajadores de las Salinas, porque privatizaron la empresa y los echaron a todos.

También privatizaron Álcalis y despidieron a los trabajadores, incluso después de que el Gobierno aceptara que ellos la comprarán. Gracias a ese episodio, conocí la astucia y la perversidad de la que son capaces algunos funcionarios públicos en nuestro país. Alberto Moreno, el ministro de Desarrollo, nos había dicho que los trabajadores podían adquirir Álcalis, pero que les tocaba buscar la plata. Ellos, por supuesto, no la tenían. Yo hablé con unos cooperativistas, pero la suma era muy elevada, valía como dos mil o tres mil millones de pesos de la época. Hablé también

con bancos, pero ellos no les prestaban a trabajadores. Así que era misión imposible, por lo menos para los empleados. Porque cuando el Sindicato Antioqueño mostró interés, un banco le prestó la plata y en poco tiempo se hizo dueño de todas las empresas. Esa fue la primera vez que vi a la Constitución del 91 vulnerada. La Carta estipulaba con claridad que, antes de enajenar cualquier bien, el Estado debía ofrecérselo a los empleados. En el caso de Ácalis, los involucrados se pasaron esa consideración por la galleta, despreciaron completamente esa regla.

La privatización ya se había formalizado cuando llegó la fecha del debate. Yo estaba nerviosísimo, no sabía ni cómo me debía parar en ese atril. Me refugié en estudiar los datos. Conocía a Ácalis y tenía una fuente relativamente importante que me había entregado información interna contable. De todas formas, estaba asustado. Era la primera vez que iba a tener un ministro frente a mí. Yo pensaba que él era una persona muy inteligente y que me iba a desbaratar los argumentos. Pero, de pronto, cuando me paré, descubrí que el ministro estaba temblando. Estaba más nervioso que yo. Verlo así me dio aliento y, después del debate, me sentí confiado. De alguna manera, su nerviosismo impulsó mi carrera parlamentaria y el resto de mis debates. Muchos se volvieron famosos.

Empecé a sentir que nosotros podíamos ser más que ellos. Mis compañeros, por el contrario, cada vez hablaban menos. No proponían ni agenciaban los debates que se debían dar. Su actitud me frustró. Yo me había unido al M-19 hacía más de una década y me costaba trabajo entender que el impulso vital que había galvanizado al movimiento había quedado reducido a un partido político sin mucha influencia y, además, amedrentado.

A pesar del cambio que había sufrido el M-19, estaba convencido de que podía existir en el país un movimiento alternativo integral. Y, en esas, en 1993, apareció en mi vida José Cuesta, un bogotano de Puente Aranda y militante del M-19 que había estado en todos los procesos del movimiento y que ofrecía un flujo de ideas y discusiones teóricas para pensar en la construcción de un modelo distinto para Colombia. Cuesta había pasado por la cárcel y había sido torturado por los militares. Más adelante, las Fuerzas Armadas habían intentado desaparecerlo, y estuvo a punto de morir, pero se salvó por la presión que se ejerció en ese momento. Había estudiado Filosofía y, cuando nos volvimos cercanos, daba clases en diversas universidades para sobrevivir. Siempre estaba pensando en cómo formar un movimiento práctico que diera inicio a un proyecto alternativo y contundente en el país.

Con Cuesta se nos ocurrió participar en las elecciones de 1994. Como eran locales, llegamos a pensar en que yo me lanzara a la Alcaldía de Bogotá, pero nos bastó analizar la situación un poco para darnos cuenta de que era una verdadera locura. Así que pensamos en otros candidatos y surgió el nombre de Antanas Mockus, que se había vuelto famoso a nivel nacional por cuenta del episodio de la bajada de pantalones. En octubre de 1993, el entonces rector de la Universidad Nacional había asistido a una reunión con unos estudiantes en el auditorio León de Greiff y, cuando estos lo silbaron, él respondió dándoles la espalda y mostrándoles el trasero.

José Cuesta y yo decidimos visitar a Mockus en su casa para proponerle la idea. Él creía que estaba inhabilitado por haber sido rector de la universidad, pero encontramos que las inhabilidades para ser alcalde eran las mismas que para ser presidente,

y que su cargo no aparecía en esa lista. Una vez solucionamos ese impase, él se mostró interesado. En ese momento, el liberal Enrique Peñalosa y el conservador Moreno de Caro, por cuenta de su estrategia populista, encabezaban las encuestas. Teníamos la intuición de que Mockus podía ganarles y, al poco tiempo, los tres hicimos pública su candidatura en una pequeña taberna con tres cervezas. Invitamos a unos periodistas y yo anuncié que él era nuestro candidato a la Alcaldía de Bogotá.

La noticia fue una verdadera bomba mediática. En cuestión de cuatro días ya encabezaba las encuestas. Peñalosa, hasta ese momento el favorito, nunca me perdonó esa jugada. Mockus ganó con el 64 % de los votos y se convirtió en el primer alcalde de verdad independiente de los partidos tradicionales en la capital colombiana. Tenía un programa relativamente innovador para ese entonces. Gracias a su indudable bagaje intelectual, modernizó los métodos de la acción política. Su único error fue no presentar una crítica contundente al neoliberalismo. Lo aceptaba, como lo aceptaba todo el mundo, porque para la mayoría era una manera pragmática de hacer las cosas.

Por las fechas de la candidatura de Mockus, a Cuesta se le ocurrió otra idea: traer a Hugo Chávez a Colombia. El venezolano era un militar que había intentado una insurrección y que había fracasado. La izquierda venezolana no tenía la capacidad de sacar al pueblo a las calles, y por eso su sublevación se redujo a un golpe de Estado que, a pesar de lo malogrado, tenía una plataforma ideológica profundamente bolivariana. Eso nos unía a él: el M-19 se había fundado sobre la idea de Bolívar como un eje de la construcción democrática de la Colombia contemporánea. De ahí viene el símbolo de la espada de Bolívar, que era muy significativo para el movimiento.

Cuesta se empeñó en que conociéramos a Chávez y por fin logró comunicarse telefónicamente con él. Fue toda una proeza

si se tiene en cuenta que el venezolano no nos conocía. Solo sabía, de manera vaga, de la existencia del M-19. Yo en ese momento estaba en el Congreso y era cercano a Navarro. También había construido una amistad muy interesante con Gómez Hurtado, quien me invitaba a la biblioteca de su casa y hablábamos mucho. En una de esas visitas, le devolví los cuadros de caballos que él había pintado cuando lo retuvo el M-19. Alguna persona los había guardado y me los entregó a mí, porque sabía de nuestra amistad. Con Gómez hablábamos sobre todo de la Constituyente. El desconocía la perspectiva de nuestro movimiento y yo, la del suyo. Fueron sesiones muy instructivas. También me había vuelto amigo de Horacio Serpa, a quien había conocido durante mi tiempo dirigiendo la operación del M-19 en Santander. El caso es que mi cercanía con Navarro, Gómez y Serpa me permitió armar una agenda para que Chávez pudiera dialogar con todos ellos y conocer más sobre la Constituyente, uno de los temas que le había mencionado a Cuesta cuando hablaron por teléfono.

Chávez aterrizó en Bogotá el 25 de julio de 1994. Recién había salido de la cárcel y no tenía mucho dinero, así que lo alojamos en la sede de la Juventud Trabajadora de Colombia (JTC). Llegó con dos escoltas que lo habían acompañado en el intento de golpe de Estado. Los tres eran hombres castrenses y, por eso, invitamos a un grupo de militares colombianos retirados que pertenecían al Movimiento Bolivariano 200 a la celebración del cumpleaños de Chávez el 28 en la JTC. Fue una reunión interesantísima, en la que también participó el general ecuatoriano Frank Pasos. El líder venezolano me dejó una muy buena impresión, hacía parte de la estirpe de militares nacionalistas. En un momento dado, me comentó que él había querido hacer una operación similar a la recuperación de la espada de Bolívar, pero con la espada de un héroe venezolano.

Yo no conocía bien el mundo castrense, pero sentí que Chávez era un líder nato, un hombre que amaba a su pueblo y que tenía ganas de luchar por él. Por eso, creo yo, quería conocer de cerca la experiencia de la Constitución colombiana. Las reuniones con los constituyentes se dieron por separado y la conversación más interesante fue entre Gómez y Chávez, a pesar de sus diferencias ideológicas. Yo asistí a la entrevista. Gómez nos contó la experiencia de la negociación con Navarro para que el periodo de la Constituyente se ampliara y el enorme error que cometió el jefe del M-19 al negociar con el Gobierno la inhabilidad de los constituyentes.

Luego hablamos con Navarro, quien admitió su error estratégico; le dijo a Chávez que una constituyente era como un mazo para hacer reformas y que una vez levantado había que dejarlo caer, es decir, que el esfuerzo transformador no se debía detener. Poco tiempo después del regreso de Chávez a Venezuela, se volvió presidente elegido por el pueblo y logró convocar una Asamblea Constituyente. Se convirtió en un líder latinoamericano hasta su muerte. Chávez fue mi amigo y respeté su proceso, pero me sembró muchas dudas el hecho de que en la fase final tratase de imitar el modelo cubano. El modelo cubano es un derivado del sistema soviético, y América Latina debe proponer un camino nuevo, precisamente uno que se cimente en la diversidad, en alejarse de ser simples extractores de materias primas como el petróleo o el carbón, en basar nuestra economía en el conocimiento. Chávez lo sabía, pero al final quedó atrapado en el petróleo y en la imitación de un modelo, como el cubano, que estaba por rehacerse. Yo le envié una carta cuando decidió salirse del Sistema Interamericano de Derechos Humanos, le pedí reconsiderar su decisión. El sistema interamericano es un acumulado de luchas liberales y democráticas que es un pilar para las libertades de América Latina.

Tampoco me gustaba que el círculo que rodeaba a Chávez tuviera como su referente en Colombia a las FARC. No eran conscientes del enorme desprestigio del movimiento. Chávez caía en la trampa que le tendía Uribe de meterlo en un proceso que significaba más guerra para Colombia: el intercambio humanitario, el canje de prisioneros de guerra. Una cosa es canjear prisioneros, tema estricto de la guerra, y otra cosa es acabar la guerra, que era nuestro propósito. Los venezolanos nunca nos entendieron, se cegaban más por la retórica y la imagen del guerrillero armado. El proceso venezolano no había sido de insurgencia armada y justo ese origen innovador, su pluralismo, su pacifismo y su camino propio eran su principal riqueza.

* * *

Durante mi primer paso por el Congreso, aprendí mucho sobre cómo opera Colombia. Descubrí que la política en el país existe, realmente, en los días previos a las elecciones, cuando la maquinaria de los partidos se encarga de entregar dinero en efectivo en un barrio o en un pueblo a cambio de votos por un candidato. En eso consiste toda la participación política de la mayoría de los electores colombianos. Ese es, en resumidas cuentas, el sistema político del país; uno que depende del dinero y del poder, dos fuerzas que indudablemente van de la mano. Pero, a comienzos de los noventa, a esa realidad hay que sumarle el hecho de que entraron en juego los poderes mafiosos, una articulación entre un sector político del establecimiento colombiano y el narcotráfico.

Aquella alianza, para usar el término de Gómez Hurtado, sostiene el régimen. Un concepto que, para mí, expresa no solo una forma política sino un contenido económico. Es, en últi-

mas, una serie de relaciones alrededor de la economía que producen la mayor de las desigualdades: la social. Y sus consecuencias son devastadoras: la apropiación depredadora de la riqueza, la explotación del trabajo, la extracción de las materias primas de la naturaleza y del recurso público para ponerlo en manos de las personas que manejan el poder político y económico en Colombia.

El Congreso colombiano cumple dos funciones que permiten la perpetuación de los poderes mafiosos. Primero, tiene la función de sostener la imagen de una democracia liberal. Nadie puede negar que en el país existe la rama ejecutiva, la legislativa y la judicial. La existencia misma del Congreso permite defender la tesis de que en Colombia existe la democracia, pero eso es un espejismo, una manipulación de la política colombiana, porque basta con analizar la situación para descubrir que la mayoría de integrantes del Congreso solo obtienen sus curules por la conexión que tienen con el régimen mafioso. De no ser por el dinero que entrega el narcotráfico para la compra de votos, la inmensa mayoría de los parlamentarios nunca llegaría al aparato legislativo.

La segunda función que cumple el Congreso colombiano es que los parlamentarios le ofrecen una base de apoyo social al régimen mafioso. Los electores que venden su voto, que son millones en nuestro país, aunque no tienen conciencia de aquello que está detrás del dinero, son los cimientos de ese sistema. Sin ellos no existiría dicho régimen. Se derrumbaría como un castillo de naipes. Aquellos electores, por lo general, vienen de los sectores más excluidos del país, son pobres y están al margen del régimen económico capitalista. Son campesinos agotados, desempleados en las ciudades, trabajadores por cuenta propia que hacen parte de lo que se llama la "economía informal", que no es más que una economía premoderna de muy baja

productividad y muy baja generación de riqueza que cumple la función de mantener con vida a la mitad de la población.

Esa economía informal es la que permite que las mafias hagan su agosto. Tienden sus tentáculos algunas veces para reclutar a jóvenes y configurar los ejércitos privados que controlan territorialmente partes de ciudades y regiones de Colombia, y otras veces para lavar sus dólares. También sustituyen el crédito bancario, pues los bancos no llegan a la mitad de la población colombiana, que está en la informalidad. De esta manera se construyen sistemas de crédito usurero que permiten el lavado de dólares de una buena parte del excedente cocainero. Además, se levantan bases sociales del mismo negocio de la cocaína, no solo para vender al detal y en pequeñas cantidades en los mercados internos del país, sino también para que las rutas de exportación lleguen desde los laboratorios hasta los puertos de embarque. Ese trayecto resulta en una construcción social, que implica que una parte de la población lo cuide, o por lo menos se silencie ante su existencia para no ser asesinada.

Las rutas del narcotráfico no solo necesitan del control de la sociedad, sino también del poder político. Así se forma un vínculo entre poderes políticos locales y organizaciones narcotraficantes. La mafia conforma ejércitos privados para el control de una ruta que actúa bajo el terror, el dinero, la seducción y las formas culturales que se han elaborado en los últimos cincuenta años. Yo llamo a esta estructura la sociedad traqueta. No es que la sociedad esté compuesta por millones de personas que se dedican al negocio del narcotráfico, sino que las personas se han adherido a ese tipo de negocio a partir de una serie de lazos que ha tejido nuestro régimen político actual.

Uno de esos lazos es precisamente la venta de votos. El dinero para la compra de votos es un dinero que viene, en buena parte, de la venta de la cocaína. Aunque el elector no lo sabe,

vende su voto y así fortalece esta estructura económica y política. El congresista elegido, a su vez, vende su voto, para que el establecimiento pueda aprobar sus leyes, que en su totalidad giran alrededor de una concentración de la riqueza en el país. El neoliberalismo, que se articula en ese eje de normas transitorias de la Constitución del 91, permitió el crecimiento del régimen mafioso y este necesitó del neoliberalismo.

Cuando llegamos al Congreso de la República en 1991, éramos muy ingenuos. No conocíamos cómo operaba la maquinaria política. Habíamos intentado analizar por qué se había hundido el proceso de paz en Santo Domingo entre el Gobierno y el M-19, sin llegar a una respuesta satisfactoria. Y solo la descubrimos cuando entendimos que el documento que había resultado del proceso era una reforma política que preocupaba al sistema clientelista. Por ejemplo, el acuerdo de paz sugería poner listas por partido y usar un modelo que permitiera que las formaciones nuevas eligieran más parlamentarios que las tradicionales. Nuestra idea era ayudar a romper el bipartidismo en Colombia, esa tradición que permitió que los partidos Liberal y Conservador se disputaran el poder durante dos siglos. Sin embargo, esa reforma asustaba a quienes practicaban el sistema clientelista; es decir, a los aliados del régimen mafioso. Por eso hundieron el proceso de paz. La mafia había tocado nuestro movimiento en varias ocasiones y esta, aunque implícitamente, fue una de esas veces.

Otro encuentro con la mafia ocurrió tras la retención de Marta Nieves Ochoa, miembro del clan mafioso de los Ochoa. El episodio de Marta Nieves desató una violencia que nosotros no habíamos siquiera calculado, en especial contra las estructuras del M-19 en Antioquia. La violencia llegó al punto que Pablo Escobar torturó personalmente a quien había dirigido la operación: José Helvencio Ruiz. Fue tal la virulencia de la

tortura, y tal la resistencia de Ruiz, que Escobar sintió por él admiración, propia del machismo exacerbado de las mafias. Decidió, entonces, perdonarle la vida. Lo amarraron con unos costales y lo entregaron al Ejército en Bogotá.

Nuestro problema en el M-19 era que no analizábamos en detalle la realidad política del país. En alguna reunión, Rosemberg Pabón sugirió que la mafia era un factor de poder. No obstante, se refería a que era un elemento que debíamos tener en cuenta al momento de transformar a Colombia. Rosemberg buscaba que el M-19 entrara a jugar con los factores de poder. Pero esa mentalidad abandonaba por completo la idea fundacional del movimiento, que planteaba la necesidad de transformar las estructuras en el país para devolverle el poder al pueblo.

Las consecuencias de esa lógica fueron nefastas: por su culpa, la operación del Palacio de Justicia fracasó de manera tan trágica: no previmos que la cúpula del Ejército estaba relacionada con Escobar, y que el jefe del cartel de Medellín se aliaría con las Fuerzas Armadas para asesinar a los magistrados que lo estaban juzgando a él y a los militares. Con esa misma ingenuidad nos acercamos al proceso de paz en el 89. Creímos que el proceso se iba a aprobar en el Congreso por el simple hecho de que el presidente Barco así lo quería, pero no sabíamos que era la mafia, y no él, el verdadero poder detrás de los votos de la rama legislativa. Esa mafia terminó asesinando al hacedor de la paz del M-19, Carlos Pizarro, a través del Estado y a través del director del DAS, Miguel Maza Márquez.

* * *

Yo entré a ese mundo al volverme miembro del Congreso de la República. Hoy puedo decir que ingresé con la más absoluta

ingenuidad, como parte de un movimiento político cuyo centro de gravedad ya se desplazaba hacia la cooptación. Un movimiento, en otras palabras, en el que no iba a poder crecer y en el que todas las ideas que había incubado desde la adolescencia no iban a tener ninguna forma de expresión. Mi refugio, de nuevo, fueron los debates. Yo creía que en los debates se podía demostrar la superioridad sobre nuestros contradictores. Pensaba que así podríamos obtener apoyos mayoritarios en la sociedad, pero encontré lo contrario, porque el grueso de los colombianos quería ese régimen político.

Tras cada asesinato de un militante de la Unión Patriótica había una manifestación que iba a su entierro, lloraba junto al féretro y gritaba indignada, pero era una minoría. La gran mayoría de la población era indiferente a esos crímenes. Otra minoría, a su vez, aplaudía los asesinatos: celebraba que estuvieran matando "comunistas". Para ellos, esos asesinos eran héroes, como lo eran los defensores políticos, aquellos congresistas que vendían sus votos y que yo atacaba en mis debates. Esa parte de la sociedad poco a poco creció hasta convertirse en la fuerza política que ha determinado el devenir del país en las últimas décadas.

Yo creía que nuestra victoria llegaría por medio de ganar debates. Pero no tuve en cuenta que me había empezado a volver un político aristocrático. Me refiero a que no analicé las consecuencias de que el saber no fuera democrático y accesible a todos. En ese entonces, no se transmitían los debates por televisión, ni siquiera en el canal público. No existía el internet, que hoy se ha convertido en una herramienta crucial para la divulgación de los debates. Las discusiones que se libraban en el Congreso eran casi clandestinas, conocidas solo por los congresistas mismos. Y, cuando se debate a puerta cerrada, de espaldas a una sociedad que no tiene forma de escuchar los argumentos, la figura de ese político va quedando al margen, sin posibilidad de apoyo popular.

Pero, en mi candidez, no comprendí la importancia de transmitir nuestros mensajes. Los debates se habían vuelto mi proyecto de vida. Mi objetivo principal era estudiar y tener ideas más contundentes que las de mis rivales. Tal vez me convertí en un político de vanguardia, en una persona necesaria para descubrir ciertas realidades, pero me alejé del apoyo de la sociedad. Poco a poco, entendí que era un actor recitando un monólogo en un teatro sin público.

Lo que pensé que me iba a dar una ventaja, al final, me aisló. No pude configurar un movimiento popular. No se me había pasado por la cabeza la posibilidad de ser incapaz de contar con ese apoyo. En cierto sentido, ya estaba cooptado. Simplemente me concebía como una figura brillante dentro del Congreso, muy parecido a cuando estudiaba en mi colegio de bachillerato y sacaba el primer puesto todos los meses. En ese momento, me bastaba con que me dijeran que era el mejor congresista. Yo me posicionaba como una especie de faro que brillaba en el Congreso, cuya luz solo veían los demás congresistas, que eran parte del régimen mafioso en Colombia. Solo de vez en cuando me mencionaba la prensa colombiana, que no tenía ningún interés en presentar aquellos debates ante el público. Por entonces, sentía satisfacción personal, ciego al hecho de que esas victorias personales no influían de ninguna manera para cambiar el poder en Colombia.

Cuando llegaron las elecciones de 1994, el M-19 se había atomizado en un conjunto disperso de individualidades. No fuimos capaces de juntarnos. Caímos víctimas de la ambición política personal y la pusimos por encima de un proyecto por el cual tanta gente había muerto, que representaba tanto para la historia contemporánea de Colombia y que había escrito la Constitución del 91. Yo me creí el cuento. Me engañé pensando que con hacer brillantes debates iba a lograr los votos suficientes

para ser senador de la República. Pero hice una campaña terrible, porque no tenía dinero. Nunca había hecho una campaña nacional, era la primera vez, y saqué 12 000 votos en todo el país. Era la mitad de lo que necesitaba. Nos quemamos todos, excepto una señora. Navarro, por su lado, entró en caída libre. En las elecciones a la Presidencia, solo obtuvo 400 000 votos. Con ese resultado sus aspiraciones presidenciales llegaron a su fin y también el fin de lo que quedaba del M-19. La Constitución se quedó sin quien pudiera defenderla, mientras que, a lo largo y ancho del país, ocurrían, una tras otra, las masacres de los pueblos colombianos.

Mi situación personal y anímica se volvió muy difícil. La pérdida de las elecciones coincidió con la primera amenaza que me hicieron en público. Vino de un grupo que se llamaba Colsingue. La lista de los amenazados la encabezaba Manuel Cepeda, un colega y amigo mío. Luego seguía Vera Grave y después yo. A Manuel Cepeda lo mataron. Yo había terminado amenazado, sin curul, sin sustento político y sin el proyecto que me había acompañado políticamente desde los 18 años. En ese momento tenía 34 años, el mundo soviético se había caído, las alternativas políticas no existían y la idea de hacer una revolución se había desvanecido. Las principales figuras del M-19 que yo había apoyado y querido tenían un discurso neoliberal. Colombia se había quedado sin alternativas. Fue un momento de profunda desazón. Sentí, por primera vez, que nos habían derrotado, y solo fui capaz de superar aquella sensación mucho tiempo después.

En ese año, 1994, salí por primera vez de Colombia. Me fui llorando porque ese viaje, para mí, era la derrota total. Aquel viaje era la separación de mi patria.



El Congreso

Mi oficina parecía una trinchera en mi último día en el Congreso: mi unidad de trabajo legislativo (UTL), compuesta por personas del M-19, corría de un lado al otro, con papeles y cajas en las manos. En un momento dado, me detuve y los miré con tristeza, recordando a quienes habían luchado a mi lado y habían muerto. Se me vino a la cabeza la historia de mi amigo Enán Lora, injustamente acusado por el secuestro de Gloria Lara. Enán era un hombre brillante, un poeta y músico impresionante. A mí me atraía su voz, sus canciones y su interpretación del porro. Lo había traído a trabajar conmigo, pero debió volver a la clandestinidad antes de que se acabara el periodo legislativo por culpa de la orden de captura que expidieron en su contra. A pesar de que era de conocimiento público que el responsable del secuestro era un grupo de delincuentes comunes, el DAS encontró a Enán en Bogotá, lo torturó y luego lo mató. Cuando hablé con el director del DAS, él negó que lo tuvieran y dos días después apareció muerto en una carretera en Facatativá.

El mismo día en que me enteré de su muerte salí con algunos compañeros hacia ese pueblo. El alcalde no quería dejarnos examinar su cadáver; lo había puesto detrás de una reja. Desde donde estábamos, sin embargo, alcanzamos a ver que estaba quemado. A su lado había otros cuerpos de militantes del M-19, todos tirados sobre el cemento. Después de hacer las gestiones

para enviar su cuerpo de regreso a su tierra, Ciénaga de Oro, finalmente me dejaron entrar a verlo de cerca. Pude abrazar su cuerpo quemado. Tenía el labio completamente destrozado. La tortura había sido brutal. Lo trasladamos al féretro que lo llevaría a su pueblo. Nunca me he olvidado de él. Cada vez que escucho "Elegía", el poema de Miguel Hernández cantado por Serrat, lo recuerdo. No es el Ramón Sijé de la canción, el republicano español muerto; es Enán Lora el que me invade la mente y el corazón. Lloro cada vez que la escucho. Enán se me fue, como tantos amigos.

Por las fechas en que dejé el Congreso pensé mucho en mis compañeros muertos. Zumbaban preguntas en mi cabeza: ¿qué he hecho yo? ¿Ha sido suficiente? Sentía un dolor intenso. César Gaviria tenía miedo de que nos mataran a todos y por eso nos ofreció unos cargos diplomáticos de bajo nivel. Pensé en rechazar su oferta, pero no sabía qué podía hacer en Colombia. Tampoco tenía claro qué nos podría pasar si nos quedábamos. Yo tenía dos niños pequeños, Andrés y Andrea, casi de brazos, y también por ellos decidí salir con mi familia para Bélgica. Me embargaba la tristeza y la sensación de que habíamos sido derrotados. Llegué a pensar que mi salida del país sería definitiva.

Nunca antes había estado en un vuelo tan largo. Todo hacía parte de una nueva experiencia, como si atrás, en Colombia, hubiera dejado mi vida vieja. Aterrizamos en París, donde debíamos hacer una escala, a finales de octubre de 1994, terminando el otoño. Los guardias nos detuvieron porque teníamos tantas mochilas y maletas que seguramente creyeron que éramos inmigrantes ilegales. Por mi fisonomía latinoamericana, tuve que aguantar una requisa. Cuando me pidieron mis papeles, les entregué mi pasaporte diplomático. Al constatar que todo estaba en orden, nos dejaron seguir y nos montamos en otro vuelo rumbo a Bruselas. Gaviria me había dado la oportunidad de elegir mi

destino. Tenía la opción de llegar a París, a Londres, a Madrid o a Bruselas. Consideré ir a Madrid, por el idioma. Había leído que en Bélgica la mitad de la población hablaba francés y la otra mitad un idioma germánico que allá denominan “flamón”. La idea de ir a Bruselas era menos atractiva, pero me llamaba la atención estar en la capital de la Unión Europea, desde el punto de vista diplomático. Así que escogí esa ciudad. Por esas mismas fechas, Vera Grabe llegó a Madrid, Aníbal Palacios a Londres, Eduardo Chaves a París y Bernardo Gutiérrez a Roma.

El clima me propinó el primer golpe. Jamás había sentido tanto frío, ni siquiera en los páramos del Cauca. Unas semanas después descubrí que la temperatura realmente baja aún no había llegado. A esa sensación de frío se unió la rigidez de una ciudad que me era extraña, en la que se hablaba un idioma que no era el mío. Además, yo no hablaba inglés, a pesar de que siempre había querido. El que había aprendido en el colegio público en Zipaquirá era básico: *pencil, girl, boy*. El mismo profesor no sabía inglés, así que era imposible que nos lo enseñara. De haber elegido Londres, hubiera sido la oportunidad perfecta para aprenderlo.

De todos modos, me dediqué a estudiar francés. Hoy en día leo en ese idioma y entiendo cuando alguien me conversa, pero me cuesta trabajo hablarlo. Comprendí que los idiomas se aprenden a partir de la personalidad de cada individuo. Cuando una persona habla mucho, tiende a aprender idiomas oralmente. Cuando una persona lee más, entonces su ruta es la lectura. Mi acercamiento al francés fue a través de los libros. Mis hijos, en cambio, aprendieron francés antes que español. Aquella terminó siendo su lengua materna y eso me vinculó para siempre con la enseñanza del francés de ellos. Una vez retorné a Bogotá, para que no perdieran ese idioma, entraron al Liceo Francés, un colegio adscrito al sistema público francés que tiene una educación

racionalista laica y permite que los jóvenes aprendan a pensar con cierta rigurosidad. Mucha gente no valora la importancia de aprender a pensar. Hoy considero que aún no hemos desarrollado esa capacidad en el sistema educativo colombiano, sistema el cual se basa en la memoria, la repetición y el examen.

A pesar del tremendo frío que sentí a mi llegada, vivir en Bruselas resultó ser una experiencia realmente interesante. Por ser la capital institucional de la Unión Europea, es una ciudad que atrae a personas de todo el mundo. En una calle cualquiera, me cruzaba con gente de treinta o cuarenta nacionalidades. De hecho, en ese entonces, en Bruselas vivía gente de alrededor de 140 países. Era como si el mundo entero se hubiera apeñuscado en una ciudad de más o menos un millón de habitantes. Me parecía curioso estar rodeado de tantos lenguajes sin poder comunicarme con sus hablantes. De igual manera, me emocionaba la diversidad. Nunca había visto algo igual.

De niño me gustaba dibujar mapas. Era uno de mis pasatiempos. Cogía los atlas, que tenían todos los mapas en la misma escala, y jugaba a juntar continentes como si se trata de un rompecabezas. Me pasaba horas enteras dibujando, pintaba las montañas con colores verde y marrón, reconocía bahías, soñaba con visitar rincones remotos y lejanos. Perdí parte de mi vista desarrollando esta actividad, porque tenía muy mala luz, pero logré crear una visión del mundo. Cuando llegué a Europa, fue como ver esas historias en vivo, como si todo lo que había leído se volviera realidad.

Los olores en Bruselas eran diferentes a los de Colombia. Eran peculiares, tal vez por la pintura que usaban en las calles o en las casas. La manera como unos y otros se relacionaban en espacios públicos también era distinta. Yo estaba acostumbrado a cierto nivel de interacción que se da entre los transeúntes en Colombia. En Bruselas, en cambio, la gente pocas veces se salu-

daba. Las personas caminaban con la mirada al frente, perdida, indiferentes a lo que ocurriera a su alrededor.

Después descubrí que los ciudadanos belgas no vivían en Bruselas y no deambulaban por esas calles. Los únicos que habitaban la ciudad eran inmigrantes y los miles de empleados que hacían parte de la burocracia internacional. Los locales, en cambio, se habían refugiado en los pueblos vecinos. Por eso realmente no tuve contacto con la sociedad belga, sino con la enorme ciudad cosmopolita y con el enorme influjo de expatriados que llegaba a esa ciudad.

Bruselas tiene una plaza muy bonita, La Grand Place, de la que había oído leyendas antes de viajar. Cuando la visité, me acordé de inmediato que me encontraba en una de las ciudades donde había nacido el capitalismo. Ese modelo económico había surgido en algunas ciudades italianas durante el Renacimiento, sobre todo en las del norte, como Florencia y Venecia; pero también en algunas ciudades de Europa del Norte, como Amberes, Róterdam, Ámsterdam y Bruselas. Esos fueron los dos núcleos. Después pasó a Inglaterra, donde se desarrolló el capitalismo mundial. Más adelante creció gracias al oro de nuestros países que saquearon los españoles. Mientras veía las cúpulas de La Gran Place, construidas con oro americano, recordé que en un sitio llamado La Rose Blanche, ubicado al lado de la plaza, Marx había escrito parte de *El capital*. Aquella plaza tenía mucha historia.

En Bruselas, mis hijos entraron a un jardín infantil público cerca de donde vivíamos. Recuerdo llevarlos allá de la mano. Esa experiencia me encantaba, sobre todo por el hecho de poder caminar libremente en la calle, algo que en Colombia no podía hacer. En Bélgica, lo hacía todos los días. Los fines de semana sacaba a mis hijos a un parque muy bonito donde a veces había conciertos de música clásica. Ellos disfrutaban, sobre todo, con los cisnes que había en el lago. Correteaban felices. Fueron

momentos inolvidables. Recuerdo la emoción que sentía al llegar y verlos en una casa caliente en los meses de invierno. Era una sensación de hogar que permanece en mi memoria.

Sin embargo, mi estancia en Bruselas se tornó más dura con el paso del tiempo. La soledad me golpeó, si bien la presencia de familia amortiguó el golpe. Yo era secretario primero en la embajada, pero no tenía ni idea cuál era exactamente mi labor. Debía reportarme ante el embajador, Carlos Arturo Marulanda, un hombre de baja estatura y profundamente pretencioso que usaba vestidos finísimos. Él mismo los mandaba a hacer con sastres muy acreditados de Bruselas y París. Parecía un monarca y actuaba como si perteneciese a una aristocracia. Tardé unos meses en conocerlo en persona.

La embajada, muy modesta, apenas ocupaba un piso de un edificio. Tenía una decoración frugal; ni siquiera había un cuadro de Botero. La residencia del embajador, en cambio, era un castillo, pagado por el Estado colombiano. Solo visité aquel palacete una vez. Había tapices hechos en hilo de seda y muchos cuadros. Marulanda era el ejemplo perfecto de nuestra oligarquía. Después descubrí que era un terrateniente riquísimo del sur del César y que tenía nexos paramilitares. Sus fincas eran las mismas que había pisado como oficial del M-19; era yo el que había organizado algunos de los campesinos que reclamaban sus tierras.

Cuando nos conocimos, su desprecio por mí fue evidente. De seguro, estaba al tanto de que algunos militantes del M-19 habían llegado a las embajadas colombianas en Europa como una medida para proteger sus vidas. Y, al descubrir que yo era uno de ellos, Marulanda quiso vengarse de mí. Me empezó a tratar de manera profundamente despectiva. Se aseguraba de que yo no tuviera función ni trabajo alguno y, para humillarme, me mandó al sótano del edificio donde quedaba la embajada, que no tenía calefacción y en el invierno se ponía helado.

Los problemas en el trabajo hicieron que mi tiempo en Bruselas se tornara difícil. Yo traía ya la carga de la derrota y la nostalgia de estar lejos de mi país. Quería estar en la lucha política, en la lucha por el cambio, pero me encontraba arrinconado en un sótano frío, bajo las órdenes de un paramilitar y en una ciudad completamente extraña, donde los únicos colombianos a los que tenía acceso eran los que votaban en las elecciones y un círculo pequeño de lagartos que visitaban la embajada sobre todo cuando llegaban visitas oficiales de ministros o presidentes.

Quemaba el tiempo caminando por las calles en el frío, conociendo los rincones de Bruselas. Como no hablaba el idioma, no podía entablar una conversación con nadie. Así que recorría la ciudad en silencio, envuelto en una profunda soledad. Poco a poco, me familiaricé con los barrios más bulliciosos, porque extrañaba esa energía. En ocasiones, entraba en alguna taberna, pedía una cerveza y trataba de escuchar a la gente, aunque a menudo mis únicos vecinos eran hombres y mujeres de edad avanzada, tan solitarios como yo. Muchas veces esperé con la ilusión de que el alcohol los relajara y cambiara la dinámica de la taberna, pero al final siempre salían tambaleándose por las calles frías, sin haber pronunciado siquiera una palabra. Era un mundo solitario que no comprendía.

Cuando no salía a la calle, estudiaba en casa. Aprendí sobre un héroe popular de Flandes que se llamaba Jan de Lichte, una especie de Robin Hood belga. A través de él, descubrí la historia de los movimientos obreros del país. La inmigración italiana había construido, en las minas de carbón de Bélgica, una organización sindical muy fuerte y, de hecho, el partido más grande había sido el socialista. Desafortunadamente, de ese florecimiento comunitario quedaba muy poco, y en las calles solo deambulaban individuos solitarios. Esos seres grises eran víctimas del capitalismo avanzado, que rompe los lazos de las comunidades para construir

consumidores. Todos ellos se habían convertido en entes andantes cuya capacidad de ser interesantes estaba circunscrita a su capacidad de consumir.

Al cabo de unos meses, empecé a sentir más confianza y decidí frecuentar las tabernas donde se reunían los árabes y los negros del Congo. La música que oían me llamaba la atención, porque sin duda sus canciones tenían nexos indiscutibles con los sonidos del Caribe. Aunque me sentía más en casa, al final de la noche no lograba sacudirme de encima el frío y la sensación de estar lejos de casa. Con el tiempo, sin embargo, comencé a dejar a un lado esa soledad, que hoy podría llamarse una depresión. No me dejé hundir, porque estaba con mi familia y ellos eran mi válvula de escape.

Un día, de casualidad, encontré una taberna colombiana, la única que existía en toda la ciudad. Los sábados ponían salsa y se llenaba de colombianos y ecuatorianos. Pero el establecimiento tenía un ambiente pesado. Pude haberme equivocado, pero me pareció que ahí se movía el negocio de la droga y que las personas que lo frecuentaban eran lo que nosotros llamaríamos "jíbaros". De tal forma que nunca pude sentirme cómodo, a pesar de ser el único lugar donde sentía a Colombia.

Más adelante aprendí que la mayoría de los colombianos no iban a esa taberna, sino que trataban de pasar desapercibidos. Trataban de mimetizarse y de pasar por debajo del radar, a pesar de sus rasgos físicos característicos. Y una de las maneras de lograr ese objetivo consistía en no formar una comunidad colombiana. Las familias estaban aisladas unas de las otras, no había fiestas ni lugares de encuentro. Ese era el mundo del colombiano que deja atrás su país en busca de un mejor futuro, y que lo encuentra a pesar de las barreras culturales y de la soledad. El conductor de la embajada, por ejemplo, se sentía privilegiado por haber conseguido su puesto. Me comentaba que para él la definición de éxito

era tener la nevera llena. El próximo paso, me comentaba, era tener un carro viejo y, luego, formar una familia en Bruselas.

Los colombianos que conocí en Bélgica no querían molestar a nadie y no querían que nadie los molestara. Se resignaban a vivir con una nostalgia que los acompañaba año tras año, década tras década, hasta que finalmente morían. Sus hijos crecían con la cultura de sus nuevos países y, en la mayoría de los casos, no les interesaba regresar a Colombia. Si el padre o la madre, nostálgicos, quieren volver, tampoco los dejaban. Y de esa manera vivían una existencia amarga, en la que la vida se garantizaba, pero no su intensidad.

Con una amiga colombiana exploré incluso el consumo de algunas drogas, la experimentación con las sensaciones, el viaje hacia el interior, hacia lo profundo, desligado de los nexos de la sociedad, de mi propia lucha y vocación; trataba de explorar los nuevos rincones de una geografía interna. Exploré también las músicas del mundo, las raíces étnicas del universo, exploré las calles, los rincones, las piedras. Un lugar de árboles era mi remanso. Aprendí que, gracias a mi contacto con las montañas colombianas, mi mejor aliado era el árbol, oír cantar los pájaros. La soledad me llevaba a una exploración profunda, que se volvió además intelectual.

* * *

Me propuse volver a la senda de los estudios para explorar las nuevas ideas políticas que movían al mundo. Había dejado a un lado mi camino académico con la Especialización en Administración Pública que empecé y no terminé en la Escuela Superior de Administración Pública, en Colombia. Solo me faltó presentar la tesis. Para 1995, mi nivel de francés era lo suficien-

temente bueno como para estudiar en una universidad local. Quería investigar los fundamentos del neoliberalismo y comprender por qué habían desaparecido todas las alternativas políticas en el mundo. Me parecía imprescindible volver a un pensamiento abstracto y por eso me inscribí en la Universidad Católica de Lovaina.

Esa ciudad quedaba a treinta kilómetros al este de Bruselas. De entrada, me gustó la idea de estudiar allá porque Camilo Torres Restrepo, quien dejó buena parte de su legado en Bélgica, también había estudiado en esa institución. La universidad era católica y era similar a la Javeriana, pero mucho más barata, pues la educación en ese país hace parte del sistema público. Fue de las primeras universidades del mundo y tiene el francés y el neerlandés como lenguas de instrucción. Por supuesto, creí que el francés sería una lengua de instrucción más sencilla para mí, así que me dirigí a Lovaina la nueva, como le decimos algunos.

El primer día me recibió el director del departamento y varias personas que conocían de Colombia. Hablamos un tiempo y poco después me informaron de que me habían aceptado en la universidad. En cuestión de días, inicié un diplomado en Medio Ambiente y Desarrollo Poblacional, que duró más o menos un año. Como la mayoría de mis compañeros de clase acababan de graduarse de sus pregrados, yo era uno de los estudiantes más viejos. La mitad de ellos eran de origen belga y la otra mitad venía de otros países. Había árabes, africanos y latinoamericanos. Los latinos éramos tres colombianos y un chileno. El profesorado era completamente belga.

Uno de los profesores que más me impresionó fue Jean-Philippe Peemans. No he leído muchos de sus textos, pero era un hombre al que se le notaba su trayectoria intelectual. Entre los estudiantes era el más afamado e indudablemente sus clases eran muy profundas. Su objetivo era mostrarnos, de manera

muy crítica, la teoría del desarrollo económico. Un día me dio un libro con lecturas fotocopiadas sobre ese tema; más o menos 200 o 300 páginas de diversos autores en sus idiomas. Descubrí dos cosas: la primera, que aquello que estaba leyendo era también la realidad que estábamos viviendo; la segunda, que había empezado a pasar de un idioma a otro en mis lecturas, sin problemas de comprensión. Saltaba del español al francés, después al inglés. Me sentí realizado. El inglés me costaba muchísimo trabajo, pero poder leerlo fue para mí una victoria, sobre todo porque leer teoría económica no es sencillo.

En la universidad me sentí inmerso en un mundo cosmopolita. No me refiero a la sensación que experimenté cuando llegué a Bruselas y me topé en la calle con personas de diversas culturas, sino al mundo de las ideas, que se abrió ante mí en diversas lenguas. Ahora podía acercarme a la teoría, a los conceptos que criticaban lo que yo observaba: ese capitalismo voraz y neoliberal que se había devorado al planeta en unos pocos años. Y lo entendí, por primera vez, desde la relación entre el desarrollo económico y la naturaleza. Ese descubrimiento marcó mi paso por la Universidad de Lovaina.

Desde entonces, la lucha por el medio ambiente y por el equilibrio con la naturaleza ha sido una de mis cruzadas políticas. La expresión “cambio climático”, sin embargo, no la escuché en la universidad. En 1995 aún no era popular, ni siquiera en la academia. Hacía parte de las discusiones que sostenían físicos, químicos y meteorólogos, pero no había llegado a las ciencias humanas y a la teoría económica. De todas formas, lo que aprendí en la universidad me dio los elementos para comprender la cuestión. Cuando regresé a Colombia en el año 97, llegué con la intención de plantear ese debate. En el país nadie había levantado aquella bandera desde el punto de vista político, y eso me permitió convertirme en una figura innovadora.

Pero en Lovaina no solo aprendí de teoría. También me compré un carro por primera vez en mi vida. Tenía muy poca experiencia conduciendo, pero como el trayecto entre Bruselas y Lovaina era apenas de 20 minutos asumí el reto. No tardé mucho en descubrir que manejar en invierno era terrible, sobre todo cuando caía una nevada fuerte. Lo único que me tranquilizaba era el conocimiento de que las carreteras y la seguridad vial en ese país eran muy superiores a las de Colombia. Ese año mi familia y yo hicimos un viaje de Bruselas a Barcelona y fue, sin duda, mi gran proeza como conductor. Fueron diez horas de ida y regreso. En una autopista solitaria decidí ensayar cómo era manejar a alta velocidad. Llegué hasta los ciento ochenta kilómetros por hora. A mi regreso a Colombia, sin embargo, dejé de conducir, y llevo 26 años sin hacerlo. En un principio, lo abandoné por miedo, pero después por mi visión política, cuando comprendí el daño que le ocasionaban los carros a las grandes ciudades y al medio ambiente.

* * *

Colombia no era muy conocida en Europa. Los noticieros y periódicos solo publicaban noticias negativas: hablaban de las masacres, de Pablo Escobar, del narcotráfico, de la prostitución. Bélgica no era un destino para la prostitución colombiana, pero parecía ser una ruta de tránsito que tenía como destino final Ámsterdam.

En una de esas noches solitarias, fui a esa ciudad y recorrí el Barrio Rojo. Me sorprendió constatar que exhibían cuerpos humanos en vitrinas, como si fueran mercancía. Así, me enteré, existe la prostitución en los países del norte de Europa. Las mujeres detrás de las vitrinas no tienen contacto real con la sociedad. Generalmente hablan idiomas diferentes y son cuidadas por un

proxeneta que mide el tiempo de los clientes y que, si este se demora más de la cuenta, les pasan la cuenta a las trabajadoras sexuales. Es una forma de esclavitud, y allí terminaban muchas colombianas, sobre todo del Eje Cafetero.

Esa noche hablé con una de ellas. Tuvimos una interacción amistosa. Un hombre que cuidaba la calle se dio cuenta y la obligó a entrar al edificio, pero alcancé a darle el teléfono de la Embajada. Nunca llamó, pero se me ocurrió que sería importante contratar una ONG belga, experta en esos temas, para hacer una investigación sobre la trata de colombianas en Bélgica y Holanda. Me puse a averiguar y descubrí que la investigación hubiera costado unos diez mil dólares de hoy. No era mucha plata, pero recibí un no rotundo por parte de la embajada.

A pesar de que no logré llevar a cabo mi proyecto sobre esclavitud sexual, mi viaje a Ámsterdam me empujó a conocer otras ciudades. Empecé a ampliar mi visión. Sabía que desde Bruselas podía conocer buena parte de Europa y en los viajes encontré una forma de escape. Los fines de semana mi familia y yo cogíamos un tren para visitar, por ejemplo, Ginebra o París. También conocimos Luxemburgo, Holanda, Alemania, Dinamarca, España, Inglaterra y Francia. En una ocasión, viajé ocho horas al norte de Estocolmo a visitar a los campesinos que habían sido acusados falsamente del secuestro de Gloria Lara. Vivían dos metros bajo la nieve, y eran de Sucre. Eso me pareció como sacado de un cuento de García Márquez.

De vez en cuando me reunía con los otros exmilitantes del M-19 que vivían en Europa. Nos veíamos en distintas ciudades: en Madrid, en París, en Londres, en Bruselas. Siempre éramos cuatro o cinco personas, así que las reuniones eran relativamente fáciles de organizar. Para mí, estar con ellos era una bocanada de aire fresco. En esas sesiones, me surgió la idea de montar un nuevo proyecto político. Pensaba en darle una segunda vida al

M-19, pero esos espacios, en últimas, solo sirvieron como un escape de la realidad.

En una ocasión fui hasta Capadocia, en Turquía. Cuando llegué ya era una región en guerra. Había conflictos por el lado de la antigua Yugoslavia y por el lado de Chechenia, en la frontera con la antigua Unión Soviética. Fue fascinante adentrarme un poco en la geopolítica turca. En ese viaje visité las ruinas de la ciudad de Éfeso, donde el apóstol Pablo escribió la Carta a los Efesios. Me conmovió recorrer los restos del gran estadio de los asirios caldeos. También estaban las construcciones griegas en un sitio hermosísimo llamado el castillo de algodón, donde además había unas aguas termales en la parte alta, desde donde se veía el mar Egeo y las cordilleras salpicadas con nieve. Los griegos, definitivamente, no se equivocaron en su manera de vivir.

Ese viaje a Turquía fue especial. Me emocionó sobremanera encontrarme en un país y en una región con tanta historia. Visité la casa donde se dice que se refugiaron María y el apóstol Juan, y donde este último escribió una parte de su evangelio. Esos sitios mágicos me trasladaron al mundo de los mapas que dibujaba de niño. A lo lejos, veía el estrecho del Bósforo y el mar Negro. Recuerdo haberme comprado un saco de marinero de ese cuerpo de agua, porque era un sitio que siempre había soñado con conocer.

Los viajes y los días que asistía a la Universidad de Lovaina me servían para escaparme de la embajada y, sobre todo, de Marulanda. Pero, después de un tiempo, encontré otra forma de ocupar el tiempo: los computadores. En 1995, llegaron a la embajada unos equipos Apple, que hoy serían unas reliquias. Yo había alcanzado a usar unos en Colombia, pero eran aparatos con sistemas operativos muy complejos que no se podían usar a menos que uno supiera un sinnúmero de convenciones de memoria. Los Apple, en cambio, eran fáciles de utilizar. Tenían la practicidad de las ventanas que tenemos hoy en día. Así que

un día compré para la casa un computador mucho más avanzado que los de la embajada. Para ese entonces, ya tenían pantallas a color. Aprendí qué era el internet y logré descargar la edición diaria de *El Tiempo*, una de las primeras páginas de internet que se hicieron en Colombia.

Había entrado al mundo moderno y, cacharreando, me familiaricé con el computador. Empecé a escribir artículos y a navegar la web. El aprendizaje me llevó a unas circunstancias muy especiales. El embajador, para poder imprimir sus documentos, conectó todos los computadores a la red de la embajada. Pocos funcionarios los sabían manejar tan bien como yo y, gracias a eso, logré meterme en los archivos de los demás empleados de la embajada. Más o menos, me volví un *hacker*. Un *hacker* rudimentario, pero en cualquier caso con acceso. Utilicé esa oportunidad para entrar al computador del embajador y, así, volver a mi lucha política. Lo que no sabía era que me había topado con una mina de oro.

En mis pesquisas descubrí muchas cosas. Una de las primeras fue la manera como la embajada y el Gobierno colombiano manejaban en el exterior los debates sobre derechos humanos. Para 1995, Colombia ya sufría una epidemia de masacres; de eso leía todos los días en el portal de *El Tiempo*. Me interesaba saber qué estaba haciendo Samper y también entender cómo había logrado que el mundo no conociera la terrible noche por la que atravesaba Colombia. En mi nueva actividad, me enteré de que los miembros del Partido Socialista Obrero Español, parlamentarios en la Unión Europea, habían ayudado al Gobierno colombiano a frenar los debates sobre derechos humanos.

Ese descubrimiento me sorprendió. No entendía por qué el Partido Socialista Obrero Español, del que tenía una idea mítica por la lucha en la clandestinidad de Felipe González, por la lucha contra el franquismo, por la época de la República, se había

aliado con lo peor de la sociedad colombiana y defendía las peores injusticias. Ellos no habían permitido que el mundo conociera el genocidio del pueblo colombiano y, además, sus altos directivos confabulaban con la oligarquía colombiana. Tanto ellos como mi jefe, el embajador Marulanda, habían sido clave para detener el informe Zeta, un documento que un grupo de ingleses e irlandeses iban a presentar a la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento Europeo. El texto revelaba el cobro de comisiones a la empresa Siemens por la construcción del Metro de Medellín. Al conocer el contenido del informe Zeta, entendí una parte fundamental de la política exterior de España respecto a América Latina. Independientemente de si el partido era de derecha o de izquierda, los negocios eran los negocios.

En el computador de Marulanda también me enteré de que su única función real como embajador era defender los intereses de las bananeras y del empresariado bananero colombo-ecuatoriano, que estaba ligado al paramilitarismo. Por eso mi propuesta de contratar una ONG para investigar las rutas de la trata de mujeres colombianas en esa región le sonó como una estridencia comunista. A él solo le interesaban dos cosas: los negocios del banano y defender al Gobierno colombiano de cualquier tipo de debate que se hiciera sobre derechos humanos.

Por esas fechas, en medio de la cruenta arremetida paramilitar que vivía Colombia, estalló el caso de la Hacienda Bellacruz, que era propiedad de mi jefe. Yo ya había recorrido ese predio en 1987, cuando dirigí el esfuerzo del M-19 en el nororiente colombiano. En esa época, viví de cerca la experiencia de las recuperaciones de tierra que llevaron a cabo los campesinos del sur del Cesar, una práctica que siguieron ejerciendo con el correr de los años. En 1996, un grupo de ellos se tomó parte de la hacienda de Marulanda y, a los pocos días, los terratenientes aliados con los paramilitares arremetieron con sangre y fuego contra los campe-

sinos. Salvatore Mancuso y sus hombres quemaron 250 ranchos y torturaron, desaparecieron y asesinaron a más de 200 civiles.

Como esa noticia y otras similares aparecían en los portales de *El Tiempo* y *El Espectador*, tomé la decisión de difundirlas en Bruselas. Imprimí treinta o cuarenta páginas y se las entregué a los contactos del embajador y otros que yo había conseguido. Quería impactarlos. Las noticias eran en español, así que, si llegaban a alguien que no conocía el idioma, hasta ahí llegaba su difusión. Pero esa fue mi manera de solidarizarme con la tragedia. Cuando el embajador se enteró de mi plan, intentó prohibirme el uso del papel y de la fotocopidora de la embajada, pero yo ya había emprendido un trabajo en función de la resistencia popular en Colombia.

Como parte de mi investigación también pude descubrir que la compra de los tapices de seda se había hecho con dinero público. Todas las compras aparecían con destino a la embajada, pero él se las llevaba a su castillo. Constaté, también, que el tapiz era diez veces más caro de lo que yo le había pedido para hacer la investigación sobre la trata de blancas. El final de mis pesquisas coincidió con mi decisión de volver al país. Antes, sin embargo, tenía que dejarle a alguien la información que había recopilado. Conocía a una persona, un funcionario del Parlamento Europeo de izquierda, que no me quería mucho, pero que era la persona indicada. Le entregué un fajo de documentos.

Marulanda cayó un tiempo después. No cayó por la masacre de Bellacruz ni fue juzgado por poner la embajada al servicio de los bananeros, sino por el tapete de hilo de seda que compró con dineros públicos y puso en su casa. Eso era lo de menos, pero por lo menos cayó por algo. Creo que Carlos Arturo Marulanda jamás me olvidará.

El regreso

Mi familia y yo regresamos a Colombia en 1997. Yo había renunciado a mi cargo en la embajada de Bruselas porque no quería seguir en Europa. Me sentía aburrido, nostálgico, con ganas de volver a la lucha política. Sentía que había cumplido mi ciclo en el extranjero. Me devolví, además, porque había estallado el proceso 8000 y quería aprovechar la oportunidad de trabajar con los sectores políticos que buscaban destituir a Samper, como en efecto ocurrió: a mi regreso conocí a Ingrid Betancourt; a Roy Barreras, un joven parlamentario brillante, y al señor Hernán Echavarría Olózaga, del grupo Corona.

Con Hernán Echavarría desarrollé una cercanía en poco tiempo. Me invitaba a su lujosa casa en el norte de Bogotá, una de esas privilegiadas casonas que tienen un jardín inmenso con árboles. Allí me contó sobre su vida. Él había sido keynesiano, funcionario público y le había propinado un golpe muy fuerte al sector bancario corrupto, el mismo que estaba en el Banco de Colombia en ese momento. En su juventud, había sido militante del Partido Comunista en Antioquia, pero por el paso de su vida y sus condiciones materiales de existencia, como diría Marx, había empezado a transitar hacia la derecha. Echavarría me presentó a más personas como él, todos parte del movimiento que quería librarse de Samper, pero desde una lógica golpista de derecha y no democrática.

Les planteé la discusión de la democracia. Les propuse hacer un referendo y una coalición con las centrales obreras. Yo había entablado una relación con Lucho Garzón, el presidente de la CUT, y me llamaba la atención que se formara una alianza de clases entre el empresariado y los obreros. Sin embargo, el grupo de Echavarría rechazó esa propuesta sin siquiera examinarla. Me di cuenta de que ellos hacían parte de una conspiración de élites de derecha, completamente separada del pueblo y sin entender que una postura de lucha contra la corrupción tenía que formularse con principios democráticos. Poco después me separé de ese grupo.

Por esas mismas fechas me volví a encontrar con José Cuesta y retomamos nuestras discusiones. Seguíamos empeñados en explorar cómo podíamos construir un planteamiento político alternativo en Colombia. Nos reunimos muchas veces. No sabíamos cuál era exactamente el paso por seguir, pero sí sabíamos que nuestro proyecto debía ocupar el vacío que había dejado el M-19 al volverse un partido convencional. Por casualidad, nuestras sesiones coincidieron con el fin de la primera alcaldía de Mockus, que renunció para lanzarse a la presidencia. Como ya habíamos derrotado una vez a Peñalosa, y como él se había vuelto a lanzar a la alcaldía, decidí volver a enfrentarlo; pero ya no por medio de otro candidato, sino a nombre propio.

Yo no tenía la envergadura política de Antanas Mockus. Pero aun así me sentía preparado. Cuando di a conocer mi aspiración bajo la bandera del AD M-19, —de un grupo que llamábamos Urbícolas— ningún medio me dejó registrar como candidato a la alcaldía. Eso se debía a que nadie sabía que yo me iba a lanzar. Así que no me quedó otra opción que sacar un panfleto muy mal diseñado y repartirlo en las esquinas. Lo más interesante de esos volantes es que incluían un programa que, en realidad, era el esbozo de

lo que sería la Bogotá Humana. En él estaban plasmadas mis preocupaciones ambientalistas, el resultado de mis estudios en la Universidad de Lovaina, pero aplicadas al contexto bogotano. No sabíamos mucho sobre el tema del transporte y, a decir verdad, el Transmilenio de Peñalosa nos parecía una idea avanzada. Nuestro conocimiento urbanístico era prácticamente inexistente. Aun así, redactamos un programa en torno a la relación entre ciudad y medio ambiente. El resultado fue una serie de ideas relativamente innovadoras que pasaron desapercibidas para la opinión pública, porque la campaña fue un desastre electoral. Saqué 7000 votos, mientras que Peñalosa ganó con más de 600 000. El establecimiento había luchado decididamente para que Moreno de Caro no fuera elegido.

Esa campaña electoral me dejó muchos aprendizajes. Me metió de nuevo en el contexto de las campañas políticas que había abandonado desde que partí a Europa en 1994. Me habría gustado obtener más votos, pero me satisfacía que por lo menos 7000 bogotanos creyeran en mí. Tras la derrota, hablé con Navarro, que acababa de salir de la Alcaldía de Pasto. Le propuse una idea. Él, por haber sido alcalde, había quedado inhabilitado para lanzarse al Senado, pero no a la Cámara de Representantes. Así que le sugerí que nos juntáramos para las próximas elecciones al Congreso. Él encabezaría la lista y yo le ayudaría; ni siquiera le propuse que me metiera en la contienda.

Navarro analizó la oferta y llegó a la conclusión de que esa era la mejor vía para reconstruir un movimiento político nacional. Entonces viajó a Bogotá a comienzos de 1998 para participar en los comicios, que se celebraban en marzo. Cuando nos vimos me propuso que me inscribiera de segundo en la lista. Me comentó que él no tenía mucha confianza en la cantidad de votos que pudiéramos obtener. Pero si él ponía entre 20 000 y 30 000, y yo aportaba los 7000 que había sacado en la carrera por

la alcaldía, pasaríamos el umbral y por lo menos él quedaría de representante. Comprendí sus cálculos y accedí.

Al comienzo de esta nueva campaña, me embargó una sensación de desespero. Había perdido mis últimas dos contiendas electorales y me daba miedo volver a fracasar. Temía que, si perdiéramos de nuevo, ese sería el final para todos nosotros. Decidí buscar alianzas y hablé con un grupo que también se estaba organizando para lanzarse a la Cámara. Entre ellos estaban el cineasta Sergio Cabrera, el periodista Ramón Jimeno y el político Juan Lozano. Se trataba de un conjunto bastante heterogéneo, pero yo sentía que, de su mano, podíamos hacer crecer un proyecto democrático.

De Cabrera me hice amigo rápidamente. Su padre, Fausto, había militado en el EPL y Sergio había pasado su adolescencia en la China de Mao antes de volver al país y unirse a la lucha de su padre en los montes de Antioquia. Así que compartíamos muchas opiniones de izquierda. Jimeno, por su lado, también había tenido un periplo progresista. Un día, Navarro y yo nos reunimos con ellos en un apartamento. Cuando entramos vimos que los acompañaba un hombre muy apuesto, que me recordó a Pizarro. Nos dijo de entrada que no quería hablar de política, que él era profesor de matemáticas y que solo había asistido a la reunión para conversar con sus amigos. Ese hombre se llamaba Sergio Fajardo. Nosotros habíamos llegado con una idea, y después del saludo, se la planteamos: yo renunciaría al segundo renglón para que Cabrera lo ocupara y así uniéramos listas. Si él la hubiera aceptado, otra habría sido mi vida. Pero la rechazó, y entonces Navarro y yo nos fuimos. Recuerdo que, de camino a la puerta, oí a Fajardo preguntarle a Jimeno: “¿Y ese señor quién es?”. Jimeno le respondió: “Es un señor del M-19”.

Hicimos una campaña muy bonita. Creo que Navarro fue el de la idea de escoger el amarillo como nuestro color, porque

William Ospina había hablado de la franja amarilla como la franja de los excluidos. Nos pusimos a entregar naranjas. Las conseguía en Corabastos, un lugar que conocía bien porque durante mi paso por el M-19 había desarrollado un trabajo popular con los vendedores de la gran plaza mayorista de Bogotá. Además, a mi regreso de Europa me había articulado con ellos para crear la Bodega Popular, un espacio donde la gente podía vender como los mayoristas, pero con más dignidad, bajo un techo. Ese proyecto fue una de mis luchas y me granjeó muchísimas simpatías. Durante la campaña se convirtió en una de nuestras bases de apoyo. Otra era los vendedores de lýchigo de Corabastos, que tenían influencia en barrios como Puerto y Patio Bonito, donde muchos de ellos vivían. Así surgió la idea de regalar naranjas en las esquinas mientras entregábamos nuestra propaganda. Esa fruta, por su color, combinaba muy bien con nuestra idea de la franja amarilla.

Navarro, mucho más conocido que yo, fue muy exitoso en las fechas previas a las elecciones. De su mano, volví a recorrer Bogotá y aprendí bastante sobre cómo se hacía una campaña. Mis intentos anteriores, a decir verdad, no habían mejorado mayor cosa mi reconocimiento entre la gente. Cuando salía a caminar por una calle con Navarro para repartir boletines, la gente se iba detrás de él y yo me quedaba a solas en alguna esquina. No me producía celos, sino admiración. Me gustaba que de nuevo estuviéramos generando ruido en las calles de la capital.

Cuando llegó el día de las elecciones, el resultado fue fenomenal. Fuimos la lista más votada en Bogotá. Obtuvimos más de 150 000 votos. Le ganamos a María Isabel Rueda y triplicamos la lista a la que pertenecía Cabrera. Fue un golpe contundente por parte de los progresistas, que logramos sacar una mayoría en la ciudad. Nos llamábamos Vía Alterna. Al Senado fueron elegidos Jaime Dussán, Avellaneda y Jorge Enrique Robledo, que por

primera vez había conquistado una curul. Había hecho una buena campaña a la Gobernación de Caldas, y los caldenses le reconocieron su trabajo en defensa del café. Samuel Moreno Rojas, por su parte, había sido elegido por el lado de la Anapo. Y la CUT, con Lucho Garzón, había apoyado la candidatura de Carlos Gaviria, que también logró una curul. Como resultado, las fuerzas del aparato legislativo no solo iban a ser liberales o conservadoras; otros movimientos habían ganado impulso. Fue un triunfo electoral que le abrió la puerta a la construcción de un movimiento político más independiente.

La sensación de entrar de nuevo al Congreso fue extraña. Cuando salí derrotado en el 94, creí que nunca más iba a volver. Al regresar cuatro años más tarde, después de haber salido del país, de haber conocido el mundo, de tener experiencias fracasadas, como la de la campaña a la Alcaldía de Bogotá, me encontré con que el sistema, en verdad, no había cambiado. A pesar del surgimiento de una ola progresista, la mayoría de los parlamentarios seguían siendo los mismos: entraban con las mismas lógicas para hacer lo de siempre. Y mi respuesta fue igual que antes: debatir,

* * *

Durante esos años como parlamentario, hubo varios debates determinantes en mi carrera y que me marcaron. Los más importantes fueron el debate sobre el borde norte de Bogotá, el de Banpacífico y el del paramilitarismo en Colombia.

En 1998, organizamos el primero de ellos. El objetivo era discutir la expansión urbanística en el norte de la capital. Para ese debate recurrí a ideas que ya había esbozado el año anterior, durante mi frustrada campaña por la Alcaldía de Bogotá. Desde

ese entonces, había intentado proponer una visión que articulara coherentemente el medio ambiente y la ciudad.

Para entender este debate es importante comprender los matices de la propiedad de la tierra en el país, y la relación entre la urbanización y la economía. Bajo los criterios de la economía política, la captura de rentas es muy diferente a la ganancia productiva. Uno de los móviles que ha impedido el desarrollo industrial del centro del país, de ciudades como Bogotá, ha sido la falta de producción de riqueza en tierras posiblemente urbanizables. La riqueza solo nace de la producción, pero parte de la inversión se desplaza hacia la compra de tierras urbanizables, a las que se les sube artificialmente el precio cambiando su uso. Por otra parte, el traslado de riqueza en esas tierras está limitado a un grupo de personas que durante generaciones se ha enriquecido con poseerlas y valorizarlas a partir de decisiones públicas y políticas.

Este modelo nocivo lo impuso el alcalde Fernando Mazuera, cuando los alcaldes eran elegidos por el presidente, más o menos en el año 51. Mazuera imitaba estructuras que se estaban tratando de frenar en todas las ciudades modernas del mundo y que permitían que determinados patrimonios se beneficiaran de la valorización, gracias a las decisiones de un Estado cuestionable. El trazado de una carretera es un buen ejemplo. Estas personas compraban las tierras circundantes a muy bajo precio y después las vendían a uno muy alto debido a la valorización de la carretera. Ese era el modelo que construían siendo funcionarios.

Mazuera no solo implementó dicho modelo alrededor de la valorización de la tierra, sino que de manera paralela inició otro proceso alrededor del transporte. Bogotá ya tenía en desarrollo un tranvía eléctrico, derivado de los de tracción animal, pero él los destruyó para darle pie a medios de transporte movidos por combustibles e hidrocarburos que él mismo importaba. También

fue el mayor importador de taxis y buses de esa época y fue uno de los mayores especuladores de tierras en la historia de la ciudad. Mazuera construía alrededor de la especulación inmobiliaria. De ahí se desprenden las dos formas puramente rentísticas de enriquecimiento de las élites.

En la capital existen dos visiones de la construcción de riqueza. Por un lado, están las élites que se enriquecen por la valorización de la tierra. Por el otro, los pequeños empresarios que subsisten por cuenta propia. Estos pequeños empresarios laboran en los garajes de sus casas, en talleres o zapaterías del Siete de Agosto, del Restrepo, de los barrios de confecciones como el Policarpa Salavarrieta y de aquellos ligados a los centros de acopio y venta al por mayor de alimentos.

Son dos lados de la misma moneda. Pero uno de esos lados indudablemente está cimentado en conocimientos populares y trabajo, y ha tenido que vivir las oleadas de inmigración que llegan por la violencia. Bogotá ha crecido como una especie de árbol con anillos concéntricos: cada anillo es una radiografía de las violencias del país. Es la ciudad donde se ubica el desplazamiento que ha generado riqueza a partir del trabajo y la producción de la pequeña empresa.

Las élites santafereñas, por su lado, han determinado buena parte de la política y se han enriquecido gracias a ella. El caso del transporte público en Bogotá es un fiel reflejo de su enriquecimiento. Dada la magnitud de la ciudad, el transporte público recauda diariamente tanto dinero como el banco más grande del país, pero ocurre lo mismo que con la especulación inmobiliaria de obras y su relación con las decisiones públicas. Ambos métodos fueron impulsados y consolidados por el mismo alcalde filofascista: el señor Mazuera. En mi debate, la intención era exponer uno de esos últimos desarrollos durante el gobierno conservador de Andrés Pastrana (1998-2002).

El presidente y sus amigos en el Gobierno estaban implementando la misma escuela de Mazuera. De hecho, una de las beneficiarias era la señora Kling Mazuera, descendiente del antiguo alcalde. El sistema, increíblemente, era el mismo. Peñalosa, en ese momento, quería una expansión urbana de 4000 hectáreas al norte de la ciudad. Y, en parte gracias a nuestro debate, logramos frenarlo y crear en esas tierras la reserva Thomas Van Der Hammen. Pero, paradójicamente, los amigos de Pastrana crearon una bolsa de terreno de 400 hectáreas más al norte de la reserva, en una zona llamada San Simón, nombrada así por una antigua hacienda.

Esa tierra había sido previamente comprada por ministros, familiares y amigos de Pastrana. Uno de esos amigos era Jaime Ruiz, el editorialista de *El Tiempo*, que era el director de Planeación de ese gobierno. En ese momento aprovecharon el poder público que tenían y el conflicto que se había generado entre Peñalosa y la CAR, que trataba de impedir la expansión urbanística del alcalde, para presionar y expedir una resolución que permitiera la urbanización de esas 400 hectáreas. No solo lo consiguieron, sino que quedó estipulado que esa sería una zona de alta densidad.

Este episodio me permitió entender el panorama local. Pero no de cualquier territorio, sino de uno muy importante para Colombia en términos económicos: el de la capital de la República. Me permitió, también, tener una radiografía del poder, o de lo que yo llamaba "la microfísica del poder", parodiando a Foucault. De esa discusión surgieron tres debates específicos: el del sector financiero, el de las tierras y el de los cupos clandestinos de contratación para los contratistas. Todos involucraron al mismo Gobierno: el de Andrés Pastrana.

Como los responsables eran miembros de la élite conservadora santafereña, la prensa los trató muy bien. Pero en los

debates quedó evidenciada, a todas luces, su actitud delincuen-
cial. No estábamos hablando de una discrepancia en cómo
implementar una política pública, sino de un grupo de perso-
nas que había perpetrado un robo usando al Estado y sus recur-
sos para enriquecerse de manera ilícita. Los tres debates, sin
embargo, nunca condujeron a una investigación judicial, por-
que el fiscal conservador Luis Camilo Osorio, muy amigo del
grupo, se encargó de impedirlo.

Si la prensa los ayudó en todo el proceso, en cambio a mí me
trató de desprestigiar. Los grandes medios creían que yo mentía
y que me inventaba las pruebas. Nunca les dieron crédito a mis
debates y jamás investigaron mis acusaciones. Yo entendía la razón:
el blanco de mis denuncias no era otro que la élite de la ciudad;
personas prestantes como Luis Alberto Moreno, el canciller
Fernández de Soto o el esposo de la señora Kling Mazuera.
La prensa los protegía, porque eran del establecimiento.

Sin embargo, tan pronto algún fiscal anunciaba que se abri-
ría una investigación en mi contra por falta de méritos, todos
los medios propagaban la noticia. Su intención era construir
una narrativa de que yo era un mentiroso. En una ocasión,
El Tiempo me atacó con un nivel de encono que no me esperaba.
Durante el debate sobre el norte de Bogotá, un editorial de ese
periódico pidió públicamente que me arrestaran por mis denun-
cias. Después descubrí que el editorialista Jaime Ruiz no era el
único implicado en la especulación de tierras, sino también
miembros de la familia Santos, que eran propietarios de lotes en
San Simón. Cuando ventilé este hecho en público, los ataques
del periódico cesaron de inmediato.

En 2002 me lancé de nuevo a la Cámara, esta vez encabe-
zando la lista de Vía Alterna. Logré la mayor votación. Mis deba-
tes me habían dado tal figuración en la opinión pública que me
permitió ganar con apenas 74 votos menos que Antonio

Navarro. Eso me ubicaba en la palestra de los dirigentes políticos del país. Fue una votación que, si se examina desde un esquema social, era básicamente popular. Descubrí, entonces, un fenómeno que me llamó poderosamente la atención y del que me sentí orgulloso. Mi rival más cercana en ese momento era Gina Parody. Ella venía de esas candidaturas que yo llamo “de club”, del estrato cinco y seis de Bogotá, de las élites. Yo no solo le gané con toda la prensa en mi contra, sino que el esquema social de la votación me dio un mensaje fundamental: entre más pobre era el barrio, más ganaba yo, y mientras más rico el barrio, más ganaba ella. Es decir, en Bogotá ya empezaba a aparecer una selección política que buscaba intereses sociales, que no eran únicamente diversos, sino antagónicos.

Ese mismo año presenté el debate sobre el paramilitarismo. Empezó como una discusión sobre los cupos indicativos o auxilios parlamentarios por la Constitución, pero terminó con un mapa que mostraba la coincidencia entre recursos públicos que se robaban y la conformación de las organizaciones paramilitares. Concluí afirmando que el paramilitarismo se estaba financiando en Colombia con dineros públicos.

Sin embargo, antes de adentrarme del todo en ese debate, es importante enmarcarlo propiamente. Y, para eso, debo contar la historia de la vez que conocí al líder paramilitar más conocido del país.

Los debates del Banco del Pacífico, del borde norte de Bogotá y de los cupos secretos de contratación a congresistas hicieron, sin que supiera, que algunos de estos políticos pidieran la intervención del fiscal general, amigo de ellos, Luis camilo Osorio, contra mí. Pero la cúpula de la Fiscalía, en vez de iniciar alguna investigación jurídica contra mí, inició un *lobby* sobre Carlos Castaño, el jefe del paramilitarismo, para que me matara. Yo desconocía por completo esos caminos oscuros. Mi vida ya

estaba en la mesa de los asesinos, ya habían lanzado los galgos asesinos, ya estaba el dinero puesto e incluso ya se entrenaban los asesinos en un establecimiento militar. Mientras tanto, yo vivía una tragedia personal. Mi matrimonio había entrado en crisis. Había llegado a la conclusión de que tenía que partir. Inicié la separación y entregué todos los bienes. Entregué la que por ese entonces era mi segunda biblioteca —la primera se perdió cuando me fui a la clandestinidad—, entregué la casa que había hecho en el lote de mi familia en Cajicá, entregué todo lo que tenía. En el periodo de la crisis matrimonial, había decidido buscar el amor, construía nuevas relaciones, exploraba: Ángela, Érika. Quería volver a amar. Exploraba y exploraba hasta que, en Sincelejo, conocí una mujer muy pero muy hermosa, que me recordó de nuevo a Alejo Carpentier y su bailarina rusa en el Caribe, y a las valquirias, porque cerca de mí sonaban los vientos de la muerte.

Mi reunión con Carlos Castaño

En el año 2000 me hicieron una invitación para hablar con los paramilitares. En un comienzo rechacé la oferta, pero con mi equipo en Bogotá evaluamos si era conveniente sostener esa reunión. Desde mi época en el M-19, siempre habíamos priorizado el diálogo con nuestros enemigos así que, después de analizarlo en detalle, accedí. Le pedí su consejo al hermano de Germán Castro Caycedo, que estaba al frente de la Defensoría del Pueblo. Él me dijo que fuera acompañado a la reunión de Castaño. Me mencionó a Milene Andrade, la defensora de Córdoba. Me pareció una buena idea, porque ella me podía proteger incluso desde un punto de vista jurídico.

También consulté a Angelino Garzón, quien ya había hablado con Carlos Castaño. Su consejo fue que hablara con mucha firmeza desde el comienzo, porque el líder paramilitar se disminuía ante las personas con convicciones fuertes. Con esa sugerencia en mente volé de Bogotá a Sincelejo. Allí se encontraba Verónica, mi novia de entonces, y ella manejó el carro que me llevó de manera clandestina hasta la casa de Andrade en Montería. Yo había asumido que ella, al ser una trabajadora del Estado, me iba a prestar su cobertura para que me sintiera seguro durante la riesgosa entrevista. Pero, más adelante, cuando hice mis investigaciones sobre el paramilitarismo,

descubrí que ella hacía parte del proyecto paramilitar. Mejor dicho, sin saberlo me había metido en la boca del lobo.

Pero, claro, en ese momento yo no sabía que Andrade estaba bajo las órdenes de los Castaño. Para mí solo era una empleada común y corriente de la Defensoría del Pueblo. Incluso, al llegar a su casa, conocimos a su esposo. Todo nos pareció normal. Así que me despedí de Verónica y le avisé que, si llegaba a demorarme más de la cuenta, seguramente estaría en poder de los paramilitares. Andrade y yo salimos y nos montamos en un *jeep* viejo que había venido a recogernos. Camino a la reunión, oí en la radio que habían secuestrado a Carlos Alonso Lucio, un antiguo militante del M-19. Yo me dirigía a hablar con Carlos Castaño, y nadie podía asegurarme que no me iba a suceder lo mismo que a Lucio. Ese día, los paramilitares tenían el poder de matar a dos pájaros de un tiro.

Las canciones que sonaron en la radio del carro me tomaron por sorpresa. Ignoraba que, para entonces, las emisoras de Córdoba ya no transmitían vallenato o porro, un género oriundo de la zona que me encanta. En cambio, solo sonaba música norteña, del norte de México. Era evidente que la nueva música hacía parte de un cambio cultural más profundo, ligado a la nueva realidad de una sociedad que estaba profundamente paramilitarizada y gobernada por el narcotráfico. Era como estar presenciando una especie de invasión en la cultura popular.

Ni Andrade ni el conductor sabían que yo era oriundo de Ciénaga de Oro y que, por eso, sabía por dónde me llevaban. Traté de grabarme la geografía en mi cabeza para ubicarme. El primer recorrido fue por una carretera pavimentada, parte de la ruta que conecta a Montería con Tierra Alta. Conocía esa vía porque mi tío, Álvaro Petro, tenía una pequeña finca en la zona. De hecho, pasamos al lado de la entrada. Cuando la vi sentí el deseo de bajarme del carro y quedarme allí. Un tiempo

después, calculé que estábamos cerca de Tierra Alta, pero entonces el carro giró a la derecha. Yo sabía que, pronto, tendríamos que cruzar el río Sinú, y efectivamente así fue.

Atravesamos el río en un planchón. Los que lo manejaban tenían camisetas de las Fuerzas Militares, pero eran paramilitares. Pensé que, a pesar de no saber nadar, de pronto me tocaría tirarme al agua. Si lograba aferrarme a un tronco, sobreviviría; conocía la geografía y sabía qué había aguas abajo. Por fortuna, no necesité de mi plan de escape. Después de cruzar el río, pasamos por un caserío donde se veían niños muy pobres, flacos y en las calles. Cruzamos grandes ganaderías. Se notaba el influjo latifundista, el control paramilitar. Empezó un ascenso por la serranía y, mientras tanto, yo hacía cálculos para saber cuál podía ser. La cordillera Central se divide en tres serranías cuando llega a Córdoba: Abibe, San Jerónimo y Ayapel. Supuse que estaba en San Jerónimo y, cuando llegamos al filo, empecé a ver los filos de las ametralladoras de mis anfitriones. Nos bajamos en una hacienda. Me percaté de que, mientras la guerrilla se movía por trochas y montañas, el paramilitarismo se movía en camionetas y entre grandes haciendas.

Me recibieron con un plato de sopa. Había un muchacho muy joven que oficiaba como relacionista público. Yo estaba un tanto nervioso, pero recordaba la frase de Garzón: tenía que ser firme. Me dejaron en un cuartico con Andrade. En algún momento, comenzó una reunión en un quiosco de la finca. No alcanzaba a ver los rostros de las personas reunidas, pero debían ser unos treinta o cuarenta, todos bien vestidos. Supuse que eran ganaderos o latifundistas del departamento. A mí me llevaron a un cuarto y, minutos después, entraron los que eran integrantes de la cúpula del paramilitarismo. No reconocí a muchos, pero al lado de Castaño había un hombre muy gordo, tal vez Don Berna o Monoleche. Castaño empezó a hablar y a

repetir que Córdoba había llegado a su estado natural gracias a ellos. Esa misma frase se la había escuchado por radio al presidente de la Federación de Ganaderos de Córdoba, que también terminó relacionado con el paramilitarismo.

Si ese era el estado natural de las cosas, ¿qué era lo “anormal”? ¿El movimiento campesino, la insurgencia armada, la lucha popular cordobesa? Por otra parte, ¿a qué se referían con la palabra “natural”? ¿A ser terratenientes y tener cabezas de ganado? Entonces les aseguré, con voz firme y sin que se me notara el miedo que sentía, que ese no era el estado natural de Córdoba. Yo conocía ese departamento desde mi infancia, así que me pronuncié un discurso sobre la imposibilidad de generar desarrollo con un proyecto latifundista que engordaba a las vacas, pero no a los niños hambrientos.

Castaño respondió a mi discurso con otro sobre Cuba. Seguramente suponía que yo era una especie de apéndice del régimen castrista. Volví a responder con firmeza y entonces descubrí al Carlos Castaño del que me había hablado Angelino Garzón. El hombre se empezó a desmoronar ante mí. Se notaba que, en el fondo, era una persona débil mentalmente, que se diluía ante contrincantes con convicciones e ideas profundas. Al cabo de unos minutos ya tartamudeaba y retrocedía. Sus supuestos subordinados militares lo interrumpían y hablaban en su lugar. Uno, incluso, le quitó la palabra, lo silenció y, para acorralarme, se jactó de que conocía mucho sobre la vieja izquierda. Yo no me dejé encerrar, pero sí comprendí que Carlos Castaño no era el jefe del paramilitarismo. Era apenas una figura que ponían ante las cámaras y las personas vulnerables para asustar.

Cuando entendí ese hecho, me empecé a sentir un poco más seguro. De todas maneras, yo ya había trazado en mi cabeza una ruta de escape. Quizás habría sido suicida, porque toda la hacienda estaba rodeada de hombres armados, pero intuía que, si salía de

noche, podía burlar el cerco de escoltas. Después solo tendría que bajar por la serranía para encontrar de nuevo el río Sinú.

Transcurridas dos horas de la reunión, yo seguía sin entender para qué me habían citado. No me habían propuesto nada. Tal vez solo querían conocerme o quizás no se atrevían a proponer nada. En algún punto pensé que me iban a decir que yo era un secuestrado más y que Lucio se encontraba amordazado en la habitación de al lado. Pero, de pronto, se calmaron los ánimos, quizás por la presencia de la defensora, y decidieron dejarme ir. Hacia las horas de la tarde me montaron de nuevo en el *jeep*. Llegamos a la casa de Andrade en Montería y nos despedimos. Minutos después, Verónica y yo partimos hacia Sincelejo.

En su momento, para mí fue difícil encontrarle un sentido al episodio. Sin embargo, más adelante, cuando descubrí que existía una operación militar en mi contra, entendí que esa cúpula probablemente estaba dividida y no sabía si ejecutar el atentado. Hoy tengo la sensación de que Castaño no quería matarme y que, a su manera, pensaba que me debían respetar. En la reunión yo había hablado con mucha vehemencia sobre la posibilidad de un proceso de paz con los paramilitares, y creo que por eso él quería dejarme vivir. Para entonces ellos ya contemplaban la opción de la paz y, pocos años después, el gobierno de Uribe se sentó a negociar con ellos; pero no la paz, sino su legalización.

La propuesta que les hice era distinta. Yo no tenía en mente el proceso del M-19 en Santo Domingo. Ellos no eran, a fin de cuentas, un actor político, sino un actor narcotraficante con poder político. Y, por eso, el proceso de paz de ellos no podía ser como el de un actor político armado. Esa noche le dije a Castaño: "Señor, si usted no hace un proceso de paz, sus propios hombres lo van a matar. Porque el narcotráfico se carcome a sí mismo. Usted va a quedar prisionero tanto del narcotráfico como de sus propias fuerzas. No será la guerrilla, no será la

izquierda, no será la posibilidad de un cambio político lo que lo va a matar. A usted lo va a matar su gente”.

Aquel día sentí que, para Castaño, yo podía ser útil en el futuro, y por eso defendió la tesis de no asesinarme. Por eso, creo, salí de la hacienda ubicada en las alturas de la serranía. Pero había otra ala del paramilitarismo que desconocía y que posiblemente ya me tenía en la mira. Se trataba de los hombres al mando del bloque Tolima. La muerte de Carlos Castaño a manos de su hermano Vicente, quizás fue producto del temor que sintieron los grandes narcotraficantes ante la posibilidad de una negociación con las autoridades norteamericanas. Carlos Castaño ya había iniciado esos contactos y esa posibilidad no era bien vista por muchos. Porque el hombre que yo había conocido en Córdoba y que había tartamudeado frente a mí acababa de tener a una hija que había nacido muy enferma y, tal vez, por eso había empezado a ver al país con ojos distintos.

Hoy considero que la reunión no tenía lógica. Ellos no habían pensado en hacerme ningún tipo de propuesta. Solo querían conocerme para atemorizarme y, finalmente, cooptarme. Quizás esa era su intención de fondo. Aunque sus ideas eran bastante inconexas e incoherentes, trataron de hablarme acerca de una izquierda buena y de una mala. Tuve la sensación de que ellos me querían encasillar; que yo les dijera que pertenecía a la izquierda buena para usar eso de gancho y ponerme a su servicio. Su intención no era conocer mis ideas, sino la de convertirme en su aliado. Ellos no querían matarme, como llegué a pensar. Por el contrario, deseaban vincularme a su proyecto y que yo me convirtiera en un elemento clave para su proceso de paz.

No fue sino hasta años más tarde que me convertí en un objetivo militar de ellos, cuando mis debates se tornaron incómodos y peligrosos para su organización. Pero, ya en ese momento, para ello se volvió difícil asesinarme. El Gobierno

estaba arrinconado y el escenario internacional jugó un rol de presión importante, en particular los Estados Unidos. Muchos se sorprendieron de mis relaciones políticas con ese país. Era un momento muy crítico y varias personas de origen estadounidense me dijeron que era importante que yo fuera a Washington. Me organizaron una reunión con el demócrata Edward Kennedy, al que conocí y con quien me tomé una foto. Él me dijo que yo era un hombre valiente. No sé qué tanto sabría de mí, pero yo sí conocía algo de su historia. Sabía que su familia tenía un pasado de inmigrantes irlandeses y que ellos eran demócratas radicales. En cierta forma, él aún era un demócrata radical. Kennedy se había enterado de mis debates contra el paramilitarismo en Colombia y de que me habían puesto al filo de la muerte. Así que preparó una carta con 40 firmas de congresistas norteamericanos y se la mandó a Álvaro Uribe exigiendo mi protección. Creo que Edward Kennedy salvó mi vida.

En ese viaje a Estados Unidos también me reuní con una serie de organizaciones de derechos humanos que me confirieron un premio por mis debates contra el paramilitarismo. Me entregaron una medalla y hubo un acto hermosísimo que me conmovió. Hubiera querido recibir ese homenaje de la sociedad colombiana, del Congreso de la República de Colombia, pero en cambio me lo otorgaron los norteamericanos. Guardo esa medalla con mucho cariño en mi oficina.

Al regresar al país publiqué la foto que me había tomado con Kennedy, pero ningún medio le prestó atención. Yamid Amat fue el único que la comentó en su noticiero. Creo que les sorprendió, y seguramente se les revolvió el estómago al pensar que el llamado comunista Petro era ahora un protegido de Ted Kennedy. Muchos intentaron calumniarme por mi relación con una parte del establecimiento norteamericano. Dijeron que yo era protegido del filántropo húngaro norteamericano George

Soros, una absoluta falsedad. El MOIR, de hecho lanzó un ataque, incluso llegó a asegurar que yo era de la CIA. Pero, más allá de eso, mi periplo por la política norteamericana congeló cualquier posibilidad de asesinato en mi contra.

Los paramilitares con los que me reuní en el 2000, así como otros que aparecieron más adelante, como Salvatore Mancuso, terminaron respetándome. Esos hombres, hoy presos en cárceles de Estados Unidos, se sintieron traicionados por su aliado político y sintieron que cometieron un grave error al confiar en Álvaro Uribe. Esa traición les ha hecho reflexionar sobre el papel que tuvieron en el genocidio en Colombia y en la forma como fueron usados por el establecimiento. Por eso, años más tarde, Mancuso confesó que el paramilitarismo no fue más que un proyecto del Estado. Por supuesto, el Estado lo niega, pero participó en el genocidio del pueblo de Colombia, en las muertes de más de 100 000 colombianos asesinados a partir de la fuerza vertebrada del establecimiento político y económico del país. Y no deja de resultar paradójico que hoy los paramilitares sientan que la única posibilidad de paz real en Colombia es con Petro, ese personaje al que quisieron asesinar.

Un presidente paramilitar

El narcotráfico es un salto que tratan de dar algunos integrantes de los sectores populares en Colombia para ascender rápidamente en la escala social. Este fenómeno refleja la configuración de una sociedad de castas, que en el país se llaman estratos. Es una denominación tecnocrática, pero en realidad se refiere a una serie de guetos sociales similares a los de India y que imposibilitan la movilidad social. Solo cuando se rompen las reglas, se logra una movilidad. En este sentido, el antecedente directo del narcotráfico eran las revoluciones, que buscaban romper con el *statu quo* en nombre de la justicia social y la igualdad.

Después del fracaso de la reforma agraria de Carlos Lleras Restrepo a finales de los años sesenta, y de la retoma terrateniente de la política agraria de Misael Pastrana en los setenta, la idea de la revolución se transformó en Colombia. El deseo por la justicia social se reemplazó por un camino mucho más fácil, producto de una cultura parroquial, moralista, de estirpe protestante de los Estados Unidos, que llevó al alza los precios de las drogas y se convirtió en una oportunidad para algunos sectores populares. Para muchos colombianos, las actividades relacionadas con el tráfico de esas sustancias representaban una salida rápida de la exclusión económica. Así, personas antes estancadas pasaron a convertirse en los más poderosos del país.

Los narcotraficantes trataban de mantener sus excedentes económicos atesorados. La expresión “atesoramiento” es instrumental, porque en economía política implica una negación del capitalismo. En los fundamentos del capitalismo, el dinero no se atesora, sino que se invierte. El dinero se convierte en dinero capital, porque pasa por un proceso productivo para su valorización. En Colombia los narcotraficantes empezaron a recibir, gracias a la prohibición de las drogas en Estados Unidos, unas sumas astronómicas, que simplemente atesoraban, guardándolas en caletas o debajo de los colchones de sus camas. Los colchones, sin embargo, no daban abasto y, por tanto, ellos tenían que construir casas exclusivamente para guardar los barriles de billetes. Por eso nació la necesidad de lavar dólares, para poderlos meter en circuitos económicos y así usar el dinero. El lavado de dinero se volvió toda una empresa con tecnologías propias, y el primer elemento fue la tierra. El Estado jugó un rol importante en esta economía a través de la contratación pública y el manejo del presupuesto.

La acumulación en tierras impulsó al sujeto terrateniente hacia instancias superiores de poder y de supremacía social que no existían desde la época de la esclavitud y de la colonización española. En esos años, la concentración de la tierra en manos de unos pocos individuos creció significativamente. Cuando yo era niño, alguien con 3000 hectáreas era considerado un terrateniente, y alguien con 10 000, un cacique. En la época del narcotráfico, la posesión de tierras saltó a 100 000 y 200 000 hectáreas por persona, e incluso una banda narcotraficantes alcanzó a poseer un millón de hectáreas. Echavarría, al referirse a este fenómeno, hablaba de que los narcotraficantes preferían la tierra por encima de la liquidez. Para Keynes, esa práctica obstruía el desarrollo del capitalismo. El narcotráfico impulsó esa preferencia de manera espectacular y, así, el terrateniente se vol-

vió un sujeto con muchísimo más poder que antes y con mayor representación en el mundo político y en el de las leyes.

El terrateniente, mejor dicho, no solo se había convertido en el dueño del poder local. También había adquirido una influencia desmedida dentro de los poderes nacionales y había logrado subyugar incluso al incipiente capitalismo industrial de Colombia, que pacíficamente cedió los espacios del poder. Un buen ejemplo es lo que ocurrió con el Grupo Empresarial Antioqueño y otros grupos industriales en Bogotá. Ellos apoyaron los candidatos del poder terrateniente, que ya se habían paramilitarizado y que, por ende, representaban una especie de narcofeudalismo moderno disfrazado bajo la ideología del gran poseedor de tierras, un fenómeno verdaderamente anacrónico y supremamente reaccionario.

Ahora, ¿cuál era el fin de tener tanta tierra? Bajo la nueva lógica impulsada por el narcotráfico, el valor de la tierra es su renta, pero en Colombia esa renta pasó a ser lo que yo llamo la renta cocaineira. La tierra había dejado de tener valor económico en términos de productividad y, en cambio, había adquirido un valor político. En otras palabras, el que tenía tierras tenía el poder en su municipio y podía controlar a la población. Es aquí donde surge la figura de Álvaro Uribe Vélez.

* * *

De acuerdo con ciertas investigaciones, Alberto Uribe Sierra, el papá del expresidente, no era un hombre adinerado. Hacía parte del sector popular del municipio donde vivía y allí desarrollaba algunas actividades cívicas, junto a un frente de seguridad ciudadana. Uribe, según esa teoría, no viene de la oligarquía y, por eso, las élites colombianas incluso hoy lo ven como un ser

extraño. Sin embargo, al igual que el narcotráfico, Uribe y su familia crecieron económicamente de manera acelerada y se convirtieron en grandes poseedores de tierras. Según un informe de la inteligencia de Estados Unidos, el padre de Uribe Vélez era muy cercano de Pablo Escobar; y por eso el jefe del cartel de Medellín, a través de avisos y una campaña publicitaria, lamentó su muerte en 1983.

Uribe Sierra no solo tenía relaciones con Escobar, sino con el clan de los Ochoa Vázquez. Ellos, en algún momento, llegaron a ser más poderosos que Escobar y fueron los verdaderos fundadores del movimiento Muerte a Secuestradores (MAS), el primer grupo paramilitar del país, a comienzos de los años ochenta. Los nexos que unían a la familia Uribe con los integrantes del cartel de Medellín llevaron a que el expresidente creciera en un mundo de negocios, caballos de paso fino y grandes ganaderías de toros de lidia, que era una de las formas de lavado de dólares de esa mafia.

Los narcotraficantes solían comprar ganaderías, equipos de fútbol, reinas de belleza, modelos y mujeres del *jet-set* como parte de sus pasatiempos, pero fundamentalmente compraban tierra. Uribe Vélez heredó una enorme cantidad de tierra de su padre, un hombre que, al final de su vida, pertenecía al estrato terrateniente, compuesto por unas 2000 personas en todo el país. Un grupo pequeño que poseía la mayor parte de tierra fértil de Colombia, a pesar de que no la tenían como instrumento de producción. Porque el poder de las grandes extensiones era otro: les permitía labrar un camino para controlar las alcaldías de elección popular y las gobernaciones. De esta manera, se construyó un régimen local, gracias a una fusión entre familias políticas que poseían tierras y el narcotráfico. En Antioquia, esta alianza, por orden de Pablo Escobar, empezó a formar ejércitos. Y, así, los narcotraficantes pasaron de ser grandes terratenien-

tes a controlar clanes urbanos, que crecieron por medio de la repartición de dinero en barrios populares.

Otro de los intereses de los narcotraficantes era tener tierras ubicadas estratégicamente, que les permitiera la salida en masa de toneladas de cocaína por el mar. Por esa razón, los golfos que son importantes para ese tipo de actividad, se volvieron muy importantes, sobre todo en el Caribe, donde se articulan Antioquia y el Caribe colombiano. Ese lugar se conoce como “la mejor esquina” y está compuesto por el Urabá antioqueño, Córdoba, Sucre, el golfo de Urabá y el golfo de Morrosquillo. Todas las alcaldías de esos municipios cayeron eventualmente en manos de las organizaciones narcotraficantes, que compraban los votos, instalaban sus ejércitos privados y, finalmente, amenazaban y asesinaban a quienes se oponían.

La alianza entre el ejército, el narcotráfico y los clanes políticos produjo una serie de sociedades totalitarias con control absoluto sobre sus poblaciones. En ellas, no se permitía ningún tipo de oposición, de voz diferente, incluso de conducta social diversa. Los nuevos señores de la guerra asesinaban homosexuales, personas adictas a la droga y ladronzuelos a través de lo que se llama “limpieza social”. Iban, en realidad, en contra de cualquier elemento que se pudiesen concebir como una oposición al control mafioso de su territorio. Era un fascismo total que logró hacerse un lugar también por la historia del país.

La narrativa fascista llegó a Colombia a mediados del siglo XX, a través del Partido Conservador, y dirigió el país a partir de 1950. Ese año se desató una violencia atroz contra el pueblo liberal, y el relato fascista se instaló poco a poco en los mandos militares y policiales. Esa narrativa también logró instalarse en ciertas universidades y, sin mayor elaboración intelectual, los narcotraficantes y los terratenientes acogieron esas ideas. El fascismo se convirtió en una práctica, más que en una

teoría, que encontró su paroxismo en el territorio controlado por las autodefensas.

En el Magdalena Medio, una zona entonces profundamente paramilitar, se creó una agrupación fascista llamada Morena (Movimiento de Restauración Nacional), que contó con el apoyo de Iván Roberto Duque y de terratenientes de la zona, como José Miguel Narváez y Pedro Juan Moreno. Se dice que en sus fincas hacían sonar el himno de los nazis a muy alto volumen. Los miembros de Morena se posesionaron como bárbaros intelectuales. Eran unos fascistas ideológicos y se articularon rápidamente con las cúpulas de los paramilitares. Su labor era irradiar su teoría política, a pesar de que muchos miembros de las autodefensas no sabían de qué trataban esas ideologías.

Álvaro Uribe no desconocía este fenómeno. En su propio departamento, después de ser el gran vocero neoliberal de Gaviria, y de haber participado como protagonista en la construcción de las principales leyes del neoliberalismo en Colombia, se convirtió en una figura fundamental para el paramilitarismo como resultado del asesinato de su padre. Uribe construyó una narrativa según la cual los responsables de esa muerte fueron las FARC, pero aún no se sabe si eso es cierto. Otra tesis judicial asegura que Uribe Sierra murió como resultado de una *vendetta* entre narcotraficantes en la Hacienda Guacharacas, una de las grandes propiedades de la familia, en el municipio de San Roque. Esa zona, en el Magdalena Medio, es la gran cuna del paramilitarismo en Colombia.

Cuando su padre murió, en 1983, Álvaro Uribe era un hombre joven al que muchos describían como un *yupi*. Tenía una figura delgada, gestos finos y perfil afilado. En Antioquia, era muy conocido y todos sabían que era un terrateniente, amigo del cartel de Medellín. El patriarca del clan Ochoa siempre dijo que él era una buena opción presidencial. Para ellos, Uribe era la

figura política del futuro. Los narcotraficantes le abrieron camino y lo apoyaron, no solo en la Aeronáutica Civil, donde legalizó la mayor parte de las pistas aéreas que utilizó la mafia entre 1980 y 1982, sino como senador y gobernador de Antioquia. En 1994, cuando Uribe terminaba su segundo periodo como senador, los grupos paramilitares lograron un despliegue aún mayor con la creación de las Convivir, un instrumento que amparó, de forma legal, a las autodefensas.

Uribe no redactó como tal el decreto que las legitimó, pero fue el gobernador que más lo aplicó en todo el país, ante el aplauso efusivo de casi toda la oligarquía. En una carta, Enrique Peñalosa alabó el surgimiento de las Convivir, para no hablar de la elación que sintió la extrema derecha. El paso de Uribe por la Gobernación de Antioquia entre 1995 y 1997 fue, en ese sentido, decisivo para el paramilitarismo. Uribe se convirtió en el gobernador de los terratenientes antioqueños, de los grupos de limpieza social y de los comerciantes, que en diversos municipios del departamento habían desatado una serie de masacres, asesinatos selectivos y control territorial.

Las Convivir eran, en esencia, grupos armados pensados para combatir o defenderse de la guerrilla, pero cuyos líderes eran narcotraficantes. Entre ellos estaban Salvatore Mancuso, los terratenientes Botero, Emilse López, alias 'la Gata', y su familia, los Villegas Uribe y la misma familia de Álvaro Uribe Vélez. Todos los grupos de limpieza social que se habían fundado previamente al ascenso de Uribe a la gobernación se transformaron en varias Convivir, para gozar de los beneficios que les otorgaba esa máscara legal.

Antioquia llegó a tener 20 000 hombres armados que no pertenecían ni a la Policía ni al Ejército, pero que tenían más poder que esas dos instituciones juntas. Estos hombres se dedicaron a la destrucción de todos aquellos que se asociaban con

la izquierda y con el progresismo antioqueño. También transformaron en instrumentos del narcofascismo la cultura, las universidades y los centros del saber y del pensamiento. El máximo auspiciador de las Convivir fue el gobernador Uribe. No es casualidad que su gobierno haya coincidido con la máxima expresión del paramilitarismo y el control de rutas de exportación de cocaína.

* * *

En 1997, las autodefensas dejaron de ser una confederación y, bajo la dirección de Carlos Castaño, trataron de construir el sueño que nunca pudo realizar Pablo Escobar: tener una bolsa común donde todos los narcotraficantes del país cotizaran su propia seguridad. Es un fenómeno que se conoce como “seguridad mafiosa”. De hecho, toda mafia es un esquema de seguridad privada que cobra y permite el desarrollo de una multiplicidad de negocios ilícitos de manera segura.

Pablo Escobar soñaba que, bajo ese esquema, se podía crear un aparato de seguridad de gran escala. La idea de Carlos Castaño era que esa bolsa común del narcotráfico estuviera localizada en lo que se llamó la Oficina de Envigado, y que la dirigiera uno de los jefes paramilitares del momento. El elegido fue alias ‘Don Berna’, que entre otras cosas había sido guerrillero. Lo que buscaba esta estrategia era construir un solo ejército a escala nacional; “el tercer ejército”, como lo llamaban ellos. El primero era el Ejército Nacional. El segundo era el de las FARC, que había crecido gracias a la financiación por medio de impuestos sobre el cultivo de hoja de coca. El tercero, comandado por Carlos Castaño, era el paramilitar, que adquirió el nombre de Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Pero,

como sucede en toda organización narcotraficante, muy pronto las AUC se quedaron sin mando, pues Castaño terminó asesinado por sus propios compañeros.

Uno de los propósitos de esta nueva organización paramilitar era obtener poder político. En la reunión en la que se fundaron las AUC en 1997, sus miembros hicieron un balance de cuántos congresistas, alcaldes y políticos elegidos estaban bajo su control. Lograron determinar que les pertenecía una tercera parte del poder político en Colombia, y por eso lanzaron la consigna política de que podían refundar la patria. Esa refundación significaba el fin de la Constitución del 91 y el regreso a la de 1886. El proyecto lo ayudaron a formular los intelectuales orgánicos del paramilitarismo, unos fascistas que planteaban la estrategia de las autodefensas como un proyecto político-militar. Ese fue uno de los mayores avances del narcotráfico, uno que ni siquiera logró la mafia italiana. Lo que necesitaba ahora el paramilitarismo en Colombia era una cabeza política para lograr su objetivo de refundar la patria. En otras palabras, necesitaban elegir un presidente.

No les tomó mucho tiempo encontrar al candidato óptimo. La figura política más capaz y con más posibilidades de ganar no era otro que Álvaro Uribe Vélez. En un comienzo, la campaña de Uribe fue marginal, a pesar de contar con el apoyo de los paramilitares y de ideólogos del fascismo como Fernando Londoño Hoyos, Pedro Juan Moreno y José Miguel Narváez. En las encuestas solo tenía un 4,5 % de la intención de voto. Era una campaña que tenía mucha fuerza en Antioquia, pero que no lograba coger vuelo en el resto del país. Sin embargo, la ruptura del proceso de paz entre las FARC y el gobierno de Andrés Pastrana cambió las reglas del juego. Esa guerrilla, obnubilada por el poder militar que habían construido sobre la base de la financiación de la hoja de coca, había destruido la posibilidad de hacer la paz y, como

consecuencia, en Colombia se desató, por primera vez en su historia, el apoyo popular hacia un proyecto de extrema derecha.

La última vez que la extrema derecha había gobernado al país había sido a mediados del siglo XX, pero no a través del voto popular, sino a través del golpe de Estado que ejecutó Laureano Gómez ante la masacre del pueblo liberal y el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, su líder principal. Ahora, había encontrado la ruta para retornar al laureanismo ideológico, pero esta vez mediante el voto popular. Había entendido que podía manipular el odio de la población contra las FARC para llegar al poder. Ese grupo de políticos se conoce como el uribismo, un proyecto político que ha gobernado a Colombia durante gran parte del siglo XXI y al cual yo me enfrenté.

* * *

Cuando Uribe llegó al poder, el paramilitarismo había alcanzado muchas de sus metas. Contaba con el 35 % del Senado de la República, abundancia de tierras, dinero y un presidente que los apoyaba. Ese año, además, dicho apoyo llegó a ser mucho más contundente. Uribe logró disfrazar su alianza con ellos a través de un proceso de paz que tuvo como sede Santa Fe de Ralito. Colombia muy rápidamente ha olvidado que el objetivo central de esas conversaciones fue poner una gran bancada paramilitar en el Congreso en un número indefinido de listas de estos grupos armados que se acordaron con él. No por nada el presidente había presentado un artículo en el referendo para nombrar parlamentarios de grupos que hicieran parte del proceso. Era un verdadero acto dictatorial. De haber pasado ese referendo, Colombia habría entrado en el proceso de la refundación de la patria que tanto anhelaban los paramilitares.

La prensa respondió con silencio a la propuesta y cuando llegó a la Corte Constitucional no se hizo el debido análisis de lo que un instrumento así significaría para la democracia. Sin embargo, la Corte tuvo la valentía de derogarlo, antes de que pasara a la votación popular, y así se cayó el proceso y la negociación con los paramilitares. Uribe, al ver que había sido derrotado por la rama judicial, y por el mismo pueblo que no acudió a las urnas, se vio obligado a cambiar de estrategia. Decidió pasar una serie de leyes para lograr la alianza entre el paramilitarismo y el Congreso. Es en ese contexto en el cual mis debates tuvieron una pertinencia enorme, porque el pacto del presidente con las autodefensas era secreto; como lo ocultaba la prensa, no era de conocimiento público.

Cuando develé la verdad en mis debates en la Cámara, la estrategia de Uribe quedó hecha trizas. Pero entonces, en 2005, se aprobó la Ley de Justicia y Paz, que salió del Congreso hecha al antojo de las autodefensas. Si bien se vendió como el marco jurídico para la desmovilización de los paramilitares, en la práctica se trataba de un indulto y de un proyecto para que el paramilitarismo pasara a ser reconocido como un actor político, y no como un ejército aliado del narcotráfico. Porque esa ley les otorgó impunidad total, con penas de prisión pequeñas.

Nosotros hicimos un esfuerzo para lograr que el beneficio jurídico solo se obtuviera previo a una confesión a la que llamamos "la verdad". Por supuesto, ni a Uribe ni a sus aliados en el Congreso les interesaba que existiera ese paso, de manera que la ley se aprobó así, sin verdad. Las autodefensas iban a poder entrar a la legalidad sin ningún costo: con sus tierras concentradas, con el poder político en sus manos, con enormes cantidades de dinero y con una influencia total en el Gobierno nacional. Eso cambió cuando la Corte Suprema de Justicia, haciendo eco de mis debates, empezó a meter presos a los aliados

parlamentarios del paramilitarismo. Todos los que yo había denunciado terminaron en la cárcel y algunos más, pues la Corte logró extender las investigaciones.

La Corte Constitucional tampoco permitió que la Ley de Justicia y Paz se convirtiera en un proceso de impunidad. Acogió la tesis que nosotros habíamos planteado en el Congreso e impuso la verdad como condición para otorgarles a los paramilitares el beneficio jurídico. En ese momento estalló la crisis del proyecto de Uribe, que explica su arremetida contra el máximo tribunal de justicia, tanto penal como constitucional. La actividad de seguimiento a magistrados, periodistas y líderes de la oposición en el Congreso, realizada por el DAS, evidenciaba el colapso del proyecto político entre Uribe y las autodefensas.

Y, entonces, ese barco se terminó de hundir de la manera más uribista posible. A los paramilitares, aliados del presidente, los sacaron de la cárcel en la mitad de la noche, los pusieron en un avión y los extraditaron a los Estados Unidos. Con ese país existía un acuerdo que garantizaba que ellos solo iban a ser juzgados en procesos por narcotráfico, y no por su delito fundamental, que era el crimen contra la humanidad en Colombia. Uribe logró solucionar esa crisis, traicionando a sus amigos. Él nunca nos perdonó nuestro papel estratégico en la destrucción del proyecto paramilitar.

El coraje de la verdad

Cuando llegué al Senado, como parte del nuevo partido de izquierda Polo Democrático, en 2006, sentí la necesidad de volver a investigar el paramilitarismo región por región. En especial, me llamaba la atención el caso de Antioquia. Tenía la sensación de que a través de esa investigación podría finalmente descubrir los nexos fundamentales que ataban al presidente Álvaro Uribe Vélez con el fenómeno paramilitar. No era una labor sencilla, y por eso nos preparamos durante meses. Toda mi UTL pasaba días y noches dedicada a esa labor. Como era tradicional en nuestra metodología, lanzábamos apartes a la opinión pública para generar expectativa. Pero, en este caso, era más delicado: estábamos jugando con fuego, porque el presidente de la República sabía que nuestra labor era contra él. Cuando anunciamos el debate, nos cayó encima una ofensiva durísima.

En cuestión de meses, mi familia tuvo que exiliarse, aparecieron consignas en las paredes de la escuela donde enseñaba mi hermana, envenenaron a mis perros, iniciaron una profunda labor de inteligencia en la casa de mi madre e interceptaron mis celulares. De este último episodio surgió otro debate, el de las interceptaciones telefónicas (que se conocieron como las "chuzadas" del DAS), que organicé a finales de mi periodo en el Senado. Además de todo lo que padecieron mis familiares, a mí

me empezaron a vigilar de manera constante. Mis escoltas de seguridad, miembros de la Policía y del DAS, los ponía el Estado. Mejor dicho, no eran realmente mis escoltas, sino mis vigilantes. Los habían puesto para observarme a toda hora, minuto a minuto, en cada paso que daba. Sentí una enorme presión, incluso la posibilidad de que me asesinaran.

Pero seguimos avanzando y recopilando información con lo poco que quedaba de los documentos sobre las Convivir, que nos remitió la Superintendencia de Vigilancia. Buena parte de esos papeles habían desaparecido, pero, aun así, con la información parcial que teníamos pudimos encontrar los mapas y la historia de la formación del paramilitarismo en Antioquia, así como el papel fundamental de la familia Uribe Vélez.

En esos documentos descubrimos el papel que jugó Santiago Uribe Vélez, el hermano del presidente, como gestor del grupo de limpieza social "Los Doce Apóstoles", que llegó a matar cerca de 500 personas en el norte de Antioquia, en la región lechera. Se conocían como las Autodefensas Lecheras de Colombia. También encontramos un grupo al que llamaban Los Erres, que desaparecía estudiantes de la Universidad de Antioquia y los arrojaban en embalses donde se criaban caimanes, cocodrilos y babillas. En los operativos del grupo Erre, aparecieron los nombres de Santiago Uribe Vélez y de Mario Uribe Escobar, el primo segundo del presidente, que en ese momento ejercía como senador de la República. Uribe Escobar estaba, además, ligado a un cafetero muy rico del sur del departamento, el fundador de un grupo paramilitar conocido como La Escopeta.

Cuando llegamos a la parte sobre la Hacienda Guacharacas nos sorprendió encontrar la historia de Andrés Escobar, el futbolista de la Selección Colombia que había sido asesinado. Quedé estupefacto. La prensa había asegurado que él había muerto en un lío de faldas en una discoteca. Pero, al parecer,

Escobar, quizás sin saberlo, se había enfrentado al paramilitarismo de Antioquia, porque quien lo asesinó fue Santiago Gallón Henao, un socio de Álvaro Uribe Vélez.

Gracias a esos documentos, logramos construir una radiografía muy detallada del paramilitarismo en Antioquia y pudimos entender el papel de Álvaro Uribe Vélez en la estructura del grupo. Por razones obvias, muchas personas no estaban felices con nuestras investigaciones, y nos lo hicieron saber. Antes del debate en el Senado, *hackearon* los computadores de mi oficina en el Congreso, pero por fortuna nosotros ya teníamos toda la información guardada en un lugar seguro. Incluso nos aseguramos de dejar una trampa, que era un listado de personas de Antioquia ligadas al paramilitarismo. Esa lista la filtró a la prensa el intelectual fascista José Obdulio Gaviria. Después hubo un intento de allanamiento a mi oficina. Llegaron miembros de la Policía a hacer una inspección judicial, que nunca entendimos de dónde surgió. Pero, en todo caso, habían conseguido una orden de algún fiscal y querían revisar los computadores y todos los archivos.

El día del debate di a conocer todos estos intentos de intimidación. El Gobierno no estaba preparado para responder. Entonces Dilian Francisca Toro, la presidenta del Senado, trató de sabotear el debate para ayudar a Uribe. Adelantó la hora a las dos de la tarde para intentar disminuir el número de televidentes. Los debates siempre se hacían a las siete de la noche, cuando el público llega a su casa y enciende el televisor. Pero a mí eso no me importó. Llegué a las dos y empecé a presentar, subregión por subregión, toda la documentación que teníamos. Para el debate, además, tenía un as bajo la manga: inauguré por primera vez en el Congreso el uso del computador, transmitiendo el contenido de mi investigación en las grandes pantallas del Senado. Fue un golpe de modernidad.

Los debates siempre generan una carga significativa de adrenalina, así que pude descansar cuando se acabó. Quería dormir durante tres o cuatro días seguidos, pero aun así me sentía fortalecido por el resultado. No había sido un debate cualquiera. El Gobierno no había sido capaz de justificarse y los amigos de Uribe en el Congreso habían quedado golpeados. Muchos de sus colegas, de hecho, ya habían sido procesados por la Corte Suprema de Justicia. El 30 % del Senado había ido a parar a la cárcel por sus vínculos con el paramilitarismo. El día del debate me di cuenta de que me había quedado sin opositores en el Senado; no había quien defendiera al Gobierno.

Al día siguiente, Uribe dio una rueda de prensa para defenderse, pero cometió un error: confirmó, al lado de Andrés Peñate, el director del DAS, que a nosotros se nos hacía seguimiento. Un senador de la República no puede ser seguido, porque la única autoridad que existe para juzgar a un Congresista es la Corte Suprema de Justicia. El periodista Félix de Bedout, que estaba allí presente, le preguntó al presidente: “¿Usted le está haciendo seguimientos a la oposición en Colombia?”. Y Uribe contestó que quien debía responder esa pregunta era Peñate. Fue una revelación escandalosa, justamente porque el anterior director del DAS, Jorge Noguera, estaba preso por sus vínculos con las autodefensas. El debate, mejor dicho, había sido un verdadero éxito.

* * *

Pero entonces salieron unas encuestas de favorabilidad que golpearon mi estabilidad emocional. El debate del paramilitarismo en Antioquia había sido, tal vez, mi mejor intervención. Había mostrado con pruebas la vinculación de Uribe al fortalecimiento

del paramilitarismo en Antioquia. Y, en efecto, el debate había duplicado mi registro nacional: la mitad de la sociedad sabía quién era Petro. Sin embargo, el aumento en popularidad se tradujo en una opinión desfavorable. Mejor dicho, mis debates me generaban reconocimiento porque eran estruendosos, pero no apoyo.

Ese episodio me hizo entender un poco mejor a la sociedad colombiana, aunque me dejó un sinsabor en la boca. Había arriesgado mi vida para hacer esos debates y, además, no estaba del todo seguro de que fuera a sobrevivir por mucho tiempo. Me había enfrentado a decenas de miles de asesinos, al centro del poder político de Colombia, aquel que estaba ligado al latifundio, al narcotráfico, al atraso político y a la violencia permanente del país. De alguna manera, le había mostrado al país lo que Foucault llamaba la "microfísica del poder". En un debate en particular, por ejemplo, evidencí cómo en un pequeño municipio en los Montes de María se tejieron redes de alianza alrededor de la posesión de la tierra a través de la masacre, del desalojo del ejército privado y de la articulación con la clase política. Lo que estaba mostrando no era simplemente un pequeño terruño marginal, sino la microfísica del poder.

Por esas fechas encontré un texto de Foucault, de una de sus clases en el College de France, que se llamaba *El coraje de la verdad*. Una de las expresiones griegas que explora Foucault en el texto es "parresía". No conocía el término. En esencia, el vocero de la parresía es un individuo cuya función es decirle la verdad al tirano. Las únicas opciones que tiene ese hombre son que el tirano acceda a la verdad, o el ostracismo, que es la exclusión de su territorio de por vida. El desarrollo de mis debates durante la época de Uribe me llevó a calificarme como un vocero de la parresía: un hombre que debía tener el coraje de decir la verdad. Creo que una parte del país lo entendió así. Y, según la teoría de

Foucault, en esa coyuntura mi destino era perecer en el reino del tirano o bien terminar en el ostracismo.

Un número importante de colombianos había aplaudido al tirano, en lugar de solidarizarse con el esfuerzo de encontrar la verdad. No había entendido que el uribismo gozaba del apoyo de la mayoría de la sociedad, hasta que comencé a frecuentar ciertas calles de la ciudad. Cuando visitaba un centro comercial con mis hijos y mi esposa, por ejemplo, siempre había algún tipo de agresión o mirada de odio. Esas miradas eran las que más me asustaban. Episodios de ese tipo se empezaron a volver cotidianos y alguna gente incluso me decía que me fuera del país, a Cuba o a Venezuela.

Al haber ejercido la parresía, por tanto, producía mucho odio, contrario a lo que esperaba. Ese odio se mantiene incluso hoy en una parte minoritaria de la población. Muchas veces me he preguntado por qué la sociedad colombiana es así. Tal vez la razón es que, de algún modo, los dineros del narcotráfico y de la corrupción han fluido dentro del país de manera voluntaria. Al final, quizás los colombianos de clase media e incluso de muchos sectores populares perciben que tienen una mejor vida porque ese capital circula en las calles.

Las elecciones de 2010

Entre 2007 y 2010 denuncié públicamente otros crímenes de lesa humanidad que sucedieron en el gobierno de Uribe. El principal fue el de los llamados “falsos positivos” en un debate del senado. Juan Manuel Santos, ministro de defensa de Uribe, quien no respondió pero tomó nota. Después de unas semanas, suspendió la resolución del ministro Camilo Ospina, que premiaba a los militares por bajas de la guerrilla y que habían originado este crimen que llegó a asesinar de manera sistemática a 6402 jóvenes inocentes fusilados por las armas oficiales. Luego, en 2008, María del Pilar Hurtado, la nueva directora del DAS, fue a la cárcel. Se trataba de la tercera persona en ese cargo durante el gobierno de Uribe que había terminado presa. Por esas fechas empezó, también, un juicio a generales de la República por el tema de los falsos positivos. En ese momento me di cuenta de que había una parte de la sociedad que comenzaba a reaccionar ante los hechos de corrupción y las alianzas con el narcotráfico y los paramilitares. Se había abierto un espacio, que yo llamé el espacio democrático.

Aunque empezó a surgir una oposición al gobierno Uribe, todavía era muy tímida. Por otro lado, la prensa aún trataba a Uribe como un monarca. De hecho, cuando se casó uno de sus hijos, hicieron del matrimonio toda una parafernalia periodística, asemejando la boda a la del hijo de un rey. Sin embargo,

Uribe había sido golpeado por nosotros, y en mis cábalas personales me fui haciendo a la idea de que valía la pena organizar el gran debate público de la sociedad colombiana: entre Uribe y yo. Sentía los efectos de mis debates y creía que me había vuelto un eje de la política nacional. Treinta y cinco de 100 senadores estaban presos por sus vínculos con el paramilitarismo, eso nunca había sucedido en Colombia, y ese hecho me confirmaba que mis debates habían sido efectivos.

Pero el costo había sido alto, como me lo demostraron las encuestas del 2007. Sin embargo, al ver que Uribe se preparaba para lanzarse por una tercera vez a la presidencia, decidí que ya era hora de dejar mi actividad parlamentaria. Quería enfrentarme con él delante de la sociedad, en las elecciones presidenciales. No era un objetivo sencillo. Para empezar, no contaba con el apoyo de mi propio partido. El efecto de mis debates había sido tan negativo para mí en las encuestas que buena parte del Polo Democrático ya no estaba de mi lado. Cada vez que yo discutía en el Congreso generaba malestar entre mis copartidarios. Además, tenía que luchar contra el espíritu caníbal de la izquierda colombiana, que durante muchos años ha tenido una cultura de pequeñez. La izquierda en el país nunca ha tenido la visión de llegar al poder, y ese pensamiento la lleva a la nimiedad.

Así que mi primer reto, si quería enfrentarme a Uribe en una contienda electoral, consistía en derrotar a la mayoría de mi propio partido para poder ser el candidato presidencial. Incluso llegué a plantearme si la mejor opción era abandonar el Polo. De hecho, estaba seguro de que era lo que más me convenía. Pero decidí quedarme un tiempo más porque Lucho Garzón había acabado su mandato como alcalde de Bogotá y yo quería estar a su lado. Pero pronto los dos descubrimos que la misma mayoría que se oponía a mí también se oponía a él.

La idea de salir del Polo no me abandonaba. Así que un día me senté a hablar con Antanas Mockus, que siempre había sido mi amigo, y empezamos a hablar de fundar un nuevo partido. El M-19, que había desaparecido como proyecto político, aún mantenía el cascarón de su personería jurídica y había optado por llamarse Opción Centro. Como era un partido muy marginal, le propuse a Mockus que habláramos con ellos para juntar fuerzas y cambiarle el nombre a Partido Verde.

El medio ambiente aún no había aparecido en mis debates porque la lucha contra el paramilitarismo y las masacres en Colombia me copó toda la atención, pero nunca había dejado de ser una de mis cuitas. Por mis estudios en la Universidad de Lovaina, entendía que la nueva conflictividad política que desataría el capitalismo, como relación social de producción, era el enfrentamiento y la destrucción de la naturaleza. Decidí volver a la lectura e investigar a fondo la temática del cambio climático y, pronto, el tema ambiental pasó a ser parte de mi ideario político. Sentía, sin embargo, que la izquierda aún no comprendía su importancia. El Polo, en especial, no compartía mis inquietudes. No entendían qué quería decir una organización en red. Para ellos, el final de las jerarquías se leía como un atentando en contra de su propio mundo burocrático y basado en la autoridad.

Como por esas fechas el debate sobre el paramilitarismo había pasado a instancias judiciales, me centré en la lucha ambiental. Por eso les sugerí a Mockus y a Lucho el nombre de Partido Verde. Los dos aceptaron la idea, pero Mockus temía ser relacionado con la izquierda. Lucho venía del Partido Comunista y yo, del M-19. Entonces a la asesora de Mockus se le ocurrió que había que construir un equilibrio, así que invitaron a Enrique Peñalosa y a Sergio Fajardo a hacer parte del proyecto. Peñalosa, para mí, era un insulto al nombre del Partido Verde, pues con él había tenido mi gran debate sobre el borde

norte de la ciudad, la urbanización y la especulación. Pero Peñalosa quiso entrar. Fajardo, en cambio, no. Incluso se habló de meter a Marta Lucía Ramírez. Fue tal la cantidad de nombres que llegó un momento en que a mí ni siquiera me invitaban a las reuniones.

Me di cuenta de que empezaba a repetirse el problema que había tenido con el Polo, pero ahora en un movimiento que había fundado colectivamente con Mockus y Lucho. Yo era una persona incómoda, y ellos lo sabían. Y no porque había sido del M-19, o porque fuera de izquierda, sino porque con mis debates atraía el peligro. Me había enfrentado a Uribe y a eso lo empezaron a llamar “polarización”. El presidente aún tenía mucho poder, porque había construido una estrategia sobre la base del temor. En ese momento, entendí que en el Partido Verde tampoco lograría ser candidato presidencial.

Decidí regresar al Polo y negocié mi entrada. Los emisarios me dijeron que aceptaban que me candidatizara, pero que tenía que enfrentar a Carlos Gaviria, que venía de obtener 2 700 000 votos en las pasadas elecciones e indudablemente era una figura atractiva. Gaviria era un hombre liberal, radical y, además, era el presidente del Polo Democrático. Tenía alianzas con los Moreno Rojas y con el MOIR, y eso le garantizaba un poder mayoritario. Comprendí que, en realidad, me habían propuesto una alianza contra mí. Los emisarios querían que me volviera un precandidato para hacer una consulta en octubre, cuando no hay elecciones; mejor dicho, me estaban diciendo que me derrotarían, porque se creían dueños de los aparatos de la izquierda.

Tuve un pálpito. Si lo que quería era enfrentarme con Uribe, tenía que aceptar esta primera prueba y, si no la superaba, lo habría perdido todo. La izquierda colombiana me había hecho entender que no estaba conmigo, a pesar de mis debates contra el paramilitarismo. Sin embargo, yo pensaba que podía ganar,

que esos mismos debates despertarían solidaridad en un pueblo que había sufrido por culpa de las autodefensas, y que por eso se movilizaría a mi favor. Confiaba, sobre todo, en el voto de la gente de Bogotá, que había sido mi gran plaza política y donde ya había ganado elecciones parlamentarias. Confiaba, también, en el electorado costeño, mi lugar de origen y la zona del país en la que empecé mis debates sobre el paramilitarismo.

Con mi equipo de amigos del Polo empezamos a hacer cálculos electorales. ¿Cómo podía derrotar a Carlos Gaviria? Ellos me decían que él nos podía ganar con un margen amplio en Santander y en Antioquia, el departamento donde nació, y que solo ganaríamos si empatábamos en Bogotá. Samuel Moreno, el alcalde de la capital en ese momento, estaba con Gaviria, entonces para lograr el empate dependíamos del apoyo de los barrios populares. En el occidente no tenía opción de ganar, pues Navarro, el gobernador de Nariño, no me apoyaba. Así que mi victoria dependía de sacar por lo menos la mitad de los votos en capital y mucha ventaja en el Caribe colombiano.

Hechos los cálculos, nos lanzamos a las elecciones. El día de los comicios, los resultados reflejaron el trabajo que habíamos hecho a partir de nuestro análisis: logré empatar en Bogotá, disminuí la diferencia en Santander gracias al trabajo de Guillermo Alfonso Jaramillo, perdí por un margen muy amplio en Antioquia, pero finalmente triunfé en la contienda, gracias a la enorme expresión del voto ciudadano en Córdoba y Sucre. Así, me convertí en el candidato presidencial del Polo Democrático. Todas las caras de la burocracia del partido palidieron; mi victoria los había enmudecido. Y su reacción fue la esperada: un reflejo de su pequeñez.

Cuatro años antes, nosotros habíamos apoyado la candidatura de Gaviria con mucho entusiasmo, a pesar de que él había derrotado en una consulta similar a Navarro, que era nuestro

candidato. En parte por nuestros esfuerzos, Gaviria había logrado quedar de segundo en las elecciones, por delante de Horacio Serpa del Partido Liberal. A mí, en cambio, me dejaron solo en 2010. Mi victoria había sido pírrica. Si bien no contaba con el apoyo del partido, de todas formas salí con mi equipo a intentar ver qué pasaba en este país y qué reacción habían suscitado entre la gente mis debates contra el paramilitarismo. Lo que vino después fue muy decepcionante.

A mí me emocionaba el prospecto de enfrentar a Uribe, pero la Corte Constitucional tumbó el artículo que le permitía ser candidato por tercera vez: la justicia finalmente le había puesto punto final a su presidencia. En ese momento, Uribe perdió la posibilidad de seguir manejando el país por sí mismo, pero optó por continuar en el poder por medio de otras personas. De esa manera, lograría solventar la destrucción de su proyecto con el paramilitarismo y darle la vuelta al hecho de que ya no habría reelecciones indefinidas para presidentes. Así que designó a su sucesor: su último ministro de Defensa, Juan Manuel Santos.

El Partido Conservador, por su lado, hizo una consulta entre Andrés Felipe Arias, el ministro de Agricultura de Uribe, y Noemí Sanín. Esa consulta la perdió Arias. Yo tenía una relación de amistad con Noemí y, de hecho, había apoyado su candidatura contra Andrés Pastrana, pero para 2010 ella estaba muy disminuida. Los candidatos del Partido Verde, por su lado, forjaron una alianza que, en efecto, eliminó todas mis posibilidades de ser presidente. Ellos decidieron realizar una consulta el día de las elecciones parlamentarias, en marzo del año electoral. Nosotros habíamos hecho la consulta del Polo en octubre del año pasado, por lo que ya estaba fría y olvidada. El Partido Verde, en cambio, saltó al escenario en el momento indicado con tres precandidatos: Enrique Peñalosa, Lucho Garzón y Antanas Mockus.

La consulta la ganó Mockus por muchos votos. Eso fue mortal para mí, porque ahí mismo perdí Bogotá y todas las grandes ciudades. El antiguo alcalde de la capital pasó por encima mío en las encuestas y aumentó rápidamente sus seguidores en redes sociales. Era la primera vez que Twitter y Facebook hacían parte de las campañas y, si bien las usé primero, la popularidad de Mockus en ellas no tardó en dispararse. Mockus, al final, me derrotó, y pasó a la segunda vuelta para enfrentarse con Santos. Yo quedé empatado con Germán Vargas Lleras y saqué 1 375 000 votos; nada mal para un excombatiente del M-19. Navarro sacó alrededor de 900 000 votos.

Esa fue mi primera campaña electoral a la presidencia, y me llenó de bríos y pasión. Tenía 50 años. En ese punto ya sabía que no quería regresar al Congreso. Había trabajado allí durante 20 años y quería aires nuevos. Por otro lado, mi relación con el Polo atravesaba un momento difícil; sentía que querían marginarme. Teníamos alguna información sobre la corrupción del alcalde del Polo Democrático en Bogotá, Samuel Moreno, y como todavía era senador, decidimos dar el debate sobre la corrupción en nuestro propio partido. El concejal Carlos Vicente de Roux y el senador Luis Carlos Avellaneda me acompañaron en ese debate, porque sabíamos que de todas formas iba a estallar y probablemente iba a acabar con las posibilidades políticas del partido. De hecho, parte de la razón por la cual muchos bogotanos votaron por Mockus y no por mí se debía justamente a que rechazaban el clientelismo del partido en la ciudad.

A mí me pareció que era nuestra responsabilidad política evidenciar con pruebas, tal como lo habíamos hecho con el paramilitarismo, con el DAS y con los falsos positivos, la corrupción de nuestro propio partido en manos del clan Moreno Rojas. Empezamos esa investigación con 40 personas de todas las UTL y, en poco tiempo, teníamos redactado el informe de la

contratación del Distrito Capital, donde salía que el alcalde Moreno y sus aliados se habían robado cerca de 50 millones de dólares a través de un cartel que llamamos el cartel de la contratación. Alcancé a vislumbrar el enganche con Odebrecht y, por eso, empecé a hablar del cartel nacional de la contratación. Cuando dimos la rueda de prensa, ninguno de los párrafos del informe fue refutado. La investigación judicial corroboró cada uno de los puntos.

Después de denunciar el cartel de Bogotá, me golpeó la inevitable derrota en las elecciones presidenciales, en las que quedó elegido Juan Manuel Santos, el candidato de Uribe. Me sentí derrotado, sobre todo, por haber quedado en el cuarto lugar, y no haber podido pasar a la segunda vuelta. Pero me alentaba una noticia positiva: tras mi debate contra el cartel de la contratación, había vuelto a recuperar la confianza del electorado en Bogotá. Fue como una especie de reconciliación con la ciudad. La capital aplaudió que hubiera sido capaz de denunciar a miembros de mi propio partido.

Por esas fechas, le puse un ultimátum al Polo. O se iba Iván Moreno, que no solo era el director nacional del partido y el hermano del alcalde, sino uno de los protagonistas del desfalco, o me iba yo. La Comisión de Ética se reunió, me entrevistó y les entregué la documentación del informe de la contratación. Carlos Gaviria se había retirado tras su derrota. No del partido, pero sí de la actividad política, y por eso a la cabeza del Polo estaban Jorge Enrique Robledo, el MOIR y la familia Moreno Rojas. Robledo nunca participó de la corrupción de Samuel Moreno. El partido decidió, entonces, que Iván Moreno no se iba. En consecuencia, decidí marcharme.

La Bogotá Humana

En el 2011 decidí participar en la campaña a la Alcaldía de Bogotá. Recuerdo a Alejandra Rodríguez, una activista política que había sido edil de Kennedy por el Polo, cuando pasó por mi oficina y me dijo que debía lanzarme a esa posición que, desde hacía 15 años, era una posibilidad en mi carrera pública. Así lo hice. Mi campaña comenzó en julio y las elecciones eran el 20 de octubre. Así que nos dedicamos a crear una campaña que demostrara nuestra línea política y la filosofía detrás del que sería nuestro gobierno.

Para mí era muy importante el contacto directo con la gente, así que salí a repartir mi programa por las calles de la ciudad. Mientras andaba como cualquier peatón por las diferentes localidades, mi candidatura comenzó a tomar fuerza. Se vincularon muchas personas que no hacían parte del Polo, muchos jóvenes y personas de los sectores populares. Eso le dio un aire renovador a la campaña, aquellos a quienes comenzamos a nombrar como “las nuevas ciudadanías”. La campaña se convirtió en un acumulado de las luchas sociales de la ciudad de Bogotá: se unieron grupos ambientalistas, feministas, colectivos de arte urbano que participaron en las movilizaciones con grafitis, y música: del *hip hop* al *ska*, pasando por la salsa o géneros más duros como el *metal*. Los colectivos animalistas también hicieron parte de nuestra campaña, pues me había comprometido con la

ciudad a no permitir las corridas de toros. Nuestra campaña terminó siendo un inmenso caldo de juventud. Tal como había pronosticado César Caballero, desde Cifras y Conceptos, nuestra campaña creció mucho y terminó en un triunfo.

Ese triunfo vino al poco tiempo de salir del Polo, cuando creíamos que estábamos comenzando, otra vez, desde cero. Fue una sorpresa haber ganado la alcaldía de la principal ciudad de Colombia. Nos propusimos mirar el tema urbano como un tejido de narrativas diferentes, enfocado en los sectores populares: en los estratos 1 y 2. Otra de nuestras ideas centrales, que aún no se había vuelto un tema tan fuerte y abrazado por movimientos populares, era el cambio climático. La discusión del medio ambiente casi siempre estaba limitada a un contexto local; sin embargo, pensaba que el tema del cambio climático era —y es, tal como lo estamos viendo hoy con las inundaciones, las emisiones de carbono, los aumentos de temperatura, el plástico que inunda y acaba con la fauna y flora marina, etcétera— un asunto global. Se trataba y se trata de supervivencia humana, y de una crítica al capitalismo y a la acumulación de capital en todas sus formas. Ese tema para mí era central como un programa político dentro de la campaña a la alcaldía. Me parecía importante preguntarse cómo adaptar la ciudad al cambio climático y cómo mitigar ese fenómeno en la ciudad, de ahí que este se convirtiera en un punto central de la agenda política.

Estábamos construyendo una nueva narrativa de la ciudad, alejada de la visión clásica tradicional de izquierda, que mantenía el Polo Democrático sobre la ciudad, y que había estado detrás de las concesiones de gobiernos como el de Lucho Garzón y el de Samuel Moreno. También era una visión de ciudad tremendamente diferente a la propuesta por el neoliberalismo salvaje de Enrique Peñalosa y alejada de la idea mockusiana de construcción de ciudadanía en singular. Gran parte de la pobla-

ción entendió esa nueva propuesta, que se hizo desde un movimiento que llamamos “progresista” y que se construyó a partir de recoger firmas. Se trató, por fin, de un movimiento eminentemente popular.

Así comenzó un gobierno alejado de los partidos políticos tradicionales. Logramos un éxito rotundo en las elecciones, gracias a la genialidad de algún compañero que logró vincular buena parte de la votación a la alcaldía, al Concejo. Pudimos elegir una bancada de 9 concejales de 45. Aunque logramos una bancada importante, seguíamos siendo minoría.

Las mayorías del Concejo, pasaron a ser grupos de oposición a mi alcaldía. En esas mayorías se encontraba el Partido Verde y fue interesante ver cómo el partido que había ayudado a fundar, ahora respondía a los intereses y a la visión de ciudad de Peñalosa. Era paradójico que ese partido fuera oposición a mi gobierno. De hecho, el Partido Verde nos quitó la posibilidad de una mayoría en el Concejo: ellos tenían 4 concejales, y a nosotros nos tocó gobernar sin Concejo. Era una tarea muy difícil, pues sabíamos que la alternativa para conquistar la mayoría en el Concejo era entregar, como lo había hecho Samuel Moreno, cuotas burocráticas a los partidos tradicionales. Cada vez que eso se había intentado, resultaba en procesos de corrupción y nosotros no queríamos eso.

La configuración del equipo de gobierno se organizó para garantizar que hubiera paridad de género. Era un mensaje político para la ciudad. La mitad del gabinete eran mujeres, incluso llegaron a tener más poder que los hombres. Las huestes de funcionarios públicos de los nuevos programas eran en su mayoría mujeres, así que buena parte de los programas de la Bogotá Humana fueron ejecutados por fuerzas femeninas. Propusimos tres programas centrales: el primero buscaba superar la segregación social en una de las ciudades más desiguales del mundo, el

segundo propuso programas para mitigar el cambio climático, y el tercero giró en torno al fortalecimiento del poder público.

La desigualdad social llevaba a una segregación territorial. Los pobres en un lado, y los ricos en el otro. Existía una diferencia en la calidad de los servicios públicos urbanos, ofrecidos según los estratos. Queríamos apostarle a superar la desigualdad social en Bogotá y por ello esta fue una de nuestras banderas. El segundo tema que gravitaba alrededor del cambio climático implicaba un ordenamiento de la ciudad alrededor del agua. El eje rector de una adaptación al cambio climático tiene que ver con el ordenamiento territorial alrededor del cuidado del agua. El ciclo del agua es el primero que se ve afectado por la crisis climática y por eso queríamos que este tema fuera central en nuestro gobierno. Y el tercer eje, que tenía que ver con el fortalecimiento del poder público, era el instrumento que permitía avanzar en las dos primeras tareas. Aquí rompimos por completo con una visión neoliberal de la ciudad, pues nuestra idea era fortalecer las empresas e iniciativas públicas. Bogotá tenía unas empresas públicas que habían resistido los embates de la privatización, y eran empresas poderosas que queríamos fortalecer, como la Empresa de Energía Eléctrica, la Empresa de Telecomunicaciones de Bogotá y la Empresa de Acueducto de la ciudad. No era coincidencia que lograr ese fortalecimiento también nos fuera a ayudar en los primeros dos ejes de mi gobierno.

En el eje de la inclusión social, la educación, la salud, y la inclusión de los grupos discriminados por motivos de género, orientación sexual o por razones étnicas, se volvieron temas fundamentales para la Colombia Humana. Configuré un equipo de gobierno que fuese capaz de acometer estos retos. Entendíamos que no podían tener un éxito total en tan solo cuatro años de gobierno, pero la Bogotá Humana, como llamamos a nuestra

administración, se convirtió en una transición para alcanzar gradualmente estos objetivos.

Uno de los temas que rescato de mi administración es que hubo mucha coherencia. Las actividades diarias y administrativas iban de la mano con los programas que nos propusimos. Nosotros no construimos un programa con ideas alquiladas que solo buscaban remediar las urgencias del momento, sino que por el contrario trabajamos incansablemente durante cuatro años en estos tres ejes programáticos.

En mi opinión, el resultado fue muy importante. Fue mi primera experiencia de gobierno y una experiencia del progreso a escala latinoamericana. Creo que es una experiencia que debe ser tomada en cuenta, porque los programas concretos que aplicamos en los tres ejes programáticos fueron una especie de laboratorio de una política pública muy interesante. Ese laboratorio tiene vigencia para ser extendido a todo el país, de hecho, el programa de la Colombia Humana de carácter presidencial que construimos para el 2018 tiene sus raíces en buena parte en esta experiencia de la Alcaldía de Bogotá.

La educación se convirtió en un tema central en nuestro objetivo de superar la segregación territorial. Existe una brecha entre la educación pública y la educación privada en Bogotá que determina un punto de partida de desigualdad para la juventud. Hay una brecha entre quienes reciben educación privada y quienes reciben educación pública. Geográficamente, esa diferencia también estaba creando una brecha territorial en mi alcaldía, que resultó en segregación territorial. Para revertir este modelo, lanzamos un programa de incremento de la calidad educativa pública, porque, por lo menos hasta la secundaria, no existía un programa de calidad en la educación en la ciudad.

Ese incremento de calidades tuvo que ver con la adecuación de las infraestructuras educativas. Fue necesario mejorar su

nivel tecnológico, implementar desde cero las bandas anchas para que los colegios pudieran estar conectados a internet y mejorar la educación del profesorado. Pensamos que, si se quería ver un aumento en la calidad educativa, lo más importante era fortalecer la educación de los profesores.

Desde el distrito pagamos todos los ciclos de educación de posgrados para profesores en Bogotá. Existían unos 34 000 maestros y maestras y logramos cubrir 5000 posgrados. Lo consideramos un número bastante importante, que les dio acceso a programas de doctorado, maestrías y especializaciones. Nuestro objetivo no era cambiar a los profesores, sino darles acceso a una mejor educación. Fue un proceso de transformación.

También se incrementaron las horas de estudio, que habían sido reducidas por una política neoliberal del Gobierno nacional, que le había quitado recursos a la educación, para transferirlos a la guerra. Nosotros hicimos un proceso inverso y contratamos cerca de 5000 nuevos maestros. Los nuevos programas educativos ya no giraban solo en torno a las matemáticas, la física y la química, sino que se crearon programas para la historia, el arte y la cultura. A mí me parecía fundamental la formación en cultura, pues creía que permitiría que los niños y niñas pudieran entender y crecer con el poder y el capital simbólico de las artes en general. Como me había ocurrido a mí con la lectura, más allá de la alfabetización o la memorización de algunos contenidos, los libros me hicieron libre y consciente de la diversidad del mundo.

Pensaba que si esa generación tenía esa oportunidad, habría una explosión artística en la ciudad de Bogotá. El arte y la cultura deben ser una de las grandes cualidades de una ciudad que no tiene mar, no tiene río navegable y está en el centro de un país grande, es decir, una ciudad con escasas posibilidades de conexión geográfica con el mundo. En este sentido, hubo dos

programas en mi administración que fueron claves para fomentar ese capital acumulado. El primero fue convertir la Orquesta Filarmónica de Bogotá en una escuela de música clásica pagada por el distrito. Convertimos a los músicos en maestros para que pudieran irradiar una educación musical en todos los colegios públicos de la ciudad. Alrededor de 20 000 jovencitos y jovencitas se vincularon al programa. El modelo intentaba aprender de “El Sistema”, creado en Venezuela en 1975 por José Antonio Abreu, que irradió a una sociedad y del cual es hijo el director Gustavo Dudamel, entre miles de músicos profesionales que tiene el país vecino.

La vinculación al programa de música no se hizo con un sistema barrial, sino desde el colegio, pero de alguna manera eso también afectó a los barrios de la ciudad. El programa permitió que los niños y niñas de los barrios más pobres de la ciudad estuvieran con expresiones artísticas y produjeran ellos mismos obras de calidad. De repente, esto también cambiaba la cara de los barrios. Ahora se veía a una niña, de bajas condiciones económicas, salir de su casa con un violín al hombro. Todo el vecindario tenía ese nuevo paisaje. Hicimos compras masivas de este tipo de instrumentos musicales para los colegios. Los estudiantes que se vinculaban a estos procesos, podían practicar en sus propias casas. Fueron cambios revolucionarios, que cerraron la brecha entre la educación pública y la privada.

Llegué a pensar que en mi gobierno esa brecha se reduciría a cero. En realidad, lo que hizo fue impulsar un esfuerzo privado para aumentar la calidad educativa en los colegios. Fue un proceso virtuoso. A partir de los saltos educativos, la ciudad disminuyó la desigualdad social. Aún hay una tarea por cumplir en la educación superior, pues lo que logramos fue a paso balbuceante. Queríamos conseguir los mismos avances en la educación superior, pues es un paso necesario para la construcción

de una sociedad de conocimiento. Durante mi alcaldía, fundamos tres sedes universitarias en localidades pobres de la ciudad: Ciudad Bolívar, Bosa y Kennedy.

Creo que esta es una crítica que me hago a mí mismo. Si hubiéramos percibido más rápidamente el tema, habríamos podido incentivar otras tres sedes. El programa quedó paralizado después, pero lograr una cobertura del 100 % de educación superior en la ciudad de Bogotá es hoy posible con los recursos de la capital. Es un tema fundamental.

Si lo comparamos con el tema de la cultura, Bogotá es una ciudad que no tiene ninguna posibilidad en el mundo, si no es a partir de la construcción de una sociedad de conocimiento. Bogotá debe construir ramas productivas urbanas que tengan como eje central el conocimiento en la industria, en la manufactura y en los servicios. La ciudad no tiene otro futuro. El presupuesto para la educación en mi alcaldía fue mayor que el del gobierno de Lucho Garzón, que había sido un hito en la ciudad. Sin embargo, en los medios de comunicación del establecimiento, se vendía la idea de que no habíamos hecho ningún colegio nuevo. Hablaban sobre nuestro proyecto educativo de una manera muy perversa, porque trastocaron algunos conceptos que la ciudadanía no lograba entender. Nosotros habíamos construido sedes nuevas en colegios pre-existentes para extender las plazas de estudios, pero la prensa aseguraba que nosotros no habíamos creado ni un solo colegio.

No era cierto que no habíamos creado colegios, porque construimos colegios en zonas deficitarias. Llegamos a completar 45 sedes nuevas: 23 fueron entregadas por nosotros y las otras las dejamos en el proceso de construcción o de contratación. La ciudadanía hoy no es consciente del salto educativo en la capital, del enorme esfuerzo que se dio.

En el tema de la salud, también decidimos romper con el modelo neoliberal de la Ley 100, copiando algunos modelos

internacionales. Como ya lo he dicho, la Ley 100 desfinanció la red hospitalaria pública; los hospitales públicos se caían y existía un déficit contable enorme. No tenían para pagar los contratos de las enfermeras, de los médicos, disminuían servicios, echaban personal, y lo que teníamos era un esqueleto del régimen de salud público. Todo esto se dio con la complicidad de los gobiernos de izquierda, que no se atrevieron a romper con la Ley 100.

En la alcaldía de Lucho, se implementó un programa muy marginal, liderado por médicos de izquierda, que trataba de imitar el modelo costarricense y cubano de atención en el hogar. En el mandato de Samuel Moreno, eso se había paralizado, y lo que hizo su alcaldía fue crear una EPS dentro del modelo de la Ley 100. Ese caso fue terrible, porque el mayor presupuesto salía de la alcaldía, pero una EPS privada y corrupta se llevó ese dinero a sus propias clínicas y hospitales. Este programa generó un enorme déficit contable por más de 250 000 millones de pesos, unos 125 millones de dólares de la época, para la red pública hospitalaria, que cuenta con 22 hospitales. Catorce de esos hospitales ya estaban prácticamente quebrados cuando llegamos nosotros, y a eso le dimos un cambio sustancial.

El tema de la salud lo dividimos en dos programas. El primero fue el programa que había iniciado Lucho, de médicos a su hogar. Lo volvimos poderoso. Creamos 1000 equipos médicos, y nos enfocamos en los estratos 1 y 2. Los equipos médicos tenían presencia en 1000 microterritorios de 800 familias cada uno y cada equipo médico tenía la capacidad de visitar un hogar, varias veces al año. Logramos cubrir cerca de 800 000 hogares, una población total de 3 800 000 personas. En el último año de mi alcaldía, completamos 7 700 000 consultas. Esto se convirtió en una gran base de investigación científica sobre la ciudad de Bogotá. Dentro de ese programa también montamos los

llamados Camad, Centros de Atención Médica a Drogadictos, que fueron una revolución, porque eran centros de atención a personas que llegaban voluntariamente con problemas de adicción. Comenzamos esta atención en el sitio más degradado de Bogotá, conocido como el Bronx. Nos dejó unas experiencias enormes. Se hicieron 65 000 consultas en esta materia y la mayoría de quienes llegaban no eran habitantes de calle, sino jóvenes de colegios de barrios populares. Esas 65 000 consultas también fueron una gran base científica para estudiar el problema de la drogadicción en Bogotá. Lo revolucionario de este programa era que por primera vez en Colombia la relación del Estado con el adicto no era con un bolillo y el calabozo, sino con un médico. La atención que se brindaba era pública y la concepción del asunto era que se trataba de un problema de salud pública.

Todos estos elementos generaron una gran ruptura con las visiones tradicionales de la administración y de la política a nivel nacional. Durante nuestra alcaldía también generamos ideas de nuevo urbanismo. La ciudad de Bogotá, por su propio crecimiento demográfico, como resultado de la emigración que las violencias han traído, se ha ido expandiendo. Es una de las ciudades más grandes del mundo y su expansión ha sido utilizada por el mercado para fines especulativos, sobre todo al norte de la ciudad. De eso se hizo un enorme negocio corrupto con participación de funcionarios. El negocio consistía en expandir la ciudad, porque la expansión de una ciudad implica de igual manera la expansión de sus servicios públicos y la movilidad, entre otros aspectos. Ese movimiento va volviendo la ciudad más cara y segregada, ya que las familias pobres se van al lugar donde la tierra es más barata. Eso lo encontraron al sur de la ciudad, donde no había servicios públicos. Tras aquel negocio se acumularon enormes fortunas. Los especuladores compran la tierra rural barata y luego con su influencia política convierten

esos terrenos en urbanos y multiplican por diez o veinte lo que invirtieron.

Ese negocio llegó a ser más poderoso que el de la cocaína. Aquí generamos una política alternativa para detener el crecimiento de la ciudad e hicimos una política de bordes. Esto también tenía que ver con la adaptación de la ciudad al cambio climático. Lo que pensábamos era que densificar la ciudad en el centro permitiría reducir costos de servicios públicos y mejorar la movilidad. La gente podría usar la bicicleta como método de transporte o incluso caminar, y se disminuiría el uso del carro particular, que destruye cualquier ciudad.

Lo que queríamos era llevar a las personas pobres a vivir dentro de la nueva urbanización en el centro de Bogotá. De esta manera también conseguíamos mezclar los estratos, pues esto permitiría superar la segregación social. El Gobierno nacional no creía que fuera posible construir vivienda para personas pobres en el centro de la ciudad, porque la tierra es muy costosa, pero probamos que sí se puede. Simplemente combinamos los usos en una sola edificación. En el primer y segundo piso, ubicamos locales comerciales de alto valor, y ese dinero fue usado para financiar el resto de los pisos. En últimas, logramos subsidiar la vivienda para familias pobres, con los dos primeros pisos de uso comercial. A esto le llamamos vivienda de interés prioritario y logramos ubicar población muy pobre dentro del área central de la ciudad, lo cual los puso en contacto con la mayor parte de las transacciones económicas y les dio acceso a oportunidades que les permitieron salir de la pobreza.

Este proyecto lo hicimos en la práctica, no de manera masiva, pero logramos demostrar que se podía hacer. Inauguramos varios proyectos de interés social y le dimos prioridad de acceso a las madres cabeza de hogar. En mis últimos años de administración quise llevar estos proyectos a otras zonas de la ciudad, entre esas

al norte de Bogotá, en las áreas más ricas de la capital. Sabía que iba a ser muy difícil la implementación en estos sectores y no le auguraba mucho éxito al proyecto, a pesar de que había sido exitoso en otras ciudades del mundo, como Nueva York y Londres.

Las edificaciones habrían sido estéticamente similares a las de su entorno y le permitiría a familias pobres vivir en zonas ricas de la ciudad. Este proyecto causó escándalo. Usaron jueces para detener el programa, nos quitaron el pie necesario para poder implementarlo, y al final esto mostró la dinámica de segregación social que está tan arraigada en la mente de la clase media bogotana. Es una lógica dañina para la ciudad que perpetúa la segregación social.

Según cifras del DANE, la entidad oficial de estadística de Colombia, que es independiente a la Alcaldía de Bogotá, la pobreza multidimensional cayó sustancialmente en nuestro mandato. Recibimos la ciudad con un 12 % de la población en pobreza multidimensional, y entregamos la ciudad con 4.7%. ¡Ese fue el indicador cumbre! La pobreza multidimensional es un indicador construido por las Naciones Unidas que mide la eficiencia de los gobiernos locales. La reducción de la pobreza multidimensional en el año 2015 fue el gran resultado de la Bogotá Humana.

Dicha cifra después se revirtió, pero nos permitió ver la eficacia de la política pública que habíamos construido. Eso también tuvo correlación con estadísticas más concretas, por ejemplo, en la salud. Casi todos los indicadores internacionales de morbilidad y mortalidad fueron exitosos en el programa de la Bogotá Humana. Igualmente, me enorgullece mucho que cumplimos el objetivo del milenio en cuanto a mortalidad materna. Logramos la disminución en la tasa de la mortalidad materna, los niveles de reducción de desnutrición fueron sustanciales y 65 000 niños dejaron de trabajar.

Viendo hoy todas las estadísticas sociales, antes de la pandemia, la ciudad nunca había alcanzado unos niveles de desarrollo social como los que se lograron en la Bogotá Humana. La prensa nos criticó y nos tildaron de populistas, por el gasto de dinero público en programas sociales. Algunos decían que estaba regalando la plata, pero invertir en salud y en educación no es regalar la plata, es invertirla.

También nos criticaron porque no estábamos haciendo nada por el tema económico, pero la experiencia y las cifras de la Bogotá Humana demuestran lo contrario. Si se observa con cuidado el cuadro de tasa de ocupación laboral, que incluye el sector formal e informal, fue la más alta en la historia del país. Entre más se hizo un esfuerzo para disminuir la pobreza y la desigualdad social, más creció la tasa de ocupación. Este resultado choca con los planteamientos del neoliberalismo, pero yo creo tener una explicación: disminuir la pobreza con un fuerte componente de política estatal lleva a aumentar el mercado interno. En el caso de la ciudad de Bogotá, eso es clave, pues por su tamaño la ciudad vive de sí misma. Entonces, el incremento del mercado interno permite una expansión de actividades económicas que a su vez generan empleo. En últimas, dicha dinámica contribuye con la disminución de la pobreza, se incrementan puestos de trabajo y hay nuevas oportunidades. Eso fue lo que se vivió en Bogotá. Por esa razón las cifras del crecimiento económico galoparon por encima del promedio nacional.

De manera paralela, hubo una gran política de inclusión a grupos discriminados en la ciudad. Tratando de ser coherentes con nuestro programa, nos centramos en varios grupos, uno de esos fueron los recicladores. La Corte Constitucional nos exigía remunerarlos por su servicio público. A mí me apasionó este tema. Cambiamos nuestro modelo de aseo, incluimos a los recicladores en el modelo y desprivatizamos. Esto nos permitió bajar

las tarifas al usuario, porque los cuatro empresarios del aseo se estaban robando el dinero. Redujimos tarifas que, aún reducidas, daban utilidad para la empresa pública de aseo, que se convirtió en la más grande de Colombia, y que fue la Empresa de Acueducto. Esta empresa empezó a tener mayor valor, y esto fue coherente con nuestra idea política de fortalecer el poder público.

Aun reduciendo las tarifas al usuario, pudimos remunerar la actividad de los recicladores. Esa remuneración nunca se había hecho y fue lo que, en parte, permitió superar la pobreza. También se dignificó el trabajo de los recicladores, que antes se veían como personajes harapientos sacando de las basuras lo que consideraban que se podía vender después en alguna bodega y viviendo al límite con sus niños en una zorra, esa especie de carruaje tirado por un caballo flaco.

Con los recicladores hicimos una serie de cambios y mejoras que me parecieron mágicos. Liberamos los 2700 caballos de trabajo que había en la ciudad. Los entregamos a gente voluntaria, dueña de fincas en los alrededores de Bogotá, y se acabó el trabajo animal en la ciudad. Fue un reequilibrio en las actividades económicas del ser humano y la naturaleza. Sesenta y cinco mil hijos de los recicladores dejaron de trabajar y se dedicaron a estudiar. Las familias recicladoras recibieron uniformes. Esas mismas familias lograron cambiar sus sitios de vivienda y mejoraron su calidad de vida. También empezaron a mecanizar sus labores, y esto aumentó el reciclaje, que es fundamental en una política de mitigación del cambio climático.

Otro programa que fue fundamental, y me arrepiento de no haberlo comenzado antes en mi alcaldía, fue la labor con las trabajadoras sexuales. Iniciamos con aquella mujeres mayores que prácticamente vivían en la calle y tratamos de solucionar el problema de arriendos. Otro trabajo importante, desde el punto de vista de la discriminación, fue con la juventud marginada. Nos

metimos con pandillas que ya estaban en la delincuencia. Teníamos una juventud excluida completamente de las oportunidades. La mitad de los jóvenes que salen del colegio público no ingresan a la universidad. La mayoría de los muchachos ingresan a grupos delincuenciales en la calle y las muchachas quedan embarazadas y les toca fundar una familia solas. Ese, por un lado, es un círculo de pobreza, pero también un círculo de inseguridad ciudadana.

El tema de la seguridad ha sido problemático en Colombia, y divide los sectores políticos y sociales. En Bogotá, desde la alcaldía de Mockus, venimos argumentando que la seguridad depende de la construcción social y no de la represión policiva. Hicimos un programa específico, que dio muy buenos resultados. El programa consistía en pagarles a los integrantes de pandillas para que sostuvieran a sus familias y dejaran de robar; a cambio, ellos entraban a estudiar. Ese programa lo usaban en otras ciudades del mundo, como en Los Ángeles, que tiene una problemática muy compleja en el tema.

Antes de este programa no había ningún contacto entre el Estado y la juventud delincucional, que no fuera a través de la Policía. Así que los primeros contactos fueron muy dramáticos. Fue bastante difícil hacer una reunión entre jóvenes y funcionarios, dejando los cuchillos a la entrada, pues se podían matar entre ellos o podían agredir a algún funcionario. Creo que lo más importante para lograr el programa fue que los jóvenes creían en mí. Nuestro impacto en la juventud fue tal que incluso los jóvenes más excluidos veían en mí una esperanza. Los muchachos confiaron en que nosotros no íbamos a pasar listas con nombres a la Policía, y que íbamos a manejar esto de una manera no represiva. Fueron llegando de a poco, pero de un momento a otro se expandió el programa hasta que 10 000 jóvenes pandilleros se habían integrado.

Coparon el 100 % del presupuesto que teníamos, que era cercano a los cien mil millones de pesos, unos 30 millones de dólares. Sabíamos que la crítica iba a llegar, y muchos funcionarios públicos se asustaron con la magnitud del programa. El programa debía tener un medidor para saber si era eficaz. Al principio pensé que ese indicador iba a ser la tasa de homicidios en los lugares pobres, pero me equivoqué. Después descubrí que los jóvenes no buscaban matar, sino que hurtaban con otras intenciones. Nos dimos de cuenta, por ejemplo, que los jóvenes no robaban celulares para comprar drogas, sino que robaban un celular para regalárselo a su novia. Ellos tenían algunos mitos urbanos, y un celular de marca o unos tenis de marca eran el regalo perfecto. Como no tenían los recursos para comprar estos elementos de marca, entonces los hurtaban, pero no mataban, como habíamos pensado inicialmente. Así que donde se evidenciaba el éxito del programa no era los sitios donde había muertos, sino en el centro de la ciudad, donde se movían las actividades económicas. Ahí era donde se realizaba el hurto. La reducción del hurto en la ciudad fue del 30 %.

Habíamos logrado establecer un programa de inclusión juvenil, que era también un programa de seguridad ciudadana. Si se hubiera mantenido, habría dado muy buenos resultados. Recuerdo haber ido a dos de esas reuniones, que me hicieron llorar. Una de esas fue cuando se logró graduar el primer grupo como bachilleres. Ver a aquellos jóvenes con las mejores pintas que habían podido conseguir, algunos de corbata, otros de sastre, con su toga, me conmovió mucho. Me puse a llorar de inmediato, me encargaron el discurso y no me salían las palabras. Mi emoción no fue por el éxito del programa de la alcaldía, sino por la emoción de ver esos jóvenes, graduándose. Eran jóvenes que habrían podido terminar muy mal, pero tuvieron otras oportunidades.

La otra ocasión en que no logré contener las lágrimas fue en una pequeña reunión en Fontibón. Sin que se hubiese planeado, un grupo de jóvenes se reunió conmigo. Se paró a hablar un joven con su lenguaje de barrio popular, y me dijo: “¡Petro! Yo quiero ser médico y usted me ha dado la oportunidad. Usted me ha permitido creer que puedo ser médico”. Eso me emocionó mucho. Ese muchacho con un cuchillo habría asustado a cualquier cantidad de personas, pero el programa lo que había logrado era que los jóvenes creyeran que eran capaces de salir adelante.

En síntesis, quería una forma de gobierno en donde la gente pudiera decidir las políticas públicas. Esto se conoce como democracia participativa, y consiste en incluir a la ciudadanía en la construcción de dichas políticas. Es una forma distinta de hacer política, alejada de esa manera tradicional, que considera a las personas únicamente en las fechas de elecciones. Esto le da al pueblo la capacidad real de incidir en la construcción de lo público.

El instrumento que configuramos, siguiendo la historia del país, fue el cabildo. Baste recordar que los cabildos fueron, durante la época de la Independencia, las instancias populares y decisorias en las que se establecían derroteros para el futuro del país. El cabildo, pues, eran reuniones amplias y abiertas, con sectores sociales específicos donde se hablaba, se construían propuestas, y nosotros, como gobernantes, tomábamos aquellas propuestas. El resultado fue una política pública que se construyó a partir de lo que decía la gente.

Lo que normalmente pasaba en una alcaldía es que los técnicos y especialistas en un tema creaban las políticas públicas. Con el tiempo, estos técnicos se dieron cuenta de que habían perdido poder, es decir, que las decisiones no las tenían ellos, basados en sus criterios técnicos, sino que su técnica entraba en deliberación con la sociedad. Creo que ese tema es fundamental para comprender una democracia. En muchas naciones, la

experticia pasa a tomar las decisiones políticas de una sociedad; a eso se le llama “tecnocracia”. La tecnocracia no es democracia. Nosotros no queríamos criticar la opinión técnica o experta, sino ponerla en diálogo con la población. Ese diálogo resultó mucho más fructífero y con experiencias más importantes en nuestra alcaldía.

Los cabildos fueron claves en ese diálogo que establecimos con la ciudadanía. En los primeros cabildos, convocamos a la ciudadanía a escoger cuáles vías en sus barrios querían pavimentar. Ellos debían tomar esa decisión considerando que los recursos eran escasos y que había una gran crisis en el sistema vial barrial, porque los recursos para vías de la ciudad se habían invertido en las grandes troncales de Transmilenio.

Las víctimas de esos proyectos estaban en los barrios de la ciudad. La pavimentación de las calles en los barrios tenía menos que ver con el tema de la movilidad, y más que ver con la dignidad. Puede ser que las personas ni siquiera tuvieran carro, pero un barrio pavimentado es un mejor barrio. De hecho, la pavimentación tiene consecuencias importantes en la salud, sobre todo para prevenir enfermedades pulmonares.

Dejamos que la gente decidiera, y ahí entraron los problemas técnicos, porque salía un *collage* de propuestas inconexas entre ellas. El enfoque de los técnicos era construir grandes corredores donde pudiera fluir el vehículo sin mayores problemas, pero el sistema participativo no lo permitió, pues sus prioridades no eran necesariamente las del carro. Al final, los técnicos aceptaron el criterio de la gente y se priorizaron más o menos unos 3000 tramos viales por la comunidad.

Ese fue el primer ejemplo de lo que significaba el poder decisorio de la gente. Fui muy celoso con cumplir lo que las comunidades querían. El tema se volvió más interesante cuando pasamos a aspectos sociales. El primer cabildo que se realizó con mi pre-

sencia fue el de los habitantes de calle. Mis escoltas tenían tanto temor que esa vez me dejaron casi solo. Yo hablé con el padre que estaba al frente del Voto Nacional. Era un señor muy sensible a temas sociales y temas de paz. Él me pidió recuperar el Voto Nacional, que es una iglesia histórica en donde se firmó el pacto de paz, después de la guerra de los Mil días. Se llamó Voto Nacional porque era una plegaria de la nación por la paz. Logré la reparación de ese patrimonio que estaba olvidado. Hicimos un estudio, que fue muy complejo, pues era una restauración de patrimonio histórico. Se trataba de redignificar lugares y edificaciones que estaban o habían querido ser dejadas al garete. Logramos los primeros procesos de restauración de un símbolo de la paz de Colombia que se encontraba al lado del Bronx. En ese sitio se vivía una dinámica muy compleja, producto del desalojo al Cartucho impulsado por el gobierno de Peñalosa.

En Bogotá y otras ciudades del país, existe un área que se deprime urbanísticamente, ya que allí se ubican miles de habitantes de calle. Este lugar es ocupado por gente que deja de tener vínculos con su familia, adopta un modo de vivir callejero permanente, y en una proporción muy alta es adicta al consumo de drogas. En muchas ocasiones, la adicción es producto de situaciones que suceden al interior de los hogares, porque son hogares sin vínculos afectivos y no les permite a las personas sentirse protegidas. De repente, se rompen todos los vínculos y esas personas salen a la calle a consumir. Ahí pueden pasar años o incluso toda su vida.

En muchos casos, hay un proceso de degradación física, pues el consumo más frecuente es con lo que llamamos "bazuco". El bazuco es la base de la producción de la cocaína, no es lo que se conoce en Estados Unidos como *crack*, sino una basura del proceso de producción. Lo venden muy barato, por ende, acceden a él los más pobres. Esta sustancia tiene unas

características profundamente destructivas sobre el cerebro y la condición física. Su capacidad de adicción también es mucho más alta y el individuo que consume esto no come y no puede establecer sus bases vitales. Esa degradación es concomitante con un crecimiento de la ansiedad en personas que ya no pueden trabajar y que no tienen ingresos. Muchas veces, estas personas terminan involucradas en delitos, como el hurto, para conseguir el dinero, y poder comprar las “bichas”, como le llaman al bazuco en el Bronx.

Por ese camino se construyó una “nueva esclavitud”. Esta expresión se la escuché al papa Francisco. Cuando él la usó, se refería a los éxodos, pero en el caso de Bogotá lo ligué a este tema del Bronx. La dependencia de las bichas le permite a los vendedores volverse dueños del habitante de calle. Es así como los usan para diversos fines, como ocupar el territorio, la desvalorización de sitios para comprar los inmuebles baratos, la expansión del mercado de la droga en los colegios y ejercer la violencia en contra del otro a través del asesinato en lugares ominosos como las casas de pique. Así, el Bronx se convirtió en una zona compleja y por esa razón quise abordar el tema desde una perspectiva progresista y democrática. Durante la alcaldía posterior a la nuestra, la segunda de Enrique Peñalosa, este tema se asumió desde una perspectiva represiva: se desalojó a la población de calle y buena parte se trasladó a otros lugares de la ciudad, para después mostrar unas obras urbanas que se hicieron sobre la gente, no con la gente.

En un intento por construir una política pública progresista que abordara fenómenos tan complejos como la adicción a las drogas, la habitabilidad en calle, la exclusión y la esclavitud moderna, decidimos organizar un cabildo. Queríamos escuchar a las personas que vivían en el Bronx, así que el padre nos permitió reunirnos a un lado del monumento en una especie de

salón que no tenía sino una puerta. Allí entraron en pánico mis escoltas, pues ellos veían al habitante de calle como un enemigo y sentían que un ataque no se podría mitigar. Yo me ubiqué en el lugar más peligroso del salón, al otro lado de la puerta. Para poder salir tenía que pasar toda la asamblea; pero escogí ese lugar porque me pareció que era un gesto de confianza que le daba al habitante de calle. Era un gesto para insistir en que yo como alcalde no tenía miedo y mi intervención no estaba motivada por ese sentimiento. El padre se sentó al lado mío; la policía no estaba presente, y los escoltas se habían ido. Cerca de 300 habitantes de la calle coparon completamente el salón, se sentaron y dejé que hablaran. De todos los cabildos que hice, este fue en donde encontré más altura intelectual.

Lo atribuí a que estaba hablando con gente que había tenido vidas anteriores: habían estudiado, eran médicos, artistas o arquitectos. Eran personas que por algunas circunstancias no cumplían con los requisitos de una sociedad capitalista, la sociedad de la competencia. Es como estar en una carrera de caballos, con algunos caballos que buscan un escape. Eso se lo leí al filósofo francés Gilles Deleuze, quien desarrolló un concepto denominado "líneas de fuga". Deleuze decía que no se podía hacer una revolución en este mundo y que los individuos, en ese tipo de estructuras dominantes, solo podían buscar líneas de fuga. Él lo veía en el arte y en la cultura, como una forma de expresar allí la rebeldía, y mencionaba otras líneas de fuga, como por ejemplo el transexualismo. Lo que encontré en estas reuniones era gente que se había fugado de una sociedad competitiva, agresiva, violenta y darwinista, que excluía a personas que simplemente por su arquitectura psicológica no estaban en la disposición de admitir una competencia con otros seres humanos. Por eso buscaban líneas de fuga, y esas líneas las encontraban en la droga, y finalmente en la calle.

El nivel intelectual de esas personas era mucho más alto que el promedio de la sociedad bogotana. Ese fue el primer impacto que tuvimos, y ellos fueron expresando sus opiniones sobre cómo transformar el Bronx, cómo vivir ahí y qué debía hacer un Estado frente a ellos. Algunos llegaron con una visión cristiana y creían que a través de la religión podían superar la condición de habitabilidad de la calle, volver a un hogar y rehacer una familia. Otros me preguntaron de manera clara: ¿y qué pasa con los que no queremos dejar la calle? Desde una perspectiva democrática, esa era una decisión que debía ser respetada. El padre lloró durante el cabildo. Estaba emocionado con aquella vivencia política. Nadie podía negar que ese era un encuentro político, pues al final se elaboró una política pública de la mano de los habitantes de calle.

Esta política fue decisiva en la creación de los comedores comunitarios y los baños públicos. Muchos se preguntarán ¿por qué vive un habitante de la calle en andrajos sucios? ¿Por qué orina en la calle? ¿Por qué no lo dejan entrar en ninguna cafetería a hacer sus necesidades? ¿Por qué no se baña? ¿Por qué no se peluquea? La respuesta es sencilla: no existían baños ni peluquerías públicas en Bogotá. Todo eso lo pidieron ellos y el distrito los construyó. Con el tiempo hicimos un comedor comunitario, un baño público y un jardín infantil para los niños que vivían allá. Luego montamos también un espacio en el Bacatá donde los habitantes de calle pudieran dormir con dignidad. El Bacatá tenía un cupo para 1000 personas y esa idea nació del cabildo con los habitantes de calle.

Un tema central fue el consumo de drogas. Yo ya conocía la esclavitud de los habitantes de calle generada por la adicción al bazuco e incitada por las organizaciones narcotraficantes. Para tratar este asunto, lo primero que hicimos fue poner un centro de atención médico. La relación con la Policía era tensa, porque

yo quería ver si se lograba romper el lazo entre la mafia y el habitante de calle, sin que la Policía actuara como intermediario.

Desde una visión tradicional, se pensaba que la Policía debía cortar esa relación entre la mafia y el consumidor, pero con la experiencia entendimos que el Estado debía mitigar el daño causado por el bazuco, sin prohibir el consumo. Por eso establecimos los centros regulados de consumo. Investigamos mucho el tema del bazuco e incluso tuvimos expertos que decían que se podía reemplazar el bazuco por la marihuana. Los habitantes de calle también nos habían dicho eso, y lo pusimos a prueba en el Bronx.

El bazuco es un estimulante, por eso genera una ansiedad salvaje que lleva incluso a cometer delitos. La marihuana tiene el efecto contrario, genera pasividad. Tuvimos algunas dudas de la marihuana como reemplazo al bazuco, pues, aunque mitigaba la ansiedad, también llevaba a las personas a perder su iniciativa. En este estudio no llegamos a ninguna conclusión. Creo que lo mejor habría sido dejar andar el proyecto un tiempo más, para tener mejores niveles de información, pero no lo hicimos así. En vez de ello, se montó el primer centro de atención médica a drogodependientes. Era una camioneta en donde médicos y odontólogos atendían a los habitantes de calle e iban descubriendo realidades que el Estado desconocía. Por ejemplo, descubrieron que muchas personas usaban el bazuco, para dejar de sentir el dolor que les producía una dentadura que nunca había tenido tratamiento. Así, evidenciamos que la solución para el consumo de algunos era simplemente un tratamiento odontológico. Estos eran temas que ningún funcionario de la alcaldía conocía y que solo en la práctica se pudieron conocer. Lo que establecimos fue un diálogo directo entre el Estado y la sociedad.

Con este diálogo fueron apareciendo ideas, y se nos ocurrió que tal vez podíamos convertir al Bronx en un centro para los habitantes de calle. Los edificios que estaban allá no tenían

valor y se habían convertido en antros de las mafias, así que queríamos construir nuevos edificios y ponerlos al servicio de los habitantes de calle. Hubo un plan que implicaba dinamitar los edificios, y en una ocasión sacamos a los habitantes de calle. En eso ayudó la Policía y fue dramático, no se produjo ningún herido, pero el simple hecho de ver a la Policía casi provoca una confrontación.

De ese episodio salió una obra de arte urbano que se convirtió en un símbolo. Los habitantes de calle tenían confianza en mí y en mi alcaldía, entonces, en vez de que se diera una confrontación, se produjo un beso entre dos jóvenes. La prensa tomó esa foto y luego se convirtió en el mural que está hoy en el edificio de la avenida 26. Espero que ese ícono no se deteriore, porque se convirtió en el símbolo de la limpieza, la salud pública y de una gran concertación entre la gente y el Estado. El evento también nos permitió ver que la construcción de nuevos edificios en esta zona era un reto inmenso. Esa idea nunca la pudimos concretar. Al final no se hizo nada, y después llegó el gobierno de Peñalosa, a repetir lo que había hecho en el Cartucho años atrás. Acabó con toda nuestra política pública. Hoy en día, no sé qué pasó con el jardín infantil que habíamos montado, ni dónde quedaron todos esos niños que habían encontrado un espacio.

Nosotros siempre quisimos proteger a esos niños y a las personas que habitaban el Bronx, aunque no fue fácil. Sufrimos ataques de la mafia, que se iba sintiendo impotente ante los cambios que habíamos conseguido para los habitantes de calle. Entonces nos atacaron: quemaron el Camad. Aunque lo reconstruimos, el hecho de quemar el Centro Médico de Atención a Drogadictos indicaba que la política prohibicionista solo estaba al servicio de la mafia, que se sintió agredida por nuestra política, intentó quemar el comedor comunitario y mató a uno de los líderes que trabajaba con nosotros. Era un roquero joven y lo mataron en

Usme. En ese momento, vimos que nuestra política competía contra la mafia y su objetivo de la esclavitud moderna de los habitantes de la calle.

El último cabildo que quise hacer fue con las trabajadoras sexuales. De nuevo se llenó el recinto con unas 300 trabajadoras sexuales, que por primera vez hablaban con un funcionario público con maniobra para tomar decisiones. Quería enfocarme mucho en las mujeres de edad, las que ya habían pasado de los 40 años y vivían en las calles en condiciones de pobreza. Les dimos la palabra y recuerdo que el evento se convirtió en una especie de catarsis. Ellas expresaron todas las frustraciones sobre un Estado que nunca las había tenido en cuenta. La única política pública que había era algo que se llamaba *El Código*. *El Código* era un instrumento policial, que las obligaba a ir a unos exámenes médicos, en los que les daban un carnet. Ellas tenían que mostrar el carnet a la Policía para poder trabajar, de lo contrario, se las llevaban. Era una especie de marca, al estilo nazi, pero no era una política pública real.

Ellas expresaron toda su frustración y varios de los funcionarios de la alcaldía se molestaron por las críticas de las mujeres. Recuerdo que una de las funcionarias que se sintió incómoda fue la secretaria de la Mujer, pero yo no entendía cómo podíamos representar a un Estado con una distancia tan severa entre la Secretaría de la Mujer y estas mujeres que estaban expresando su inconformidad. Ella renunció ese día y me sorprendí mucho. No podía entender que una persona que había estado en el M-19 y que leía literatura feminista hubiese renunciado tras el cabildo de las trabajadoras sexuales.

Para mí fue evidente que en la mentalidad progresista aún existían exclusiones. Había una lucha por la mujer y sus derechos, pero si esa mujer era trabajadora sexual entonces desaparecía esa lucha. Tenía claro que debía haber una política pública

alrededor de la mujer trabajadora sexual en Bogotá, sobre todo una para las mujeres de mayor edad. Para las trabajadoras sexuales jóvenes, que son la mayoría, debía existir una política pública que abriera oportunidades. Así esas muchachas podían entender que tenían diversos caminos, que no estaban cerrados a la prostitución y que tenían opciones para escoger con libertad. Creamos programas específicos para madres cabeza de familia. Los programas contaban con oportunidades laborales y con un jardín infantil con funcionamiento en el día y en la noche. De esta manera el Estado entró a reemplazar al padre que no existía, que se había ido. Cuando el hijo puede estar cuidado, se abren las posibilidades de esa madre joven. La madre joven ahora podía estudiar y trabajar.

Pero también queríamos crear programas para las trabajadoras sexuales por encima de los 40 años. A estas mujeres las condiciones de la vida no les permiten las mismas oportunidades. Así que se creó una política para subsidiar arriendos y obtener subsidios de transporte. También había mucha falta de información en políticas que ya teníamos, pero que no se usaban porque no las conocían. En ese programa fracasamos totalmente, porque nos encontramos con la oposición sistemática y la doble moral. Cuando pusimos en el presupuesto de una localidad un programa para subsidiar arriendos para trabajadoras sexuales, se levantaron en oposición las juntas administradoras y los ediles. Fue muy frustrante, porque uno sabía que ellos mismos iban a los prostíbulos a acostarse con aquellas mujeres, pero lo importante era mantenerlas en condición de pobreza y de falta de oportunidades, porque eso es lo que les permite a los hombres prostituirlas. Es una lógica perversa y la viví con la aprobación de los presupuestos. Ese fue el último cabildo que hice durante mi último año en la alcaldía. No tuvimos el tiempo para defender, resistir y profundizar en el tema.

El trabajo con los habitantes de calle y con las trabajadoras sexuales fue una experiencia hermosa. A veces, cuando salgo a la calle y hay algún habitante de calle por ahí, generalmente se me tira y me abraza. Yo creo que me ven como un protector. Los escoltas se ponen muy nerviosos, pero al contrario, creo en ese gesto como algo auténtico, hay una conexión indudable ahí entre quien representa y el ciudadano de a pie. Recuerdo a un habitante de la calle llorando en mi pecho; en ellos quedó esa marca, el recuerdo de un gobernante que estuvo a su servicio.

Con la Bogotá Humana la gente creyó que era posible subir la escalera social, que la gente pobre podía salir de esa condición. Eso fue lo que logramos. Después vinieron gobiernos que tumbaron esa escalera. Hoy no sé cuál es el porcentaje de población en pobreza multidimensional en Bogotá, pero con la estadística actualizada a partir de la llegada del Covid-19 ya sabemos que prácticamente el 40 % de la población bogotana está en la pobreza.

En mi alcaldía fortalecimos a la clase media bogotana. La hicimos crecer sacando a gente de la pobreza, y por eso la volvimos mayoría electoral. Ellos pasaron de vivir en casas maltrechas a vivir en edificios multifamiliares con zonas comunes, como los parqueaderos de carros. Ese cambio llevó a muchos a conseguir un automóvil, que por lo general compraban así estuvieran endeudados. El problema, para estas personas, dejó de ser la vivienda y para nosotros surgió el nuevo reto de cómo formular una política para que todos los nuevos carros pudieran moverse en la calle rápidamente. El enfoque político de una buena parte de estos bogotanos cambió, porque ahora lo que deseaban era una ciudad para el carro y no para la gente, a pesar de que ese enfoque les había permitido dejar de ser pobres. Esta teoría, conocida como la teoría de la escalera, se hizo realidad en toda América Latina.

El número de personas que ascendió socialmente durante mi alcaldía, de hecho, fue inédito. Nunca antes una masa tan grande de la población había salido de la pobreza hacia la auto-denominada clase media. Pero este grupo de personas pronto se inscribió en una agenda de consumo, y cuando vieron que el progresismo seguía tratando de subir más gente tumbaron la escalera. Votaron contra los movimientos progresistas, engañados por una falsa ilusión llamada arribismo. Es una paradoja: la clase media que dejó de ser pobre en mi alcaldía fue la misma que ayudó a destruir la escalera del acenso social para que otros no la pudieran subir.

Cuando llegaron las elecciones de 2016, ese segmento votó por Peñalosa para distanciarse de los que seguían abajo. Sobre todo, personas de estrato tres, en localidades como Fontibón, Engativá y Kennedy. En cambio, el sur de la ciudad siguió manteniendo una afinidad con el progresismo. La cercanía entre esa clase media y Peñalosa también ha hecho que el uribismo sea más fuerte en la ciudad. Por eso la distancia que el progresismo puede sacarle al uribismo en Bogotá no es tan grande como la que el uribismo nos ha sacado en Antioquia. A veces, se piensa que el uribismo sigue en el poder por su popularidad en Antioquia, pero en realidad es la clase media bogotana la que impide que el progresismo triunfe en Colombia.

Esa población eligió también a María Fernanda Cabal, que llegó al Congreso por primera vez gracias al voto bogotano. En la capital, por eso, hoy existe una dinámica de indecisión. Por un lado, el progresismo, la conciencia popular y la conciencia juvenil tienen mucha fuerza, pero la clase media no ha asumido un papel progresista. De haberlo hecho, habría podido mantener el camino de la Bogotá Humana. En vez de eso, se ha aliado con la derecha y por eso ha derrumbado proyectos como el del metro subterráneo, que hubiera beneficiado a toda la ciudad.

Esa iba a ser la mayor obra de infraestructura en la historia de Colombia, pero se deshizo. El responsable de su parálisis ha sido esa ciudadanía que, de la mano del poder, acabó con los proyectos que hubieran permitido el avance de la carrera progresista.

Ahora, paradójicamente, la pandemia del Covid-19 obligó a estas personas a bajar los peldaños que habían conquistado. En Bogotá, un millón de personas volvieron a ser pobres. Y pronto descubrieron que la escalera por la que habían subido había desaparecido porque, justamente, ellos tomaron la decisión de botarla.

A muchos de los que lograron subir por la escalera, los volvieron a tumbar.

El cambio climático

El segundo gran tema de nuestra Bogotá Humana fue el ambiental, ligado centralmente al cambio climático. Teníamos una posición vanguardista y empezamos a construir una narrativa para mitigar los efectos del calentamiento global, que me parecía importante porque de esa lucha depende el futuro de la humanidad. Aunque casi nadie entendía nuestro proyecto, ni siquiera la izquierda tradicional, pienso que nuestras ideas fueron acertadas y que hoy son parte del patrimonio histórico del progresismo en América Latina. Eso sí, nunca nos imaginamos la resistencia a la que nos íbamos a enfrentar. Por mi lucha medioambiental recibí el ataque más feroz durante mi tiempo como alcalde, una embestida que ni siquiera se presentó cuando luché contra la segregación social.

Nosotros queríamos poner a Bogotá, que no es una ciudad que produce grandes cantidades de CO₂, en las vanguardias de la lucha contra el cambio climático, desde el punto de vista de la adaptación. Para usar el lenguaje de las Naciones Unidas, el paquete de la adaptación implicaba reorganizar el territorio alrededor del agua. Esto lo entendieron los jóvenes de la ciudad, pero no el resto de la ciudadanía. Si se mira la historia, Bogotá creció en contra del agua, a diferencia de la mayoría de ciudades del mundo, que han convivido con el agua. La capital no tiene acceso al mar y tampoco a un río navegable justamente

porque creció sin entender la importancia del agua. Además, en Bogotá, hay 300 quebradas enterradas por decisión de los españoles y del Estado.

Esas quebradas se conocen en Barcelona como ramblas. Pero, a diferencia de Bogotá, los catalanes construyeron avenidas sobre esos ríos enterrados. Hoy, las ramblas son grandes espacios públicos para peatones. En Bogotá, lo que se hizo fue construir pequeñas calles y barrios sobre las quebradas, y se enterró toda el agua. El río Bogotá es una cloaca que nadie visita y nadie ve. Es tan invisible como los habitantes de la calle. En una frase, es el resumen de lo que ha sido la historia de la ciudad. Pero nuestro discurso giraba en torno a mitigar el cambio climático y, por eso, no podíamos tratar las fuentes hídricas como un recuso desechable.

Bogotá es una ciudad establecida sobre lo que antes fue un lago. Si los picos climáticos empeoran, esa agua va a retornar. El cambio climático va a traer el agua sobre las calles y sobre los barrios que se construyeron encima. Las quebradas enterradas saldrán por su propia fuente. Así pasó en Barranquilla, en donde la dinámica urbanística ha consistido en enterrar arroyos. Con el cambio climático, ese es un error garrafal, porque el agua se vengará en algún momento y lo único que quedará enterrado es la plata que se invirtió.

Nosotros analizamos la huella hídrica de Bogotá y descubrimos una realidad muy grave: el cambio climático podía llevar a unas condiciones en las que superaríamos el registro mínimo histórico más alto. Nuestro deseo de proteger las fuentes hídricas de la ciudad, sin embargo, entró en conflicto con los deseos de especulación inmobiliaria y de construcción nueva. Mejor dicho, con la lógica de la ciudad de Peñalosa, que se basa en el poder y en un historial de grandes fortunas que se amasaron a partir de la fórmula rentística. Sin embargo, volver urbano

un pedazo de tierra que era rural no representa un crecimiento de riqueza desde el punto de vista de la economía política. La riqueza nace a partir de la producción. Uno podría argumentar que en Bogotá se dio la producción de edificios, de apartamentos y de espacio urbano, pero el incremento del precio de la tierra por decisiones públicas no es más que una renta. Es una transferencia de riqueza, que no se puede considerar producción. En otras palabras, lo que la ciudad ha hecho sobre todo en el norte no es más que transferir riqueza.

En mi debate de 1998 demostré que la urbanización en el extremo norte de Bogotá representó, de un solo plumazo, unas ganancias de tres mil millones de dólares a los poseedores de esa tierra, que no pasaban de ser 50 personas y eran todos miembros de las élites: los Pastrana, los Santos, los Mazuera. La política de adaptación al cambio climático chocaba contra esa vieja lógica que había imperado en la ciudad durante décadas, y un grupo de poder actuó de inmediato en contra nuestra a través de un gremio que se llamó Camacol.

No obstante, esa pugna les generó una división con los constructores, porque el constructor capitalista no es rentista. Cuando hablábamos con ellos, nos dijeron que su interés era construir edificios. Como lo he dicho varias veces, no les importa si era en el extremo norte o en el centro de la ciudad, siempre y cuando los números dieran. Mi deseo era que hubiera muchos edificios en el centro de la ciudad, porque eso disminuiría el costo de vida y los desplazamientos. Era una forma de adaptar la ciudad al cambio climático. Podíamos liberar espacio, y los constructores de Bogotá estuvieron de acuerdo conmigo.

Uno de los ejercicios que hacía cuando iba por la avenida Circunvalar era mirar cuántas grúas había en el centro de la ciudad. Al comienzo de mi alcaldía, prácticamente no había; al final, en cambio, se veían muchísimas. En el 2000 yo había ido

a Shanghai y me había reunido con su alcalde. Los dos tuvimos una discusión interesantísima. Él me dijo que la competencia era el socialismo y que el 17% de las grúas del mundo estaban en su ciudad. Cuando me asomé por la ventana del hotel después de nuestro encuentro, me di cuenta de que era cierto: había un mar de grúas.

En Bogotá, los alcaldes nunca habían querido tocar el centro. Se había vuelto una zona degradada, con muchos edificios viejos vueltos bodega. La gente ya no vivía allí y de noche era prácticamente un desierto sin vida. Una política de adaptación al cambio climático implicaba, sin embargo, que mucha gente viviera ahí. Nosotros creíamos en el incremento de la densificación, y el centro de la ciudad era el lugar ideal para ejecutar esa idea; en últimas, se trataba de una zona donde había centenares de hectáreas de barrios de casas de dos pisos, que podían ser densificados, generando más espacio público y liberando espacios a la urbe.

En el transcurso de los cuatro años logramos que se levantaran numerosos edificios, muchos con el criterio que nosotros habíamos establecido, porque desde el comienzo buscamos que los habitantes que ya vivían allí pudieran permanecer en la zona. Y, si en el lote no vivía nadie, entonces quisimos construir espacios de vivienda de interés social y popular para llevar a nuevos habitantes. Nuestra idea era atraer nuevos restaurantes, teatros y una vida cultural muy rica. Nueva York, por ejemplo, nunca ha perdido eso. Su zona de teatro, que es de fama mundial, está ubicada en un lugar al que no se llega en carro, sino en taxi o en metro.

En Teusaquillo, por otro lado, enfocamos otra visión de urbanismo. Trabajamos en la ciclovía, en la arborización, en la peatonalización, en el arreglo de las aceras, en la estimulación de la cultura y en el cuidado arquitectónico de un barrio que es

muy hermoso. Después me enteré de que la mayoría de la gente de la zona votó por Peñalosa, quien siempre ha hablado de destruir ese tipo de barrios.

Otro de los proyectos que siempre quise desarrollar fue la recuperación del río Fucha, porque corre por el centro de la ciudad y habría generado la dinámica de un parque lineal. Desafortunadamente nos estrellamos contra los especuladores de la tierra, los mismos que habían comprado grandes cantidades de tierras en el norte de la ciudad y que estaban a la espera de la expansión. Y como nuestra propuesta no era que la ciudad se expandiera, sino que se densificara en el centro, nos frenaron con el POT (Plan de Ordenamiento Territorial).

Nuestro proyecto estaba enfocado en articular, quizás por primera vez en el mundo, el urbanismo y el cambio climático. Sin embargo, cuando se presentó ante el Consejo de Bogotá, se hundió en menos de una hora. Incluso concejales progresistas, como Juan Carlos Flores, no entendieron la lógica de nuestros argumentos. En un intento por rescatar ese trabajo lo decreté, porque había una norma que lo permitía, aunque de una manera un poco confusa. Entonces una magistrada amiga del procurador general, Alejandro Ordóñez, suspendió el POT de Bogotá. El procurador, en nombre del fascismo colombiano, había emprendido una cruzada contra todos los progresistas y, por eso, en una en una maniobra jurídica muy oscura, logró con su amiga paralizar el POT.

En ese momento, empezamos a notar un nivel de virulencia contra nosotros que no vimos, por ejemplo, cuando expandimos la educación pública. Cada vez que hablábamos de la crisis climática, esa oposición saltaba a la vista para hacernos la guerra. Para ellos, mitigar el cambio climático implicaba un cambio de sistema en el poder mundial y una derrota para los poderes establecidos.

Además de la densificación del centro, nosotros nos concentramos en disminuir las emisiones de CO₂. Bogotá nunca ha sido una gran productora de estas emisiones porque es una ciudad compacta. Pero, si el modelo fuese como el de Miami, la historia sería otra. Mejor dicho, si Bogotá se expande hacia los suburbios, deja de ser sostenible. En ese escenario, la gente solo usaría carros para movilizarse, pues cualquier sistema público se quebraría por la dispersión poblacional. Si el mundo fuera así, nos extinguiríamos. De hecho, Miami es una ciudad rodeada de agua, en riesgo, y podría desaparecer con el cambio climático. Peñalosa y otros han querido dar ese salto en Bogotá, en línea con unos patrones culturales arribistas. Para mí, la solución es otra: que la capital, que ya está densificada, tenga un transporte público eléctrico de alta capacidad. Con líneas de metro que se autofinancien, Bogotá sería, según nuestros cálculos, tan eficaz como Hong Kong.

Pero cuando empezamos a movernos en dirección del metro, unos grupos poderosos empezaron a trabar el proyecto. Principalmente tuvimos problemas con los poseedores de la tierra y los del transporte a nivel público y privado. El negocio de los transportadores privados está construido alrededor del bus de diésel, que es un factor de emisión de gases de efecto invernadero. Para corregir ese efecto, pensamos en buses eléctricos, pero ese vehículo no soluciona la saturación de pasajeros. Una ciudad con ocho millones de habitantes no puede tener un sistema unimodal de transporte público, y mucho menos si además es de baja capacidad.

Hoy, el número de buses en Bogotá es excesivo, pero solo porque es el único medio de transporte masivo. En la capital, las personas se suben a los buses por millones, no caben en ellos y

esto lo padecen a diario, de ida y regreso, por más de dos horas. Por eso volcar la ciudad hacia un sistema de transporte más poderoso como el metro es una necesidad. Pero, por supuesto, si millones de personas dejan de subirse a un bus y pasan a subirse a un metro, se pierde un negocio enorme. Los dueños de los buses, que son 13 familias, sabotearon la idea de construir el metro subterráneo en la ciudad, a pesar de que hubiera beneficiado a la ciudadanía entera.

En medio de esas discusiones, establecimos el reciclaje como otro mitigador del cambio climático. Los residuos que se entierran producen gas metano, un elemento 23 veces más poderoso que el CO₂ a la hora de calentar el planeta. Para nosotros, salir del relleno sanitario era imprescindible. Sabíamos que debíamos pasar a sistemas de reciclaje que no solo ahorraran metano, sino que también nos acercaran a los modelos de economía circular.

Para ello, teníamos que desprivatizar el servicio, porque éramos conscientes de que solo así un mayor porcentaje de residuos podía ser reciclado. En Bogotá, ese es el trabajo de 14 000 familias pobres, que rayan con la condición de habitantes de calle y, por eso, cuando cambiamos el modelo de aseo, incluimos una política para remunerar a los recicladores. El cambio, naturalmente, enfureció a los empresarios del negocio del aseo en la ciudad. Nuestro mensaje iba en contravía de las políticas que se habían implementado en Colombia durante los últimos treinta años. Desde la llegada del neoliberalismo al país, los gobiernos se habían encargado de privatizar los servicios públicos y nosotros queríamos revertir esa tendencia.

Hicimos lo mismo con el acueducto y con la empresa de energía de Bogotá. Ahí debo reconocer que fui muy débil en pasar a energías limpias; logramos que se constituyera una empresa para el transporte eléctrico, pero nunca funcionó, pues lo primero que hizo Peñalosa fue liquidarla. Por otro lado,

logramos crecer Aguas de Bogotá, que empezó a dar utilidades como la empresa de aseo más grande de carácter público del país. Sin embargo, nos causó nuestro tercer choque con el establecimiento.

Cuando nos metimos a desprivatizar el aseo, nos cayó encima toda una ofensiva mediática, jurídica y estatal. Recuerdo que hasta Juan Manuel Santos se metió y delegó al superintendente de Industria y Comercio, que no es el superintendente de Servicios Públicos, pero de todos modos se tomó esa atribución, y allanó la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá para frenar la desprivatización. Los dueños de la empresa privada del acueducto terminaron siendo los financiadores de su propio jefe político, el señor Germán Vargas Lleras, que estuvo detrás de toda la arquitectura de la destrucción de la Bogotá Humana.

Trataron de sacarme de la alcaldía y con ese fin se aliaron con el procurador Ordoñez. Después de un proceso de más o menos un año, me removieron de mi cargo. La destitución duró un mes y fue avalada por el presidente de la República. Sin embargo, logré salir adelante porque la gente salió a las calles y con eso logramos que jueces pudieran producir sentencias a mi favor. Pasará a la historia que el enfrentamiento más agudo con el establecimiento se dio por nuestras políticas de mitigación del cambio climático. Esto nos muestra un escenario hacia adelante muy difícil, pero estamos seguros de que ese es el camino que debemos seguir si queremos vivir en este planeta.

La paz

Mi destitución a manos del procurador Ordóñez precedió por unos meses la contienda presidencial entre Juan Manuel Santos y Óscar Iván Zuluaga, el candidato uribista, en 2014. A mí me había dolido que Santos hubiera sido cómplice de mi destitución. Cuando dejé el Palacio de Liévano durante un mes en 2014, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos me había expedido por unanimidad unas medidas cautelares que el presidente desobedeció, un acto que jamás se había visto en Colombia. Nunca se había desacatado, de manera explícita, una decisión de ese organismo. Y Santos lo hizo contra mí. Respaldó a Alejandro Ordóñez, sin saber que él se convertiría en uno de sus peores enemigos.

Había regresado a la alcaldía cuando el candidato del uribismo ganó la primera vuelta. El presidente se había desplomado en las encuestas y, en busca de una solución pragmática, me buscó para que lo apoyáramos. Pero, en ese momento, me sentía tan decepcionado con Santos que incluso llegué a contemplar lo que habría sido un error total: una conversación con el uribismo. Recuerdo haber estado en una reunión donde se estaba discutiendo esa posibilidad, y de repente llegó Iván Cepeda, que estaba metido de lleno en las negociaciones de paz con las FARC. Quizás porque preveía que yo podía dar ese paso, entró a disuadirme y para convencerme de lo que en ese

momento me parecía imposible: que yo perdonara a Santos y apoyara el proceso de paz.

Antes de mi destitución, yo no conocía los pormenores de los diálogos en La Habana, pero de vez en cuando Humberto de la Calle y Sergio Jaramillo me visitaban y amablemente me narraban el estado de las negociaciones. Para apoyarlos, yo organizaba enormes manifestaciones de la ciudadanía en favor de la paz. Yo salía con Santos y por eso, cuando él se volvió cómplice de mi destitución, lo sentí como una traición profunda. Sin embargo, ese día Iván Cepeda me planteó el tema como tocaba: no en términos de ayudar a Santos, sino para ayudar al país a salir de la guerra.

Nuestra conversación me hizo recordar el momento cuando, al pie de esa quebrada en el sur del Tolima, hablé con Pizarro sobre la necesidad de lograr el proceso de paz del M-19. Cuando Iván terminó su alegato, le dí la razón: yo no podía convertirme en un instrumento de la guerra y de la violencia solo por mi encono con Santos. Si su gobierno era la única posibilidad para sacar adelante la paz con las FARC, yo lo iba a respaldar. Me comí todos mis rencores.

Algún tiempo después, se organizó una reunión con Martín Santos, el hijo del presidente. Ellos estaban preocupados, porque las encuestas no eran prometedoras y todo parecía indicar que el uribismo volvería al poder. En la reunión, el presidente me dijo de entrada: "Doctor Petro, su destitución me ha costado 4 puntos en las encuestas. Ayúdeme". Yo le respondí que así sería. En ese momento, Santos nos propuso que entráramos al Gobierno, pero yo rechacé esa posibilidad. Creía que debíamos mantener nuestra independencia, a diferencia de Germán Vargas Lleras, que vio su oportunidad y le vendió la idea a Santos de que sin él no era posible ganar las elecciones. Ante el apremio de vencer a Zuluaga, el presidente prácticamente le entregó medio gobierno.

Para nosotros eso fue terrible, porque Vargas Lleras actuó pensando en su propia candidatura presidencial para 2018, y pronto se dio a la tarea de impedir que yo fuera candidato. Él es, en buena parte, el responsable de que Bogotá no tenga metro subterráneo, porque hizo sus cálculos y entendió que si Santos aprobaba ese proyecto yo sería el próximo presidente. Así que lo saboté pensando en su propia aspiración. La alianza entre Vargas Lleras y el presidente, sin embargo, no influyó las encuestas. Santos había cometido un error y, más adelante, reconoció que su error era habernos golpeado.

Nuestra actitud en ese momento fue tratar de reparar esas diferencias en aras de la paz. Recuerdo haberle dicho a Santos: “Yo lo que quiero es que usted haga la paz”. Ese fue el punto real de nuestra negociación. Establecimos un acuerdo político para que políticas de la Bogotá Humana fueran llevadas al Gobierno nacional. El presidente, en un discurso, alcanzó a decir que su gobierno debía seguir la política social de la Bogotá Humana. Pero, en realidad, nosotros no hicimos un acuerdo burocrático. No quisimos hacer parte de su gobierno porque no nos sentíamos representados, pero sí estábamos de acuerdo en que el mayor interés de Colombia era acabar la guerra. Por eso ni siquiera llamamos a votar por la candidata de la izquierda, Clara López. Ella después entendió nuestra posición, porque además la hizo suya también.

Todos decidimos apoyar a Santos y así fue que nos metimos en la aventura de salvar la paz de Colombia. El presidente quería pasar a la historia por haber acabado la guerra con las FARC, que en el fondo implicaba acabar con este grupo guerrillero. No necesariamente era lo mismo, pero, desde una visión del establecimiento, de todas formas era un gran triunfo. La responsabilidad, sin embargo, no era solo del Estado, sino también de la guerrilla, que construyó las condiciones de su desaparición política en su momento de mayor gloria militar. Ellos le habían

apostado a fortalecerse armamentísticamente. Desde 1993, por su contacto con el narcotráfico, se habían inscrito dentro de una fase que se puede llamar "la fase de la guerra".

Las FARC ya no tenían nada que ver con la revolución y por eso en un comienzo me produjo mucha desconfianza un proceso de paz en esas condiciones. En ese momento, levanté la tesis de la paz pequeña y la paz grande. La grande siempre la concebí como el gran acuerdo entre toda la sociedad, no exclusivamente entre el Estado y un grupo guerrillero. En cambio, fui crítico de la paz pequeña, pero oponerse significaba mandar a la muerte a centenares de jóvenes en ambos bandos, y ese tampoco era mi objetivo. Posturas como esa me separaban de los uribistas, que no habrían tenido el menor problema en destruir una opción que permitía salvar vidas humanas.

Para mí, el proceso de paz de Santos tenía un problema y es que no abarcaba la posibilidad de una paz grande. En mi opinión, era un proceso para rendir a una guerrilla que ya estaba rendida, y eso no es la paz. Sin embargo, consideraba que pasar la página del episodio de las FARC era importante para Colombia. Cualquier otra alternativa hubiera sido un hoyo negro, sin ningún tipo de efecto constructivo. Ya llevábamos 60 años en eso y no se podía prolongar más. Firmada la paz, el país podría pensar en otros asuntos, como la democracia y las reivindicaciones sociales. En ese sentido, el esfuerzo de Santos era válido.

Así que, cuando nos metimos en la actividad electoral para ayudar a Santos en la segunda vuelta, la opinión pública de la capital respondió y entendió. Nuestro mensaje fue que Bogotá tenía que ser la capital de la paz y no podía permitir la destrucción de esa esperanza. Si en la primera vuelta Zuluaga había ganado en la capital, en la segunda la ciudad apoyó mayoritariamente a Santos, lo que le permitió obtener su segundo período presidencial.

El rol que jugamos en la victoria de Santos nos convirtió en un factor determinante para la política colombiana. Las normas de la política tradicional establecen que habríamos podido negociar una serie de objetivos por nuestra participación en las elecciones. Algunos años después me pregunté por qué no habíamos pedido el metro subterráneo a cambio de nuestro apoyo. Álvaro Leyva me había dicho que Santos era básicamente un jugador de póker que no da puntada sin dedal. Todo lo calculaba y de él podía surgir la colaboración, pero también la traición, como ya lo habíamos probado. Es probable que él nos hubiera apoyado con el metro, pero no quise usar esa carta. Puede que yo haya sido ingenuo, pero en el fondo creo que nuestra independencia nos preservó como alternativa. La otra opción habría sido volvernos santistas y participar en un gobierno que no estaba marcado por una visión popular y democrática, sino que pertenecía al establecimiento, a pesar de que muchos miembros de los clubes y de los espacios de la élite atacaran a Santos y lo tildaran de traidor, comunista, farsante o guerrillero.

Con el presidente estábamos juntos en un tema, que era la paz, y yo creo que se cumplió. Él hizo el esfuerzo de acabar una guerra, y esa guerra terminó. Uno de los eventos que recuerdo de esos años fue el plebiscito para refrendar el Acuerdo de Paz en 2016. Yo sentía que el plebiscito se iba a perder. El nivel de *fake news* que había construido el uribismo me daba la impresión de que ellos iban a ganar. Santos nunca pensó que iba a perder y muchísima gente en Colombia y fuera del país veía como un imposible el hecho de que la sociedad misma se suicidara. Pero la mentira y el miedo vencieron y fueron decisivos en ese triunfo electoral del uribismo. Fue el mismo método empleado por Goebbels, el jefe de comunicaciones de Hitler, y su efectividad fue rotunda.

Ese año las *fake news* fueron claves en muchos triunfos de la derecha, como la elección de Trump o el Brexit. El plebiscito hizo parte de esa tendencia. Yo sentía que, si me ponía a hacer una campaña nacional, podía reunir unos apoyos que, al igual que cuando triunfó Santos en la segunda vuelta, podían ser determinantes. Santos no lo vio de esa manera y no me invitó a participar en esa campaña. En vez de eso, contrató unas ONG que hicieron una pésima labor, porque no entendieron que, como cualquier campaña, esta tenía que ser política.

Hoy pienso que probablemente nos excluyeron para no darme fuerza electoral. Sin embargo, siempre he creído que la coalición Santos-Petro debió haberse expresado en ese momento. Porque si yo hubiera tenido los recursos para poderme mover por el país, el resultado habría sido el contrario. Solo 65 000 votos separaron al No del Sí. Era una diferencia que se habría podido superar perfectamente. Cuando ganó el No, me sentí impotente, porque ni siquiera se les ocurrió a nuestros propios amigos que eran parte del Gobierno y que hacían parte de esas ONG, que era importante que nosotros nos comunicáramos con la población.

En algún momento, un poco desesperado, me propuse hacer una manifestación en Medellín, donde el uribismo era más fuerte, para intentar disminuir la ventaja. Alcancé a dar la directriz, aunque no tenía dinero. Teresa Muñoz nos iba a ayudar allá. Antes de concretar la idea la vi muy temerosa, puso muchos peros, y justo en ese momento me enfermé. Me tuvieron que hospitalizar durante siete días en la Fundación Santa Fe, porque había expulsado sangre. Aparentemente había sido una úlcera, pero los médicos nunca supieron la causa real. Quizás fue todo el estrés político, que se convirtió en una dolencia física.

Mi hospitalización ocurrió más o menos una semana antes del plebiscito. Yo me estaba preparando para ir a la única invitación que tuve en campaña, en Quito. Correa aún estaba en el poder

y me invitó a dar una conferencia en un foro de grupos políticos. Yo me alcancé a recuperar a tiempo para hacer el viaje. Todos los colombianos en Ecuador solo hablaban del triunfo del plebiscito, y yo fui el único que auguró la derrota. Más que estar desilusionados con esa posibilidad, la izquierda latinoamericana se desilusionó conmigo. Como dicen, el culpable siempre es el mensajero y, al otro día, efectivamente, llegó esa mala noticia.

Sentí una frustración inmensa, porque Uribe se empoderó de nuevo con ese triunfo, justamente cuando lo creía derrotado. De la noche a la mañana, se había convertido en la piedra en el zapato para la posibilidad de la paz en Colombia. Santos, después de perder el plebiscito, hizo una especie de baipás raro para salvar el acuerdo, pero ese proceso ya estaba herido a muerte, porque había fracasado públicamente. Lo único que se había obtenido era la rendición de las FARC y, visto así, era fácil que muchos militantes de esa guerrilla volvieran a las armas y a la violencia.

En ese momento, el uribismo lanzó una consigna vergonzosa que nunca han querido reconocer: la de hacer trizas la paz. Fue un invento de Fernando Londoño Hoyos; y era tan fuerte que ni siquiera el mismo Uribe la pronunciaba, pero de todas formas se regó como la pólvora y quemó el edificio de la paz. Porque, en efecto, volvieron trizas la paz y el legado de Santos quedó en puntos suspensivos. El plebiscito mostró la debilidad del acuerdo y muchos nos empezamos a preguntar ¿por qué razón seis millones de colombianos votaron en contra de la paz?

No es una cuestión que se explica exclusivamente por el uso eficaz de las *fake news*. En realidad, el proceso no tenía anclaje en la sociedad, en especial, en la urbana. La situación fue distinta en las regiones que habían vivido la violencia y que, de hecho, votaron por el Sí. Fueron las ciudades las que le dieron la estocada final al plebiscito, evidenciando algunos nexos interesantes entre el proceso de paz y ese mundo urbano.

En una localidad con tanto respaldo hacia mí como Ciudad Bolívar, por ejemplo, ganó el No. De ahí mi impotencia, porque creo que mi presencia habría podido cambiar las votaciones. Hay un dicho popular que asegura que no hay mal que por bien no venga, y el fracaso de Santos provocó nuestro ascenso. Pero, para eso, aún faltaba un poco.

* * *

Por las mismas fechas en que el engranaje de la historia se torcía en torno al proceso de paz de Santos y las FARC, yo entré en una crisis personal. A inicios de 2016, cuando finalizó mi alcaldía, me quedé sin qué hacer y no supe cómo manejarlo. Me había acostumbrado a manejar en Fórmula 1 y de repente me había quedado sin carro. Además, me había quedado completamente solo. Es una de las derivas del poder. Cuando uno maneja billones de pesos y puede dar miles de empleos, mucha gente se acerca con diversas intenciones. Y cuando uno pierde ese poder la gente se aleja. Es una marca del oportunismo con el que tenemos que lidiar todos los seres humanos. Una vez se terminó mi alcaldía, toda la bancada que habíamos elegido al Concejo se fue para otro partido. En su lugar, sin embargo, aparecieron nuevas compañías.

Aunque solo veía a mi familia, mi comunicación por Twitter o por Facebook me permitía estar en contacto con centenares de miles de personas a diario. Fue una soledad extraña, porque realmente no me sentía del todo a solas. Mucha gente humilde, que tenía esperanzas políticas en todo el país, me escribía constantemente. Así, empecé a crear nuevas redes que me permitían pensar en una nueva construcción política. Esas redes se volvieron cada vez más fuertes y me ayudaron mucho. Yo no lograba

medir la incidencia que tenía en la sociedad, pero caminar por las calles de Bogotá era halagador. El calor popular me hacía ver que los años de la Bogotá Humana no estaban perdidos, a pesar de estar viviendo bajo el gobierno de Peñalosa y tener que observar cómo él destruía paulatinamente por completo el trabajo que habíamos hecho.

Fue un momento muy difícil de sobrellevar, en especial porque me habían inhabilitado políticamente. Ellos querían llevarme a la cárcel y me querían quitar los derechos políticos, como ya había intentado Ordóñez sin éxito. Entonces recurrieron a ponerme sanciones con multas exorbitantes como resultado de mis políticas públicas, un acto que violaba la Convención Americana de Derechos Humanos.

Una de las artimañas fue la siguiente: el contralor de Bogotá sumó todo lo que había dejado de percibir el sistema de buses privados después de mi decisión de no subir las tarifas del transporte público. Para llegar a la suma multiplicó 2 millones de viajes al día, por los 30 días de un mes, por los 12 meses de un año, por 3 años. Ese había sido el tiempo en el que había regido mi política de adecuación tarifaria, para que las personas pobres pudieran usar el sistema de transporte. El contralor convirtió esa suma en una multa contra mí. Y no lo hizo una sola vez, sino varias veces.

Creo que llegué a ser el hombre más endeudado de Colombia. Ni siquiera la corrupción desatada en la ruta del Sol II, por el consorcio de Odebrecht y Luis Carlos Sarmiento, llegó a ser multada con la misma magnitud que yo. En ese momento, no tenía ningún ingreso, mi única propiedad era mi casa familiar, que, por haberla puesto como propiedad de mis hijos, se salvó de los embargos, pero no tenía ni cómo pagar las cuentas bancarias del crédito hipotecario de esa vivienda. Quedé en una situación donde conseguir el mercado del día siguiente para mi familia era un problema.

Después surgió el caso de la Transportadora de Gas Internacional (TGI), por medio del cual el fiscal general Néstor Humberto Martínez intentó meterme preso. Según la información que tengo, él había discutido el asunto con Sarmiento Angulo. Ellos me acusaban de haber comprado acciones de esa empresa, que se había convertido en la transportadora de gas más importante de la Empresa de Energía de Bogotá. Pero su plan fracasó: el Gobierno de los Estados Unidos apresó al fiscal encargado de construir el proceso contra mí.

Al señor le habían grabado una conversación en la que hablaba sobre unas comisiones con un político corrupto y lo encontraron culpable en ese país. Increíblemente, cuando lo capturaron, los documentos de mi proceso estaban en su carro. El tema de TGI sí era criticable, pero no porque yo hubiera cometido un delito, sino porque mi gobierno no logró cambiar la matriz de la Empresa de Energía Bogotá, que se sustentaba en el gas. Es decir, en una fuente de energía sucia. Una de las tareas que quedó pendiente de mi mandato fue trasladar esa matriz hacia energías limpias.

A pesar de las multas, de los procesos en mi contra y de mi difícil situación económica, aparecieron manos que me ayudaron. Algunas universidades por fuera de Bogotá me apoyaron y, sin saber muy bien cómo, logré sobrevivir. No tuve que salir del país y derroté, uno a uno, los procesos que pretendían la pérdida de mis derechos políticos. Todos esos casos, que eran docenas, tenían la intención de que yo no pudiera inscribirme para las elecciones presidenciales de 2018. Pero, gracias a una serie de abogados amigos, que no me cobraron un solo peso, pude vencerlos. Finalmente, la justicia suspendió todos los procesos en mi contra y la mayor parte de las multas que me quitaban mis derechos políticos. Así que logré inscribirme como candidato presidencial a través de una recolección de firmas. Ahí empezó otra historia.

Una respuesta al presente

Cuando me presenté a las elecciones presidenciales de 2018, no pensaba que iba a llegar muy lejos. En un comienzo, de hecho, participé para apoyar a Humberto de la Calle. Sin embargo, no quería hacer lo que el Partido Liberal y el establecimiento siempre han esperado de nosotros, que es la concesión, sino que quería probar nuestra fuerza y ponerla a disposición de una gran coalición. En ese momento, sobrevaloraba la fuerza política del Gobierno y subvaloraba la mía.

De alguna manera, en medio de tantas luchas y resistencias, de una vida que decidió no arrodillarse, llegué a la campaña presidencial del 2018, superando todas las barreras jurídicas que quisieron interponerme, los embargos, que no me dejaban sino pensar cómo iría a conseguir la comida del día siguiente. No me había robado un peso de la alcaldía; seguir el camino de la corrupción podría haber solucionado mis problemas económicos, pero yo ya había vivido el hecho de tener apenas dos pantalones y dos camisas, y no me asustaba la pobreza; sabía que si me robaba un peso, mi contrincante social me volvería añicos, y sabía que mantenerme alejado de la corrupción era lo único que me permitiría volver real la posibilidad de la transformación real de Colombia. El camino de la justicia social ahora se marcaba por mi transparencia total.

De pronto al caminar las calles fui sintiendo que cada vez más la gente se abalanzaba sobre mí, tocándome, queriéndome. Ya no podía entregar mis periódicos, mi propaganda, todo se volvía tumulto multitudinario. Un día llegué a Valledupar y no pude caminar más de una cuadra. Me había convertido en una alternativa real, veía los jóvenes llorar desesperados por tener un futuro, sentía cómo me iba convirtiendo en una esperanza. Mi corazón se había llenado de una energía nueva que había dejado de tener en el 2016. Mi crisis integral en ese año estaba pasando. En el 2018 dejé de sentirme como un individuo, los vientos de las gentes me llevaban de un lugar a otro, me hacían un gigante.

Después de Valledupar, decidí llenar la plaza pública como antaño lo hacían los grandes líderes del país, como Gaitán y López Pumarejo. Y las plazas se llenaron, eran océanos de gentes. Era una energía popular que se había decidido, que veía en mí el instrumento para cambiar la historia del país. Mis discursos se llenaron de esa energía. En las noches, ante la plaza llena de decenas de ciudades del país, tomaba el aire, sentía las vibraciones, dejaba fluir las palabras; inspirado como el artista, mis palabras iban tomando las formas de la multitud, su fuerza. Viví un momento de magia, viví lo que sentían Andrés Balmori y Alfonso Jacquin, la gracia de García Márquez convertida palabra hablada que vuela en el viento, que entra en el corazón, que se vuelve huracán, que genera la multitud, única transformadora de la historia.

La campaña mágica, así la llamé, me dio de nuevo la fuerza. La vida había cambiado definitivamente, no tenía regreso y lo que pasara conmigo dependería de la gente.

Creía que lo que necesitábamos era una confluencia de fuerzas que contara con el apoyo de De la Calle, Fajardo y otros. Por eso propuse una consulta popular para escoger un candidato

común. Según las encuestas, no era yo quien ganaba, sino Fajardo, aunque a mí me parecía incoherente que después de la negociación de paz el artífice práctico de ese proceso, De la Calle, no tuviera fuerza. Para mí tenía sentido que él fuera el candidato más capaz de ganar la consulta.

Me reuní con los liberales, pero ellos no estaban preparados para asumir esa propuesta. En una reunión con César Gaviria y Humberto de la Calle, el primero tomó la palabra y no la soltó, haciéndome entender que él era el jefe real. Gaviria había sido el gran arquitecto del neoliberalismo en Colombia, así que, para él, un acuerdo programático con fuerzas que buscaban cambiar el modelo de la salud, las pensiones y la educación resultaba muy incómodo. Por eso sabotó la consulta. Clara López, por su lado, hizo un salto diferente: se volvió la fórmula vicepresidencial de Humberto de la Calle, en vez de fortalecer la consulta que habíamos citado públicamente.

Por esas fechas me visitaron Claudia López, Angélica Lozano y Antonio Navarro. Claudia me dijo que no me presentara a las elecciones, que yo era un buen senador y me pidió que me lanzara al Senado. Estaba aburrido de la rama legislativa, a pesar de que ya habían pasado ocho años desde mi último día en el Congreso. Intuía, además, que estábamos ante una situación en la que íbamos a poder determinar el Gobierno. Al evaluar lo ocurrido con Santos en las elecciones en 2014, sabía que nosotros habíamos sido determinantes en su victoria. Ahora quería cogobernar, y eso implicaba un acuerdo programático.

En esa reunión les propuse que, al día siguiente, juntáramos las listas al Senado y que en ellas salieran las tres opciones presidenciales: Claudia, Fajardo y yo. De esa manera podíamos dar un paso hacia algún tipo de unidad. Pero ellos hicieron lo contrario: me engañaron. En menos de 24 horas Claudia y Robledo renunciaron a sus candidaturas y se adhirieron a la de Fajardo,

como el gran candidato de esa coalición. Fajardo, con el apoyo de todos los grupos políticos, rechazó la opción de una consulta, que terminamos haciendo Carlos Caicedo y yo.

Como era obvio que la iba a ganar, pensé en suspenderla. Clara López era de esa misma opinión. Argumentó que no tenía razón de ser, y estuve de acuerdo. Sin embargo, la noche antes de la rueda de prensa, Carlos me convenció y decidimos seguir. Esa mañana Julio Sánchez Cristo entrevistó a Clara López y ella afirmó con convicción que no habría una consulta. Pero Julio la corrigió y le comunicó que finalmente sí se haría. Esa consulta, en realidad, no era una contienda entre Carlos y yo, sino una competencia de números con la consulta de la derecha.

Hasta ese momento pensaba que iba a apoyar a Humberto de la Calle, pero los hechos me obligaron a cambiar de mentalidad, porque estaba metido de lleno en el proceso electoral. Habíamos entrado en competencia directa con las fuerzas que aspiraban gobernar a Colombia y que, hacía poco, habían rechazado la opción de la unidad, en la que siempre había insistido. Cuando llegaron los resultados, saqué 2 800 000 votos y Carlos 500 000; mejor dicho, sumados teníamos 3 200 000. Solo estuvo por encima de la nuestra la consulta de Duque, que contó con la irrestricta ayuda del señor Galindo, un hombre oscuro, que repartió fotocopias de manera irregular.

En ese momento, entendí que la contienda sería, realmente, entre Duque y yo. Así lo había decidido el escenario político. Él tenía ventaja y la única manera de superarlo era si las fuerzas verdes, las de Fajardo y Humberto de la Calle, confluían conmigo. Esa era la llave de la victoria, pero no estuvieron dispuestos a dar ese paso y permitieron la victoria del uribismo. Nosotros, sin embargo, lo que hicimos fue crecer. Aceptamos el reto de competir y pasamos a la segunda vuelta con mucha fuerza. En la primera, vuelta obtuvimos casi cinco millones de votos y en la segunda,

ocho millones. Ahí la historia cambió. Desapareció el santismo y apareció la Colombia Humana.

Nosotros tomamos la bandera de defender la paz, pero el uribismo volvió al poder. ¿Cómo? Con miedo, con la retórica de Venezuela. La única manera de lograr esa mayoría popular fue sobre la base de una mentira y no de una propuesta. En el primer y segundo mandato de Uribe, la consigna había sido la destrucción de las FARC, que de alguna manera sintonizaba con una sociedad que se sentía agredida, pero en 2018 no propusieron nada. Simplemente se encargaron de hacer que la gente pensara que, si yo ganaba, Colombia se volvería Venezuela. Eso fue todo.

Yo pensaba que la sociedad había madurado lo suficiente como para no repetir la historia del plebiscito, pero no fue así. La sociedad colombiana realmente maduró al ver que el Gobierno que eligió mandó a la sociedad al abismo. Con esto se destruyó el gran peso político de Uribe. Y la razón es sencilla: el uribismo ya no tiene razón de ser en el momento histórico que está viviendo el país. No lograron escaparse de su propio discurso guerrerrista y fueron incapaces de plantearle al país de hoy soluciones a los problemas que nos aquejan. Esa incapacidad los aisló de la sociedad, los debilitó y les quitó su legitimidad. Pero también están nuestras propuestas de 2018, que tienen su raíz en la Bogotá Humana, y que ahora son vistas por la sociedad como absolutamente pertinentes. Son una respuesta al presente de una nación que no puede vivir más en el pasado.

Yo creo que Duque ganó solo con el fraude. El fraude está en aquellas mesas que tienen tanto número de votos que es imposible que en la realidad se hubieran producido. Un elector demora dos minutos en promedio en el proceso de votar. La jornada electoral tiene 480 minutos, es decir, en una mesa votan en la práctica 240 personas. Las mesas con más de 300 votos no son reales. En el 2018 hubo más de 53 000 mesas de las 90 000 con

ese comportamiento atípico e irreal. En las mesas típicas, Duque y yo empatamos, mientras que en las atípicas él tomó dos millones de votos de ventaja. Allí se realizó el fraude. Los alcaldes, la mayoría son del régimen, ponen en las mesas atípicas jurados homogéneos: sus funcionarios y contratistas; allí sin testigos, meten los votos fraudulentos en las urnas y llenan los formularios de votantes irreales, nombre que les pasan funcionarios corruptos de la Registraduría y que pertenecen a personas que se fueron del pías y no volvieron a votar, hay seis millones de estas personas que jamás sabrán que están votando en Colombia. Cuando llega el conteo, ya el fraude está hecho. Así metieron dos millones de votos no existentes, así ganaron la presidencia.

* * *

A veces me pregunto ¿qué futuro se merece Colombia? Para mí, la respuesta incluye dos elementos: el saber y el reequilibrio con la naturaleza. Si el país se mueve hacia la mitigación del cambio climático y hacia la universidad expandida, tiene futuro. De lo contrario, no tendrá otra opción sino fenecer.

A pesar de toda la ofensiva contra mi alcaldía, si lo analizo hoy, esos dos pilares nos mantuvieron vivos en esos años. Nos permitieron mostrarle al país un programa progresista posible y hablarle con autoridad moral en las elecciones de 2018. Obtuvimos ocho millones de votos, y si uno analiza los resultados electorales en Bogotá, le ganamos a Duque. En la capital, obtuve 1 800 000 votos; nadie había sacado jamás esa votación en la historia de la ciudad. Ahora, mirando hacia adelante, las encuestas dicen que tenemos el 53 % de la intención de voto en Bogotá; es decir, gracias a Bogotá y a las reflexiones que han hecho sus ciudadanos, yo podría ser el próximo presidente de Colombia.

El tiempo nos ha mostrado que siguen en mis programas los pilares de mi alcaldía, si bien en este momento yo cambiaría algunas cosas. Al día de hoy, aún pienso que el Grupo Energía Bogotá tiene que ser generador de energías limpias, no transmisor de energías sucias; y que la Empresa de Telecomunicaciones de Bogotá (ETB) debe llevar fibra óptica a los hogares pobres. También existen retos en cuanto a la educación. Actualmente, creo que no se trata de expandir la educación, sino de mejorarla. Hay que garantizar la universidad pública y gratuita y, por último, hay que seguir con el proyecto del metro.

Muchos me han preguntado si el metro subterráneo volvería a estar en mi agenda presidencial, y la respuesta es que esto depende de qué tan avanzado esté el proyecto del metro elevado. Ya se firmó un contrato, pero a la fecha no se ha presentado un estudio de ingeniería, así que no tenemos claro cuánto puede costar el metro elevado y tampoco sabemos si sea viable. Así que es probable que el próximo presidente pueda tener dos estudios: el del metro elevado y del metro subterráneo. Si yo soy el presidente, escojo el que implique el mejor costo beneficio. Eso podría implicar la reformulación del contrato.

Y es que el metro no es una política revolucionaria. En la mayoría de ciudades del mundo moderno, hacer líneas de metro forma parte de una política común y corriente. Pero aquí, unos grupos de poder específicos que acumulan mucho dinero a partir de viejas tecnologías muy depredadoras lo han convertido en un tema controversial. Chocamos con la ortodoxia neoliberal que provocó la destitución y mi salida del Gobierno, pero también vimos a la ciudadanía salir a la calle, llenar la plaza de Bolívar y expresarse a favor de defender sus derechos democráticos.

La Bogotá Humana se convirtió en un laboratorio de lo que podría ser una alternativa de poder en Colombia. Nuestra

alcaldía fue supremamente creativa y eficaz en la construcción de políticas públicas, la mayoría de las cuales dieron los resultados que buscábamos. No fuimos efectivos desde la perspectiva de los dueños del capital, que habrían preferido fuertes inversiones públicas en infraestructuras de capital fijo, basadas en cemento y propiciatorias de concesiones privadas. Nosotros invertimos en la gente, volvimos al ser humano el centro de la acción del Estado. No fue necesario cambiar las leyes ni el modelo económico en Colombia, simplemente tuvimos una ruptura con el neoliberalismo. Fue un momento de vivencia democrática muy rica.

Las estadísticas refuerzan todo lo que decimos. Fueron cuatro años muy interesantes, incluso para los estudios académicos. Mostramos resultados en muchos frentes. Evidenciamos que la política de prevención en salud difiere de la salud convertida en mercancía; mostramos el impacto que tiene generalizar la calidad educativa pública; resaltamos la importancia de la mitigación del cambio climático y fortalecimos el poder público.

La estadística histórica de ocupación laboral en Bogotá durante mi alcaldía fue la más alta en la historia de la ciudad. La mitad de la ocupación laboral tiene que ver con el empleo de rebusque y la otra mitad con puestos asalariados. ¿Cómo se explica ese éxito desde el punto de vista académico? Solo hay una explicación: el crecimiento de la ocupación laboral estuvo ligado al mejoramiento de las condiciones de vida de la población más pobre. Es evidente que, durante esos cuatro años, convertimos a Bogotá en un hermoso laboratorio de construcción de política pública democrática, dentro de las limitaciones de vivir en un país bajo el neoliberalismo y la violencia.

Para mí, fue una experiencia personal muy intensa. A diario lograba, en las juntas y las reuniones de la administración,

trasladar recursos hacia los más humildes. A través de mi trabajo estaba logrando construcciones reales de transformación democrática que en cierta forma eran la concreción de muchas décadas de lucha. Desde el punto de vista personal, la alcaldía fue muy enriquecedora. Aun en los momentos de mi destitución, pude encontrar aspectos positivos. Uno de los que más destaque fue la movilización popular que permitió mi regreso a la alcaldía.

Han pasado seis años y muchas cosas han cambiado. El último dato escalofriante revela que, en una ciudad de ocho millones de habitantes, solo un millón de sus ciudadanos y ciudadanas pasa el umbral de la pobreza. Se invirtió completamente el proceso que lograron 12 años de alcaldías progresistas. Nosotros fuimos responsables de un tercio de ese progreso social acelerado. En esa docena de años obtuvimos resultados muchísimo mejores que los de cualquier país bajo gobiernos progresistas en América Latina.

Sin embargo, en un solo año se desbarató todo: en 2020, con el gobierno de Claudia López. La alcaldesa no fue capaz de hacer del presupuesto distrital un instrumento anticíclico contra la realidad que provocó la pandemia del Covid-19. Muchos Estados reaccionaron ante la situación de emergencia y emitieron dinero en cantidades alarmantes para proteger a sus poblaciones. Sin duda, la pandemia también los golpeó, pero indudablemente fue muy inferior al vivido en Bogotá y el país en general. Las naciones que invirtieron en la población lograron recuperar las condiciones sociales de manera más rápida con los sistemas de vacunación. Esto no ha ocurrido en Colombia.

Claudia López cayó en la ortodoxia neoliberal, en la narrativa de los sectores de poder de la ciudad, y perpetuó el modelo de Peñalosa, en un momento en que lo que se necesitaba era el modelo de la Bogotá Humana. La capital tenía la experiencia

para enfrentar el Covid-19 y frenar el crecimiento del hambre, la pérdida de la capacidad productiva y la pobreza. Sin embargo, López decidió generar el mayor endeudamiento en la historia de Bogotá, cerca de 3000 millones de dólares, para hacer más de lo mismo: troncales de Transmilenio. Eso, en medio de una crisis como la que produjo la pandemia, es realmente una enorme irresponsabilidad que destruyó las conquistas sociales que se habían conseguido en Bogotá.

Hoy López está cosechando las consecuencias por medio del estallido social. Los bogotanos, incluso con miedo al Covid-19, decidieron que había que decirle basta ya, de la misma manera como los colombianos, en todo el país, salieron a mostrar su gran descontento con la presidencia de Duque, anacrónica y represiva. La sociedad entera clama por un cambio. Y ese cambio, por qué no, puede ser pronto el de todos nosotros: el de la Colombia Humana.

Epílogo

En este momento, estoy en Florencia, Italia. Veo por mi ventana un callejón estrecho, vacío, en adoquín. El silencio arropa a la ciudad. La gente está encerrada en sus casas porque a las diez de la noche, la hora local, hay toque de queda. El apartamento donde me estoy quedando con mi esposa y mi hija es sencillo, frugal: consiste en una pieza, una sala y un baño. El edificio es viejo, ubicado casi encima del río Arno. Las aguas están creciendo porque se aproxima el invierno. La historia de Florencia se respira en el aire que se cuele por la ventana. A pesar de ser una ciudad pequeña, su pasado es enorme. Aquí nació el capitalismo.

Las familias más ricas del mundo vivieron acá. Había muchos banqueros, que se hicieron muy ricos por el comercio. Ellos financiaron las escuelas del arte del Renacimiento. Le pagaban la vida a una serie de artistas que hoy son de talla universal, como Miguel Ángel, Leonardo o Rafael. También en esa época vivió y murió Maquiavelo. Esa intelectualidad, esa cultura, se construyó sobre una base financiera que les ofreció una independencia terrenal para que ellos se centraran en la producción. En otras palabras, ese momento de oro en el pensamiento humano existió sobre un excedente económico. Ese es el origen del capitalismo.

Florencia ha sido bendecida en términos de la pandemia. Mientras que el norte del país ha sido literalmente asolado, aquí la entrada del Covid-19 ha sido benigna, porque es una ciudad

turística. Por lo general, por las calles de Florencia caminan 15 millones de turistas; en este momento solo han llegado 80 000. Eso, por supuesto, implica un quiebre económico, pero también por eso la incidencia del virus ha sido menor que, por ejemplo, en Bogotá o en Londres.

Mientras transito la ciudad, hoy fantasmal, no dejo de pensar en la relación entre el virus y el capital. Si uno hace una geografía de los grandes centros del capital y mide la presencia del virus, se da cuenta de que coinciden. La razón es básica: el capital necesita una circulación de personas. Durante estos últimos días he tenido la oportunidad de volver a leer *El capital*, de Marx. Lo había leído por primera vez en la universidad, cuando estudié Economía en el Externado. En este momento, quise volver a sus páginas para reflexionar sobre el cambio climático y su relación con el Covid-19. *El capital* permite eso: es una de esas obras cumbre de la humanidad que adquieren diferentes matices dependiendo de cuándo y en qué contexto se aprecien.

Lo mismo ocurre con la Biblia y algunos libros de Hegel, que son parte de nuestra herencia como latinoamericanos que leemos el pensamiento europeo. Porque nosotros no hemos tenido la oportunidad de leer otras fuentes que también hacen parte de nuestra herencia, como el pensamiento africano, árabe o indígena. Realmente no hemos sido capaces de construir un diálogo con el sur del mundo. En cierta forma, la élite revolucionaria latinoamericana se creó así, a partir de un diálogo con los franceses. Por esa vía se construyeron nuestras repúblicas. En los últimos años, la izquierda ha ampliado un poco el panorama, pero seguimos hablando, sobre todo, con Europa. Y *El capital* de Marx, sin duda, hace parte de esa tradición.

Ahora, ¿qué percibe uno al leer esa obra viviendo en Florencia? Para Marx, el capital es un fluido que circula y se acumula, cada vez más grande, sobre la base del trabajo ajeno. Es

un plus valor que crece interminable e indefinidamente, como una especie de huracán que amplía cada vez más su radio y que necesita circular. Pero esa circulación no es solo de mercancías, sino de gente. Y ese es hoy el mundo del capital: una gran aglomeración de gente, apiñada en talleres, en mercados, en una larga cadena para transportar bienes. El virus del Covid-19, al igual que todos los que han surgido en los últimos años, son los hijos directos de ese modelo. No surgieron porque algún explorador, creyéndose Robinson Crusoe, se metió en la selva y se los encontró por accidente. No. Son el producto de las grandes ganaderías, que son justamente grandes para disminuir el precio unitario de la carne, sea de res, de pollo, de cerdo; en todo caso, el alimento de la fuerza de trabajo en el mundo. Porque el capital, para crecer su excedente y su riqueza, necesita disminuir el valor, no la cantidad.

Existen personas que han vulgarizado la discusión diciendo que el problema es la cantidad, que los trabajadores se van a morir de hambre. Pero no. El problema es el valor relativo de la fuerza de trabajo frente al valor relativo del plus valor. Mejor dicho, el excedente, que es lo que busca el capital. Un empresario puede tener 10 000 reses quietas en una finca en Estados Unidos o en Europa. Pero la comida tiene que ser llevada de las grandes plantaciones de soya en Bolivia o en Argentina. Entonces se usan buques transatlánticos. Con la comida, las reses se engordan quietas y, después de matarlas, su carne sale en otras tractomulas a los restaurantes, a los mercados. Eso pasa también con los pollos, los cerdos, con varias especies. Y es justamente en esas ganaderías estancadas donde se desarrolla el contacto con ciertos animales que vienen de la montaña, no han tenido contacto con el ser humano y que muerden a un empleado, depositando el virus.

Por eso el Covid-19, que al parecer se produjo cuando un murciélago mordió a un animal en una ganadería china, es un

virus del mercado. Es una enfermedad que el capital ha puesto en contacto con la humanidad. Porque esas ganaderías son anti-naturales. Ni las vacas ni los pollos, dejados a solas, viven así. No es su naturaleza. Estos animales son víctimas de una construcción humana. Y esa incapacidad nuestra de entender a la naturaleza, de equilibrarnos con ella, es lo que provoca que el capital tenga una circulación huracanada y que nos vuelva susceptibles a los virus. El cambio climático va a agudizar esta dinámica acelerando la creación de nuevos virus que, como decía Stephen Hawking, podrían llevar a la extinción de la especie humana. Un proceso que sería paulatino: cada día simplemente sería un poco peor.

La pregunta, entonces, es la siguiente: ¿qué deberíamos cambiar? La respuesta es sencilla: el capital. Si queremos mantener la especie humana, tenemos que superar el capital. De manera curiosa, lo único que ha detenido su circulación es la misma pandemia del Covid-19. Se ha detenido la circulación de mercancías, pero también de personas. El consumidor, que a veces es el mismo trabajador, no sale al almacén. Y, así, se ha paralizado, parcialmente, el capitalismo. El resultado, sin embargo, es la tensión política.

Los grandes capitales no están dispuestos a escuchar que su sistema lo ha frenado un virus. Ellos ahora están usando a los Estados, no para que estos cuiden a la gente, sino para que salven al capital. Esa es nuestra coyuntura actual. ¿Y cuál ha sido la respuesta de los Estados? Invertir grandes cantidades de dinero, pero no para aliviar la situación de sus ciudadanos. Mi vecina, por ejemplo, es una señora de edad y está sola porque el capital le hace eso al ser humano: le recorta sus vínculos sociales. Ella vive amargada, con miedo y encerrada. ¿Y el Gobierno italiano la está defendiendo? No. Está tratando de salvar a los grandes capitales emitiendo dinero que no es riqueza, porque

la riqueza está en el trabajo. Ese dinero va a través de la banca privada hacia los grandes capitales, que a su vez lo usan para comprar acciones. Todas las bolsas de valores están disparadas mientras la producción se ha detenido, mientras las utilidades reales han caído, mientras los trabajadores están encerrados, mientras los consumidores ya ni siquiera tienen cosas que consumir en la calle, mientras el mundo se ha detenido.

Imaginarse en esta situación a los autores que escribieron sus textos de economía política en el siglo XIX es una experiencia surrealista. Ellos, desde luego, intuían desde la teoría qué podría suceder si se detiene la circulación del capital, pero jamás hubieran podido conjurar que un virus creado por el capital hubiera sido capaz de detener al capital.

Ahora tenemos las vacunas. De Margaret Thatcher para acá, los sistemas de salud de todos los países capitalistas se privatizaron y escogieron convertir la salud en una mercancía. Por eso no tienen cómo aplicar las vacunas; millones de ellas se están perdiendo porque no hay cómo aplicarlas. En Cuba, en cambio, la situación es diferente. Si comparamos a ese país con la Florida o con Colombia, uno descubre que en la Isla no han priorizado el capital, sino la gente. Por eso ha muerto tan poca gente en Cuba. En Colombia, en cambio, hay periodistas indignados porque se eligió vacunar primero a las personas de tercera edad y no a los jóvenes, que son la fuerza de trabajo. Eso se llama un darwinismo social, eso se llama nazismo. Es exactamente la concepción de los nazis, que decían: “¿Por qué vamos a salvar a los judíos?”. En el fondo, en ese pensamiento la muerte es una política, y revela una terrible realidad: para el capital, la mayor parte de la humanidad sobra porque su consumo y su producción son marginales.

Sobran los pueblos africanos, los pueblos asiáticos, los pueblos latinoamericanos; incluso al interior de los países ricos, como sucede en Estados Unidos, sobran los afro, los indígenas,

los latinos no blancos. Porque allá se diferencia entre el latinoamericano blanco y el mestizo. El primero, que hace parte de la élite, estuvo con Trump. El uribismo entendió eso muy bien, pero se equivocó con el curso de la historia. Entre estas élites blancas de nuestro continente existe una nueva alianza que busca defender al capital a pesar del cambio climático y del virus. Son parte de unos sectores adictos al mercado. No hacen parte del consumidor que compra un mercado para subsistir, sino son miembros de una élite, pequeña en Colombia, pero muy grande en Europa y Estados Unidos, cuya vida es el mercado. La crisis del cambio climático les dice: "Es importante disminuir el consumo". Pero ellos rechazan ese consejo.

Ellos no están dispuestos a dejar de comer carne, a usar carros sin gasolina, a dejar de comprar abrigos de pieles. Ese sector, intensivamente consumista, argumenta que no les pueden quitar la libertad. Entonces aparecen fuerzas políticas que los respaldan. Si yo salgo a caminar solo de noche, fácilmente me podría encontrar con la extrema derecha. Y, como yo no hablo italiano, podría tener un gran problema. Si fuera árabe, ni se diga. Si yo fuera negro en Estados Unidos, la situación sería igual. Los partidos políticos que respaldan esta discriminación crecen cada vez más. Y obtienen millones y millones de votos. Son los neofascistas, los neonazis. Trump es un ejemplo de esta tendencia. Uribe, otra. Acá, en Italia, el culto a Mussolini no deja de crecer. ¿Por qué?

Primero, porque hubo una revolución obrera. En 1920, este grupo estaba organizado y era poderoso. Ellos lograron su cometido y derrotaron al fascismo, que justamente hoy crece en respuesta a ese cambio, por miedo a una nueva revolución. Sin embargo, hoy eso no podría suceder, la posibilidad de una revolución no hace parte del mundo actual. Pero el fascismo le tiene miedo al negro, al inmigrante, a la mujer y su poder, al cambio

climático y a la restricción de consumo que, para ellos, es una restricción de su libertad. La toma del Capitolio en Estados Unidos por parte de los seguidores de Trump fue, en esencia, un intento de revolución hacia atrás, como aquellas en las que izaron las banderas confederadas en nombre del Ku Klux Klan y de la esclavitud.

Esa nueva derecha de Estados Unidos ve a las élites latinoamericanas como sus hermanos menores, de igual forma a como los alemanes veían a los daneses y austriacos. Esa minoría blanca colombiana, venezolana, cubana, puertorriqueña es parte de la gran coalición de Trump, quien no quiere volver grande de nuevo a América, como decía en sus consignas, sino volver a América blanca de nuevo. Que haya obtenido 75 millones de votos es una barbarie. Pero en nuestra región, guardadas las diferencias, ha sucedido algo similar: en Brasil; en Argentina; en Colombia, por medio del uribismo. El miedo a las FARC le permitió a esa fuerza gobernar el país durante todo el siglo XXI. Y, como las FARC ya no existen, ahora inventan nuevos miedos: a Venezuela, a Petro, al cambio. Hoy millones de colombianos se alimentan de ese miedo. ¿Cuál es la diferencia entre este nuevo fascismo y el de Hitler y Mussolini? Que esos dos dictadores europeos creían que iban a fundar un nuevo milenio; tenían la esperanza, la ilusión, de montar un nuevo orden. El fascismo de hoy, en cambio, actúa desde la desesperación: no tiene futuro.

Yo creo que en esta coyuntura el progresismo debe construirse como una alternativa. De lo contrario, caeríamos en una distopía como las que salen en las películas. En esas cintas se aprecia cómo la humanidad, incluso al borde de la extinción, en los últimos escalones, se destruye a sí misma. No es el virus el que destruye a la humanidad: el ser humano se auto-destruye antes. Y esa distopía puede ser una realidad. Uno lo

percibe como una tendencia actual en los fascismos contemporáneos. Sin embargo, existe la alternativa, que debemos tejer entre todos.

Mientras releía *El capital*, me preguntaba una y otra vez ¿qué habrá pensado Marx del futuro? No pensaba, desde luego, en la Unión Soviética, sino en una sociedad poscapitalista basada en una nueva riqueza: el tiempo disponible. Porque la productividad que el capital acrecienta por su propia ley implica la llegada de la tecnología y las máquinas. Marx, de seguro, no se imaginó el nivel tecnológico al que hemos llegado. Pero así ha sucedido y hoy muchas cosas podrían valer casi cero; existe una abundancia general. La única manera como el capital logra ponerle precios a las cosas es con las marcas. Actualmente, por ejemplo, a través de una máquina casi automática, se pueden producir camisetas para toda la humanidad. Así que la única manera de que esa camiseta sea un negocio o esté en el mercado es con una marca, pero la camiseta en sí misma ya no vale porque la productividad reduce el valor unitario de las mercancías. Marx preveía esta posibilidad y por eso decía que una sociedad poscapitalista tendría tanta productividad y abundancia que la gran riqueza sería el tiempo libre. Y no se refería al desempleo, sino al tiempo disponible para que cada cual haga lo que quiera porque ya tiene sus medios de vida solucionados.

Ese es un concepto diferente de la libertad. Y era también a lo que él llamó socialismo o comunismo. Ahora, ¿fue eso lo que realmente sucedió? No. Ocurrió, en cambio, que su modelo se construyó en sociedades atrasadas y, por eso, tuvieron que trabajar incluso más porque no había productividad. Marx se imaginaba que la revolución se haría en Inglaterra, en Estados Unidos, en Alemania, pero aconteció en Rusia, en China, en Cuba. Mejor dicho, en sociedades que, antes que nada, tenían que superar la pobreza, y para eso implementaron esquemas de

trabajo casi forzado. Sucedió, al final, lo contrario de lo que Marx planteaba.

Ahora, si miramos la tesis de Marx hoy, existe un problema, porque alcanzar tanta abundancia puede destruir a la naturaleza. Por eso tenemos que pensar en otros términos. Si uno analiza corrientes políticas actuales que aún no han aterrizado en Colombia, ellas hablan de que, en los países de gran capital, llegó el momento para decrecer. Para mí, llegó la hora de empezar a producir solo cosas necesarias. ¿Pero cómo se construye el concepto de necesidad? ¿Qué es necesario? ¿Vestir abrigos de pieles? ¿Comer mucha carne? Mejor dicho, ¿cómo llegamos a una sociedad que se pueda reconciliar con la naturaleza y en donde estarían las libertades y las nuevas sensaciones que todo ser humano busca como una idea de progreso? Esa es la discusión.

Hoy, por ejemplo, existen centenares de millones de vacunas producidas por unas empresas multinacionales que usaron recursos públicos para financiar sus investigaciones, pero que privatizaron la vacuna de inmediato y la convirtieron en una mercancía. ¿Para quién? Para quien la puede pagar primero: los países más ricos del mundo, que a finales de 2020 tenían el 95 % de los centenares de millones de vacunas producidas a la fecha. Entonces, ¿cuál era la pelea progresista? Que la vacuna no sea una mercancía, como muchas que, en el pasado, no lo eran. Es decir, no estamos hablando de algo nuevo. Sin embargo, ¿dónde estuvo el progresismo mundial para que esa vacuna no fuera una mercancía? ¿Cuándo llegó la democratización de la vacuna?

Los progresismos a nivel mundial nos han fallado. Ayudaron a elegir a Biden, sí; ayudaron a elegir a Sánchez en España, sí; pero todos se concentraron en que hubiera vacunas para sus países. Los intelectuales del siglo XX llamaban a esa mentalidad social chovinismo. En la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, los obreros de una nación se mataban con los obreros de otra

nación: eso es el social chovinismo. En el caso latinoamericano, los gobiernos progresistas tampoco reaccionaron. Se limitaron a negociar las vacunas de sus países, y ya; ni siquiera se atrevieron a coordinar a toda la región para una negociación común o para dar una pelea global por la vacuna y las patentes, a pesar de que existen laboratorios con gran capacidad de producción en Argentina, Brasil y México. En Cuba, el Gobierno lidera una investigación y piensa anunciar pronto 100 millones de vacunas, cuando solo necesita 22 millones para cubrir a su población. Podrían, si quisieran, liderar una vacuna sin patente; entregársela a la Organización Mundial de la Salud para su producción en cualquier parte. En ese caso, ya no hablaríamos de 100 millones, sino de miles de millones de inmunizaciones.

En nuestros países, el progresismo no ha cogido la bandera de un bien público global. Ha replicado, en cambio, la estrategia de otros países: el social chovinismo. Así que tenemos una humanidad que está siendo testigo de una enorme inmoralidad que solo nos puede comparar con la de los nazis. En los pueblos del mundo, la mayoría de la humanidad ve cómo los ricos se vacunan y salvan sus vidas, mientras nosotros vamos como rebaño directo al matadero, que ya no es el campo de concentración, sino nuestras propias calles.

En Florencia, los Médici hicieron un puente elevado y cerrado, una especie de corredor, entre sus oficinas en la plaza de la Señoría, y lo hicieron pasar por el hoy famoso Puente Viejo, encima del Arno, hasta llegar a su Palacio Pitti y sus jardines. El único objetivo de esa gran obra fue para que en tiempos de pestes, de virus, la familia Médici, dueña de los bancos de la época y del poder, no tuviera contacto con las marejadas de pobres que enfermaban. Creo que el tema del poder y de la economía no ha cambiado mucho en estos siglos.

Desde al año 2000 hasta la fecha me ha acompañado Verónica, y Sofía y Antonella, mi hija menor; he vuelto a ver mucho a mi hijo Nicolás, que tuve en la cárcel y quien se ha vuelto compañero mío en mi lucha. He vuelto a ver a Andrés y Andrea, mis hijos del comienzo de mi vida no guerrera. He criado al hijo de Verónica: Nicolás, como si fuera mío. La mayoría ha partido a sus destinos, los he dejado ser. Ahora viven en Canadá, en Francia. Andrea me ha hecho abuelo con dos pequeñas marselesas.

De alguna manera, en medio de tantas luchas y resistencias, de una vida que decidió no arrodillarse, de una construcción vital en la que decidí a mi manera ser un hombre libre, ha estado el amor detrás, como en el telón de fondo, como en la base de la tarima. Como en la fuerza que me permite seguir.

Desde niño fui descubriendo que la fuerza fundamental que ha permitido mi existencia es el amor. El amor a la mujer y el amor de las mujeres que me amaron, las que amé; el amor a los pobres que sentí y siento con intensidad, con mucha profundidad, y fui aprendiendo del amor hacia los hijos, hacia mis hijas, que más me acompañaron en la vida que pude tener y la que pude darles, Sofía y Antonella, que han recorrido muchos de mis rincones, que han sentido mi mano y mis debilidades, a las que llevé a recorrer esos lugares que de niño dibujaba en los mapas que pegaba en las paredes y que ahora recorría de la mano de ellas; de Andrea, de Andrés, de Sofía y Antonella. Quizás ellas, extrañadas de la emoción que me producían, no se daban cuenta del recuerdo que me traía un nombre de una calle, de algún lugar del mundo, que me recordaba el lugar del mapa que dibujaba y coloreaba cuando tenía sus años. De pronto

lo que más me gustaba no era vivir de verdad el lugar antes dibujado, sino sentir el calor de la mano de mis hijas, hacerlas reír, mostrarles maravillas. Una vez llevé a Antonella no a un lugar lejano y recóndito de mis mapas, sino a un lugar cercano y vivido: el Bolívar 83, fui con ella a hablar con las viejitas que habían luchado a mis 22 años a mi lado. A veces, pongo en contacto esos mundos diversos; a veces, resumo así mi vida en apenas instantes que se me vuelven intensos.

El amor me ha rodeado, me ha perseguido y lo he perseguido. La mujer amante ha estado al lado mío aun en los instantes inminentes que preceden a la muerte. Quizás ese amor la ha detenido, ha espantado la muerte, no ha dejado que me abrace. Después de tantos años cuando miro hacia atrás, siempre en cada momento difícil había una mujer amante protegiéndome. Cuando encontré a Verónica al comienzo del siglo, quizás por sus ojos azules y su pelo claro, me recordó de inmediato las valquirias, el paraíso de los guerreros germánicos; así la llamé y así sentí que penetró en mi vida; con su propia fuerza, que es inmensa, me ha acompañado en lo que va del siglo, ha sufrido mis miedos, mis peligros, los momentos azarosos; la fuerza de la valquiria me ha permitido construir la más fuerte alternativa popular de la historia reciente de Colombia. Quizás es hora de que las valquirias me reemplacen.

No puede haber una revolución sin el amor. La fuerza motora de la historia no es solo la lucha de clases, como pensaba Marx, sino también la fuerza del amor. La fuerza del amor es la que permite las resistencias, la que permite sobrepasar los momentos más oscuros de la humanidad, cuando todo está casi perdido. Por eso el paradigma del amor, lo que llamo la política del amor, hace parte sustancial de la reproducción de la vida.

A veces pienso que, al final, todo se trata de eso, de la reproducción de la vida, que incluye el sexo y el comer; que incluye el

respirar, y que en el caso de la humanidad incluye la economía, el poder, la cultura, el pensamiento.

Las luchas que damos son para reproducir la vida, es simplemente una vitalidad que quiere ser trascendente en la inmanencia misma del planeta. Pero la vida no es más que amor. La reproducción de la vida es la reproducción del amor. Un ser que no busque el amor, que pierda el ímpetu de hallarlo en el otro, en la otra, ya no podrá jamás producir una revolución, ya no podrá entregarle a su generación la posibilidad de reproducir la vida, la vida inmensa de la humanidad en el planeta Tierra.

La vida es al final la luz, toda la energía recibida, transformada, que viaja al universo. A veces miro las estrellas, las luces quizás de cosas muertas hace mucho tiempo, planetas, soles, tal vez vidas. En la luz va todo, la luz es eterna, quizás, infinita. Allí viajamos, desde lugares astronómicamente lejanos desde donde posiblemente nos observan, allí llegamos quizás ya muertos, pero hemos viajado, en cierta forma incluso hemos trascendido a nuestro propio cuerpo. A lo mejor a nuestro propio planeta, en esa luz que viaja va todo nuestro amor, nuestra energía. Baña quizás a otros, a la inmensidad. Quizás en esa luz está la confluencia de todos los dioses de las religiones humanas. Quizás ese dios es la energía total, la luz total, la inmensidad eterna e infinita que nos resume a todos. Sea como sea, en la luz va el amor que sentimos y que aun muertos físicamente viajará eterno.

Por eso la lucha por reproducir la vida es una forma de trascendencia. En eso quizás no se equivocaban los viejos guerreros libertarios cuando pensaban que quienes llegaban a aquellas cumbres de permanencia en luchar por la vida se convertían en los seres máximos, los que más luz pueden aportar por la energía del amor a esa luz inmensa e infinita del universo. No soy un ser máximo, he luchado permanentemente con las penumbras, con la oscuridad que intenta invadirnos, que nos rodea

llenando los instantes de la muerte. En esta vida relatada que no es solo de instantes y momentos, sino de pensamientos que fluyen, he amado, he irradiado luz y han tratado de invadirme las penumbras.

Por eso me he escapado un tanto de la vieja pelea entre ateos y creyentes. ¿Qué sabemos nosotros? Somos viajeros y lo que nos trasciende no es más sino el amor.

La vida de Gustavo Petro no es tan conocida a pesar de que su participación en la vida pública del país ha sido destacada como representante a la Cámara, Senador de la República y Alcalde de Bogotá. Poco se sabe de sus primeros años, cuando sus padres se conocieron en la Bogotá de finales de los años cincuenta y la parábola de una vida que comenzó en su natal Ciénaga de Oro, en el barrio Las Cruces, o en Zipaquirá, su municipio de crianza donde estudió en el mismo colegio de su escritor más admirado, Gabriel García Márquez.

Lector, estudioso, rebelde, miembro del M-19, uno de los políticos más conspicuos de la oposición en Colombia, sus valientes denuncias destaparon un puñado de escándalos entre los cuales se encuentran la terrible práctica de los falsos positivos, en la que murieron 6402 muchachos que fueron declarados botines de guerra siendo inocentes.

En esta memoria se pone de presente el talante de un hombre a través de los hechos de su vida, siempre pasados por el análisis de la desigualdad de un país que quiere resistirse a vivir condenado a otros cien años de soledad.